Obra Ganadora
VI Auguste Dupin

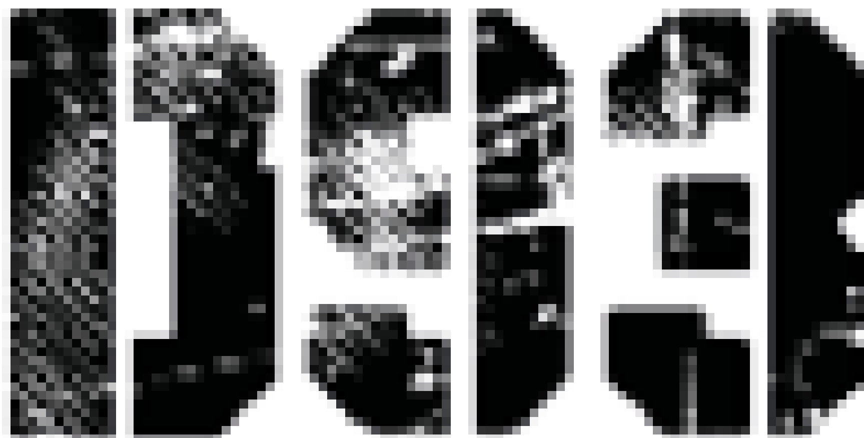
LOS OLVIDADOS

Gonzalo Díaz

D93

GONZALO DÍAZ

LOS OLVIDADOS



LÍNEA NEGRA

Cardenal Cisneros, 39 – 2º

15007 A Coruña

info@distrito93.com

www.distrito93.com

ISBN 978-84-19997-99-9

Diseño de cubierta: © Distrito93

Fotografía de cubierta: © Distrito93

Diseño y maquetación: © Distrito93

Obra ganadora del VI certamen Auguste Dupin de Novela Negra 2022

Los límites que separan la Vida de la Muerte son,

en el mejor de los casos, vagos e indefinidos.

¿Quién podría decir dónde termina una

y dónde empieza la otra?

Edgar Allan Poe, El entierro prematuro

1

ABEL

Incertidumbre.

Veo la pared blanca extenderse hasta el infinito desde el rodapié de madera. Intento dirigir la vista hacia otro lugar, pero no puedo, está fija en un punto concreto y mis ojos no responden a mi cerebro. Tampoco parpadeo. No puedo parpadear.

Tomo consciencia de mí mismo. Solo consciencia espiritual, no material. No siento los brazos ni las piernas y la angustia sobrecoge mi cuerpo y oprime mi pecho al darme cuenta de ello, pero no hay cuerpo que sobrecoger ni pecho que oprimir. La angustia es solo mental. ¿Estaré soñando? No lo creo, soy demasiado consciente de todo como para que sea un sueño. No comprendo qué está sucediendo y el terror me invade desde lo más profundo de mi mente. Llega como un relámpago fugaz, expandiéndose y sacudiendo mi cabeza, abrasándola con millones de chispas incandescentes infligiéndome el mayor de los dolores. Noto la tensión que me provoca y mi mente ordena que apriete los dientes, que los apriete con fuerza. Un poco más. ¡Dios!, están a punto de partirse. Siento la presión pero no he movido ningún musculo. Mi mente es consciente de que no siento mi cuerpo y se contrae en una brutal agonía como jamás había sentido. ¿Cómo es posible que no sienta mi cuerpo? Quiero gritar. Necesito gritar, pero no puedo, lo único que hago desde que tomé consciencia de mí mismo es mirar la maldita pared. ¿¡Qué está pasando!? «Tranquilízate», me intento tranquilizar. «Céntrate», me centro. Me sereno, un poco, y observo el entorno. Me concentro y veo mi nariz, desdoblada por el campo visual. No puedo moverla, tampoco la siento. Si mi nariz está, el resto de mi cuerpo también debería de estar. La esperanza, aunque escasa, me alivia. Mi nariz dirige la línea visual hasta ese punto concreto e inamovible de la pared, como si mis ojos se hubieran paralizado mirándolo, abiertos, aterrados. Ese punto es nítido. Me concentro en mi campo visual alrededor de ese punto, aunque es difícil mirar las cosas si no se enfocan; estoy tirado en el suelo de la entrada de mi casa sobre el costado derecho.

La pared es blanca, pero se ve plomiza. ¿Será de noche? No lo sé, no me concentro. La pena y la desazón me invaden de nuevo. ¿Por qué no siento mi cuerpo? ¿Qué está pasando? Mi cabeza se comprime otra vez y vuelvo a sentir el dolor de la angustia inundar cada rincón de mi cerebro, doliendo en cada milímetro, como si millones de alfileres se fueran clavando lentamente en mi corteza cerebral. Atravesándola despacio, muy despacio.

Escucho el sonido metálico de una llave entrando en el cilindro, gira hasta alinear los pistones y la puerta de entrada a la casa se abre, despacio. Las bisagras chirrían. Escucho pasos detrás de mí. «¿Quién eres? ¿Qué haces en mi casa?», le pregunto, pero mis labios, mi lengua, mis cuerdas vocales… no articulan palabra alguna, no ejecutan las órdenes que mi cerebro exige.

—Pero ¿qué has hecho, hijo?

«¿Cómo? ¿Me dices a mí?». Me duele tanto la cabeza que las palabras resuenan por mi mente como si estuvieran esculpidas a golpe de martillo y cincel contra el duro y frío mármol. Creo que reconozco su voz, me resulta familiar, pero el dolor me impide concentrarme en los matices. Veo como la sombra deformada que proyecta el cuerpo que ha hablado se extiende lentamente sobre mí y me sumerge todavía más en la oscuridad, una oscuridad casi tangible, sólida, real.

—Lo que tenía que hacer.

Otra voz, también me resulta familiar. Más profunda y lúgubre, rasgada. ¡Un hombre! Y una segunda sombra aparece, eclipsando a la primera. Más grande, más siniestra. «¿Qué es lo que has hecho?, ¿qué hacéis en mi casa?», les grito con todas mis fuerzas, pero no me oyen, no me escucho, mis palabras no se pronuncian, solo retumban por mi cabeza una y otra vez…

2

LIS

Martes. 23:01. Madrid

Lis Vázquez estaba sentada en un taburete al fondo de la barra del bar Smok Mok, en la calle del Limón. Entró por puro azar, podría haber sido ese bar tanto como cualquier otro de los muchos que había a lo largo y ancho del céntrico barrio de Malasaña. A diferencia de la mayoría de personas, que prefieren ir a lugares donde son atendidos por su nombre, a Lis le gustaba ir saltando de un sitio a otro, buscando el anonimato.

—¿Me pones otro? —le pidió al camarero, forzando una sonrisa y levantando sutilmente el casco vacío de su tercio de cerveza.

El camarero le sirvió otro tercio bien frío y retiró el anterior mientras Lis revisaba la lista de contactos en su smartphone. El primer nombre con el que titubeó fue, como siempre, Amanda, una compañera de trabajo. Recapacitó varias veces sobre si llamarla o mandarle un whatsapp hasta que finalmente arqueó el labio superior con cierto asco y siguió bajando. Se detuvo en varios contactos más, los usuales; otra compañera, antiguos amigos, algún amante, un ex, al que cotilleó la foto de perfil, y después, resignada, bloqueó el teléfono.

Respiró hondo al mismo tiempo que alzó la mirada hasta que se encontró a sí misma reflejada en el cristal de la cava de vinos. A pesar de estar distorsionada por el reflejo opaco y las botellas de vino de fondo, se veía bien. Estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, aunque, gracias a su estilo desenfadado, aparentaba algunos años menos. Conservaba gran parte del encanto de aquella atractiva joven que fue, antes de que comenzase a pelearse con la vida, mostrando un buen aspecto sustentado por una buena genética, lápiz de labios color carmesí y un par de brochazos de tapa ojeras.

Dio un trago largo a la cerveza y cogió el móvil de nuevo, lo desbloqueó y abrió una de las varias aplicaciones de moda que tenía

descargadas. Miraba con atención una y otra vez los mismos vestidos, faldas, camisetas, pantalones y zapatillas. Lo hacía en un rítmico y mecánico proceso; cada prenda era ampliada, estudiada y desechada con soltura para luego, al rato, volver a ser ampliada, estudiada y desechada. Mientras ponía todo su enfoque en una falda larga de punto y colores otoñales que miraba por tercera vez, su móvil comenzó a sonar. En la pantalla de su smartphone apareció en letras blancas: «Diego Sempiterno». El corazón le dio un vuelco y su cuerpo se estremeció. Rápidamente silenció la llamada y le dio la vuelta al móvil dejándolo sobre la barra. «Vaya, lo mismo no es tan buena idea seguir con el mismo número de teléfono desde la universidad», pensó Lis intentando restarle importancia.

A través de sus ojos verdes, sombreados con desdén, tratando de tapar los golpes recibidos por demasiadas noches en vela, Lis echó un vistazo rápido a su alrededor en un intento por abstraer su mente y no pensar. El local estaba cálidamente iluminado por multitud de lamparitas, todas diferentes, pero insuficientes para poder fijarse bien en los detalles y empapelado con diferentes pósteres de muñecos de dibujos animados japoneses, carteles con letras chinas o japonesas —Lis no lo tenía claro—, y un colorido mural pintado a mano en la pared de enfrente de la barra con más muñecos. Después observó con atención las siluetas de los demás, encorvados sobre sus cervezas o cócteles. A Lis le gustaba hacer eso, observar sin ser observada, sentirse sola rodeada de gente —paradoja número cinco de la lista de paradojas de Lis: disfrutar de la soledad que le proporcionaba estar rodeada de desconocidos—. En un barrio que no dormía, como ella, donde nadie conoce a nadie y podías estar solo pero acompañado, era donde Lis se sentía realmente a gusto, y por eso le encantaba vivir ahí, justo en el corazón de la gran ciudad.

«¿Qué querría?», se preguntó Lis, que no era capaz de sacarse de la cabeza la repentina llamada de Diego, pero tampoco se veía en aquel preciso momento con lo necesario para hablar con él. «Olvídalo», se respondió.

Alrededor de una de las mesas altas había un grupo de hombres que charlaban distendidos que de vez en cuando la miraban. Eso le gustaba. A pesar de no haberse arreglado —vestía camisa de franela a cuadros roja ligeramente desabotonada, jeans desgastados y botines negros con tachuelas—, aquellos hombres la miraban. Sobre todo uno de ellos, el más aparente, según Lis, que tras varias sonrisas lanzadas al aire sin encontrar réplica por parte de ella y varios intentos fallidos de contacto visual, se levantó y se le acercó.

—Hola, rubia. ¿Puedo invitarte a una cerveza? —preguntó el desconocido.

«¿Rubia?, empezamos bien», reflexionó Lis haciendo una leve mueca de aprobación, al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer. Y el extraño pidió un par de tercios al camarero.

—Me llamo Manuel —dijo, acompañando el anuncio de su nombre, al que solo le faltaron fuegos artificiales, de una amplia y reluciente sonrisa.

—Lis —replicó tajante.

Manuel hizo un leve gesto de acercarse para darle dos besos, pero ella se apartó de forma sutil y le extendió la mano para eludir el intento de acercamiento. «Pobre», pensó Lis. Manuel reaccionó rápido para no parecer sorprendido y le extendió la mano también.

—Curioso nombre —apuntó Manuel, acompañando de nuevo su comentario, que creía jocoso, con su amplia sonrisa de anuncio de dentífrico mientras intentaba alargar el apretón de manos.

—No todos tenemos el honor de tener un nombre que está en el top five de los nombres más usados del país como tú. —El intercambio de golpes no había hecho más que empezar y ya le había dejado tocado en el primer asalto. «Relaja, Lis», se dijo a sí misma mientras le devolvía la sonrisa y le retiraba la mano.

—Touché. —Manuel inspiró y volvió a sonreír, esta vez más levemente.

El camarero dejó los tercios sobre la barra y Manuel pagó en el momento. Esto le dio unos segundos para rearmarse y volver a intentar acercarse a Lis, aunque empezaba a sentir que no iba a ser tarea fácil conocerla.

—La vuelta para ti —le dijo al camarero antes de regresar a Lis con lo primero que le vino a la cabeza—. Y ¿a qué te dedicas?

Lis echó una ojeada rápida y disimulada a Manuel. El first-scan, como ella solía decir. «Treinta y tantos, deportista. No parece muy listo, pero tiene buen cuerpo. Cerveza gratis. Le falla el perfume, espero que no sea Old Spice. Venga, juguemos», se animó a sí misma, aunque era consciente de que en condiciones normales ya se habría desecho de él, pero en aquel momento, después de la llamada de Diego, prefería que estuviera ahí con ella, distrayéndola. «Pero primero necesito beber», se

dijo Lis, y dio un trago largo a la cerveza.

—Soy periodista —le contestó al fin.

—¿En serio? Qué chulo. ¿Algo que haya podido leer?

«¿Ha dicho "qué chulo"? ¿Seguimos en parvulitos?», recapituló incrédula Lis.

—¿Tú lees?

—Touché otra vez. ¿No me vas a dar un respiro?

—En la guerra no hay respiros —repuso irónica brindando al aire.

El móvil de Lis volvió a sonar, en la pantalla de su smartphone apareció de nuevo en letras blancas: «Diego Sempiterno». Silenció la llamada y dejó el móvil caer sobre la barra. «¿A qué viene de repente esta insistencia?», se preguntó nerviosa. Inspiró hondo y dio otro trago largo de cerveza. Dejó el casco vacío a un lado y cogió el de invitación.

Manuel buscó mediante rápidas interconexiones en su cerebro una respuesta locuaz e interesante, al menos algo gracioso que decir, y entonces pasó lo que ningún hombre quiere que pase en los primeros cinco minutos de conversación con una desconocida a la que intenta cortejar: el silencio incómodo.

—Estás muy solicitada, ¿eh? —soltó Manuel a modo de broma para romperlo.

Resulta curioso cómo la vida se va construyendo poco a poco con las decisiones que tomamos. Si Manuel, que había visto quien la llamaba, hubiera optado por hablar del pueblo de Sempiterno, que conocía y que le desagradaba tanto como a Lis, y no de Diego, quizás hubieran tenido un punto en común del que partir. Un nexo por el que empezar una conversación. Criticar juntos algo que no les gustaba les hubiera dado pie, muy probablemente, a otro punto en común y ese segundo quizás a un tercero y así sucesivamente hasta, quién sabe, casarse, tener hijos, morir juntos… O al menos compartir su calor aquella misma noche. Pero no, Manuel prefirió hacer una afirmación fácil, inmiscuyéndose en la vida personal de alguien que no conocía.

—Más bien algunos hombres sois demasiado insistentes —y sonrió.

Lis se quedó callada, intentaba no pensar en el porqué de aquellas

llamadas y se esforzó en intentar divertirse, aunque fuera con aquel espécimen.

—Venga, sonríe, Profidén. ¡Selfi! —Lis cogió su móvil, activó la cámara frontal y, sin dar tiempo a Manuel para comprender lo que estaba pasando, se hizo una foto con él.

—¿He hecho algo bien? —preguntó Manuel sorprendido mientras Lis comprobaba la foto y la guardaba.

—Las cazas al vuelo, tigre.

—¿Lo haces para recordarme? —y la sonrisa de Manuel entró en escena de nuevo.

—¿Eres siempre igual de elocuente? —le contestó irónicamente Lis con otra pregunta mientras mandaba la foto a Amanda.

—Creo que no tanto como para no dejar de intentarlo un poco más contigo. —Manuel no tenía ni idea de lo que significaba «elocuente» y al instante el tontómetro de Lis hizo saltar las alarmas de rechazo.

El móvil volvió a sonar. Lis giró el móvil, era Diego de nuevo. Por tercera vez.

—Qué insistencia, debes tenerlo loquito.

«Definitivamente es tonto de narices», pensó Lis, y llegó la hora de zanjar aquella bonita historia.

—¿Me disculpas? —le sonrió con ironía Lis—, tengo que contestar esta llamada, es superimportante —dijo dando un mayor énfasis al «súper…».

Manuel cogió su tercio de cerveza y le hizo un gesto de despedida para volver a la mesa con sus amigos con la marca de la derrota en la cara.

—Por cierto, ¿qué perfume usas? —le preguntó Lis a Manuel mientras este se dirigía hacia sus compañeros, que lo miraban sabedores de su derrota por la expresión de su cara.

Manuel se giró.

—Old Spice.

—Entiendo, puedes seguir yéndote, esta ventanilla está cerrada.

Puedes probar en la siguiente. Gracias. —Acto seguido, Lis descolgó—. Me has llamado tres veces en menos de quince minutos, ¿debo preocuparme y llamar a la Policía? —preguntó con total naturalidad, como si no hubieran pasado cerca de quince años desde la última vez que hablaron.

Lis estaba realmente nerviosa por hablar con Diego de nuevo, pero bajo ningún concepto iba a permitir que se notara, y por ello adoptó una actitud agresiva desde el principio.

—No, no. Disculpa. Es que… —titubeó Diego.

—Recapitulemos. Tuvimos un… ¿rollo de adolescentes?, hace ¿cuánto?, ¿quince años? Eras muy mono y, aunque el don de la palabra no era tu fuerte, algo que últimamente parece estar de moda entre tus congéneres, estuvo divertido. He de reconocer que lo pasamos bien aquellos años y bla, bla, bla, pero no tengo ningún interés en volver a verte, y mucho menos en acostarme contigo de nuevo.

Se hizo un silencio incómodo entre ambos. Lis no sabía muy bien por qué le había soltado todo aquello, pero estaba nerviosa, muy nerviosa.

—No, no te llamaba por nada de eso —titubeó Diego de nuevo, que estaba totalmente descolocado tratando de asimilar todo lo que Lis le acababa de soltar.

—Entonces, ¿por qué me llamas repetidamente un lunes a las… —Lis miró la hora en la pantalla de su teléfono móvil y continuó— … once y media de la noche?

—La verdad es que no tenía muy claro si llamarte, y más después de tanto tiempo.

Diego hizo una pausa, estaba nervioso también. No sabía ni por dónde empezar, a pesar de haber estado preparando su discurso durante un buen rato antes de llamarla.

—Tengo lío, estoy con unos amigos. No puede ser tan complicado, tú puedes. —Lis hablaba rápido, con ganas de saber lo antes posible qué quería y colgar.

—A ver, no es fácil de explicar. —«Puf, empezamos bien», pensó Lis—. Bueno. Verás, trabajo como repartidor en una empresa que comercializa y distribuye productos alimenticios.

—Aja, qué interesante. Sí.

—Bueno, sé que va a sonar raro pero, por favor, escúchame —continuó Diego—. Esta mañana a primera hora tenía que entregar un pedido en una carnicería de aquí, en Sempiterno. Cuando fui, estaba cerrada y tenía un cartel que ponía «cerrado por vacaciones». Abel, el dueño de la carnicería, es alguien muy metódico, jamás haría un pedido para entregar en un día concreto si tenía pensado irse de vacaciones.

—Al grano, gracias.

—Sí, perdona —continuó Diego—. Entonces decidí ir a su casa para entregarle el pedido, vive justo encima de la carnicería, pero tampoco había nadie en su casa. Volví a intentarlo en su casa esta tarde a última hora y, aunque nadie contestó, estoy seguro de que había alguien detrás de la puerta. Escuché sonidos de pisadas y vi cómo alguien me miraba a través de la mirilla.

—Qué inquietante —ironizó Lis.

—Un momento, por favor, déjame terminar. —Diego se puso más nervioso. Se le había olvidado lo difícil que podía llegar a hablar con Lis—. Pensarás que estoy loco, pero algo similar pasó hace unos años con otro cliente. Intenté varias veces entregarle el pedido en su casa y juro que había alguien dentro. Y, de repente, ese hombre desapareció. Nunca más se supo de él. Y antes de que me sueltes algún chiste de los tuyos, hay algo más. En ambas casas había dibujado un símbolo con tiza sobre el marco de la puerta, no muy grande, una especie de cruz con cuatro cruces más pequeñas en cada uno de los cuatro huecos. La primera vez no le di importancia, pero ahora veo que quizás tenga relación.

Lis se tomó un momento para madurar un poco lo que Diego le acababa de contar.

—Bueno, quizás deberías ir a la Policía.

—Ya lo intenté. Se lo dije a Zabala, no sé si te acuerdas —«¿Zabala?, ¿el musculitos? ¿Ahora es policía? Vaya», interconectó Lis—, pero no ve ninguna relación ni nada por lo que alarmarse. Pero estoy seguro de que hay una conexión. Al menos, no me digas que no es… —se dio unos segundos para continuar— extraño. Los mismos patrones, el mismo símbolo —resumió. Lis no contestó, algo de aquella historia la perturbó. Se quedó callada, dándole vueltas a lo que Diego le acababa de contar—. Piénsalo, por favor. Solo te pido eso. Sé que eres

periodista, quizás puedas investigarlo un poco por tu cuenta, por si acaso. El hombre que desapareció se llamaba Vicente, era un agente de seguros. Quizás no sea nada, pero quién sabe. Piénsalo.

3

ABEL

Inseguridad.

Sigo tirado en el suelo. No parpadeo. Las sombras se mueven.

—¿Dónde está ella?

¿Es la voz de una mujer? Habla bajo, suave. Pausado. El dolor de cabeza trastoca mi percepción y sus palabras retumban en mi cabeza como si cada letra fuera percutida con saña en un gigantesco bombo después de ser pronunciada impidiéndome reconocer bien los matices. ¿Ha dicho «ella»? ¡Nuria! No. No. No. Por favor, no, Nuria no.

—Nuria está en la habitación principal.

Escucho cómo la voz profunda y lúgubre del hombre responde. «Pero ¿cómo sabes dónde está Nuria si acabáis de entrar? ¿Has estado aquí antes? ¿Cuándo? Te voy a matar, ¿me oyes? ¡Te voy a matar! ¡Como le hayas hecho algo, juro por Dios que te mato!», grito con todas mis fuerzas. Le grito tan fuerte que podría desgarrar mi garganta al escupir cada una de las palabras por mi boca si mis cuerdas vocales reaccionaran a mis impulsos, pero no lo hacen, y mis palabras no se materializan, solo vagan furiosas por mi cabeza disipándose rápidamente por mi mente como el eco en un túnel infinito.

Escucho los pasos alejarse hacia el interior. «¡No! ¿Dónde vais? ¡Volved!», grito de nuevo, pero no me oyen. Un torrente de adrenalina inunda cada rincón de mi cerebro. Me alzo colérico y voy directo hasta ellos, miserables. Los embisto con una brutalidad desbordada, la mujer cae al suelo y estrangulo al hombre con mis propias manos. Mientras en mi mente le aprieto el cuello con rabia, mi cuerpo sigue tirado en el suelo, inerte. Solo miro la pared, no puedo dejar de mirar la dichosa pared. No parpadeo. Intento levantarme, pero tampoco lo consigo. ¿Por qué no puedo moverme? ¿Qué pasa?… Quiero enfrentarme a ellos, pero mi cuerpo no reacciona. Lo único que hago

es seguir mirando la maldita pared mientras las voces reconocibles de sombras desconocidas se adentran sin poder evitarlo en lo más sagrado que tengo, mi hogar.

Están ahora con ella. En nuestra habitación, al final del pasillo. Oigo susurros lejanos, pero no son de Nuria, a ella no la escucho. ¿Por qué no la escucho? ¿Estará bien? ¿Estará como yo? Tendría que estar allí con ella, protegiéndola. La impotencia se apodera de mí, y con ella viene una inquietud aterradora que paraliza también mi razón. «No le hagáis nada», suplico de nuevo. Pero no me oyen, no me oigo. Quiero llorar, necesito llorar. Mi mente llora, pero mis lágrimas no mojan mis mejillas. «¿Qué nos estáis haciendo?».

Siento los pasos acercarse, ahí vienen de nuevo, los miserables. Miro la pared, no parpadeo. La rabia se apodera de mí, de mi mente, solo de mi mente. Los pasos se acercan más. «¿Qué habéis hecho con ella?». Podría descuartizaros con mis propias manos ahora mismo. «¿Quiénes sois?», les grito, no me responden, no me oyen. Se paran justo detrás de mí, puedo ver sus sombras moverse en la penumbra proyectadas en la pared. Como si estuviera viendo una película de terror. Parecen marionetas. Dos, son dos. Me miran. Siento que me están mirando.

—Esto tiene que parar.

Es la voz de una mujer. Ahora estoy seguro. «¿Qué tiene que parar?», le pregunto, pero no me responde. Olvido que mis cuerdas vocales, mi lengua, mis labios no responden ya a las órdenes de mi cerebro.

—No, maman, esto no ha hecho más que empezar. Y tiene que ayudarme.

¿Qué ha dicho? ¿Mamá? ¿Ayudarte a qué? ¿Por qué me hacéis esto? ¿Qué habéis hecho a mi familia? Centenares de preguntas comienzan a brotar de cada rincón de mi cerebro alicaído. Ninguna certeza. Con cada pregunta sin respuesta, una sensación, un sentimiento a cada cual más doloroso. Angustia por mi aparente desconexión con la carne. Miedo a lo que le habrán hecho a mi mujer. Impotencia de no poder protegerla. El terror más oscuro hacia los misterios que rodean toda esta espeluznante situación. La incertidumbre de un futuro nada alentador. La inseguridad que todo ello me provoca. El dolor de cabeza es insoportable. Estoy exhausto. «Dejadnos en paz —suplico—. Por favor, dejadnos en paz»

De nuevo, pasos. Pasos de desconocidos moviéndose libremente por

mi casa, y yo en el suelo de la entrada, mirando la pared blanca, ahora teñida de gris. Es de noche, tiene que ser de noche. Escucho cómo cierran las cortinas del salón. Escucho el sonido que provocan las anillas al rozar con la barra de aluminio de la que cuelgan las cortinas. La pared se oscurece, cambia la tonalidad grisácea por otra más intensa, casi negra.

Cierran la puerta con cuidado, despacio. No hacen ruido. Me sumerjo en la oscuridad.

4

LIS

Miércoles. 08:30. Madrid

Lis estaba tirada con desdén encima de la cama deshecha. Iba vestida con la camisa de franela a cuadros roja y los jeans desgastados que llevaba puestos la noche anterior. El despertador de su móvil comenzó a sonar, marcaba las 08:30. Lis tanteó como pudo con el brazo, sin despegar la cara de la almohada, hasta dar con el smartphone y lo silenció.

Vivía en un ático abuhardillado de apenas cuarenta metros cuadrados en el barrio de Malasaña. Un quinto sin ascensor distribuido en minúsculas porciones que contaba con un salón con cocina americana, una terraza y una habitación con cuarto de baño. El piso en sí no era gran cosa, pero Lis lo alquiló por dos motivos: su excelente ubicación y por las vistas que se extendían desde la terraza. Desde ella se podían ver las infinitas líneas horizontales que formaban las construcciones de la gran ciudad. Líneas quebradas por el movimiento de sus tejados de pizarra o teja roja, por la diversidad de sus edificios; antiguos, modernos, de iglesias, de rascacielos. Líneas apelotonadas hasta la extenuación, una detrás de otra, hasta alcanzar el horizonte. Con sus chimeneas, sus parabólicas, sus antenas, sus grúas… Un mosaico aleatorio, caótico y precioso a la vez, que había creado la civilización sin querer. Y al atardecer, podías ver toda aquella mole urbana resplandecer bajo los colores anaranjados del cielo en sus interminables puestas de sol.

El despertador del móvil volvió a sonar, marcaba las 08:39. Lis alargó de nuevo el brazo para buscarlo y lo apagó. La cama no dejaba espacio en la habitación más que para un taburete de juguete que hacía de mesilla improvisada y una cómoda situada debajo de la ventana. Las cortinas estaban echadas y el ambiente era denso. Un fuerte dolor de cabeza fue lo primero que sintió al incorporarse y tomar conciencia del mundo real mientras se desperezaba con resignación. Llevaba mucho tiempo necesitando la ayuda de bebidas

espirituosas para poder conciliar el sueño, pero anoche, tras aquella llamada, necesitó beber algo más de lo acostumbrado. Y no precisamente por la llamada en sí, de la cual no recordaba prácticamente nada, sino por él. Alguien a quien había intentado relegar sin éxito al rincón de los olvidados; ese lugar del corazón donde se manda a aquellas personas que una vez fueron y ya no son, de nombres prescindibles, de caras sin rostro, de voces sin eco. Por mucho que Lis se empeñara en desterrarle una y otra vez, muchas noches se sorprendía a sí misma mirando su foto de perfil en WhatsApp o buscándolo en las redes sociales; y en esos momentos revivía el ayer en el ahora, o incluso cambiaba el ahora por el ayer.

Lis se incorporó y cogió una botella de refresco de cola que siempre dejaba en el suelo, al lado de la cama, su botiquín de primeros auxilios. La abrió sin ese característico repicar de las burbujas queriendo salir de su prisión de plástico y dio un trago largo que le supo a veneno, pero que consiguió su objetivo, humedecer ligeramente su boca seca y pastosa. Miró el reloj y exhaló de mala gana. «Mierda», se dijo. Arrastró su cuerpo hasta el baño y se duchó sin dar tiempo a que el aroma del jabón se impregnara en su piel. Jugó con indiferencia con la tripita que poco a poco le iba asomando y se estiró las arrugas de la edad con los dedos. Cogió bragas limpias de la cómoda, sacó unos vaqueros de entre uno de los varios montones de ropa del suelo y una camiseta del estrecho armario empotrado, y se vistió. Rebuscó entre los veinte botes que tenía tirados arbitrariamente por encima del lavabo hasta encontrar el del maquillaje y se untó con un potingue color carne toda la cara sin miramientos. Se retocó las cejas con un poco de rímel, un toque de pintalabios rojo y se recogió el pelo. El reloj del móvil marcaba las 09:18. Hizo una leve mueca de conformidad, cogió una chaqueta, el bolso y salió del apartamento.

Aunque era otoño hacía una mañana primaveral. El aire fresco de la noche, que se intuía todavía por las empedradas calles del barrio de Malasaña, empezaba a caldearse progresivamente por un radiante sol que se imponía sobre el cielo de Madrid. Lis bajó por la calle de Amaniel y se detuvo en la misma cafetería de cada mañana, desde que empezó a trabajar en la redacción, para coger un café y algo de comer.

—¿Sí? —preguntó el camarero de cara estirada.

—Un café con leche, doble de azúcar y un dónut de chocolate, todo para llevar —soltó Lis de carrerilla.

—¿Nombre?

—Lis.

—Ocho con cuarenta. —Lis le dio un billete de diez y recogió el cambio—. ¡Siguiente!

Lis recogió su pedido y continuó callejeando hasta llegar a Gran Vía, tan espectacular y tan abarrotada de gente como siempre. La ducha, el aire fresco y la pequeña caminata que separaba su casa de la redacción le ayudaron a aclarar las ideas y comenzó a reconstruir la conversación con Diego. Aquel símbolo pintado con tiza era lo que más la desconcertaba. «El mismo símbolo en ambas casas», reflexionó Lis. Mientras caminaba absorta en sus pensamientos entre la multitud, sacó su móvil y wasapeó a Diego pidiéndole que le mandara la foto del símbolo.

Ensimismada entre las preguntas que le surgían y sus propias respuestas, llegó a la redacción del Diario 33 Digital, que ocupaba uno de los bajos de un bloque de viviendas construido en los años veinte en el histórico barrio de Palacio, entre Santo Domingo y Ópera. El diario online fue fundado por José María, Adolfo y Enrique, el padre de Lis, a principios del siglo xxi. Los tres, buenos amigos y colegas de profesión, se conocieron mientras trabajaban juntos en un prestigioso periódico de ámbito nacional. Cansados del partidismo que mostraba dicho diario, decidieron fundar el suyo propio. Un periódico sin ideología, objetivo y crítico, bajo el lema de Kofi Annan: «Ninguna sociedad democrática puede existir sin una prensa libre, independiente y plural».

El pequeño vestíbulo de entrada estaba separado del resto de la redacción por unas mamparas de cristal que iban desde el suelo hasta el techo.

—Hola —dijo Begoña, la secretaria, una aspirante a influencer de veintiocho años que vivía en un piso compartido con siete personas en Argüelles, que levantó la cabeza con el sonido de la puerta y, según reconoció a Lis, volvió sus ojos de nuevo hacia la pantalla de su smartphone.

Lis la respondió con un gesto de cabeza, que Begoña ni vio, y recorrió rápidamente el pasillo que se formaba entre las dos hileras de mesas hasta su sitio. Cada hilera tenía seis asientos, tres por cada lado. Era primera hora de la mañana y la redacción estaba en plena ebullición. Lis dejó el café y el dónut sobre la mesa, el bolso en el suelo y, con la chaqueta puesta, encendió el ordenador. Miró por encima de la pantalla de su portátil hasta encontrar los ojos de Mario, su

compañero en la sección de sucesos.

—¿Otra noche larga? —susurró Mario.

—O corta, según se mire —matizó Lis guiñándole un ojo.

Estaban envueltos en plena precampaña y se notaba en el ambiente. Las tensiones entre las diferentes formaciones políticas eran el caldo de cultivo perfecto para todo tipo noticias sensacionalistas. Pero ahora mismo la cabeza de Lis estaba ocupada en otra cosa. Hizo un repaso rápido y cronológico a la información que le había dado Diego. Un hombre, Vicente, agente de seguros, desaparece en Sempiterno varios años antes. Según Diego, un extraño símbolo estaba dibujado con tiza en el marco de la puerta. Lis buscó en Google y enseguida aparecieron varias noticias relacionadas con la desaparición del agente de seguros. Una de las noticias decía que Vicente dejó una nota: «No me busquéis, no volveré». El mensaje lo encontró su hermana, quien, alarmada tras varios días sin tener noticias del agente de seguros, accedió al domicilio de su hermano con una copia de la llave. Además, la noticia mencionaba que no se encontraron signos de violencia por ningún lado. El teléfono móvil de Lis vibró, era un wasap de Diego con la foto que le había pedido seguido de un «llámame».

En la foto se podía apreciar cómo en el marco de madera de la puerta de entrada a la vivienda había algo dibujado con tiza blanca. Lis amplió la foto, era una cruz. Y, tal y como le dijo Diego, en cada uno de los cuatro huecos había otra cruz más pequeña. Lis buscó en la red aquel símbolo sin ningún resultado significativo. Tan solo encontró la cruz de las cruzadas, de aspecto similar, pero no era igual. Lis cogió el móvil y llamó a Diego.

«¿Qué narices estás haciendo, Lis?», se regañó a sí misma.

—Dime —dijo Lis según Diego cogió la llamada.

—Hola, ¿qué tal?

—Ahí andamos, me dijiste «llámame» y te estoy llamando. Vamos al grano.

—Vale —contestó Diego entendiendo cómo iban las cosas—, esta mañana le conté a mi jefe lo mismo que te dije a ti anoche. Y la verdad es que me ignoró totalmente. Me dijo que intentara entregar a primera hora de nuevo el pedido, y que si escuchaba gente dentro de la casa y no me abrían, lo dejara en la entrada. Que ya estaba pagado y no quería tener la caja rondando por el almacén.

—Déjame adivinar, volviste a escuchar ruidos dentro de la casa, ¿correcto? —se aventuró Lis.

—Correcto.

Lis se tomó unos segundos. «Puede haber noticia», pensó, pero sabía que el hilo del que tirar era demasiado fino, demasiado débil. Aunque si era capaz de demostrar que era un patrón, tenía una buena historia. «¡Y con símbolos extraños!, esas cosas les encantan a los lectores», se dijo mientras lo soñaba despierta.

—¿Y estás totalmente seguro de que era el mismo dibujo en ambos marcos? —terminó por preguntar.

—Totalmente —afirmó Diego sin ninguna duda—. La primera vez no hice ninguna foto, no le di importancia. Es más, al segundo día que intenté entregar el pedido, alguien lo había borrado. Y ahora en la casa de Abel y además se repiten los acontecimientos… Tiene que estar conectado, seguro. —Lis volvió a tomarse un momento. Necesitaba pensar—. Además —continuó Diego, interpretando aquel silencio como una posibilidad de que a Lis le interesase la noticia—, el cartel de la carnicería no tiene sentido. ¿Se van de vacaciones, pero están en su casa?

—Yo a veces cojo vacaciones para estar en casa —especuló Lis.

—Puede ser.

—¿Cómo se llama la carnicería?

—Jiménez e Hijo. Abel vive justo en el piso de encima.

—Es algo curioso, desde luego. Bueno, ya hablamos.

—¿Lo vas a investigar? —preguntó Diego.

—No lo sé.

5

LIS

Miércoles. 10:34. Madrid.

Lis daba grandes bocados al dónut de chocolate, que iba intercalando con pequeños sorbos de café, sin despegar los ojos de la pantalla del portátil. Estaba intentando escribir una noticia sobre las tensiones políticas dentro del Ejecutivo autonómico en Madrid entre la presidenta y su vicepresidente, que formaban un Gobierno autonómico en coalición. La presidenta acusaba de deslealtad al partido político del vicepresidente y el vicepresidente de deslealtad del partido político de la presidenta. Pero Lis no era capaz de concentrarse, su cabeza solo pensaba en la historia de la ausencia del carnicero y su posible relación con la desaparición de un agente de seguros varios años antes. Tras darle unas cuantas vueltas, lo tenía claro. «Aquí hay historia», se dijo al fin.

Lis se metió lo que le quedaba de dónut en la boca, se chupó los restos de chocolate que se le habían quedado en los dedos, dio un trago largo de café y se levantó en dirección al despacho de Adolfo, situado al fondo de la redacción, a la derecha de los baños y a la izquierda del despacho de José María.

—¡No te vas a creer la historia que traigo! —anunció Lis a los cuatro vientos a la vez que entraba como una exhalación en el despacho, pretendiendo crear una expectación al redactor jefe quien, acostumbrado a sus repentinas apariciones, ni se inmutó.

Adolfo era de esas personas que se pueden catalogar directamente como «un buen tipo» con tan solo fijarse en su mirada; entrañable y leal, algo caída, cansada, tras sus inseparables gafas de pasta negra algo descoloridas por el inexorable paso del tiempo. Desde que en su día lo pusiera de moda Steve McQueen, vestía siempre con un cárdigan de punto abotonado que cambiaba dependiendo del día de la semana. Y como cada miércoles, llevaba el de color verde militar. Contaba con algunos kilos más que el reconocido actor y también algo

menos de pelo, dándole el aspecto de abuelo entrañable más que el de un irresistible seductor de los años sesenta.

—Creo que tengo algo… —comenzó Lis, e hizo una pausa—… interesante —concluyó mientras tomaba asiento.

Con Adolfo, Lis cambiaba el tono. Con él no era la máquina fría que respondía a todo con sagacidad y esa pizca de malicia tan características de ella. Con él hablaba de otra forma, se relajaba. Podía ser ella misma sin tener que estar alerta. Sin el escudo.

—Ajá —dijo Adolfo mientras seguía mirando los cuadrantes—. Antes de eso tan interesante, ¿cómo llevas la noticia sobre las tensiones dentro del Gobierno autonómico? Lo necesitábamos ayer.

—Ahí va… —dejó caer la reportera con cierto desencanto.

—Sé que no es tu sección y que además odias la política, pero estamos hasta arriba y necesitamos que eches una mano con esto. —Al igual que el tono de Lis cambiaba con Adolfo, la condescendencia de este hacia la chica también delataba una relación diferente y especial.

—Vale, primero escúchame y luego discutimos eso, ¿sí? —respondió Lis con una sonrisa.

Adolfo apartó la vista de los cuadrantes y se centró en ella. Sabía que era mejor escuchar lo que tenía que decir, aunque después lo obviara, antes que meterse en una guerra que podría durar siglos si no le hacía caso.

—Bien, soy todo oídos. Cuéntame —le dijo a Lis mientras la miraba por encima de sus gafas de pasta y se atusaba su poblada barba blanca.

La reportera comenzó a exponerle a Adolfo, con todo lujo de detalles y adornos, toda la información de la que disponía; pero despacio, sin prisa, dominando la situación para crear expectación. Comenzó por la llamada de su fuente de la noche anterior, los indicios sospechosos y la posible relación entre ambos casos. Se esmeró al hacerlo, ya que sabía que podía ser la oportunidad perfecta para librarse de tener que entregar la dichosa noticia sobre política.

—¿Amigo o fuente? —preguntó Adolfo con malicia.

—Mi fuente —gruñó Lis—. Y aún hay más —prosiguió—. Esta misma mañana mi contacto intentó entregar de nuevo el paquete a primera

hora y… —haciendo una pausa para darle un poco más de intriga a la historia, continuó—: de nuevo escuchó ruidos dentro de la casa y nadie le abrió la puerta.

Adolfo se dio un momento para recapacitar. Era alguien inteligente e incrédulo, y a primera vista no le parecía algo que pudiera darles una historia, al menos una de las buenas.

—Insustancial —terminó por responder Adolfo—. Nada hace presagiar que pueda haber relación alguna entre los dos casos. Y, de hecho, el carnicero ni siquiera ha desaparecido —espetó mientras se volvía a atusar su frondosa barba blanca.

—Todavía —apuntó Lis—, no ha desaparecido todavía.

Lis sabía que Adolfo era un idealista y que todavía quedaba algo de aquel intrépido reportero que un día fue, de aquellos que sacaban grandes noticias donde nadie las buscaba. Se estaba reservando para el final de su exposición el símbolo pintado con tiza sobre los marcos de ambas puertas, y estaba segura de que cuando lo supiera querría aquella historia tanto o más que ella. Pero debía hacerlo a fuego lento, así que le dejó un poco más de tiempo para que fuera rumiando la información antes de seguir mientras le mantenía la mirada al viejo redactor jefe. Él seguía dándole vueltas intentando buscar algo en todo aquello que no encontraba, le faltaba «el tesoro», como le gustaba llamar al enigma a descifrar que toda buena historia debía tener. Y ella sabía que el tesoro de esa historia era aquel extraño símbolo, lo que podía hacerla grande, el punto en común entre ambos casos. Lis sacó de su bolsillo el teléfono móvil y preparó la imagen del extraño símbolo pintado en el marco de la puerta bajo la atenta mirada del redactor jefe.

—Mira esto —le dijo Lis a Adolfo mientras le daba el teléfono—. Mi fuente —continuó la reportera— encontró ese símbolo pintado sobre la puerta del carnicero. Y también sobre la del agente de seguros. El mismo símbolo dibujado sobre ambas puertas —puntualizó.

Adolfo se quedó mirando la foto, intentado descifrar ese extraño símbolo, mientras no dejaba de atusarse la barba con la otra mano, recostado en su silla. Lis se incorporó ligeramente para observarlo con atención mientras esperaba nerviosa la respuesta de su jefe. Había noticia, estaba segura. Mientras el redactor jefe se tomaba su tiempo, Lis se entretuvo echando una ojeada al impecable despacho. Siempre limpio y recogido, rozando la perfección. Sus ojos se detuvieron en una de las fotografías que había sobre el mueble de detrás del

escritorio. Era una foto familiar hecha en Cudillero. En ella posaban sonrientes un joven Adolfo, aún con pelo y sin tripa, su mujer y su hijo, de diez años. Por aquel entonces, Adolfo ya era el jefe de redacción del periódico, pero no perdía un segundo en salir a la calle por si se encontraba con una posible noticia. Lis tenía la esperanza de que su historia lo despertara del letargo en el que andaba perdido, apático y marchito, desde que perdió a su familia en un accidente de tráfico hacía unos años, arrastrados al más allá por un borracho que se cambió de carril cuando no debía.

—¿Y la Policía? —terminó por preguntar Adolfo.

—Mi fuente dice que ha recurrido a ellos en varias ocasiones y que no vieron conexión alguna como para iniciar una investigación.

—Del símbolo, ¿sabes algo? —preguntó Adolfo a Lis mientras le devolvía el teléfono.

—Nada. Eché un vistazo por internet, pero no he encontrado nada relevante. Lo único parecido es la cruz de Jerusalén, la cruz de las cruzadas. Pero es una cruz griega, no es igual que la que te he enseñado.

—Entiendo. —Adolfo hizo una breve pausa—. ¿En Sempiterno, dices? —le preguntó después.

—Sí.

—¿Un amigo? —se interesó de nuevo—. ¿Tuyo? ¿En Sempiterno? Eso sí que es noticia —afirmó Adolfo con ironía y empezó a reír levemente —. Ahí sí que tiene que haber una buena historia detrás.

—Sí, ¿eh? Muy gracioso.

Adolfo conocía bien a Lis desde que era una niña. Era amigo de su padre desde que coincidieron en la Facultad de Periodismo. Las dos familias pasaron largas veladas juntas, incluso fines de semanas enteros en la casa que el padre de Lis tenía en la sierra, en Sempiterno. Era consciente del odio intrínseco que le tenía Lis a los pueblos, y más a ese en concreto. Por ello rápidamente dedujo que ese amigo no era de ahora, sino de hace tiempo. Adolfo se volvió a atusar la barba y se le escapó una leve sonrisa mientras lo pensaba.

—¿He dicho algo gracioso? Creo que no es gracioso. Me lo puedes explicar, si quieres —le reprochó Lis.

—Nada, nada —contestó Adolfo con ganas de jugar, como el padre que hace de rabiar a su hija pequeña—. ¿Y estás segura de que te apetece ir a investigar nada más y nada menos que a Sempiterno? —le preguntó Adolfo, volviendo a lo que les incumbía de verdad.

Lis hizo una mueca que llevaba subtitulado un «no lo sé». No era precisamente añoranza lo que guardaba de aquel pequeño pueblo, pero aquella historia prometía y, además, ahora mismo le pesaba más la noticia que quería escribir más que unos cuantos malos recuerdos de su niñez.

—No es lo que más gracia me hace en el mundo, ya lo sabes. Pero creo que hay una buena historia detrás de todo esto, de verdad que lo creo.

—¿Somos los únicos fuera de Sempiterno que tenemos conocimiento de todo esto? —preguntó Adolfo.

—Pues…, lo más seguro. Incluso me atrevería a decir que dentro del pueblo también —puntualizó Lis.

Adolfo se volvió a atusar la barba mientras pensaba.

—Tengo que hablar con José María —apuntó al fin Adolfo.

«Eso es buena señal», pensó Lis. Las noticias que requerían de una investigación siempre las consultaba con José María. Pero Lis sabía que José María iba a poner pegas, siempre las ponía. Que si el dinero, que si no somos Sherlock Holmes, etcétera. También sabía que no la tragaba.

—¿Perdona? —le contestó Lis, intentado con ello provocar alguna reacción que pudiera omitir a José María.

—Ya sabes que las cosas aquí no están muy bien económicamente ahora mismo. Y si vamos a hacer algo así en plena precampaña, él tiene que dar el visto bueno.

—Está bien, pero hay noticia aquí, y lo sabes tanto como yo.

—Sí, puede ser —confirmó Adolfo—. El hilo del que tirar es fino, eso está claro. Pero puede haber una buena historia. Ese símbolo encima de ambas puertas es algo extraño, desde luego, y lo misterioso siempre llama la atención. Además, tenemos la primicia —dijo Adolfo, quien hablaba con tal serenidad y tranquilidad que parecía que sus palabras pudieran mecer hasta al potro más salvaje.

—¿Tenemos noticia, jefe?

—No nos precipitemos —contestó Adolfo riendo tímidamente.

—¡Hay noticia! —exclamó con rotundidad Lis mirándole a los ojos y levantando el brazo en señal de victoria.

—¿Cómo has pensado hacerlo? —preguntó Adolfo.

—Supongo que lo suyo sería empezar ya —como Lis no se había parado a pensar en eso, improvisó—, ir hoy mismo, quedar con mi fuente y empezar a investigar cuanto antes.

—¿Una noche?

—Sí, hoy y mañana yo creo que está bien, al menos para ir viendo. Ya sabes que, si es posible, preferiría no tener que dormir en la casa que mis padres tienen allí —apuntó Lis con pesar.

—Pues manos a la obra, ambos tenemos trabajo que hacer. Yo tengo que convencer a José María y tú tienes una noticia que entregarme.

—Sí, señor —contestó Lis con un sabor agridulce, ya que no había podido eludir su cometido, pero Adolfo había dicho «convencer», por lo tanto, estaba segura de que aquella extraña historia sería suya.

—Quién sabe, lo mismo es un buen comienzo para tu novela, ¿recuerdas? —apuntó Adolfo.

«Mi novela…», intentó recordar Lis. Hacía demasiado tiempo que no tocaba lo poco que había comenzado a escribir. A Lis le dolía que Adolfo le preguntase por ella, porque sabía que era un sueño que jamás se lanzaba a realizar. Él la animaba continuamente, aunque indirectamente la presionaba, y eso a Lis le molestaba. Además, aunque sabía que lo hacía por ella, cada vez que Adolfo se lo recordaba, sentía que le estaba fallando.

—Sí, puede ser.

Lis se levantó y se marchó.

—Adiós, Lis. Eres maravillosa.

Adolfo lo dijo con ironía, pero lo pensaba de verdad. Sabía que debajo de esa gruesa capa de falsa frialdad que mostraba con los demás, de una persona maltratada por sí misma, había una gran mujer. Desde que Lis se incorporó a la redacción, y empezó a tratar más con ella,

Adolfo vio en la joven reportera al hijo que le arrebataron. Lis, por su parte, cuando el cáncer se llevó a su padre, vio en Adolfo la persona ideal para llenar aquel vacío. Y así fue como encontraron cobijo dos desamparados por los infortunios que muchas veces depara la vida.

—Y recuerda —dijo Adolfo antes de que Lis cerrara la puerta—, haz que pase.

Lis asintió esta vez con decisión ante la forma que usaba siempre Adolfo para decirla que, si luchaba por algo, lo conseguiría.

6

ABEL

Consciencia.

Los miserables ya no están.

Mis ojos no tardan en hacerse a la oscuridad. Dudo si he parpadeado, pero me dejo llevar por la esperanza y sueño despierto que puedo cerrar los ojos, aunque solo fuera por un instante. Y descansar. Pero no, es una ilusión. Una ilusión que dura esa minúscula fracción de tiempo que tarda el ojo humano en acostumbrarse a la oscuridad, y entonces aparece de nuevo. Serena. Inquebrantable. Acechándome. Maldita pared. No puedo dejar de mirarla. No lo comprendo…

Pienso, pero me cuesta. Me sigue doliendo la cabeza. Me esfuerzo en pensar; en ser consciente de todo lo que me rodea. Estoy tumbado en el suelo de la entrada frente a la pared, a unos treinta centímetros de ella. «Sigue», me animo. Mi línea visual sigue fija en el mismo punto inamovible de la pared. Todo lo que se va expandiendo hacia los lados se va difuminando lentamente hasta llegar al límite del campo visual, después para mí no hay nada. Me concentro, me duele. Me concentro más. Hay unas gotas oscuras, resaltan ligeramente sobre el color claro del suelo laminado. Puede ser sangre, ¿será sangre?, ¿mi sangre? No soy capaz de recordar. De repente vienen a mi mente fragmentos de mi vida, mi mujer, mis padres. Me duele la cabeza. «Concéntrate», me reprendo. Y me concentro. «Soñar no te va a ayudar», me digo. Sigo buscando detalles en la zona borrosa, en los límites de mi campo visual. Un momento, ¿qué es eso?, ¿mi brazo? ¡Es mi brazo! Tiene que ser mi brazo, y juraría que está pegado a mi cuerpo. Siento que suspiro de alivio, pero el aliento no sale de mi boca. Mi cuerpo está, aunque no pueda sentirlo. ¿Tendré alguna lesión en la columna?

El dolor se intensifica en mi cabeza. Un recuerdo reciente. Fugaz. Abro la puerta de entrada a la casa y una nube de polvo me envuelve, es lo primero que veo nada más abrir. El primer contacto con el polvo me ahoga instantáneamente, son milésimas de segundo. Un brazo emerge

agitando todo el polvo a su paso, tiene el puño cerrado, el derecho. No reacciono, no tengo tiempo. Me ahogo. El puño me golpea en el rostro con tal virulencia que me desestabiliza por completo y caigo al suelo sobre el costado derecho. Mi cráneo choca contra el suelo. Escucho el chasquido.

Me golpeé contra el suelo. ¿Por eso no siento mi cuerpo? ¿Me habré fracturado la columna? Quizás el golpe, la caída… Intento razonar. Me duele la cabeza, pero lo hago. Las lesiones de columna que conllevan pérdida de movilidad son de cintura o cuello. Paraplejia o tetraplejia, dependiendo de en qué zona se haya producido la lesión. En cualquiera de los casos, tendría movilidad por encima del cuello, pero no la tengo. Tiene que ser otra cosa. «Piensa, joder». El dolor se intensifica cada vez que mi cerebro hace un esfuerzo. Otro recuerdo. En un reportaje de la BBC hablaban de la inmovilidad tónica. Es una reacción cerebral que puede explicar una parálisis completa. ¿Cómo era? ¿El córtex prefrontal? No me acuerdo. La región del cerebro que nos permite pensar racionalmente puede quedar gravemente inhabilitada en situaciones traumáticas, pero, según el reportaje, los afectados pueden sentir. Yo no siento nada. Nada.

Tiene que ser otra cosa. ¿El qué?

7

ADOLFO / JOSÉ MARÍA

Miércoles. 11:21. Madrid

El despacho de José María era bastante más estrecho que el de Adolfo, lo había escogido porque daba directamente a la calle y tenía ventana. Le gustaba tenerla siempre entornada para sentir el bullicio de la ciudad. Lo tenía también perfectamente colocado y ordenado. Un amplio escritorio de caoba presidía la estancia, empapelada con varias estanterías y miles de archivadores donde guardaba, por colores, todo lo más relevante para el periódico: los archivadores verdes para las cuentas, los negros para los casos sin resolver importantes, los rojos para casos sociales relevantes, etc. Todos, a su vez, ordenados primero por fechas y después por orden alfabético. Un auténtico derroche de organización.

Adolfo llamó a la puerta.

—Pasa y siéntate, ¿en qué te puedo ayudar? —le dijo afablemente mientras revisaba los Excel de gastos en su portátil.

José María era un hombre elegante, siempre vestido con sus trajes a medida y zapatos relucientes. Pasaba por poco los cincuenta, de pelo castaño meticulosamente peinado con raya a un lado y piel tostada por el sol o, en su defecto, por las máquinas de rayos UVA de una famosa clínica de estética del centro.

Desde que empezaron con el proyecto, José María había ejercido las labores de director de la redacción, se le daban mejor los números y era más estricto con los gastos, además de tener un excelente don de palabra y gran visión para los negocios. Adolfo tomó las tareas de coordinador, como jefe de redacción, más cerca de las noticias, de la primera línea de fuego, donde siempre le había gustado desempeñarse.

—Creo que tenemos algo —le dijo Adolfo a José María mientras se

sentaba.

—Cuéntame —respondió José María, retirando la vista de sus números y acomodándose en su silla.

Adolfo le resumió brevemente la historia, sabía que José María no quería los detalles. Le gustaban las cosas rápidas. «No hay tiempo que perder», decía siempre.

—Muy débil —apuntó el director, siempre directo y claro en sus comentarios, tras escuchar atentamente los hechos expuestos por Adolfo.

—Eso pensé en un principio —reconoció Adolfo mientras comenzaba a atusarse la barba—, pero el mismo símbolo en ambos domicilios es algo lo bastante grande como para no dejar pasar esta historia. Es un tesoro. —El director frunció ligeramente el ceño, no lo veía claro—. De ser cierto —prosiguió Adolfo—, es seguro que podría ser una historia con un gran potencial. Las personas no desaparecen porque sí, siempre hay un motivo. Y si lo hacen por ellas mismas, desde luego no se dedican a pintar símbolos sobre sus puertas. Podríamos estar ante un caso de desapariciones bajo un mismo sello. Incluso algún tipo de asesino en serie o secta, quizá —conjeturó Adolfo para dejar suavemente la idea en la cabeza de José María.

Y cumplió su propósito, al director le gustó la idea de aquella posibilidad. Un asesino o secta, en un pequeño pueblo de la cuenca del Manzanares, sin duda alguna tenía gancho. Sus miradas se mantuvieron fijas el uno en el otro, suspendidas en el aire. Se hizo el silencio, uno porque no encontraba explicación lógica a lo que estaba diciendo y el otro porque no comprendía lo que estaba escuchando. Sin duda, era algo extraño y diferente.

—¿La Policía? —preguntó José María al fin.

—Según Lis, su fuente acudió a ellos antes de llamarla. No vieron relación alguna entre los casos.

—Puede haber algo, pero me sigue pareciendo muy débil —apuntó el director, que se quedó callado un momento mientras le seguía dando vueltas en la cabeza—. ¿Tenemos a alguien disponible?

Adolfo tuvo que contener la sonrisa de la satisfacción en su interior. Él tenía claro que había historia, tenía que haberla, y José María, con esa pregunta, se estaba empezando a interesar también. Pero ahora venía lo más complicado. José María no tragaba a Lis, que le había dado

motivos suficientes para ello, y Adolfo era plenamente consciente. Pero también sabía que Lis necesitaba una noticia diferente, que la hiciera sentirse viva. Sentir lo que es ser un reportero de verdad, investigación de campo. Llevaba años haciendo lo que nadie quería y estaba totalmente desmotivada entre noticias intrascendentes de política y sucesos sin repercusión, esto podía ser su salvoconducto de las catacumbas del periodismo.

—Había pensado en mandar a Lis. Sin duda —continuó Adolfo rápidamente para no dar tiempo a José María a protestar—, creo que había que investigarlo in situ. La historia es de ella, conoce el pueblo y a la gente. Y cuando termine lo que tiene entre manos, está libre —puntualizó Adolfo.

—¿Lis? —reaccionó José María, totalmente desencantado con la propuesta. Casi le descolocaba más escuchar de su socio la proposición de Lis como posible candidata para seguir la historia que la propia historia en sí.

—La historia es de ella, conoce el pueblo y a la gente —insistió—. Dale una oportunidad a la chica. Hay que actuar rápido, si el carnicero desaparece habrá más periódicos que se hagan eco de la noticia y no tendremos la primicia. —A Adolfo no le gustó su última frase, era sensacionalista, pero había noticia y no debían demorarse—. Muchas veces —continuó Adolfo— la mandamos hacer tareas propias de los becarios, déjala intentarlo. Lo hará bien —afirmó con aplomo, aun dudando en su interior.

—Si está haciendo las tareas propias de un becario es porque cuando se le ha dado alguna oportunidad importante la ha cagado.

—Lo sé, lo sé. Pero tú hace mucho que no hablas con ella, mientras que yo lo hago a diario. Créeme que la veo más entera y este empujón es lo que necesita.

—¿Cuántas veces te ha dejado colgado ya, Adolfo? —preguntó José María cansado de la misma discusión de siempre.

Adolfo no contestó, porque José María tenía razón. Lis le había fallado muchas veces desde que se incorporó con ellos haría unos diez años por una promesa que hizo a su padre y que no podía romper. «Cuídala, está algo perdida», le dijo Enrique, su íntimo amigo, en uno de sus últimos suspiros. Lis era difícil, dejada, malhumorada, despistada, y un largo etcétera. Muy diferente de aquella joven intrépida y soñadora que quería ser una famosa reportera y escritora,

como lo fue su padre. A medio camino del tránsito de crisálida a mariposa se dejó llevar por la apatía, por la indiferencia, quedando ya solo pequeños destellos de aquella niña que el viejo redactor se empeñaba en recuperar. Ahora que la redacción andaba metida en un pequeño bache económico y, sin duda, siendo ella la más prescindible, esta extraña noticia tenía posibilidades y, si lo hacía bien, sería un escaparate perfecto para ella.

—A Lis —continuó José María— sabes perfectamente que este trabajo le importa una mierda. Sin contar con que normalmente tarda siglos en entregar sus textos, por otra parte, nada reseñables. La mantengo en plantilla por ti. Y tú, a su vez, por una promesa a un hombre que falleció hace años.

—Y porque es dueña de más de la mitad de la empresa. Sin las aportaciones que hizo su padre, ahora no estaríamos aquí —puntualizó Adolfo. Sabía que con ese detalle a José María le haría dudar—. En parte, se lo debemos.

Adolfo solía usar ese as en la manga con José María para seguir protegiendo a Lis, pero tenía dudas de cuánto más podría seguir usándolo. A finales de los noventa, los periódicos digitales no tenían mercado todavía. Eran pocos los que apostaban por ellos. Cuando José María y Adolfo decidieron embarcarse en la era digital, el padre de Lis contribuyó activamente a base de donaciones para que el Diario 33 Digital pudiera ver la luz. Enrique poseía el cincuenta y uno por ciento de la empresa, lo quería como su proyecto personal, como legado para su hija, en quien confiaba para que llevara el peso de la redacción en un futuro. Una responsabilidad que, con el tiempo, Lis dejó guardada en algún cajón.

—Sé que no confías en ella, y aunque me duela reconocerlo, lo entiendo y tienes tus motivos —aprovechó Adolfo para continuar ante los gestos de duda que acompañaban los movimientos de su socio—, pero recuerda el caso del sombrero, por ejemplo, hizo un excelente trabajo. Démosle una oportunidad, si no lo hace, no te daré más la murga con ella. Prometido. —Adolfo paró un segundo para tomar aire y prosiguió—. Además, ten presente que seguramente tenemos la primicia de esta historia —continuó el redactor jefe—. No han pasado ni veinticuatro horas y ningún periódico de ámbito comarcal, y mucho menos nacional, se suele preocupar por lo que pasa en Sempiterno. La chica conoce el pueblo y a la gente, y tiene el contacto en el pueblo. Puede salir bien. Pero hay que moverse rápido.

—¿Qué se necesita? —preguntó José María con algo de resignación.

—La mandamos hoy y le damos veinticuatro horas para sacar algo. Si no, la traemos de vuelta. Si hay algo, lo metemos en el reportaje especial que hacemos los domingos. Yo mandaría también un fotógrafo, por si acaso.

—Está bien. Dos cosas. —José María se puso serio, algo que no era muy normal en él ni presagiaba buenas noticias—: Primero, si la caga, ni una más, está fuera. No andamos bien ahora mismo en temas de presupuesto, nos han fallado varios anunciantes y aunque su padre nos ayudara en un pasado y ella sea socia, yo no voy a echar a alguien que trabaja por mantenerla a ella. Perderá su puesto como reportera. Tendrás que cumplir tu promesa en otra parte. Y segundo, quiero que haya otro especial preparado por si no llega a tiempo, lo hace mal o lo que sea. Tú verás cómo te las ingenias. No hay más negociación, Adolfo— sentenció José María.

—Me parece bien —aceptó Adolfo, con una mezcla de sentimientos contrapuestos que se cruzaban y chocaban, entre la alegría por conseguir su propósito y la tristeza de que, si Lis no conseguía sacarle partido a esta oportunidad, sería la última.

—Y recuerda que tampoco podemos pasarnos con los gastos — puntualizó José María.

—No te preocupes, lo hablo con Amanda —contestó Adolfo—. Y gracias.

—No me las des. Confío en tener otra excusa más para poder quitármela de encima.

Adolfo asintió con desazón y se levantó para marcharse. Entendía los motivos de José María, los entendía y los comprendía, pero no podía dejar de darle oportunidades a Lis. Al viejo redactor todo esto le había recordado sus tiempos mozos, cuando investigaba. Un caso extraño, sin mucho sentido aparente. En un pueblo perdido en las afueras. Solo de pensarlo ya se emocionaba y le daban ganas de ser él mismo quien cubriera la noticia. Y ojalá, todas esas sensaciones que él estaba sintiendo, le dieran a Lis una razón para involucrarse de verdad con algo en la vida.

—La verdad es que anoche fue increíble, menuda fiesta —comentaba Lis a Amanda con entusiasmo—. Estuve a punto de llamarte, ¿sabes? Pero como era tan tarde y tal, me dio apuro molestarte.

Lis estaba apoyada en el escritorio de su compañera mientras esta, del todo concentrada en su portátil, asentía sutilmente sin escuchar. Tenía demasiados números que cuadrar para el cierre del mes como para perder el tiempo escuchando las nimiedades de Lis.

—Lástima, para la siguiente —le contestó Amanda con dulzura sin dejar de mirar la hoja de cálculo.

Amanda era una chica joven, apasionada en todo lo que hacía, de pelo negro largo y piel canela. Era inteligente y guapa, educada y dulce, y a todo el mundo le caía bien. A todo el mundo menos a Lis; de hecho, no solo no le gustaba, sino que la odiaba. Mejor dicho, la envidiaba.

—Mira —le dijo Lis a Amanda mientras le enseñaba la foto que se hizo con Manuel la noche anterior—, lo conocí anoche. Es guapo, ¿eh?

—Sí. Sí lo es —contestó Amanda mirando la foto de reojo—, pero ya me la mandaste anoche.

Lis ni se acordaba.

—Ah, ya. Pues conocí a… —Lis dudó unas milésimas de segundo— Martín en un bar de Malasaña muy chulo, y la verdad es que es todo un caballero, quizás le dé una oportunidad. Ya veremos. Ya sabes cómo son estas cosas. Bueno, y tú, ¿qué hiciste? —preguntó Lis sin ningún interés.

Amanda suspiró.

—Poca cosa, la verdad, me pasé la noche entera en casa viendo series y atiborrándome a palomitas. Que típico, ¿no? —Una leve mueca de desazón se dibujó en el rostro de Amanda.

«Y ni pizca de celulitis», fue el primer pensamiento de Lis. «Ya te harás vieja y espero estar cerca de ti para ver cómo se te pone el culo como el de un elefante africano», quiso responderle Lis.

—Ah, ya… Yo a tu edad también tuve alguna de esas noches. Te va a costar superar lo de que tu novio te dejara por aquella otra chica, Rosa, ¿no? —Lis, en esta ocasión, sí que recordaba perfectamente el nombre—. Pero no te preocupes, el tiempo todo lo cura. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. Además, Miguel tiene amigos muy monos, el fin de semana que viene quedamos todos —mintió, solo quería sentirse mejor consigo misma a costa de ver a su compañera dolida.

Amanda, que se había dado cuenta del repentino cambio de nombre del protagonista de la increíble noche de Lis, no le dio ni la más mínima importancia, ya conocía su juego. Además, todavía le dolía que le recordaran aquel momento de su vida. Habían pasado varios meses que para ella parecían una eternidad. Ella se fue de Jaén para cubrir la vacante de producción que Jimena había dejado en la redacción de Diario 33 Digital el año anterior. La jienense se mudaría primero a Madrid, se asentaría y más tarde llegaría su novio. Ese fue el plan marcado, pero nunca se cumplió. Él tenía otros planes, en otra ciudad, con otra mujer.

En ese momento Adolfo salió del despacho de José María.

—Lis, sales esta tarde. Pero antes quiero lo que me debes—apuntó Adolfo.

La noticia produjo en Lis una increíble ilusión. Iba a investigar de nuevo. Estaba emocionada.

—Ya voy, jefe —le dijo a Adolfo mientras se giraba hacia Amanda.

—Tengo una noticia entre manos que no te creerías, esta noche te llamo y te cuento —susurró a Amanda, sabedora de que aquella llamada tampoco se cumpliría.

—Amanda, ¿puedes venir a mi despacho, por favor? —las interrumpió Adolfo.

«Ojalá te caiga un buen puro», pensó Lis siguiendo con la mirada a Amanda, que solo odiaba a su compañera por pura envidia, mientras esta se levantaba para ir al despacho de Adolfo, antes de darse cuenta de que lo más seguro es que fuera para preparar el viaje que la mandaría de nuevo a aquel pueblo de mierda perdido en las montañas.

8

NED

Miércoles. 12:08. Madrid

Eduardo, a quien le gustaba autodenominarse Ned en alusión al pater familias de una de las casas de su serie de novelas favorita, Canción de hielo y fuego, vivía con su madre en un modesto piso en el centro de Vallecas. Pasaba las horas en «la oficina», como llamaba a su habitación de apenas doce metros cuadrados, donde tenía todo lo que un hombre, bajo su perspectiva, podría desear. Contaba con una televisión de plasma de 50 pulgadas enchufada a través de un conector a varias consolas, tanto nuevas como viejas, desde la Super-Nintendo hasta la PS4 Pro. Bajo el escritorio de aglomerado de madera clara tenía la CPU de su ordenador, que bien podría confundirse con la nave nodriza de Encuentros en la tercera fase de Spielberg. No en tamaño, claro, pero sí en el colorido de sus luces y neones. Las paredes estaban forradas de varias estanterías llenas de películas, videojuegos y cómics y algunos pósteres de películas de ciencia ficción como Matrix o Blade Runner. Y, para terminar, lo más prescindible de todo: un pequeño armario y el catre. Había conseguido, además, tener un servicio gratuito de comida y bebida veinticuatro horas al día los 365 días del año, proporcionado por su madre, con tan solo pegar un grito. El único inconveniente era que carecía de cuarto baño, y por tanto debía salir de su ecosistema para hacer sus necesidades. Quitando ese pequeño detalle, vivía en un paraíso.

Ned tenía unos hermosos treinta años bien entrados en carnes, el pelo lacio de color negro que le caía despeinado por la frente, gafas de montura metálica y cara de poco espabilado. Estaba embutido en su silla gaming a punto de comenzar la última fase en el juego cooperativo online al que llevaba dedicadas las últimas seis horas. Se había despertado temprano y, después de un buen tazón de cereales y todas sus necesidades fisiológicas hechas, a eso de las siete de la mañana ya estaba preparado con su avatar en Santuario, el mundo donde se desarrollaba la acción del juego online.

Él y sus colegas, Dudu y Angelote, curtidos juntos en mil y una batallas legendarias virtuales desde que se conocieran en el instituto, ya tenían en su poder varias «máquinas infernales» de los diferentes tipos que hay. Con esas máquinas, combinándolas, podían abrir los últimos tres portales que les darían acceso a las guaridas de los monstruos, «jefes finales», en el argot del buen gamer, que custodiaban los materiales para crear el amuleto magistral.

Era casi la una de la tarde, la fatiga hacia mella, pero no era el momento de rendirse. Ned empezó su ritual de preparación, el combate estaba a punto de empezar. Hundió su mano en la bolsa de patatas fritas una última vez para, después de metérselas todas en la boca, limpiarse en el pantalón del pijama. Dio un largo sorbo a su refresco de cola a través de su pajita negra con la cabeza de Darth Vader. Se colocó de nuevo los cascos y suspiró. La mano izquierda sobre el teclado y con la derecha cogió el ratón. Llegaba el momento decisivo, Ned sabía que no tenía el nivel necesario para lanzarse a semejante odisea, su avatar no era lo suficientemente fuerte ni estaba equipado para la que se le venía encima, pero sus compañeros, Dudu, que tenía como avatar un cazador de demonios, y Angelote, un monje, iban totalmente sobrados tanto en nivel del personaje como de equipo. Ned era el tanque, siempre le gustó el personaje del bárbaro, dar mamporros a diestro y siniestro sin tener que pensar demasiado. Cuando el primer portal se abrió en «la morada corrupta oculta» y lo traspasaron, empezó la primera batalla en Reino del Espanto, donde los esperaban Diablo y sus secuaces. Nada más pasar el portal, el avatar de Ned empezó a recibir golpes por todos lados.

—¡Joder! Me está dando pero bien —gritó Ned por el micrófono de sus auriculares mientras no paraba de mover el ratón de un lado a otro, lo que hacía que su avatar pareciera que corría sufriendo espasmos.

—No te metas, coño —refunfuñó Angelote.

—Tú aléjate y déjanos a nosotros —le contestó Dudu más amigablemente.

A Ned le molestaba no ser capaz de ayudar, pero sabía que no podía competir como se requería por el bajo nivel de su avatar, y se decidió por alejarlo lo más posible de los enemigos y dar vueltas en círculos para que ningún rayo, explosión o bicho armado hasta los dientes lo pudiera matar de una estocada mortal. Para eso solo tenía que mover el ratón, con lo que con su mano izquierda metía mano de nuevo a la bolsa patatas fritas que tenía sobre la mesa.

El móvil de Ned empezó a sonar, «producción Diario 33», apareció en la pantalla de su smartphone.

Cuando no estaba jugando a videojuegos, comiendo, o ambas cosas a la vez, leyendo o viendo películas, trabajaba como fotógrafo para algunos periódicos y revistas locales. Ni era bueno en lo que hacía ni ganaba mucho, pero le bastaba para pagarse sus caprichos; las facturas ya las pagaba su madre.

Puso en mute su micrófono para no interrumpir a sus compañeros y contestó a la llamada.

—Dime —contestó Ned, intentando disimular que tenía la boca llena de patatas fritas.

—Eduardo, buenos días —le saludo Amanda—. Tenemos un reportaje bastante interesante en Sempiterno y necesitaríamos que acompañases a la reportera para hacer las fotografías. En principio, sería solamente una noche fuera. Saldríais esta tarde para volver mañana —le comentó dulcemente Amanda—, aunque se podría alargar algún día más. Todo dependiendo, claro, de lo que vayáis encontrando.

—OK —contestó Ned, que no quitaba ojo a la pantalla del ordenador.

—Te mando toda la información por mail. Lis será la reportera.

—Sí, perfecto.

Los compañeros de batalla de Ned estaban a punto de destrozar a Diablo mientras él seguía dando vueltas en círculos lo más alejado posible de la acción.

—Vale. —A Amanda le costaba seguir la conversación ante la sequedad de Eduardo—. Una última cosa, tienes que recoger el coche de alquiler donde siempre a eso de las tres de la tarde e intentar recoger a Lis sobre las cuatro, ella te estará esperando. Te paso la dirección y su contacto también en el mail.

—¡Vamos joder! —gritó Ned de repente al ver que sus colegas acababan de matar a Diablo entre destellos, rayos, humo y vísceras. Con los objetos que soltó al morir tenían lo que necesitaban para crear el amuleto magistral.

—¿Perdón? —preguntó Amanda con dulzura, como de costumbre.

—No, no…, mi madre —mintió Ned—. Disculpa —siguió Ned al darse

cuenta de la situación—. No problemo —concluyó, emulando la famosa frase de Terminator—, allí estaré.

—Vale, pues nada. Gracias —dijo finalmente Amanda antes de colgar.

Ned colgó y quitó rápidamente el mute de sus auriculares.

—¡Joder, tíos, sois la leche…, la auténtica hostia, no os ha durado nada! —les gritó eufórico mientras los tres avatares de Dudu, Angelote y Ned iban recogiendo todos los objetos que Diablo soltó al morir.

—Venga, a por el siguiente —ordenó Angelote—. Vamos, rápido, que casi es la hora de comer y mi madre, si no, me da la murga.

—Nos quedan dos portales más. Los terminamos y a comer —matizó Dudu.

Ned puso el mute de nuevo mientras sus fieles compañeros divagaban sobre cuál sería el próximo paso. Ambos tenían prisa por terminar la aventura, ya que solo se habían pedido ese lunes de vacaciones. Tenían como norma general cogerse siempre el primer lunes de cada fin de semana en el que saliera una nueva expansión del juego para así poder hincharse sin miramientos.

—¡Mamá! —chilló Ned desconsolado sin moverse del sitio que se acababa de dar cuenta de que tenía un hambre voraz.

Esperó unos pocos segundos antes de volver a realizar la llamada, sabía que su madre siempre se hacía de rogar para al final aparecer cabreada por haber tenido que moverse, pero, paradójicamente, deseosa de que su hijo la necesitara.

A los pocos segundos de la segunda llamada, después del sonido característico que se produce al arrastrar perezosamente las zapatillas de andar por casa por el azulejo, la puerta de su habitación se abrió y su madre lo miró inquisitivamente.

—¿Qué narices quieres? —dijo Lucía, su madre, con cara de pocos amigos.

Lucía, como su hijo, estaba entrada en carnes. Tenía unos cincuenta y tantos años a sus espaldas, mal llevados, con el pelo encrespado y la cara con unas prominentes ojeras fruto de las largas noches que se pasaba enchufada a la televisión, absorta entre canales de teletienda y horóscopos. Vestía un pijama rosa, algo apagado por demasiados lavados, que le quedaba bastante ajustado y adornado con diminutas

manchas de tomate, con las zapatillas de andar por casa a juego. Lucía trabajaba como mujer de la limpieza para varias familias aburguesadas en la lujosa zona de Puerta de Hierro. Trabajaba días alternos, generalmente a petición. No le disgustaba demasiado, ya que de esa manera disponía de mucho tiempo libre. Además, al pagarle en negro podía seguir disfrutando del subsidio por desempleo que le daba el Estado al estar, en teoría, no empleada y con un hijo a su cargo. Con esos dos ingresos y la casa heredada sin cargas de sus padres, ya fallecidos, tenía lo suficiente para que no le faltara comida basura en su despensa.

Después de un fin de semana duro, el lunes era su día de descanso, día que invertiría, como siempre que no tenía que trabajar, en estar sentada en el sofá viendo todos los programas del corazón y atiborrándose de patatas fritas que mojaba con ansia en su taza llena de refresco de cola. Y, por supuesto, en atender las demandas de su hijo.

—Madre, ¿qué hay de comer? Me muero de hambre —dijo Ned con voz de pena.

Lucía gruñó como de costumbre.

—Nada —le dijo, aunque ambos eran plenamente conscientes de que ella simplemente estaba haciéndose de rogar. Ned, por su parte, suplicó cumpliendo con el ritual de costumbre.

—¿Y vas a dejar que me muera de hambre? —preguntó con tristeza.

Y la escena teatral se estiraba hasta que Ned agotaba la paciencia de su madre.

—… pero sabes que a mí no se me da bien —replicó Ned poniendo el «modo drama»—. Además, cuando lo he intentado, luego siempre me reprochas que si he manchado demasiado la cocina, que si usé una sartén que no era, que si voy a hacer que el horno explote…

—Anda, anda. Ahora te caliento una lasaña congelada en el microondas —sentenció la madre, cansada de las quejas de su vástago —, pero después de que termine lo que estoy viendo.

—No problemo. Madre, eres la mejor. —Ned sonrió burlescamente a su madre, pero con cariño—. Por cierto, madre… —comenzó a decir, poniendo vocecita suave y delicada, sin terminar la frase adrede.

—¿Qué más quieres? —suspiró la madre, sabiendo que algo más iba a

pedir su retoño.

—Necesito la maleta del trabajo para un par de días. Me voy luego y vuelvo mañana, pero lo mismo son más días. Con los vaqueros y unas camisetas vale.

—¿A dónde vas? —preguntó curiosa.

—A Sempiterno. Ahora que lo pienso, creo que no sé dónde está —reflexionó Ned con su madre mientras ladeaba la cabeza intentando recordar dónde estaba ese pueblo.

—Uy, pues ahí lo mismo refresca por las noches. Deberías de meter también algún jersey. Y seguro que te llueve, en esos sitios siempre llueve, meteré también el chubasquero —reflexionaba la madre en voz alta mientras pensaba qué más podría necesitar su amado vástago.

—Mete lo que quieras, para dos días. Y deja espacio para mis imprescindibles. —Así llamaba Ned a su portátil, sus auriculares y a su ratón.

—¿Y tus pastillas? —añadió la madre.

—Ya, ya.

—No se te ocurra irte sin ellas, que nos conocemos. Te meteré algunas en la bolsa de aseo, por si acaso.

—¡Madre!, por favor —le rogó Ned haciendo aspavientos para que cerrara la puerta y se marchara—. ¿No ves que estoy en mitad de una guerra entre el bien y el mal? De mí depende el futuro de la humanidad, no puedo estar perdiendo el tiempo con todas estas nimiedades, ¿no te das cuenta de que si lo dejo aquí todos podríamos morir? —espetaba mientras hacía gestos angustiosos señalando el monitor del ordenador.

La madre de Ned puso cara de importarle un bledo la retahíla que le acababa de soltar su hijo y cerró la puerta.

9

ABEL

Reafirmación.

Mi cuerpo sigue sin responder a los estímulos de mi cerebro. Me resigno. Intento pensar, pero cada vez que lo hago vuelve el dolor. «Concéntrate en la información». Me concentro. Duele más. Recapitulo. ¿Quiénes sois? El hombre la llamó mamá, aunque lo pronunció de una manera extraña. ¿Una madre y su hijo? Sí, tienen que ser una madre y su hijo. Ella preguntó: «¿Qué has hecho?». No tenía constancia de lo ocurrido, no podía tenerla. De lo contrario, no hubiera sido esa su primera pregunta. El hijo contestó: «Lo que tenía que hacer». Él es responsable de todo esto, seguro. ¿Qué era lo que tenía que hacer? ¿A qué se refería? ¿A hacerme algo a mí? ¿A Nuria? ¿A los dos? ¿Por qué? «No, para. Concéntrate en la información». Una madre y su hijo. No puedo saber con certeza si la voz del hijo pertenece al brazo que me agredió. Aunque sería lo más lógico. ¿Una tercera persona? No, no lo creo. Dos sombras. Dos marionetas. Son dos.

¿Cuánto tiempo ha pasado?

Piensa, joder, piensa. La madre preguntó: «¿Dónde está ella?». Definitivamente, desconocía lo sucedido. «Nuria está en la habitación principal», contestó el hijo. Él llamó a mi mujer por su nombre, la conocía. La mencionó con esa voz. Esa voz profunda y ronca. Tosca. Lúgubre. Rasgada, como si tuviera algún defecto en el habla. Me resulta familiar. Es una voz demasiado característica, la conozco. Pero no recuerdo con claridad y soy capaz de asociarla. Me duele la cabeza. «Concéntrate. ¿Quién eres?». Busco en mi memoria. No me resulta sencillo. Duele. «¡Vamos!», me grito. ¿Quién eres? Los recuerdos no están como tienen que estar. Es como si alguien los hubiera fragmentado y mezclado con habilidad, incluso tengo la sensación de haber perdido alguno de ellos. Me concentro. «Vamos», me exijo. Es imposible. Cuanto más me esfuerzo en rebuscar en mi memoria, más me duele la cabeza. No puedo. Así no puedo.

Miro la pared. No parpadeo. No dejo de mirar la dichosa pared. No me ayuda tenerla ahí, mirándome. Desafiante. Segura de sí misma mientras yo me hundo desesperadamente. Maldita pared. «¡Déjame en paz!», le grito. Pero la pared no me escucha y yo no me oigo. ¡Dios! Le acabo de gritar a una pared que me deje en paz. Me estoy volviendo loco.

Respiro hondo para tranquilizarme. Me angustio de nuevo. No me había dado cuenta hasta ahora. Algo tan esencial como respirar, tan habitual, me había pasado inadvertido. No respiro, no puedo respirar. Me asfixio, me ahogo. Me viene a la mente la imagen de un precioso pez de escamas anaranjadas, tirado en el suelo, como yo. Fuera del agua, de su hábitat. Abriendo y cerrando la boca, buscando desesperadamente oxígeno. Oxígeno que no puede tomar del aire, aleteando desesperado. Se retuerce. Se ahoga. Me ahogo. ¡Dios! ¿Qué es esto? ¿Qué tipo de pesadilla es esta? Tiene que ser una pesadilla… Por favor, que pare ya. «¡Que pare!», grito. Grito con todas mis fuerzas. No oigo nada. No respiro. Me muero. Un momento. Sigo vivo. No me muero. Respiro. Si no, ya estaría muerto. «Razona», me exijo. Me tranquilizo. Me concentro. Y lo siento. Inspiro. Inspiro tan suave que casi ni lo noto. Si me concentro mucho, puedo sentir el rumor casi mudo de mis pulmones al recibir el aire. Espiro. ¿Qué está pasando? «¡Vamos!», me grito. Tengo que ser fuerte, tengo que ser fuerte, tengo que ser fuerte…

Lo consigo. Miro la pared, no parpadeo. ¿Cuánto tiempo llevo mirándola? Tengo la sensación de llevar una eternidad con la mirada fija en ese dichoso punto inamovible en la pared. «Serénate», me exijo. Me sereno. Ordeno la historia. Llaman a la puerta y la abro. ¿Por qué no comprobé quién llamaba por la mirilla? ¿Quizás abrí la puerta porque lo conocía? ¿Estaba esperando a alguien? No me acuerdo, todo lo que hay antes de estar mirando la maldita pared está desenfocado. Recapitulo; abro la puerta, el hijo me golpea y caigo al suelo. Debí de perder el conocimiento hasta que los escuché abrir la puerta con la llave, cuando entraron la madre y el hijo juntos y ella le preguntó qué había hecho. La primera vez que entró el hijo, cuando me golpeó, debió de coger la llave del cestito de mimbre que hay sobre el aparador, en la pared que está a mi espalda. Lo que significa que el hombre entró, me golpeó, hizo lo que tuviera que hacer aquí, cogió la llave y se fue a buscar ayuda. A su madre. «¿Y tú vas a ayudarme?», dijo el miserable a su madre. ¿A qué? ¿Qué hiciste aquí, en ese tiempo en el que yo estaba en el suelo inconsciente? «Malnacido», repito con más fuerza. «¿¡Qué hiciste!?», le grito. No me oye. No está. ¿Qué hiciste? Sollozo. Y entonces millones de alfileres atraviesan de nuevo mi corteza cerebral. Uno por cada pensamiento. Pensamientos

terribles e inimaginables de todo lo que el mal encarnado en un hombre, ese miserable, podría hacerle a una mujer. A mi mujer. Pienso en cosas indescriptibles. Mi cerebro estalla ante esas atrocidades, a cada cual más oscura y terrorífica. ¡Dios! No. ¿Qué le has hecho a mi mujer? No… Muero. Siento que me muero. Me retuerzo de dolor. Mi cerebro se retuerce de dolor. Un dolor agudo y profundo engendrado en el mismísimo infierno. Siento que empiezo a pudrirme entre tinieblas. Ese hombre no es un hombre, es una abominación. Lo imaginaba deforme, disfrutando entre las perversiones más banales que en mi cabeza se recreaban. Una y otra vez. Como una película. Viendo cada detalle. Imaginándolo todo. Todo.

Soy consciente de todo. Estoy tirado en el suelo, inerte. Sin poder defenderme. Sin poder defenderla. Sin saber por qué ni para qué. Y no hay nada que yo pueda hacer. Nada. Me derrumbo moralmente. Mi mente no puede más. Está exhausta. Se desvanece. Miro la pared. No parpadeo.

10

LIS / NED

Miércoles. 16:55. Madrid

Lis estaba tirada en el sofá de su apartamento con la mirada fija en la televisión sin prestar demasiada atención a lo que veía. Era un programa del corazón, de esos que en los que todo el mundo critica a todo el mundo por el mero hecho de criticarse. Mientras los tertulianos discutían al límite, ella se comía con desgana una sopa oriental de fideos con pollo, o eso decía el envase de plástico que acababa de calentar en el microondas. Por alguna extraña razón que ella no alcanzaba a comprender, ya no quería hacerlo. La paradoja número tres de la lista de paradojas de Lis comenzaba a aflorar. Sabedora de que era una paradoja en sí misma, hace algún tiempo que decidió empezar a apuntarlas en una lista. La paradoja número tres era una de las más comunes: cuantas más ganas tenía de hacer algo, más desgana le terminaba por producir. Mientras removía lentamente la sopa con el tenedor para enfriarla, recordó la cantidad de cosas que había querido hacer y había dejado antes incluso de empezarlas. Su libro, por ejemplo. Una de las mayores ilusiones de su vida, no pasaba de tres páginas escritas. O como aquella vez que descubrió su primer brote de celulitis y se apuntó al gimnasio, incluso se fue a comprar ropa deportiva que no llegó a estrenar. Y ahora, la historia de Sempiterno. Se veía ilusionada hace unas horas, cuando estaba en la oficina, y corría apresurada para terminar cuanto antes de redactar la noticia que tenía que entregar para ponerse con la posible desaparición en Sempiterno. Y ahora, varias horas después, la pereza la consumía. «Siempre igual», pensó. Era realmente paradójico —e ilógico— pensar en la cantidad de ganas que tenía de hacer algo y que cuando lo empezaba, o a veces incluso antes, se apoderase de ella la mayor de las apatías.

Pero esta vez no era solo la paradoja número tres lo que la estaba echando para atrás. Mientras se introducía con desgana un ovillo de fideos en la boca, su mente daba vueltas a ese pasado que había intentado cerrar en múltiples ocasiones, sin demasiado

convencimiento, y que de repente el destino abría de par en par. A menudo Lis, en secreto consigo misma, se dejaba llevar por la nostalgia y revivía su sonrisa, sus manos, sus caricias, sus abrazos, sus besos. Diego no fue un simple rollo, como le había dicho la noche anterior. Fue mucho más. Y estaba nerviosa. «Seguro que ahora está gordo como una vaca, calvo y huele a estiércol», se decía algunas veces antes de mirar su foto de perfil en WhatsApp o cotillear su Instagram. Pero no, seguía igual que siempre, con aquella sonrisa y esa mirada.

Lis miró la pantalla del móvil, eran las cinco y treinta y siete de la tarde y Adolfo dijo que la recogerían sobre las cuatro. Tampoco le importaba demasiado, si nadie la recogía, no tendría que volver a ese ridículo pueblo de paletos y perdedores, como ella decía. A Lis todo lo que estuviera fuera de la M-30, que delimitaba su zona de confort, le parecían pueblos de paletos y perdedores.

Enroscó con el tenedor toda la pasta que pudo formando un inmenso ovillo, que adornó, como si fuera la guinda de un pastel, con el único trozo de lo que supuestamente era pollo que contenía el bote y se lo metió en la boca.

Su teléfono empezó a sonar. El número de teléfono no lo tenía registrado. «Mierda», pensó, mientras movía los fideos como podía de un lado a otro en la boca a la vez que la abría de par en par para dejar escapar el calor.

—¿Sí? —respondió a la vez que masticó rápidamente un par de veces y tragó como pudo el ovillo de pasta.

—Hola, estoy en la puerta. Soy Ned, el fotógrafo.

—¿Ned? ¿Es algún nuevo tipo de bebida azucarada o algo así? —le preguntó Lis riéndose para sí misma.

—Eduardo, mi nombre es Eduardo. Me llaman Ned, como un apodo. Como mi alter ego, Ned Stark, ya sabes —contestó Ned con incredulidad.

«¿Eduardo?, ¿alter ego?, ¿Ned Stark? ¿Y este de dónde ha salido?», pensó Lis.

—Ajá, ya me quedo más tranquila sabiendo que tienes nombre de ser humano. Ya bajo.

Lis dejó el envase de plástico con algo de sopa en el interior sobre la

mesita que estaba delante del sofá, apagó la televisión, cogió su maleta, colgó el maletín del portátil del hombro izquierdo, el bolso del derecho y salió por la puerta. Bajó los cinco pisos de escaleras y cuando salió por el portal no había nadie en la puerta principal del edificio esperándola. «Será…» y, se enumeraron uno por uno en su cabeza después de la tercera persona del singular del futuro indicativo del verbo ser, todos los adjetivos descalificativos de la lengua española. Lis esperó casi diez minutos hasta que un coche pequeño, muy pequeño, dobló la esquina y bajó la calle empedrada de un único sentido y bajó la calle empedrada de un único sentido tan despacio que parecía que se iba calar en cualquier momento. Se iba calar en cualquier momento. Cuando se detuvo delante de ella, Ned accionó el botón para bajar la ventanilla y la reportera se encorvó ligeramente para poder atravesar el interior del coche con mirada. En un primer vistazo Lis estaba segura de que no le había visto en su vida, así que activó el first-scan, como en cada primera toma de contacto con alguien que no conocía. «Unos treinta años. No parece muy listo. Cena pizza varios días a la semana. Un momento, ¿camiseta del pato Donald? Friki. Un momento, ¿a qué huele? ¿Nenuco? Esto no va a ser fácil», sentenció Lis.

—¿Eduardo? —le preguntó Lis.

—Sí, Ned —añadió, siendo consciente de que si repetía su apodo cada vez que decían su nombre, la persona en cuestión terminaría por llamarle de esa manera.

—¿Tú no tienes reloj? —le dijo Lis al fotógrafo clavándole una mirada de odio a través de sus enormes gafas de sol.

—Había mucho tráfico —dijo Ned impasible.

—Genial —respondió Lis—. Veo que me va a tocar hacer de niñera también.

Ned se limitó a hacer un gesto de indiferencia con los labios mientras le daba al botón para subir la ventanilla. La reportera abrió el maletero, pero estaba totalmente ocupado por la maleta de su compañero, que era aún más grande que la de ella. Hizo un amago de meter alguna de sus cosas, pero no entraba nada más en el minúsculo compartimento. Lis respiró hondo y trató de recuperar la calma al darse cuenta de que el coche era de dos puertas. Cerró el maletero, abrió la puerta del copiloto, echó el asiento hacia adelante, metió su maleta detrás sobre los asientos y el maletín del portátil a los pies. Volvió a colocar el asiento en su posición original y por fin se sentó

con su bolso entre las piernas. Lis se giró hacia Ned y, a través de sus enormes gafas de sol, lo miró de nuevo inquisitivamente.

—¿Qué tal? —dijo Ned, un poco intimidado, para intentar romper el hielo.

—Teniendo en cuenta que llevo esperándote más o menos dos horas… —Lis dejó la frase sin acabar y Ned prefirió no volver a excusarse, su compañera no tenía cara de muchos amigos—. Por cierto, ¿no había otro coche más pequeño? —ironizó Lis.

—Es el que tiene contratado tu redacción, es un coche…

—Está bien, está bien —le interrumpió Lis—. Vámonos. Cuanto antes lleguemos, antes terminamos con todo esto y nos volvemos. No hace falta que me hables en todo el camino, el silencio puede ser maravilloso. Gracias.

Lis bajó su ventanilla un par de dedos para sentir el aire acariciando su cara mientras Ned metió primera y puso en marcha el automóvil.

—¿Podías contarme, a modo informativo, aunque sea por encima, a qué vamos a Sempiterno? —preguntó titubeante Ned, que no sabía cómo se lo tomaría su compañera.

—Lo de «no hace falta que hables en todo el camino» no lo has entendido, ¿verdad? —le contestó Lis, cortante.

—Sí, la frase la entendí perfectamente, lo que pasa es que me interesaba saber… —Ned no pudo terminar la frase.

—¿No te lo ha contado Amanda? —le volvió a interrumpir Lis.

—En el mail solo indicaba la dirección y el horario, no…

—Encima no sabe hacer su trabajo —puntualizó Lis en voz baja, pero perfectamente audible para Ned—. Está bien —prosiguió cambiando el tono—, te lo cuento rápido y nos callamos un ratito, que tengo una resaca horrible y no me apetece comunicarme más de lo estrictamente necesario, ¿entendido?

Ned asintió con la cabeza y ella le hizo un breve resumen acerca de la desaparición de un primero, la posible desaparición de un segundo, las extrañas circunstancias y el símbolo pintado sobre ambas puertas.

—¿Qué símbolo?

A Lis se le estaba empezando a acabar la poca paciencia que tenía y el viaje no había hecho más que empezar. En un intento por hacerlo callar, sacó el móvil y le enseñó la fotografía del símbolo que Diego le había mandado.

—¿Vamos a investigar algo relacionado con un asesino en serie? —preguntó Ned algo preocupado.

—Espera —comenzó Lis, hablando ahora muy despacio—, la premisa era: te lo cuento rápido y nos callamos un ratito. Ya te lo he contado todo, así que estamos en la segunda parte: la de «nos callamos un ratito». —Lis no daba crédito a que Ned la estuviera obviando de aquella manera.

—Un asesino en serie… —repitió Ned en voz baja mientras su cerebro no paraba de pensar en lo que le acaban de contar.

—No, no hay ningún asesino en serie —le contestó Lis como si fuera tonto—. No hay indicios de que el desaparecido esté muerto, es más, dejó una nota de despedida, diciendo que se iba y que no lo buscaran. Además, tampoco se hallaron signos de violencia en la vivienda. Y, desde luego, ni siquiera sabemos si el carnicero ha desaparecido. Fin.

Ned empezó a diseccionar y a estudiar por separado cada parte de la historia mientras iba conduciendo. Había una conexión clara, estaba seguro. El mismo patrón en ambos casos, bajo aquel símbolo que había dibujado sobre el marco de ambas puertas, que era, sin duda alguna, su firma.

—Tiene que ser un asesino en serie… ¡Joder! Un puto asesino en serie —saltó Ned con una extraña mezcla de miedo y emoción.

—Pero ¿tú de dónde has salido? —le preguntó Lis totalmente descolocada. Para ella, ese ser llamado Ned, que en un primer contacto solo aparentaba ser extraño, empezaba a convertirse en una especie de psicótico.

—Es verdad. El símbolo es su firma —dijo Ned totalmente convencido.

—Por favor, no —repuso ella mientras le hacía un gesto con la mano para que cortara. El tontómetro de Lis estaba en niveles críticos.

—Sé que es difícil de creer, pero hay indicios de esto. El asesino del zodiaco, por ejemplo. Firmaba con el símbolo de una mirilla, o…

—No, no lo has entendido —resopló Lis—, ¿te puedes callar? —

insistió alzando la voz.

Ned se calló, no porque Lis se lo pidiera, sino porque necesitaba pensar, recapacitar. Estaba totalmente sobreexcitado, convencido de que iba a investigar el caso de un asesino en serie. Como hicieron los agentes Holden Ford y Bill Tench en Mindhunter, o los agentes Rush Cohle y Marty Hart en True Detective, dos de sus series favoritas. Y eso, para Ned, no era algo para tomarse a la ligera.

11

LIS / NED

Miércoles. 17:39. Madrid

El sol, que gobernaba sin oposición alguna a lo largo y ancho de la inmensa esfera azul para ser octubre, reverberaba con vigor sobre los bruñidos ventanales de la capital. El calor entraba por cada resquicio del Fiat 500 de color beis que Amanda había reservado para el viaje. «¿No había uno más pequeño, querida?», le reprendía Lis en sus pensamientos a la jienense mientras Ned seguía las instrucciones del GPS rumbo a Sempiterno, fantaseando acerca de la historia de los dos intrépidos reporteros en busca y captura de un implacable asesino en serie.

Circulaban por la calle Princesa en dirección a Moncloa para tomar la M-30. Lis observaba a la gente que deambulaba por los aledaños de El Corte Inglés Princesa, absorta en sus diálogos internos, cargada con el peso de sus bolsas y de su existencia. Autómatas. Indiferentes. Invisibles. Su hábitat. Y, sin embargo, iba camino de Sempiterno, donde cada uno conocía mejor la historia del prójimo que la suya propia. Y eso le asustaba. «¿Lo recordarán?, ¿o se habrán olvidado después de tanto tiempo? Y Diego… después de todo lo que pasó…», divagaba Lis nerviosa.

«Un asesino en serie», no dejaba de repetirse Ned una y otra vez, totalmente sobreexcitado, sin poder comprender cómo aquella rubia de bote con cara agria que le acompañaba no era capaz de llegar a la misma conclusión que él. Empezó a conjeturar y a disfrutar haciéndolo. «De ser capaces de probar la conexión entre ambos casos, seríamos los primeros en poder demostrar la existencia de un asesino en serie. Y, quién sabe, lo mismo incluso podríamos ayudar a atraparle», reflexionaba Ned, que hasta ahora todo esto lo había visto solo en libros, series o películas. Pero ahora ya no era ficción, era algo totalmente nuevo y tangible, un asesino en serie real. En Madrid. Y él iba a su encuentro. A descifrar los misterios para poder atraparlo. Podría ser la noticia del año. ¡Qué narices! La noticia del siglo. Y él

sería participe de ella.

De repente Ned se percató de que posiblemente nada le había ilusionado tanto en su vida, ni siquiera cuando derrotó, con Dudu y Angelote, a Ragnaros, un demonio de lava casi invencible, en uno de los juegos cooperativos online a los que destinaba horas y horas. Su interés por los asesinos en serie estaba en el top tres de sus aficiones, junto a Star Wars y Batman. Y el hecho de poder investigar un caso de ese calado estaría a la altura de conocer a Michael Keaton, el único y verdadero Batman, o al mismísimo Darth Vader.

«Lo más seguro es que el asesino torturase o violase a sus víctimas durante varios días, por eso el repartidor escuchaba ruidos en el interior de las viviendas. El símbolo de tiza blanca sobre la puerta, su firma, quizás fuese la forma en que el asesino advertía de su presencia. O quizás formaba parte de algún tipo de rito macabro», fantaseaba Ned sin perder de vista la carretera. Mientras pensaba en cómo podría ser, qué aspecto tendría o cuál sería su modus operandi, algo le perturbó. Un escalofrío recorrió de pronto todo su cuerpo cuando comprendió que todo aquello era real y que por tanto, corrían peligro. ¿Y si daban con la pista que los llevaría hasta él? ¿Y si el asesino, al sentirse acorralado por sus investigaciones, iba a por ellos? Y entonces millones de «y si…» comenzaron a bombardear su cabeza.

—No podemos ir —soltó de repente Ned con la respiración ligeramente alterada. Lis lo miró sin contestarle, perpleja—. Tenemos que dar la vuelta —zanjó Ned.

—¿En serio? —Lis no daba crédito.

—En serio, Lis, confía en mí, sé de qué hablo. Estoy muy documentado sobre este tema. Si es un asesino en serie y vamos a ir tras su pista, tenemos altas posibilidades de morir —dijo Ned con aplomo.

—Eduardo, mi pregunta era retórica —explicó.

—Ah… Pero piénsalo un momento. Si nos descubre investigándole…

—Vamos a morir, ¿no?

—Sí —espetó, volviendo a omitir que las preguntas retóricas no tienen que ser contestadas, mientras Lis se llevaba las manos a la cabeza—, verás, hay varios tipos de asesinos en serie… —comenzó Ned.

—Y dale con los asesinos en serie —resopló Lis en voz baja.

—Si es un asesino organizado —continuó Ned su exposición—, lo más seguro es que no haya problemas. Lo tiene todo controlado, no daremos con él y todo pasará rápido. O si damos con algún indicio, lo más probable es que pase de nosotros. Pero si es uno desorganizado, con un coeficiente intelectual bajo, será más fácil que haya cometido algún error y que nosotros lo descubramos durante la investigación. Si esto pasa y se siente acorralado, puede ir a por nosotros. Y créeme que eso no nos va a gustar. —Ned hablaba nervioso, a toda velocidad.

—Vamos a hacer una cosa —intervino al fin Lis—, dejémonos de divagaciones. Para empezar, no tenemos ni idea de si hay relación entre los casos. Puede que sí o puede que no. Vicente está desaparecido, pero no hay cuerpo. Sin cuerpo, no hay delito. Además de no encontrar signos de violencia, dejó una nota para despedirse de sus familiares y amigos —apuntó Lis con ironía—. En cuanto a Abel, el carnicero, ni siquiera tenemos constancia de que haya desaparecido, pero yo también creo que hay conexión, y por eso vamos.

—¿Entonces?, si también piensas que hay conexión, ¿cómo es posible que no veas el peligro que corremos? —interrumpió Ned.

—Porque no le doy tantas malditas vueltas como tú. Hacemos lo siguiente: vamos allí, hacemos un par de preguntas, indagamos un poco y, si es un asesino en serie, vamos a la Policía, nos quedamos con la primicia y nos volvemos, ¿sí? —explicó a Ned como si fuera un niño pequeño.

—Creo que no lo entiendes —repuso Ned con pesimismo—, tenemos que dar la vuelta. Corremos peligro.

—Bueno, pues te ponemos en un programa de protección de testigos —vaciló Lis.

—Sería lo más conveniente —afirmó Ned ligeramente aliviado.

Lis le miró durante unos segundos, estupefacta. Quería estrangularlo ahí mismo, con sus propias manos, aunque después de hacerlo se estrellaran contra los bloques de hormigón que contenían la M-30. Pero le notaba intranquilo.

—No podemos correr ningún peligro —intentó tranquilizarle haciendo un tremendo esfuerzo— porque no sabemos si hay algo de lo que preocuparse. Si lo hay, ya te aseguro yo que seré la primera que salga corriendo, ¿vale? —apuntó Lis, sin creerse lo que estaba viviendo.

—Esto es peligroso.

—Bien. Puedo intentar comprender que estés nervioso, ¿pero eres consciente de que no tenemos evidencias de absolutamente nada?

—Sí, eso es verdad —asintió Ned—, pero ¿y si…?

—¿Y si son unos niños que se dedican a pintar cruces? —saltó Lis anticipándose a los miedos de Ned—, ¿y si son feligreses de alguna congregación religiosa y pintan cruces en sus marcos para protegerse?, ¿y si representan algún tipo de bendición?

Ned entró de lleno en la trampa psicológica de Lis para tranquilizarlo, que consiguió, en parte, su objetivo.

—Puede ser —dijo Ned, sintiéndose un poco más aliviado.

—Bien, pues no hay más que hablar —sentenció Lis.

Lis se puso la mano en la frente y apoyó el codo contra el saliente de la ventanilla del copiloto a la vez que con la otra mano subía el volumen de la música lo suficiente para que Ned captara el mensaje. No se creía todavía lo que acababa de vivir con aquel friki de cien kilos que olía a Nenuco. En cualquier caso, parecía que le había dado algo con lo que ocupar su cabeza. Ya solo pensaba en llegar, redactar el reportaje lo antes posible, si es que encontraban algo sobre lo que escribir, y volver.

Cuando salieron de Madrid, pasados los límites de la M-30, donde las interminables hileras de bloques de viviendas dejaban sitio a los primeros vestigios de la naturaleza, el aire que se colaba por el resquicio de la ventanilla de Lis cambió de matices. La densidad del aire de Madrid se cambió por una ligera brisa, más suave, más limpia.

Salieron de la M-40 para coger la M-607, la carretera que llevaba a Sempiterno: una tortuosa comarcal rodeada por un paisaje seco y desolado. Primero dejaron a la derecha Tres Cantos y después, a la izquierda, Colmenar Viejo. Lis había perdido la cuenta de las veces que había recorrido esa carretera para ir a la casa de Sempiterno. También había perdido la cuenta de los años que hacía desde la última vez que la recorrió. Recuperó de su memoria aquellos tiempos felices en los que, siendo una niña, jugaba en el jardín de la casa. O cuando ya era una jovencita, las primeras borracheras con el grupo. Con Diego, Zabala, Silvia, Inés y los hermanos Martínez. ¿Qué sería de cada uno de ellos? ¿Cómo estarían? Y surgieron de golpe todas esas preguntas que vienen a la mente de uno cuando recuerda a esas personas que se cruzaron por nuestras vidas en algún momento determinado y que, por una razón u otra, igual que llegaron se fueron.

Y los buenos recuerdos dieron paso a los malos, y recordó todo por lo que Lis odiaba los pueblos. Esos pequeños epicentros de gente aburrida que cree saberlo todo acerca de los demás. Donde cada historia se ampliaba con mil y un matices, ya fueran reales o imaginarios, que se iban cambiando y tergiversando sistemáticamente a gusto del orador en aquel dantesco bucle cíclico del boca a boca. Y Lis lo sabía bien, lo vivió de primera mano. Absorta en sus recuerdos, comenzó a ver el pueblo aparecer a la derecha de la carretera, exactamente igual que lo recordaba.

Sempiterno era un pueblo pequeño situado al sur del embalse de Santillana, a escasos kilómetros de Manzanares el Real. De casitas bajas, algunas de ellas todavía de piedra y otras, un poco más modernas, de ladrillo, y tejados de teja roja. Y balcones de madera, engalanados con macetas de geranios de todos los colores y el tendido eléctrico colgando como la hiedra de cualquier esquina. Las calles eran la mayoría de adoquín, incluso quedaba alguna que otra de arena. Tan solo la calle que venía de la M-607, y que cruzaba el pueblo a modo de arteria principal, estaba asfaltada. Por donde entraron con el coche. Ned siguió las indicaciones del GPS a través del pueblo, traqueteando sobre sus estrechas calles, casi sin acera, rumbo al hostal que había reservado Amanda. El fotógrafo estaba en alerta, nivel Defcon 1, con los sentidos agudizados. Durante el viaje, y más después del brote de pánico, repasó todos y cada uno los tipos de asesinos en serie que había con sus determinadas características, de tal manera que sabría reconocerlos al instante y actuar en consecuencia.

El pueblo, como tantos otros, estaba siendo azotado por la despoblación. Eran cerca de las siete de la tarde y no había casi nadie por la calle. Algún rezagado retrasaba su vuelta a casa en la puerta del bar fumando un cigarro mientras apuraba la última cerveza antes de que lo echaran. Los pocos establecimientos que estaban abiertos no tenían gente dentro, aparte de los comerciantes y los tenderos. Solo había vida en el interior de las casas. Las luces que salían a través de las ventanas, el olor a puchero que recorría las calles o el vapor de algunas chimeneas de latón eran las únicas pruebas de la existencia de seres humanos en la zona. Pero Ned no se relajaba, sabía que de cualquier esquina podría aparecer lo impensable y debía estar preparado.

12

ABEL

Negación.

Sigo mirando la pared. No dejo de hacerlo. No parpadeo. Intento evadirme. Pienso que todo esto no está pasando de verdad, que solo es una ilusión. Un mal sueño con su principio y su final. Después, cuando me despierte, porque voy a despertar, me imagino tumbado en la cama con ella. Abrazados. Con mi cabeza apoyada en el hueco que hay entre su hombro y su cuello. Respirando el olor de su piel, su perfume. Y la abrazo con fuerza. Suena el timbre.

Regreso de golpe a la triste realidad, la pared. El estridente sonido del timbre retumba todavía por mi cabeza. Y me duele. «¿Hola? ¿Quién es?». No escucho mis palabras. Me resigno. ¿Lo estaría soñando también? Mi mente me acaba de jugar una mala pasada. Espiro lentamente la esperanza. ¿Cuándo va a terminar esto?

He perdido la noción del tiempo. Veo las franjas de luz que se cuelan entre los huecos de las cortinas recorriendo la pared. ¿Qué hora será? No lo sé. No sé en qué momento la claridad de la mañana empezó a ganar el pulso a la oscuridad de la noche. Suena el timbre. ¿Otra vez? No puede ser un sueño. No estoy soñando. Hay alguien al otro lado. «¡Aquí! ¡Socorro! ¡Ayuda!, por favor. ¡Ayuda!», grito. Grito desesperado. Pero no emito sonido alguno, me resigno de nuevo. No, ¡Dios! Todo esto no me puede estar pasando a mí. ¿Qué he hecho para merecer este castigo? Esto no es real, no puede ser real. ¡No es real!

Escucho el tintineo de la llave con la cerradura. ¿Cuánto tiempo ha pasado? La puerta de entrada a la casa chirría. Se abre. Chirría de nuevo, se cierra despacio. Escucho pasos acercarse. Lentos. Suaves, se arrastran. No. Otra vez no. Mi mente está al límite. Lo noto. «Dejadnos en paz, por favor. Dejadnos en paz», les suplico una y otra vez. Pero no me oyen. No me oigo. Veo una figura proyectada en la pared precediendo el sonido de los pasos. Es negra, estirada y deformada. Solo una sombra, una marioneta. La otra no está. Siento su sombra

acercarse y envolverme. Siento el frío que produce la oscuridad que trae consigo mientras me va cubriendo lentamente. Solo en mi mente. Quiero cerrar los ojos. Intento cerrar los ojos. Pero no puedo. Miro la pared. No parpadeo, no puedo parpadear, y veo cómo la sombra se extiende sobre mí, despacio. Como una mano fantasmal que me intenta atrapar. Y me atrapa. Sin poder hacer absolutamente nada para evitarlo.

—Sé que puedes oírme.

«¿Cómo? ¿Sabes que te puedo escuchar?». Es la voz de la mujer, de la madre. La recuerdo. Suena cálida y cercana. Añeja. Me habla suave, y no me duele. «¿También sabes que los sonidos retumban en mi cabeza? ¿Dónde está tu hijo? Ese miserable al que llamas hijo».

—Siento todo lo que está pasando. De verdad que lo siento. Créeme.

«Te creo. Juro que te creo. Ayúdanos, por favor». Sus palabras suenan tan sinceras que la creo. Necesito creerlas. Lo necesito. Quiero llorar, pero no lo hago. No puedo llorar hacia el exterior, pero sí hacia el interior. Mi mente se ahoga entre lágrimas imaginarias, de alivio. Gotas de esperanza. Por un momento sus palabras me reconfortan. Las recuerdo una vez más en mi memoria mientras sus pasos se alejan hacia el interior de la casa. Esta vez no me preocupo. Me calma ligeramente saber que la madre sentía de verdad todo lo que nos estaba pasando. Noté tristeza y lástima por nosotros en sus palabras. Estoy seguro. Ella no va a hacernos daño.

Los susurros están ahora con ella. Al final del pasillo. En mi habitación. Los escucho suaves a través de las paredes. Un rumor cálido. Susurros de alivio para paliar el desconcierto y el horror de lo que estamos viviendo. Siento algo de paz. Solo un poco. Tengo la sensación de que Nuria está como yo. La imagino en mi estado; inerte por fuera, pero viva por dentro. Por eso la madre le susurra también. Para que el sonido de su voz no le duela mientras le intenta infundir algo de ánimo con palabras de consuelo. Solo deseo que, como a mí, esas palabras la reconforten.

Los pasos vuelven. Se acercan. Suenan lentos. Se arrastran ligeramente. Pasan detrás de mí y se esfuman tras el chirrido de la puerta al cerrarse. Y con ella, esa madre dolida por los actos de su hijo, se va mi esperanza. Vuelve el mundo real. El dolor mental. La desolación. Esto no puede estar pasando, me repito una y otra vez. No puede ser real. Algo tan terrible como lo que están haciendo con nosotros no puede ser real. No debe ser real. Miro la pared, no

parpadeo.

«Y si tanto lo sientes, ¿por qué no haces nada?». Y maldigo a la madre.

13

LIS / NED

Miércoles. 19:07. Sempiterno

Para llegar hasta el hostal que Amanda había elegido recorrieron una sinuosa carretera de arena situada entre pinares. Lis recuperó de pronto las palabras de su padre, guardadas con él en el rincón de los olvidados desde hacía tiempo, cuando solo era una niña. Se acordó de cómo le explicaba con cariño y dedicación que, debido a las talas y las quemas ancestrales, por el pastoreo o el carboneo, las plantas autóctonas de aquella zona, como los robles, los castaños, las encinas, los enebros e incluso las hayas retrocedieron frente a las coníferas, pinos fundamentalmente, plantados o, al menos, más favorecidos por el hombre. «Una pena», decía siempre su padre, un amante de la naturaleza. «Más pena debería darte que te importara más cualquier estupidez que tu propia familia», zanjó Lis.

Un gigantesco cartel anunciaba el Hostal Alfredo a centenares de metros de distancia. Era una casa antigua, de varias plantas, construida a principios del siglo XIX. Tenía un zócalo de granito y estaba repintada de blanco directamente sobre el ladrillo. Las puertas, ventanas y ventanales de los balcones eran de madera color verde. Ned paró el coche en la puerta e intentó vislumbrar algo a través del gran portalón de madera, abierto de par en par, por el que se podía ver la recepción.

—Oye, ¿qué te parece si aparcas? —le preguntó Lis tras unos segundos mirándolo sin entender nada de lo que hacía.

—Sí, voy. Todo parece normal —explicó Ned, que no dejaba de estirar y mover el cuello mientras comprobaba cada esquina, punto ciego o recoveco.

Ned arrancó de nuevo y aparcó en un pedazo de terreno árido que hacía las veces de aparcamiento en la cara oeste del hostal.

—Espera un momento —le dijo a Lis mientras salía del coche, dejando el motor encendido.

Ned agudizó sus sentidos de nuevo y empezó a mirar para todos los lados ante la incredulidad de Lis, que lo miraba por encima de sus gafas de sol.

—¿Se puede saber qué haces?

—Observo —replicó Ned sin inmutarse.

—A ti te quitaban el bocadillo en el colegio, ¿a que sí? —le atacó Lis, pero él seguía mirando una y otra vez a su alrededor.

Lis suspiró y cuando abrió la puerta para salir del coche:

—¡Espera, no lo hagas! —gritó Ned.

Lis no reaccionó, se quedó atónita. «¿Qué le pasa a este tipo?», se preguntó.

—En serio, Lis —empezó Ned de nuevo bastante agitado mientras ella se metía de nuevo en el coche y cerraba la puerta—, no lo entiendes.

—Y dale.

—De verdad, Lis, esto es serio. —Comenzó a temblarle la voz—. Tenemos que anticiparnos a cualquiera de los dos tipos de asesinos en serie que existen. Ahora mismo, el desorganizado no me preocupa. Pero si es uno organizado, lo más probable es que esté alerta por si alguien aparece para husmear el motivo de las desapariciones. No creo que haya muchos hostales por la zona, por lo tanto, lo más seguro es que este esté en su lista y lo esté vigilando —explicó mientras no dejaba de mover la pierna de forma nerviosa.

—¿No habíamos quedado en que no teníamos certezas de nada?

—Lo sé —respondió Ned—, pero, Lis… —siguió tras una pausa—, la gente muere por estas cosas. Lo he visto.

—Espera un momento, ¿me estás hablando en serio? —Lis bajó el tono, algo no estaba bien con Ned, y se dio cuenta de ello.

Ned asintió totalmente desconsolado.

—A mí esto me lo tienes que explicar, ¿te pasa algo?, ¿tienes algún problema?, ¿algún tipo de trastorno? —espetó—. ¿Impotencia sexual,

tal vez, o algo similar? —añadió con su acostumbrada dosis de malicia. Ned miró al suelo mientras no dejaba de mover la pierna como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico—. ¿Puedes contestarme y dejar de hacer eso con la dichosa pierna? —dijo Lis perdiendo ligeramente la poca paciencia que atesoraba.

Ned se lo pensó unos segundos, que se hicieron una eternidad para Lis.

—Tengo ansiedad anticipatoria.

—Más bien querrás decir tontería anticipatoria. —Lis no se pudo contener.

—Sufro de trastorno de ansiedad generalizada —contestó Ned de carrerilla.

—¿Me lo resumes? —preguntó con cierta condescendencia que Ned agradeció.

—El médico dice que la principal característica es la preocupación excesiva. Cada vez que salgo de mi casa y me muevo en un entorno diferente o no reconocible, entro en un estado de vigilancia continua y no puedo dejar de preocuparme por todo.

—Bien, veo que la lección te la sabes. ¿Y no te podías haber tomado una pastilla antes?

—¿Y yo que sabía que íbamos a investigar a un asesino en serie?

—Tú a lo tuyo, querido —se resignó Lis.

—Normalmente, no hay que hacer reportajes tan peligrosos —replicó ignorando el comentario de Lis y con la respiración visiblemente afectada.

—¿Peligrosos?

Ned iba a responder cuando Lis se quitó las gafas de sol y le clavó la miraba con los ojos inyectados en sangre.

—¿Retórica? —preguntó Ned.

—Algo así, sí. De verdad —empezó Lis intentado calmar a Ned, entendiendo que de verdad estaba pasándolo mal—, vamos a relajarnos. No sabemos absolutamente nada de lo que hay detrás de todo esto. Por cada razón que tú me puedas dar acerca de lo peligroso

que es esto, yo te puedo dar otras tantas de por qué no lo es. Nadie sabe que estamos aquí, excepto Amanda, mis jefes, tú y yo, ¿de acuerdo? —Ned asintió y la pierna empezó a dejar de temblar levemente—. ¿Por esto conducías como la abuelita de Piolín? —Ned asintió de nuevo—. Genial, nos lo vamos a pasar muy bien. Venga, vamos.

—Vale, dame un segundo —le pidió, inspirando y espirando despacio.

Ned le explicó que sufría ese tipo de trastorno casi desde que tenía memoria, pero no se lo diagnosticaron hasta después de sufrir un episodio en su propia casa cuando tenía diecinueve años. Normalmente, cuando estaba en su zona de confort no había problema, salvo aquella tarde, cuando su madre salió a dar una vuelta con unas amigas para tomar un café. En un principio, esto no debería ser un problema para nadie, pero para Ned sí. Según pasaron las horas, la preocupación era extrema. «¿Dónde estará?, ¿le habrá pasado algo?, ¿la habrán secuestrado?, ¿por qué no contesta?». Después de centenares de preguntas invadiendo su mente y de llamarla treinta y siete veces sin respuesta, Ned alertó a medio vecindario, llamó a la Policía, a los bomberos…

—Mi madre apareció media hora más tarde, simplemente no se había dado cuenta de mis llamadas.

—Vale —asintió Lis, totalmente volcada con lo que le pasaba a su compañero.

—Lo siento —finalizó Ned—, a veces no puedo controlarlo.

—No, está bien —respondió Lis, demostrando que realmente había algo de corazón en ella—, pero, vamos, ya podías avisar. En cualquier caso, ¿no tienes alguna pastilla o algo que te relaje?

—Sí.

—Pues venga, dale. Que tenemos cosas que hacer.

Ned sacó una pequeña cajita del bolsillo de su pantalón y tomó una pastilla. La tragó como pudo sin agua, y cerró los ojos.

—Escúchame —empezó Lis—. Venimos únicamente a hacer un par de entrevistas a sus vecinos y amigos, a indagar un poco y a escribir un reportaje si encontramos algo, nada más. Ni hay muertos ni hay indicios de violencia. ¿De acuerdo? —Ned asintió con la cabeza apretando los labios—. Pues a por ello, tigre.

La reportera salió del coche y echó el asiento del copiloto hacia adelante, recuperó sus pertenencias y se dirigió hacia la puerta de entrada al hostal seguida de cerca por Ned, quien cargaba a su vez con su enorme maleta.

La recepción olía a rancio. Lis comenzó a pensar que, sin duda, todo aquello se estaba convirtiendo en una de las peores situaciones que le habían pasado en la vida. «Si no fueras tan orgullosa, no tendrías que dormir aquí», se dijo mientras miraba los desconchones de pintura de las paredes y la suciedad del suelo, dándose cuenta en ese preciso instante de que estaría mucho mejor en la casa que sus padres tenían en Sempiterno que en semejante tugurio.

Lis hizo sonar la campanilla de la recepción y una jovencita surgió de detrás de una cortinilla en la pared.

—Buenas tardes, mi nombre es Aurora. Bienvenidos al Hostal Alfredo de Sempiterno. ¿En qué puedo ayudarla? —les saludó afablemente la recepcionista con una sonrisa angelical.

—Tenemos dos reservas, una a nombre de Lis Vázquez y otra a nombre de Eduardo no sé qué —contestó Lis.

—¿No sabe el apellido del señor? —le preguntó la recepcionista.

—Ah, disculpa, ¿acaso tienes dos millones de reservas para hoy a nombre de Eduardo? —ironizó Lis.

—Eduardo Martín —informó Ned.

—Gracias —le dijo Aurora a Ned con una sonrisa—. Vale, solo hay una reserva a su nombre, Lis Vázquez. Tienen la habitación con baño compartido, que tiene dos estancias separadas —explicó la recepcionista sin perder su sonrisa.

—Un segundo, querida. ¿Una sola habitación?

—Sí, con dos estancias separadas y baño compartido —respondió Aurora sin perder la sonrisa.

—¿No tenéis más habitaciones? —preguntó Lis indignada. Compartir habitación con Ned no le seducía nada, aunque las habitaciones estuvieran separadas.

—Sí, ocho más. Nueve habitaciones en total, contando la suya —respondió la recepcionista.

—Estupendo, pues dame una de esas otras ocho.

—Pero, señora, usted ya tiene una. La 201.

«No puede ser», pensó Lis.

—Ya, ya lo sé, pero es compartida, y yo no quiero compartir nada con el espécimen onanista con el que vengo, así que, si eres tan amable de darme otra, te lo agradecería. Y no me llames «señora» —dijo Lis empezando a perder los nervios.

—Pero las otras están ocupadas, es por el concurso de pesca que organiza la… —matizaba Aurora cuando la interrumpió Lis.

—¿Y no podías habérmelo dicho antes, cuando te he preguntado por el resto de habitaciones y nos hubiéramos ahorrado esta conversación de besugos?

—Usted me preguntó si no teníamos más habitaciones y le dije que sí, tenemos nueve en total —replicó con una amplia sonrisa.

Lis empezaba a dudar de si todo aquello que estaba viviendo era verdad o una de sus peores pesadillas.

—Dame las malditas llaves de la 201 —sentenció Lis.

—Marchando las llaves de la 201—contestó mientras le entregaba las llaves—, suban las escaleras hasta la última planta y a la derecha. Solo hay una puerta, no tiene pérdida. Confío en que tengan una agradable estancia en el Hostal Alfredo de Sempiterno.

Lis firmó el libro de reservas por ella y por Eduardo con una equis y se fue en dirección a las escaleras.

—El desayuno se sirve en la cafetería —informó señalando una de las puertas de la recepción— de ocho a diez de la mañana. Pero pueden venir cuando quieran, tenemos churros, porras, cruasanes…

—Vamos —ordenó Lis a Ned ignorando a Aurora.

Ned se encogió de hombros mirando a Aurora con una leve mueca vergonzosa y esta le respondió con una bonita sonrisa.

La habitación era bastante amplia. Tenía un saloncito en el medio, con sofá y televisión de tubo, y una pequeña terraza con vistas al pueblo y al embalse. A la derecha había dos puertas, que daban a uno de los dormitorios y al baño, y a la izquierda se encontraba el cuarto

principal, más grande que el anterior. Lis miró a Ned.

—Me quedo la grande —sentenció Lis.

Lis entró en la habitación. Era amplia, pero lo primero de lo que se percató Lis era de que el olor a rancio no era algo exclusivo de la recepción. Abrió las ventanas y la maleta, y colocó el ordenador en el pequeño escritorio con silla forrada de escay a juego.

«Necesito una cerveza», suspiró Lis tumbada sobre la cama. Con la miraba fija en el techo de la habitación, divagaba sobre los diferentes motivos que podía tener para no escribir a Diego. Gracias a internet tenía la dirección de la Carnicería Jiménez e Hijo, solo había una, y, por tanto, también la dirección de la casa donde vivía Abel. Así que no necesitaba a Diego para el primer paso de su investigación. Tampoco le necesitaba para tomar una cerveza, que era lo que realmente quería en ese momento, tarea que a menudo realizaba consigo misma sin necesidad de terceros. Pero cuantos más motivos buscaba para no escribirle, más quería verlo. Lis vivió durante un instante un déjà vu cuando se vio a sí misma, estando en Madrid, en su casa, tumbada sobre la cama, y se acordaba de él. Sin atreverse jamás a escribirle para preguntarle cómo estaba o qué tal le iba. Nunca se lanzó. Lis cogió su móvil y escribió a Diego.

Ned abrió la maleta y la dejó en el suelo. Revolvió la maleta buscando sus imprescindibles, que estaban entre la ropa para resistir mejor los posibles golpes. Removió lo prescindible; el chubasquero, el jersey, bote de plástico Nenuco Agua de Colonia de 600 ml, etcétera y sacó lo que de verdad le importaba, su equipo de gaming, que colocó en el escritorio; el portátil, el ratón y los auriculares. Pero esta vez no le interesaban las peleas en Santuario. Como el hostal no tenía wifi, tuvo que conectarse a través de su red móvil y comenzó a indagar en la red acerca de los asesinos en serie.

—Tengo hambre —escuchó a Lis decirle a través de la puerta cerrada de su habitación—. Voy a salir a cenar, ¿quieres venir? —le preguntó sin abrir la puerta, no porque realmente quisiera que la acompañara, sino por no estar sola con Diego. La paradoja número siete de la lista de paradojas de Lis entraba en juego: si tenía una cita con un hombre que le resultaba interesante, prefería ir acompañada.

—¿Lis? —preguntó extrañado de que no abriera la puerta para preguntarle.

—No, soy María Teresa de Calcuta —replicó Lis.

—Puedes entrar si quieres.

—No hace falta, ¿necesitas contacto visual o qué?

—No, pero… —Ned no entendía por qué no entraba en la habitación —. Bueno, no, gracias. Tengo unos sándwiches que me ha hecho mi madre.

—Vale —le dijo Lis a la vez que daba un golpecito en la puerta.

Cuando Lis se marchó, Ned se tiró en la cama y llamó a su madre.

—Hola, madre.

—Hola, hijo, ¿qué tal? ¿Cómo estás? ¿Cómo te está yendo?

—Pues muy bien, madre. No te vas a creer el pedazo de noticia que estamos investigando, ya sabes que no te puedo contar nada… —dijo dándose importancia. Ned quería que su madre se sintiera orgullosa de él.

—Cuánto me alegro, hijo. ¿Hace frío allí? ¿Llueve?

—Nada, se está bien.

—No te confíes, que en esos sitios enseguida refresca. ¿Has tenido algún brote de los tuyos?

—Nada, madre, como un roble estoy. Y tú, ¿qué tal? ¿Qué has hecho hoy?

Y mientras la madre le narraba las mil y una aventuras de su día, Ned echó mano de sus sándwiches de crema de cacao.

14

LIS / DIEGO

Miércoles. 21:04. Sempiterno

Lis aparcó cerca de la plaza del Ayuntamiento, el único lugar del pueblo en el que parecía haber seres vivos a esas horas. A escasos metros de La Manduca, donde había quedado con Diego, según él, el único pub abierto en Sempiterno un miércoles por la noche. «El único», se repetía Lis escandalizada. No entendía cómo aquella gente podía vivir así, sin restaurantes o pubs que estuvieran abiertos casi las veinticuatro horas del día todos los días del año.

La Manduca era un pub pequeño, según entrabas había un par de máquinas tragaperras y un par de sofás. Y al fondo estaban las mesas. Lis se sentó en un taburete alto al lado de la barra, lo más alejado de la entrada, y se pidió la hamburguesa XXL con doble de queso y salsa del infierno, un tercio de cerveza y un chupito de tequila. Estaba hambrienta y nerviosa. Lis ya no recordaba la última vez que se puso nerviosa por quedar con un chico.

El local estaba vacío, salvo por un par de hombres apoyados en la barra donde las tragaperras, que charlaban encorvados sobre sus tercios de cerveza mientras la miraban de reojo, y un hombre cenando en una de las mesas del fondo, cuya indumentaria andaba sobre la fina línea que separa la ropa cómoda de la indigencia. Todos la miraban y eso la irritaba.

Lis se bebió el chupito y pidió otro. El camarero era un señor mayor, delgado, de pelo cano y piel traslúcida con muchas arrugas. Se notaba que aquel hombre no había tenido una buena vida, o al menos no la vida que soñó tener cuando era niño. Terminó de poner la carne sobre la plancha y se acercó torpemente para rellenar el vaso de chupito mientras la miraba de esa forma extraña como cuando no te crees lo que estás viendo.

—Por ti —le dijo Lis al camarero levantando el vaso hacia él, dándose

cuenta de la situación—. No vienen muchas mujeres por aquí, ¿verdad? —Y se bebió el chupito.

—No, señorita —respondió el camarero con esa voz ronca y mellada por haber fumado demasiado tabaco negro.

—¿Cómo va la semana? —intentó empatizar Lis esquivando la indirecta del camarero.

—Como todas las demás, señorita.

—¿Nunca has salido de aquí? —le preguntó directamente Lis.

—¿Y a dónde voy a ir? —le contestó con otra pregunta el camarero mientras daba la vuelta a la carne en la plancha de acero, ennegrecida más por una escasa limpieza que por el paso de los años.

Lis puso una mueca sin saber qué contestar, así que prefirió cambiar de tema.

—¿La carne es de la zona?

—Claro, señorita. De buey, de lo mejor que hay en la región.

—¿Dónde la compras?

—Donde los Jiménez —contestó mientras le daba otra vuelta a la carne de la hamburguesa, le ponía una tira de queso y movía la panceta.

—¿Buena gente? —indagó Lis.

—El padre era mejor que el hijo.

—¿Por qué lo dices?

—Los hijos siempre se creen más listos que los padres.

Lis se vio por un segundo identificada en aquella frase.

—He visto que han cerrado por vacaciones —mintió Lis, que lo sabía por Diego.

—Eso parece —le contestó el camarero, que se acercaba balanceándose con la botella de tequila en la mano para servirle otro chupito sin haberlo pedido.

Lis asintió, entendiendo el gesto, y el camarero le sirvió otro trago.

—Usted no es de por aquí, ¿no? —dijo el camarero.

—Eres muy observador, pero hazme un favor y no se lo digas a nadie.

—Ja. —El camarero soltó una carcajada entraña y, al hacerlo, Lis se dio cuenta de que carecía de varias piezas dentales y de que las que le quedaban estaban pendientes de un hilo.

—Yo solía veranear aquí cuando era pequeña.

—Buen sitio este, tranquilo y apacible.

—Puede ser.

Ella casi nunca hablaba con los camareros de los mil y un sitios que había frecuentado durante toda su vida, pero entre los nervios por ver a Diego, la vuelta a Sempiterno y las miradas indiscretas de los autóctonos, se sentía a gusto charlando con aquel hombre desdentado. Protegida. Se bebió el chupito y comenzó con la hamburguesa, que, para ser sinceros, esperaba con peor pinta. La roció con alegría con el bote de plástico que contenía la salsa del infierno y le dio el primer bocado. Le ardía la lengua, pero le gustaba.

—Vaya, ¿qué lleva esto, jefe?

—Salsa del infierno, señorita.

Lis no contestó, no le importó, la estaba disfrutando. Su estómago se resintió, dio un trago largo de cerveza para apaciguar a la bestia y siguió. En los diez minutos que tardó Diego en aparecer, Lis se había terminado la hamburguesa y ya iba por la tercera cerveza y el cuarto chupito. Había quedado con él a las nueve, pero Lis llegó mucho antes para cenar y entonarse, no debía parecer nerviosa. No podía.

—¿Lo de siempre, Cacereño? —le preguntó el desdentado camarero al verle aparecer por la puerta.

La familia de Diego era originaria de Cáceres. Una de las muchas cosas que Lis odiaba de los pueblos era todos aquellos ridículos motes, haciendo referencia a sus pueblos de origen o sus defectos.

—Sí, gracias, Cas —respondió Diego.

Diego se acercó a Lis, que dejó entrever una ligera sonrisa nerviosa, y mantuvieron sus miradas fijas unos instantes sin saber cómo actuar.

Lis hizo un amago de saludarlo con la mano, pero él se anticipó, ya estaba demasiado cerca, y la besó en la mejilla. Solo un beso.

—¿Cómo estás? —le preguntó Diego con una sonrisa—, cuánto tiempo.

—Bien, aquí, tomando unas cervezas con mis amigos Pepe Gotera y Otilio —respondió señalando con la cabeza a los tipos que seguían mirándola desde las tragaperras—, Barragán y un camarero desdentado. Sí, lo sé. Todo es una locura —concluyó bromeando para no parecer nerviosa.

—Así no te aburres.

—No, desde luego que no.

Se hizo un agradable silencio. Un instante en el que ambos se dijeron muchas cosas sin decirse nada. Él la miraba como si no hubiera pasado el tiempo, cautivado por cada matiz marrón en la inmensidad verdosa de aquellos ojos maltratados. Y ella se dejó atrapar e inconscientemente se perdió en la profundidad de su mirada, como Alicia en la madriguera del Conejo. A Diego le parecía tan guapa como siempre, aunque diferente, más mujer y más golpeada por la vida que cuando se conocieron. Salvo eso, y que se había teñido de rubio, con algún brote de su castaño natural, era la misma Lis que había estado recordando día a día durante todos aquellos años separados.

—Te veo bien —dijo al fin Diego.

Lis, por su parte, hizo su first-scan pertinente. Diego había cambiado mucho. Y para bien, «que cabrón», suspiró. El chico enclenque y estirado había ensanchado. La cara más cuadrada, con aquella dentadura perfecta, con aquella sonrisa. Estaba realmente guapo. Minuciosamente afeitado. Y su olor, sin perfume, como antes, solo jabón, magnético y adictivo.

El camarero le dejó el tercio sobre la barra y se retiró.

—Gracias, Cas —le agradeció Diego.

Lis no pudo evitar reírse cuando le preguntó a Diego acerca del mote del camarero: «De castor, el bicho ese con dientes…», le dijo mientras imitaba con los dedos las paletas dentales. Efectivamente, el hombre tenía cara de castor, con las dos paletas grandes y salientes, de los pocos que le quedaban sujetos en aquella boca.

—Cacereño, Cas…, ¿y mi mote? —Lis no se creía lo que acababa de hacer, estaba coqueteando.

—Pregunta la señorita que qué mote le ponemos.

—Rubia —respondió Cas sin dudarlo.

—Pues bautizada, la Rubia. —Diego brindó por ello.

Ambos bebieron después del brindis. Lis sonrió y se quedó callada, le había hecho gracia, le había hecho gracia de verdad. «Un momento, ¿ahora me parece gracioso que me pongan un mote?», se espetó a sí misma al tiempo que la lista de paradojas de Lis acababa de aumentar.

—Al final has venido —continuó Diego.

—No me quedada otra.

—Venga, no creo que sea tan…

Lis lo miró, y esa mirada le bastó para entender lo que estaba pensando.

—Algún día me tendrás que contar por qué tanta fobia a los pueblos.

—Algún día, sí. Y tú a mí por qué no has salido de aquí.

Diego cogió la cerveza que le acababa de servir Cas y brindó con la de Lis sin que ella hiciera ningún amago por ello. Y sonrió.

—¿Por qué sonríes?

—Antes no bebías —le dijo Diego.

—Ahora lo hago para tragar la mierda, pasa mejor que con agua —contestó devolviéndole la sonrisa.

Diego reculó y cambió de tema.

—Bueno, ¿qué quieres saber? —dijo—. Supongo que es por eso por lo que querías verme.

Lis se dio un segundo para contestar. Mejor dicho, dos, las cervezas y los chupitos empezaban a hacer efecto.

A ella quizás le hubiera gustado más seguir hablando de otra cosa, pero si lo hacía podría interpretarse como que quería coquetear, y eso

era algo que Lis Vázquez no estaba dispuesta a permitir. A Diego, por su parte, le habría gustado preguntarle por qué no le devolvió las llamadas, por qué no le contestó los mensajes, o, simplemente, por qué desapareció. Por qué cerró su historia con aquel escueto mensaje de texto. Un «no soy para ti». Pero no era el momento de reproches.

—Centrémonos primero en el carnicero —continuó Lis mientras sacaba del bolso su bloc de notas y un bolígrafo.

—Vale —empezó Diego a reorganizar sus ideas—. Abel, no sé si lo recuerdas, era algo mayor que nosotros. —La reportera negó levemente con la cabeza—. Empezó la universidad, una ingeniería, creo, un tipo listo. Cuando su padre enfermó de cáncer lo dejó para ayudarle en la carnicería y cuando murió se quedó con el negocio. No volvió a estudiar, prefirió continuar con la carnicería en señal de respeto a su padre. —Lis paró el tiempo un instante en aquella frase, y se mordió el labio inferior con pesar—. Su mujer es Nuria, es una de las profesoras de primaria en el colegio.

—En el colegio de Sempiterno, entiendo.

—Sí. Esta mañana se me ocurrió llamar al colegio después de hablar contigo. Y adivina… —haciendo una pausa para darle mayor énfasis —, lleva enferma desde ayer.

—¿Ella enferma y él coge vacaciones? —preguntó Lis mientras apuntaba en su bloc de notas.

—Podría ser, ¿para cuidarla?

—¿Por qué no me lo has contado?

—Tenía pensado llamarte esta noche. Abel —continuó Diego— es nuestro cliente desde hace años y tengo muy buena relación con él. Es una persona seria y minuciosa. Ayer tenía que entregarle algo de embutido y unos quesos a primera hora en la carnicería, en el caso de que su mujer se hubiera puesto enferma y él hubiera cerrado para cuidarla, o lo que sea, nos habría avisado, estoy seguro.

—¿Ahí ya estaba el símbolo dibujado en el marco de la puerta? —preguntó Lis.

—No lo sé, yo me di cuenta cuando volví a su casa por la tarde. A Mateo, el jefe del almacén, no le gusta tener los paquetes por ahí desperdigados. Así que ayer a última hora intenté entregarlo de nuevo, y fue cuando escuché los ruidos y vi el símbolo. Y estoy seguro

de que alguien me miraba a través de la mirilla.

—Entiendo.

—Quizás soy algo alarmista, pero esto es demasiado extraño.

—¿Y esta mañana?

—Cuando se lo conté a Mateo le restó importancia y me dijo que lo intentara entregar de nuevo hoy, y que si sentía gente dentro de la vivienda, lo dejara. Así que fui de nuevo hoy a primera hora, volví a escuchar golpes, pero nadie me abrió.

Lis se tenía que esforzar por centrarse, los chupitos y la sonrisa de Diego no ayudaban. «Será cabrón, está mejor que nunca».

—¿Enemigos? —preguntó Lis.

—No lo creo, tanto él como ella son encantadores.

—¿Familiares?

—Los padres de Abel fallecieron, es hijo único. La familia de Nuria está en Burgos.

—¿Amigos?

—Pues podrías empezar por Ángel, el notario. Yo creo que es de los mejores amigos de Abel. Y de ella, Mónica, quizás. Te paso las direcciones por WhatsApp.

—Y la Policía, ¿algo nuevo? —preguntó Lis.

—Nada.

Lis se quedó mirando su botella de cerveza y suspiró, no por Diego, ni por la investigación. Se había pasado con los chupitos.

—Si quieres, te paso la ubicación de la carnicería, supongo que será tu siguiente paso.

—La tengo, querido, internet es tu amigo. Si de mí dependiera, mi siguiente paso sería irme lo más lejos posible de aquí —sentenció Lis sin dejar de mirar su cerveza. Y apuró lo que le quedaba de un sorbo.

—¿Por qué tienes tanto odio a este pueblo?

—Espera un momento —empezó Lis haciendo una breve pausa y poniendo cara de pensativa—, antes te dije «algún día» y, hasta donde sé, no hemos cambiado de día.

—Cierto. —Diego sonrió resignado.

—¿Y tú? —le preguntó Lis—. ¿Qué haces aquí?

—Pues no sé, supongo que lo que hacen las personas. Buscarse un hueco y vivir.

—Ah —contestó Lis.

—Aquí el coste vida es más bajo, las jornadas laborales son más relajadas que en el centro. El aire es más puro, tengo el bosque. Estoy más tranquilo.

—¿Y si se te sale una caries? Te la arrancas con una cuerda, ¿no?

—Aquí hay dentistas, Lis —sonrió Diego.

—Eso díselo a los dientes de tu amigo —apuntó ella señalando con la cabeza a Cas mientras este secaba los vasos.

Lis y Diego no pudieron evitar encontrar sus miradas cómplices de nuevo y reírse.

—Me voy a mi habitación, ya he tenido suficiente dosis de Sempiterno por hoy.

Diego apuró su cerveza de un trago y miró a Cas.

—Cas, ¿qué te debo? —preguntó mientras se echaba la mano al bolsillo.

—Que vuelva la rubia —le contestó Cas a Diego mostrando sus ausencias dentales.

Diego sonrió. Si de él dependiera, por supuesto que volvería la rubia.

Lis cogió su bolso e intentó salir del pub lo más dignamente posible, seguida por la atenta mirada de los autóctonos. Era noche cerrada en Sempiterno y la brisa que bajaba de la Pedriza enfriaba las calles desangeladas del pueblo.

—¿Te acompaño al hostal? —preguntó Diego.

—No, creo que sabré apañármelas sola —respondió mientras entraba como podía en el coche de alquiler, aparcado justo enfrente del pub.

—Creo que es mejor que te lleve yo.

—He dicho que yo puedo sola. —Lis puso el coche en marcha y bajó la ventanilla. Miró a Diego, que seguía de pie mirándola—. Oye, ¿por qué me llamaste ayer? —le preguntó a Diego.

—Por si volvías.

15

ABEL

Negociación.

Vuelvo a intentar evadirme de la realidad, pero no puedo. Me duele. Cada vez que hago un esfuerzo mental, me duele. Aun así, me esfuerzo. Sigue doliendo. Mis recuerdos están fragmentados y desordenados, y de vez en cuando aparecen. Surgen de la nada. Evocaciones pasadas de mi mujer, mis padres, mis amigos… Pedazos aleatorios de imágenes en movimiento mostrándome la vida que tuve. Trozos inconexos. Intento enganchar algunos de esos trozos, centrarme en él e intento escapar imaginando que estoy en otro lugar. Pero solo miro la pared. No parpadeo, no puedo parpadear.

Me esfuerzo. Escapo, sueño despierto. Con Nuria. Estamos caminando por el paseo marítimo de Ribadesella, nos encanta veranear allí. Eso lo recuerdo. Me dejo llevar y empiezo a recordar. No duele. Por primera vez, no duele. Mi mujer. La mujer de mi vida. Veo su cara nítida iluminada por el sol. «Qué guapa eres», le digo. Me mira y yo le sonrío. Caminamos cogidos de la mano, jugando con los dedos, conectados. «Juntos somos un muro infranqueable», nos decimos. Paseamos ante la atenta mirada de las decenas de majestuosas casas indianas apostadas a uno de los lados del paseo marítimo; imponentes, encaradas a la playa de Santa Marina, con el rumor embravecido del mar Cantábrico de fondo. Con su bruma. Con su olor a sal.

Suena el timbre de la casa. El sonido me da una bofetada de realidad. Miro la pared. No parpadeo. Las franjas de luz que recorrían la pared ya no están, pero sigue habiendo claridad. No sé en qué momento se desvanecieron. La percepción del tiempo se torna extraña en mi situación. ¿Qué hora es? No lo sé. La falta de luz indica que tiene que ser por la tarde, antes del ocaso. ¿Quién podrá ser? Quiero gritar, pedir auxilio a quien quiera que sea que ha llamado al timbre, pero sé que no puedo. Unos pasos surgen del interior de la casa. Rápidos. Pesados. El suelo laminado del pasillo cruje bajo sus pies. Es el hijo, tiene que ser el hijo. ¿Cuándo ha entrado? ¿Cómo no me he dado

cuenta? ¿Qué hacías ahí dentro? «¡Miserable!», le grito. No me oigo. La furia me hace olvidar que no puedo gritar. El miserable aminora el paso cuando pasa detrás de mí en dirección a la puerta de entrada. Recorre despacio los últimos pasos hasta la puerta. No quiere ser detectado. ¿Por qué? Quieres ver quién ha llamado al timbre por la mirilla, ¿verdad? Sonrío. En mi mente. Él no sabe que el suelo está suelto junto a la puerta. Rezo para que el chasquido que produzca el suelo laminado suene bajo su peso lo suficiente para alertar a la persona que ha llamado. Rezo con fuerza. El suelo chilla bajo el peso de ese ser inmundo.

—¿Hola?

Escucho la voz al otro lado de la puerta. Es un hombre. El sonido lo ha alertado. Siento alivio. El miserable se mueve de nuevo y el suelo laminado vuelve a chillar. «Torpe», pienso. Sonreiría si pudiera. Quiere ver quién está en el descansillo por la mirilla. Estúpido. La mirilla es antigua, y grande. A poco que se fije el hombre que habló al otro lado de la puerta, verá cómo el color cambia cuando se abre para mirar a través de ella. Hace falta algo de destreza para que no se note. El miserable es torpe.

—¿Abel?

Te vio, necio. Escucho de nuevo la voz al otro lado de la puerta. ¿Sabe mi nombre? Me conoce. No reconozco la voz, aunque cada vez escucho mejor los matices. El dolor de cabeza va desapareciendo. Siento unos pasos emerger del interior. Más pequeños, suaves. Lentos. Vienen del pasillo. ¿La madre? Seguro que es ella. ¿Pero cuándo han entrado? «Ven», le dice. «Que vengas», le ordena. Es la madre. El miserable acude a la llamada de la matriarca con más cuidado que cuando vino. Veo su sombra proyectada en la pared dirigirse hacia el interior de la casa. Mi casa. «¿Qué estáis haciendo? Dejadnos en paz, hijos de puta». «¡Dios, ayúdame! Por favor. ¡Ayúdame!», suplico una y otra vez. Incansable. En bucle. Los miserables no me oyen. Dios tampoco.

Céntrate. ¿Cuándo entraron? ¿Cómo no me he dado cuenta? ¿Estará mi realidad fragmentada al igual que mis recuerdos? Miro la pared. No parpadeo. El blanco de la pared vuelve a estar teñido de un gris oscuro. Es de noche. Tiene que ser de noche. No tengo noción del tiempo. Estoy agotado mentalmente. No puedo más.

Un chillido seco. Viene del final del pasillo, de una de las habitaciones del fondo de la casa. ¿Nuria? Ese tono de voz no es ni del hijo ni de la

madre. «¡Nuria!», grito. No me oigo. No. No. No. «¿Qué le estáis haciendo? No, por favor, no». Oigo un golpe seco. Por Dios, que pare. Otro golpe, aún más fuerte. «¿Qué le estáis haciendo? ¡Dejadla en paz!». Escucho algo, un mero rumor, pero no alcanzo a entenderlo. ¿Qué está pasando? «Dejadla en paz», suplico entre la pena más grande que he sentido en mi vida. «Por favor». No me oyen. No me oigo. «Os voy a matar. ¡Os voy a matar!».

La puerta de la habitación se abre. Escucho el leve sonido de las bisagras alterar el silencio de la casa. Juraría que es la de mi habitación. Suena lejano, mi habitación es la última del pasillo. «¿Qué hacéis en mi habitación? ¿Dónde está mi mujer? ¿Qué estáis haciendo?». Los pasos se arrastran por el pasillo. Son los pasos de la madre, pero se mueve diferente, más rápido.

—¿Qué vas a hacer con él?

Es la voz profunda y rasgada del hijo. «¿Conmigo?», pregunto, pero no me escuchan. La mujer se para, le responde algo. Habla bajo. Muy bajo. No alcanzo a entender nada. Rebusco entre los susurros las palabras que ha dicho, las letras. Intento hilar lo que ha dicho. Me cuesta. Concéntrate. Encuentro una palabra. ¿Sacrificarlo? Dos palabras. Tres. Ha dicho: «Hay que sacrificarlo». ¿A mí? Dios, sácanos de aquí. Ayúdanos. Te doy todo lo que quieras, mi cuerpo, mi alma, todo. Pero ayúdanos. Por favor. Por favor. Por favor.

16

LIS / NED

Jueves. 08:30. Sempiterno

El despertador del móvil de Lis comenzó a sonar, marcaba las 08:30. Estaba tirada encima de la cama, vestida con la misma ropa del día anterior. Sin despegar la cara de la almohada, tanteó con el brazo hasta dar con el móvil, colocado encima de la mesita de noche, y lo silenció. «¿Qué demonios tiene el alcohol de este maldito pueblo?», se preguntó mientras se masajeaba ambas sienes con la mano.

Se incorporó todo lo rápido que su cuerpo le permitió. Tenía el estómago del revés, la salsa del infierno convertida ahora en lava, daba vueltas por su aparato digestivo con algún que otro amago de erupción a través de su esófago. Se sentó en la esquina de la cama y buscó la botella de refresco de cola. Se maldijo al darse cuenta de que no estaba en su casa y de que no había refresco alguno. Tenía la boca pastosa y con ese sabor agrio que deja el alcohol. Se levantó torpemente, cogió una muda limpia y fue hacia el baño.

Salió de su habitación y cruzó el saloncito en dirección al baño. La ventana de doble hoja de la terraza estaba abierta, y por ella se filtraban el sonido de los pájaros y una suave brisa matinal. El aire fresco de la mañana acarició su piel y la hizo revivir durante unos segundos, inspiró hondo e hinchó sus pulmones con aquel aire puro de la sierra de Guadarrama. Se dejó llevar por todas aquellas sensaciones y se sintió aliviada, como dentro de una pompa, reconfortada, y entró al baño. De repente, todo aquel alivio que acababa de sentir se tornó en angustia. El corazón se le aceleró mientras enfocaba la terrible escena, sin dar crédito a lo que a través de sus vidriosos ojos verdes estaba viendo. Se quedó petrificada, no podía moverse, mientras Ned, de espaldas a ella, se enjabonaba sus enormes y peludos cuartos traseros al son de algo que estaba tarareando. Ned se giró y al verla, ahí de pie, absorta, mirándolo, chilló:

—¿¡Qué haces, loca!?

Lis salió del trance en el que el contoneo de caderas de Ned le había inducido y se tiró al suelo, abrió la tapa del váter y vomitó. Varias veces.

—¡¿Te importaría salir de aquí?! —gritó de nuevo Ned.

Pero Lis volvió a vomitar al mismo tiempo que intentaba levantar la mano pidiéndole que esperara un momento. Ned se giró mientras ella recobraba un poco la compostura y salió del baño, sin poder quitarse de la cabeza la imagen de Ned frotándose toscamente. Definitivamente, era la peor semana de su vida.

Cuando Ned terminó y salió del baño, el cruce de miradas entre ambos fue intenso y bochornoso. Lis abrió el grifo del agua caliente y después de varios sonidos guturales comenzó a salir el agua de un color marrón, que iba clareando con el paso del tiempo, pero sin llegar nunca a ser cristalina. Lis se resignó, necesitaba una ducha desesperadamente, y se metió bajo el chorro de agua turbia.

Bajaron a desayunar a la cafetería del hostal sin dirigirse la palabra. Él por vergüenza, ya que, a excepción de su madre, Lis era la única mujer que lo había visto desnudo en su vida, y ella por orgullo, no podía soportar que alguien como él la hubiera visto humillada, vomitando, abrazada a la taza del váter.

Se sentaron a una de las mesas de la cafetería. Aurora, que había abandonado su puesto en la recepción, se les acercó para tomar nota del desayuno. Lis llevaba las gafas de sol puestas, le pesaban los ojos. Iba vestida con un jersey de cuello en pico, vaqueros y unas Converse blancas. Pidió un café y un par de cruasanes con mantequilla y mermelada de melocotón. Ned, por su parte, vestía como un chaval de instituto; camiseta de Star Wars, vaqueros y zapatillas roídas. Pidió un vaso de leche con cacao en polvo y pan para untar con crema de chocolate.

—Enseguida se lo traigo —dijo Aurora, siempre con su dulzura acostumbrada.

A Lis y a Ned todavía les costó un rato empezar una conversación.

—Vale, a ver qué te parece —empezó Lis intentado romper el hielo cuando Aurora se marchó—. Anoche estuve con mi fuente.

—¿Hace falta llamarlo así? —interrumpió Ned.

—¿Cómo?

—Mi fuente. Puedes decir su nombre.

—Ah, vale. Pues anoche estuve con mi fuente y tengo novedades. ¿Mejor? —Ned se encogió de hombros mientras Lis sacaba el bloc de notas de su bolso. Aurora apareció por detrás de ellos portando la bandeja con los desayunos—. Creo que nuestro primer paso debería ser la carnicería y la casa. Podríamos entrevistar a sus vecinos, al menos a los del mismo piso y a los que vivan justo encima, por si ellos también escucharon algo. Y luego acercarnos al colegio de educación primaria donde trabaja Nuria. Que, curiosamente, está mala desde el martes.

—Me parece bien —dijo Ned con calma mientras untaba la crema de chocolate sobre el pan.

Lis se masajeaba la sien intentado buscar algo de alivio al dolor de cabeza que tenía.

—Un momento, ¿qué te pasa?

—Nada, ¿por?

—¿Hoy no vamos a morir? —exageró Lis.

—No —negó rotundamente Ned mientras masticaba con gusto la rebanada de pan.

—¿Te has tomado la pastilla?

—¿Te importaría hablar más bajo? —apuntó mientras miraba a su alrededor.

—Ah, ya entiendo. Te has metido una buena dosis para no ponerte a chillar como un loco delante de la recepcionista, ¿a que sí?

—¿Me puedes dejar en paz? —gruñó Ned en voz baja.

—Pues como sigas usando Nenuco, lo tienes difícil, querido.

—Que me dejes —susurró Ned.

—Tú mismo, no me hagas caso —le dijo Lis disfrutando mientras se metía con él.

Ned no hizo ningún caso, siguió con su ritual, mojó la rebanada de pan en la taza de leche y cacao y le dio un buen bocado.

Cuando salieron del hostal en dirección al coche, Lis respiró de nuevo aquel aire limpio y puro con toques a jara, cantueso, romero y tomillo. El aire, que entró de nuevo en ella, junto a la ducha y el desayuno, iban poco a poco recomponiendo su cuerpo. Hacía un bonito día otoñal, con el cielo pintado de un azul añil que contrastaba con el verde brillante de los diferentes tipos de árboles de la cuenca del Manzanares. Lis iba disfrutando de ese pequeño momento hasta llegar al coche, al contrario que Ned, que había activado de nuevo todos sus sentidos al salir del hostal, y las diversas preocupaciones comenzaban a ocupar su mente.

Ned accionó el mando a distancia y abrió el coche. Metieron las maletas y cuando Ned iba a entrar en el vehículo se dio cuenta de que algo no estaba bien. Dio un rodeo y vio que el coche tenía un golpe en el frontal que había hecho que se descolgara ligeramente el paragolpes. Miró inquisitivamente a Lis.

—Joder, Lis. ¿Qué has hecho? —le gritó.

—A mí no me mires así, perdedor —le contestó Lis señalándole con el dedo.

—Lo tuyo es increíble. —Ned empujó sutilmente el paragolpes hacia arriba y lo encajó de nuevo como pudo, quedando algo suelto por el lado del piloto. Ned entró en el coche y se sentó en el asiento del conductor—. ¿Pero qué has hecho?

—¿Lo pagas tú? —le reprochó Lis.

—No, pero…

—Pues arranca —le cortó Lis, que ya estaba sentada, con el cinturón de seguridad abrochado y con el móvil entre las manos—. Además, tiene seguro a todo riesgo. Te acabo de mandar por WhatsApp la dirección de la carnicería.

La calle de la carnicería era estrecha, de una sola dirección, con coches aparcados solo a uno de los lados; empedrada, todavía resplandeciente por la capa húmeda que el rocío había dejado de madrugada. Lis revivió en su mente aquella calle, o tal vez otra similar, de la mano de su madre, o quizás de Carmen, la mujer que cuidaba de todo su mundo cuando era una niña, con sus casas bajas de ladrillo visto y teja rojiza, de amplios ventanales de madera y balcones con barandillas de hierro fundido pintadas de verde musgo, todas ellas repletas de macetas con geranios de todos los colores. Y por un instante, al recordarlo, sonrió.

—Aquí es —dijo Ned sacando a Lis de sus pensamientos.

Era un edificio de tres alturas. La planta baja, que daba a la calle, tenía una mercería en el lado izquierdo y la carnicería en el lado derecho. En el medio había una gran puerta de madera maciza que daba acceso a las viviendas.

—Espera aquí —le dijo Lis a Ned mientras salía del coche.

Mientras Ned aparcaba Lis se acercó a un barrendero que estaba limpiando la calle.

—Buenos días —saludó Lis al barrendero.

—Buenos días —le contestó—, ¿nos conocemos? —añadió.

El barrendero era un tipo grande y delgado, repeinado hacia atrás, chamuscado por el sol. Con una sola mano podría coger un balón de baloncesto. Le faltaba algún que otro diente. «Y luego dice Diego que tienen dentistas, pueblo de desdentados», pensó Lis.

—Lo dudo mucho —contestó Lis con la mejor de sus sonrisas. El barrendero se quedó extrañado—. ¿Sabe por qué está cerrada la carnicería? —preguntó Lis.

—Porque están de vacaciones —contestó el barrendero.

—Sí. Ya. —Lis no sabía qué responder ante la obviedad de su respuesta. «Anda guapa, céntrate».

—Un día lo pillé limpiando mi calle y le dije —arrancó el barrendero —: «¿Qué haces limpiando mi calle?». Y él me dijo: «¿Qué haces tú?». Y entonces le contesté: «Estoy barriendo, ¿y qué haces tú?». Y me dijo: «Lo mismo que tú». No entendí bien qué quería decir, porque si yo estaba barriendo la calle, no sé para que la tiene que barrer él. Porque yo ya estaba barriendo, ¿entiende?, así que le contesté: «Pues no lo hagas, imbécil». Lo de imbécil no se lo dije, pero lo pensé.

—Ah, ya —Lis asintió con incredulidad a la historia que el barrendero le estaba narrando.

—Y, claro, él también pensó lo mismo de mí, supongo. Pero tampoco me lo dijo. Y entonces yo pasé y seguí a lo mío y él pasó y siguió a lo suyo. Ya no nos volvimos a hablar. Salvo cuando voy a la carnicería a comprar carne. Ahí sí que nos hablamos. Pero yo lo respeto, yo no me pongo a servir carne en su carnicería, ¿entiende?

—Sí, claro. Está bien, gracias.

—Es un tipo raro, tenga cuidado —le dijo el hombre mientras Lis se daba la vuelta para volver al coche. El barrendero comenzó a mirar el cielo, azul y sin nubes—. Abríguese, la rodilla me dice que va a llover. —Y siguió limpiando la calle—. Va a caer una buena, sí señor.

Lis llegó hasta el coche e hizo una seña a Ned para que saliera.

—¿Cómo fue? —preguntó Ned mientras se colgaba la cámara al cuello y salía del coche.

—Pues no sabría qué decirte —contestó Lis algo confusa con la historia del barrendero.

Ned tiró varias fotografías de la fachada de la carnicería antes de acercarse a ella, la reja de ballestas de doble hoja estaba cerrada. Había una nota pegada por la parte de dentro del cristal de la puerta de la carnicería. Ponía: «Cerrado por vacaciones». Estaba escrito con una letra elegante, antigua. Miraron a través de los cristales, pero no se veía nada. Todo estaba sumido en una oscuridad absoluta.

17

LIS / NED

Jueves. 10:47. Sempiterno

Era un edificio antiguo, como la mayoría de las casas del centro del pueblo. Con un gran zócalo de granito y la fachada pintada de color crema. No tenía telefonillo, así que empujaron directamente la puerta, que estaba abierta, y accedieron al vestíbulo. Estaba oscuro y frío. Y olía a humedad. Subieron por la escalera de madera desgastada, que crujía con cada leve roce, hasta la primera planta. El olor a humedad se intensificó, ese olor tan característico de la vejez de las vigas de madera y los muros empapados por el tiempo. Había dos puertas por planta, una enfrente de la otra, a ambos lados del descansillo, que daba a su vez paso al siguiente tramo de escaleras. Lis y Ned estaban frente a la puerta de los Jiménez. Contemplaron el símbolo dibujado con tiza sobre el marco. Un símbolo extraño que presagiaba algo desconocido.

—Hazle una foto —dijo Lis a Ned.

Ned quitó la tapa del objetivo de su cámara y le hizo varias fotografías. Después se tiró al suelo e intentó ver a través de la rendija por debajo de la puerta, pero solo había oscuridad. Tampoco se escuchaba ningún ruido.

—No veo nada —dijo Ned.

—¿Te importa dejar de hacer el ridículo? —le preguntó Lis mientras Ned se incorporaba.

Lis iba a llamar al timbre del domicilio de Abel y Nuria cuando, de pronto, el descansillo crujió a su espalda. Ned se giró bruscamente como un resorte y, al no darse cuenta de que la cámara colgaba de su cuello por la correa, en el vaivén de tan letal movimiento la cámara orbitó sobre su cuello ciento ochenta grados y casi impactó contra la cabeza de Lis, quien le miró inquisitivamente. La reportera se dio la

vuelta pero no había nadie detrás de ellos, y comprendieron que el vecino estaba husmeando a través de la mirilla de la puerta. Pasaron unos segundos observando la puerta y, a su vez, siendo observados desde ella.

—¿Hola? —terminó por preguntar Lis a la persona que había detrás.

La puerta se abrió lentamente. Una anciana se descubrió tras ella, era pequeña, encorvada por el peso de los años. Tenía el pelo cano peinado hacia atrás terminado en un moño. Vestía con colores vivos, blancos, azules y naranjas. Desde sus medias y su falda hasta su blusa y la fina rebeca de punto que llevaba puesta. «Qué moderna», pensó Lis. La nonagenaria los miró de arriba abajo a través de sus enormes gafas de pasta.

—¿Necesitan algo, jóvenes? —preguntó la anciana con una voz suave y pausada.

—Buenos días, señora. Somos periodistas y estamos buscando a la familia de Abel —respondió Lis amablemente.

—Aquí no vive ningún Clavel. —La anciana caviló durante unos segundos—. El único que vive en el pueblo es Macías Clavel padre, el hijo ya se fue. Es la casa blanca con la puerta roja, enfrente de la iglesia.

—Creo que debes hablar más alto —le susurró Ned a Lis.

—¡Buenos días, señora! Somos periodistas, yo soy Lis y él es Eduardo, y estábamos buscando a la familia de Abel —volvió a decir Lis levantando un poco el tono de voz.

—Ah, periodistas, ¿de algún programa del corazón? —sonrió la anciana ilusionada.

—No exactamente —replicó Lis—, estamos haciendo una serie de reportajes sobre algunos tenderos de los pueblos de Madrid —mintió Lis—. Abel se apuntó y nos pareció interesante su historia. Que dejara la universidad por ayudar a su padre, y que cuando este murió tomara las riendas del negocio —añadió lo que le había contado Diego para dar mayor credibilidad—. Y habíamos quedado hoy para hacerle una entrevista.

Lis prefirió mentir, preguntar directamente sobre las suposiciones que les habían traído hasta allí significaría que en unas horas la gente del pueblo ya hablaría de que Abel y su mujer habían desaparecido, o de

que habían sido asesinados, o incluso de que los habían abducido.

—Pues creo que no están. Llevo varios días sin verlos. Juraría que desde el martes a primera hora no los he vuelto a escuchar. No es que me dedique a escuchar —se excusó rápidamente la anciana—, simplemente que yo me despierto pronto. Me cuesta conciliar el sueño. Cosas de la edad. ¿Les puedo ayudar en algo más? —preguntó mientras les sonreía levemente.

Ambos se quedaron callados un segundo.

—Como ellos no están, quizás usted nos pudiera ayudar contándonos algo acerca de sus vecinos, si no es indiscreción —dijo Lis—, para nuestra revista.

—Claro, por supuesto que no es indiscreción. A mi edad una ya casi no tiene visitas. Adelante, pasen, pasen. —La viejecita abrió más la puerta y los invitó a pasar—. ¿Quieren un cafelito?

Ambos asintieron y entraron en la casa de la anciana. El vestíbulo estaba revestido por una cenefa de madera hasta la altura de la cintura, después venía una pintura blanca amarilleada por el paso de los años. Había fotografías por todos los lados, en blanco y negro la mayoría, en marcos de madera, de varias generaciones de su familia. Un mausoleo del pasado. Ned, como buen fotógrafo, las repasó todas de un vistazo. Aunque una de ellas se llevó toda su atención. Una foto en blanco y negra redonda, de unos siete centímetros. El resto de la fotografía hasta completar el cuadrado del marco era blanco. En ella se veía a un hombre blanco que sostenía, sonriente, un enorme pez rodeado de gente de color detrás de una pequeña barca de tonos claros en algún paraje tropical. «Vaya —pensó Ned—, esa foto tiene que ser de una de las Kodak originales de 1888».

—Me llamo Sophie, por cierto —comentó la anciana sacando a Ned de sus divagaciones sobre las fotografías.

El vestíbulo era un pequeño pasillo que contaba con dos puertas, una enfrente de la puerta de entrada, que estaba cerrada, y otra en la izquierda, abierta, que daba a otro pasillo que distribuía las habitaciones.

—Pasen al salón y siéntense —les indicó Sophie señalando la puerta cerrada.

Nada más abrir la puerta, una gata de color negro salió por el hueco con el marco y se lanzó entre las piernas de Lis en dirección a las

habitaciones.

—¡Joder! —exclamó Lis asustada a la vez que la gata maullaba.

—No se preocupe por Erzulie, jovencita, es una gata muy buena —explicó la anciana mientras entraba en la cocina, a la que se accedía desde el comedor.

El salón estaba lleno de estampitas de vírgenes y santos, velas y cirios, y más retratos. La mayoría eran primeros planos, en blanco y negro, amarilleados por el paso del tiempo, de personas aparentemente dispares, repartidos por todo el salón; colgados de la pared, en la mesita del café, en la estantería de madera al lado del gramófono… Lis y Ned, sentados en el gran sofá de escay de color rojo oscuro con mantelitos de ganchillo blanco en los reposabrazos, se sentían como si estuvieran en el medio de un coliseo romano observados por media Roma, rodeados de retratos inertes, sin vida, con la mirada perdida.

—Esto es un poco tétrico, ¿no? —comentó Ned.

—No todo el mundo es fan de Star Wars —le contestó Lis, aunque a ella también le pareció algo lúgubre.

La anciana apareció a los pocos minutos portando una bandeja con unas tazas, un par de jarras y un platito con pastas. Cualquiera diría que lo tenía preparado, por si acaso.

—Déjeme ayudarla —le dijo Ned levantándose.

—No te molestes, hijo, puedo sola —contestó Sophie a la vez que dejaba la bandeja en la mesita del café sin tocar los retratos.

Sophie sirvió los cafés y se sentó en un sillón con orejas que hacía juego con el de dos partes en el que estaban sentados Lis y Ned.

—Bonita casa. ¿Todos esos retratos pertenecen a sus familiares? —preguntó Lis para allanar el camino antes de ir a por lo que estaba buscando.

—Sí. Éramos una gran familia. Ahora solo quedo yo —apuntó la mujer con ligera tristeza.

Lis se dio cuenta y cambió de conversación.

—Cuéntenos, ¿de qué conoce a la familia de Abel? —comenzó Lis su interrogatorio mientras Ned ya estaba dando cuenta de las pastas que

Sophie había traído.

—Uy, pues de toda la vida, hija —comenzó a decir la anciana dando un sorbo al café mientras Lis cogía el bloc de notas y el boli de su bolso—. Abel es hijo de Emilio, que era carnicero también. De él heredó el local de la carnicería y el piso de encima, donde vive ahora con Nuria. El padre era un buen hombre y muy trabajador, Dios lo sabe. Su mujer murió de pena cuando él murió del dichoso cáncer, una gran mujer también. Dios los tenga en su gloria. Cuando los padres de Abel fallecieron, él y Nuria se mudaron aquí, hará unos cuatro o cinco años. Bien guapa que es Nuria. La niña más guapa y más lista del pueblo. Yo la hubiera querido como nuera, pero el destino no quiso.

La anciana paró un segundo.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó Lis.

—No, cariño, el destino me tenía reservada otra labor para mí —dijo Sophie con desazón—, pero esa es otra historia. Mi vientre no puede engendrar hijos, por eso no puede ser mi nuera. —A la anciana se le escapó una entrañable sonrisa.

La gata apareció de nuevo, se acercó sigilosa a Lis por debajo de la mesita de centro y lanzó un pequeño zarpazo a los cordones de sus playeras, a lo que Lis respondió con una discreta patada que dio en los hocicos del animal y le hizo maullar.

—Erzulie, deja a la chica —refunfuñó Sophie regañando a la gata—. No sé qué le pasa, no suele ser tan inquieta.

—¿Y no sabe cuándo volverán?

—No lo sé, hija, vi el cartel en la carnicería el martes cuando salí a hacer la compra. Y ya le dije que yo creo que el martes fue la última vez que los escuché.

—Es raro; como le comenté, habíamos quedado hoy sobre esta hora —dejó caer Lis, por si Sophie les podía decir algo más.

—¿En su casa? De quedar con ustedes a estas horas estaría en la carnicería.

«Vaya con la anciana», pensó Lis, que dudó si la había intentado pillar.

—Sí, cuando hablamos con Abel nos dijo que cerraría media hora la

carnicería para hacer la entrevista, que estaríamos más tranquilos en su casa —respondió rápidamente Lis—. Al ver el cartel, pensamos que lo mismo era la excusa para hacer la entrevista o algo así.

—Lo único que les puedo decir es que pregunten por él en El Olvido, suele comer allí y a veces echa la partida de cartas con los amigos. Quizás sepan algo más.

—¿El Olvido? —preguntó Lis intentado que la anciana diera más información acerca del bar. Aunque sabía perfectamente cuál era. «Sigue abierto», pensó. Le encantaba ir allí y pedir las alitas de pollo picantes.

—Es el bar más grande del pueblo. Está en la plaza.

—¿La plaza del Ayuntamiento? —preguntó Lis haciéndose la ingenua para no dar así lugar a dudas.

—Sí, no hay otra. Al final de esta calle. En Sempiterno, si usted quiere encontrar a alguien, es ahí donde tiene que ir.

—Vale, pues es suficiente. Muchas gracias por todo. Debemos irnos —contestó Lis entendiendo que poco más podían sacar de la anciana.

—¿Ya? Qué lástima —dijo Sophie mientras se ponía de pie—, pueden volver cuando quieran. Aquí tienen su casa.

—Muchas gracias por el café, las pastas estaban riquísimas —apuntó Ned llevándose la última a la boca.

Lis y Ned se levantaron y se dirigieron a la puerta de entrada. Ned vio a la gata lamer algo del suelo de la cocina, estaba oscuro y no podía diferenciar bien lo que veía. Pero parecía algo viscoso de color ocre.

—Verán —empezó a decir la anciana antes de salir al vestíbulo de entrada. Ned desvió su mirada hacia la anciana y cuando volvió hacia la cocina a mirar a la gata, ya no había nada que lamer del suelo. Ned se extrañó—. Quizás no les debería contar esto, porque tampoco estoy segura, pero creo que Nuria se estuvo viendo con alguien durante un tiempo. O se ve. No estoy segura, esta cabeza mía ya no es lo que era. cuando con alguien.

—¿Tenía un amante? —preguntó Lis directamente.

—Ay, no, por Dios. No me malinterpreten, solo digo que se veía con alguien.

—¿Con quién? —insistió Lis.

—Pues con Fernando, otro profesor del colegio. Un hombre callado, a mí no me da buena espina. La acompañaba muchas veces a casa, yo lo veía. Se notaba que la rondaba.

—Lo tendremos en cuenta, aunque no creo que nos sirva demasiado para lo que queremos. Recuerde que nuestra entrevista es sobre los tenderos —sentenció Lis sin darle más importancia, aparentemente—. Muchas gracias por su hospitalidad.

Sophie cerró la puerta de la casa cuando Lis y Ned salieron al descansillo de la primera planta.

—Tú dirás —dijo Ned.

—Vamos a hablar con los vecinos de arriba, a ver si ellos saben algo —contestó Lis mientras sacaba de nuevo su bloc de notas para apuntar el nombre de Fernando.

18

ABEL

Cólera.

«¿Qué le has hecho a mi mujer?», me lamento, con mis ojos clavados en ese dichoso punto inamovible de la pared. No parpadeo. ¿Cuánto llevo así? El miserable se acerca. Escucho sus pasos avanzar detrás de mí. Lentos y pesados. Ha debido de coger una silla del salón, escucho el sonido estridente que producen las patas al ser arrastradas por el suelo. Oigo cómo la silla se estremece cuando se sienta en ella. Es corpulento. Deja algo en el suelo, por el sonido parece una botella de plástico con agua.

—Abel. El gran Abel. Mírate. ¿Cómo estás?

Su voz, ronca, lúgubre, rasgada entre susurros. Miserable. ¿Que cómo estoy? Noto la ironía en cada palabra. En cada letra. «Si no estuviera tirado en el suelo sin poder mover un músculo, juro por Dios que tú no ibas a estar mucho mejor que yo».

—¿Cómo te sientes? ¿Cómodo? —Se ríe. Sorbe baba. Me humilla, más todavía. Bum, mi corazón se acelera—. No hemos tenido tiempo de charlar. Las primeras veinticuatro horas siempre es bueno dejaros reposar. Qué de emociones, ¿eh?

Se ríe de nuevo. ¿Veinticuatro horas? Le escucho respirar. Respira fuerte. Se humedece la boca seca, pastosa. Escucho ese sonido tan característico de la saliva despegándose del paladar removida por la lengua. Bum.

—Me gusta tu vida, ¿sabes? Una bonita casa. Un negocio que te va bien y da dinero. Y una mujer maravillosa y guapa. Vaya ojos tiene la Nuria, ¿eh? Y qué cuerpo… —Se relame, lo escucho. ¡Será cerdo!—. ¿Quién no desearía tener una vida así? Los que la tenéis solo sois conscientes cuando la perdéis. Como tú ahora mismo. Sí. Siempre arrogante y desafiante. Mírate. ¿Dónde está el gran Abel ahora?, ¿eh?

«¿Qué te he hecho para que nos estés haciendo esto? ¿Quién eres?». Siento que se regocija en cada frase que escupe. Como si me odiara desde lo más profundo de su ser. Con esa voz profunda y tosca. Rasgada por ese defecto en el habla. Como si no moviera toda la boca. Bum.

—Yo quería tu vida, ¿sabes? Desde siempre. La ansiaba con tantas ganas que estaba dispuesto a quitártela. A arrancártela de entre las manos. Al precio que fuera. Pero nunca me he atrevido, hasta hoy. Me he imaginado este momento muchas veces. Contigo ahí tirado llorando, sin saber lo que está pasando. Porque, aunque no te muevas, sé que por dentro estás sufriendo. Todos lo hacen. Sí.

«¿Todos? ¿Has hecho esto más veces?». Se ríe. Exultante. Bum.

—La gente piensa que soy tonto, pero se equivocan, ¿sabes? Maman siempre me decía que tenía un don, y que si luchaba por lo que quiero, acabaría por conseguirlo. —Mi corazón late cada vez con más fuerza. Bum, bum—. Y tenía razón. Estoy aquí, consiguiendo lo que quiero. Tu vida. ¿Sabes cómo lo he hecho? Bueno, maman no me deja hablar de eso. De nuestro secreto. Pero sí puedo contarte lo que voy a hacer contigo. Sí.

«Déjame levantarme y dímelo a la cara en igualdad de condiciones. No así, sin que yo no pueda hacer nada, y te cuento lo que voy a hacer yo contigo. Miserable». Bum, bum.

—Mañana a estas horas tu consciencia será mía. Doblegaré tu voluntad. Te quitaré el alma. Y no serás más que un saco de carne y huesos. Pensarás que es mentira, que estoy loco. Que no puedo. Pero mírate. He hecho que no seas capaz de moverte y mañana haré que obedezcas cada palabra que diga, como un perro. Sí. Y te ordenaré que te estrelles con tu coche. Una mujer irá contigo, también embarazada. Y yo me ocuparé de que no queden ni las cenizas de vuestros cuerpos. La gente pensará que tú y Nuria os matasteis en el accidente.

Se hace un silencio. No habla. «¿Por qué no hablas? ¡Termina!», le grito. Pero no me escucha, no me oigo.

—¿Y Nuria?, te estarás preguntando. Nuria… Nuria será mía. Doblegaré también su voluntad. La llevaré a mi casa y la haré mía cada noche de aquí hasta el último día de su vida.

«¿Cómo? ¿Qué dices? Ella jamás estará contigo. Necio. Estás delirando. ¿Qué estás diciendo? No, no puede ser cierto. Estás loco».

—Mañana me la llevaré de aquí, y tú lo verás. Y entonces me creerás cuando lo veas con tus propios ojos. Lo más seguro es que esta noche recuperes parte de movilidad, así que me quedaré contigo. No vaya ser que se te ocurra hacer alguna tontería. Sí.

Escucho cómo se mueve. Me muevo. Me he movido. Pero no ha sido consciente. Juraría que ha puesto sus asquerosos pies sobre mí.

—¡Ah!, por cierto, se me olvidada, sí. Los golpes de antes, ¿recuerdas? Nuria se puso a dar a luz. Tu hijo ha muerto durante el parto. Y no has hecho nada para ayudarle. Descansa.

No le creo. No puede ser verdad. Miro la pared. No parpadeo. Mi cabeza empieza a dar vueltas. Millones de pensamientos me acechan en la oscuridad. Nuria, mi amor. ¿Cómo se va a ir con él? ¿Con ese desgraciado? Jaime, mi hijo. ¿Muerto? No, no puede ser cierto. Nuria. Jamás se iría contigo. Jaime. No, no puede ser. Nuria. Pero, si ha conseguido paralizarme…, lo mismo… Jaime, no…, lo has matado…

Bum, bum. Bum, bum. La adrenalina inunda de golpe mi sangre. Ira, una cólera desbordada. «¡Hijo de puta!», chilla mi mente. El flujo sanguíneo de mi cerebro se hincha. Mi corazón bombea sangre tan fuerte que puedo sentir los latidos resonando en mi cabeza. Bum bum. Bum bum. Una cólera desbordada. Una rabia infinita. Una impotencia aún mayor que la suma de las dos. Ese hombre. Ese animal. Ese ser. Has matado a mi hijo y te quieres llevar a mi mujer. ¡No! ¡No! ¡No!

Qué ser tan miserable y despreciable. Le arranco la piel a tiras. Con mis uñas. Le hundo los ojos en las cuencas. Con mis dedos. Le parto los suyos. Con mis manos. Arranco pedazos de su carne rancia y putrefacta. Con mis dientes. Su sangre es negra. Ponzoñosa. Lo desgarro. Le dejo morir, desangrándose por las heridas que le provoqué. Y soy yo el que le mira. Bum bum. Bum bum. No hay cabida para el dolor o la pena. Solo cólera. Solo pienso en quitarle la vida. Arrebatársela tan despacio y depravadamente como él lo ha hecho con mi familia. Pero no puedo. Miro la pared. Solo miro la pared. No parpadeo. No me muevo. No puedo moverme. Me muero por dentro. Y él lo sabe. Disfruta ahí sentado mirándome. Sabiendo que me estoy pudriendo lentamente. Lo sé. Lo sabe.

19

LIS / NED

Jueves. 12:05. Sempiterno

Lis y Ned subieron por las escaleras de madera hacia el segundo y último piso del edificio. La reportera seguía dándole vueltas al último comentario de Sophie, no le veía sentido. Aunque sabía que la gente es chismosa ya de por sí, y más en los pueblos donde el hecho de conocerse entre todos acrecentaba las comidillas de vecindario, no le encajaba que la anciana dejara caer sus conjeturas acerca del posible affaire entre Nuria y ese tal Fernando sin más.

—¿No te ha parecido un poco extraño? —susurró Lis a Ned mientras subían las escaleras.

—¿El qué?

—Lo de Fernando, ¿no tienes la sensación de que ha sido un poco… forzado?

—No —respondió Ned—. Bueno, no sé. Pero sí creo que es un buen punto por el que tirar. ¿No crees?

—Lo que tengo claro es por qué tú eres el fotógrafo y yo la reportera.

Ned ignoró el comentario, primero porque iba hasta arriba de ansiolíticos, que, aunque no se lo reconoció a Lis, se tomó para estar seguro de no tener un ataque de pánico delante de Aurora, la recepcionista del Hostal Alfredo y, segundo, porque ya había entendido que no replicar a Lis era el mejor antídoto frente a la crispación que podía llegar a producir. Contestarle, en la mayoría de los casos, solo empeoraría las cosas.

Una vez en el descansillo del último piso, llamaron al timbre de la puerta que daba a la vivienda que estaba justo encima de la de Abel y Nuria. Al rato, unos pasos lentos, que se arrastraban por el suelo, se hicieron audibles al otro lado de la puerta. La mirilla se deslizó

suavemente, con cuidado, intentado no alertar a los visitantes de que estaban siendo vigilados.

—Buenos días —anunció Lis.

—¿Qué desean? —preguntó una voz estridente que surgió de dentro de la vivienda.

—Somos periodistas, estamos haciendo un estudio sobre la calidad de los tenderos de la zona y queríamos hacerle unas preguntas. —Lis se aplaudió a sí misma en su interior, esa excusa era mucho mejor que la que le había soltado a Sophie.

La puerta se abrió ligeramente y tras ella apareció una señora mayor, de unos setenta años, perfectamente maquillada con colorete, sombra de ojos azul y labios de un intenso rojo carmesí. Iba, además, adornada con collares de perlas, pendientes y demás joyas, como si fuera un árbol de Navidad.

—Hola, buenos días —empezó Lis para dar más seguridad a la anciana —. Me llamo Lis y él es Ned —explicó sacando su carné de prensa del bolso y mostrándoselo a la señora—. Sentimos molestarla. Estamos realizando un estudio sobre la calidad y el servicio de los tenderos de la zona y nos encantaría contar con su opinión.

—Ah, la prensa. Pasen, pasen —contestó la señora—. Aunque tendrá que ser mi Anselmo quien les diga, yo no salgo mucho. La cadera me mata, ¿saben?

—Cuánto lamento escuchar eso —empatizó con ironía Lis.

La respuesta de Lis dio pie para que la señora pudiera contarles la cantidad de dolores que sufría y las desgracias diarias que por ello tenía. Contrariamente a todo lo que la señora mayor argumentaba que padecía, se movía, aparentemente, sin problema alguno.

—Me llamo Adela, por cierto —sonrió la mujer mientras Lis y Ned accedían a la vivienda.

La casa era similar a la de Sophie, aunque esta había tenido alguna que otra reforma. No había zócalo de madera y las paredes estaban pintadas de un blanco intenso y luminoso. Según se accedía a la vivienda, el vestíbulo era un pequeño pasillo que desembocaba al fondo en la puerta que daba al salón. En la pared de la derecha tenían un aparador bastante más antiguo que la casa y en la pared de la izquierda estaba la puerta que daba a otro pasillo y a las habitaciones.

Igual que la casa de Sophie, pero en el lado contrario. Así que la casa de Abel debería ser igual a esta, pensó Lis.

Accedieron al salón y vieron a Anselmo sentado en el sofá, leyendo el periódico. Vestía zapatos recios, como su mirada. Pantalón de pana marrón, camisa a cuadros y chaqueta de punto perfectamente abotonada.

—Mira, Anselmo —anunció su mujer—, tenemos visita. Son de la prensa. —Anselmo gruñó sin levantar la vista del periódico—. Siéntense, ¿quieren algo?

El salón era enorme. Al no estar tan abarrotado de muebles y trastos como el de Sophie, daba la impresión de ser todavía más grande. «Esto es más grande que mi apartamento», pensó Lis. Anselmo, que había doblado el periódico en su regazo, los miraba fijamente mientras Lis y Ned tomaban asiento en las dos butacas enfrente del patriarca.

—No, muchas gracias, acabamos de estar en casa de Sophie y ella ya nos sacó pastas y café —aclaró Lis.

—Ah. —La cara de Adela dijo muchas cosas indescifrables para los invitados, y continuó—. Un piscolabis al menos, que es casi mediodía.

Mientras escuchaban el traquetear de Adela a sus espaldas en la cocina, la mirada de Anselmo los minimizaba. Era la mirada de alguien que había luchado mucho, que había visto mucho. Adela empezó a traer platos y cuencos, esparciéndolos por los huecos libres de la mesa de cristal situada entre los sofás. Trajo aceitunas verdes, negras, algo de queso, jamón y pan.

—¿De beber? A mí me gusta el bíter con hielo, bien fresquito.

Lis y Ned eran conscientes de que no se podían negar. Lis pidió agua, su estómago seguía delicado. Y Ned pidió lo mismo.

Adela se sentó al lado de su marido mientras Ned ya tenía las manos en el jamón y el pan.

—Bien, ¿qué necesitan saber? Anselmo les contestará a todo con gusto. Es él quien hace la compra, yo con el reuma no puedo —contaba mientras negaba con la cabeza.

Anselmo frunció el ceño en un movimiento indescifrable salvo para su mujer, que le devolvió una sonrisa amarillenta y ligeramente manchada de lápiz de labios.

—Ya —asintió Lis con una sonrisa como si hubiera entendido también el gesto de Anselmo—. Pues verá, estamos realizando un estudio sobre la calidad y el servicio que prestan los tenderos de la región. Como estamos trabajado por zonas, aquí estamos preguntando por la carnicería Jiménez e Hijo, y nos gustaría saber si están contentos con la calidad de sus productos, el servicio o cualquier cosa que nos quiera contar. ¿Sus productos son de buena calidad? —empezó preguntando Lis para dar credibilidad a su historia, antes de empezar con lo que realmente le importaba, mientras sacaba su bloc y el bolígrafo.

—Pamí los filetes de contra tanpachuparselosdeos, pero lababillaquetrae, ña —respondió Anselmo.

—¡Ay!, no le hagan caso —le excusó Adela ante la absorta mirada de Lis y Ned—, siempre está con lo mismo, dice que no le gusta ir a esa carnicería porque los filetes de babilla no los tienen buenos. Pero es que mi Anselmo me ha salido de morro muy fino —apuntó—. Yo no como carne, me sienta algo mal. Me da muchos gases, tengo el estómago… —se lamentaba la mujer.

—Ya —asintió Lis sin saber muy bien qué decir, e hizo como que lo apuntaba en su bloc.

—Los filetes de contra, en cambio, le encantan a mi Anselmo, ¿a que sí? —le preguntó y este le respondió con otro gruñido—, esos salen muy tiernos y jugosos para empanar —espetó dirigiéndose a Lis y Ned de nuevo.

—Entiendo. Y de los dependientes, ¿qué nos pueden contar? —encauzó Lis la conversación hacia donde le interesaba.

—Pamí queera mejó carnicero el pa, el hijo, ña, es máschuloqueunocho —apuntó Anselmo.

—¡Anselmo! —le regañó—, no le hagan caso tampoco. Compórtate —le dijo Adela a su marido acompañado de una palmada en el hombro—, no te metas con el chico. —Y Anselmo gruñó—. Ahora ya solo trabaja el hijo, que es un buen muchacho —continuó Adela—, el padre era mejor carnicero, eso está claro. A ver, Abel es joven, y los jóvenes, ya saben… Muy educado y correcto siempre, pero le queda por aprender. Luego ya, como vecinos, es otra cosa.

—¿Cómo? ¿Son vecinos? —preguntó Lis haciéndose la ingenua, sabiendo que Adela estaba deseando contarles cosas de ellos. Lis lanzó el anzuelo.

—Sí, hija, sí. Cuando los padres de Abel murieron le dejaron la carnicería, y él y su mujer se mudaron al piso que está encima de la tienda, que era del padre también.

—Ya, entiendo —asintió Lis—. Pues qué me va a contar a mí de los jóvenes, tengo unos vecinos que no se imagina las que montan —añadió con calzador, sabiendo que si Abel y Nuria eran ruidosos, Adela soltaría todo lo que tenía guardado.

—Pues estos dos son… —contestó sacudiendo la mano—, hacen una cantidad de ruido… Más de una vez me ha tocado dar con la escoba en el suelo para que se enteren.

—Viven justo en el piso de debajo, ¿no? —preguntó Lis sabiendo que ya habían picado el anzuelo.

—Sí, hija, sí, y llevan una semana…

—Tan tol día peleaos —gruñó Anselmo.

—¡Ay, qué hombre! Tampoco es así, Anselmo —le regañó de nuevo—, es que tiene mal genio —replicó dirigiéndose a Lis y Ned, como si Anselmo no estuviera—. No son mucho de peleas. A ver, son jóvenes y se ríen, bailan, ponen la televisión por las noches… Yo, la verdad, es que soy de acostarme pronto. Duermo mal, tengo algo de insomnio y me meto pronto porque estoy tan cansada… Pero mi Anselmo dice que el lunes por la noche tuvieron una bronca gorda. Él siempre se queda hasta tarde enchufado a la televisión, tiene un vicio. Se le van a caer los ojos.

—¡Viejaurraca! —gruñó Anselmo.

«Eso lo entendí», pensaron Lis y Ned a la vez.

—Vaya, ¿algún ruido por encima de lo normal? —Y la reportera comenzó a recoger el sedal. A la gente de los pueblos siempre le encanta hablar de los demás.

—Elunes noche sabanicaron pero bien —afirmó con contundencia.

—Sí —confirmó Adela—, los chicos de ahora no se respetan como nosotros. No tienen tanta paciencia, y saltan antes —comentaba mientras agarraba de la mano a Anselmo.

Lis dudó, no entendía muy bien lo que decía su marido, pero tampoco quería decirles que no le había comprendido.

—¿Se pelearon? —soltó un poco al azar. Si hubo una revuelta por encima de lo habitual, lo mismo pudo ser por una pelea.

—Yalocreo.

—Sí, el lunes, a eso de las diez, hicieron mucho ruido, estaban discutiendo. Yo ya estaba metida en la cama y me despertaron —explicó Adela—. Y después, hacia las once, escuchamos algún golpe más fuerte que otro. Y tuve que dar unos escobazos al suelo, luego ya pararon.

—¿Cree que lo mismo Abel pegó a su mujer? —volvió a preguntar Lis.

—Eso nunca saldrá de mi boca. Pero fueron ruidos feos, eso desde luego —explicó la mujer sin confirmar ni desmentir nada.

—¿Quizás por celos? Lo mismo ella se ve con alguien —intentó sonsacar Lis, a ver si salía a relucir el tal Fernando y, de paso, soltaban algo más acerca de que Abel podía ser un posible maltratador.

—Ña —refunfuñó Anselmo.

—No, para nada. Nuria es un encanto y muy guapa, seguro que pretendientes no le faltan. Y aunque se pelean de vez en cuando, están muy enamorados. Eso se nota en la mirada.

—¿Y han vuelto a escuchar algún ruido extraño? —preguntó Lis.

—Ayer por la noche tuvieron otra pequeña bronca. Pero mucho más suave que la del lunes, sin duda —apuntó Adela.

—¿Y no alertaron a la Policía?

—Ay, qué va, mujer. No voy a molestar a los agentes del orden solo por unos ruiditos.

El hombre se encogió de hombros y la reportera dudó ante la reacción de Adela.

—Bueno, pues eso es todo. Muchas gracias por su tiempo, nos queríamos pasar por la carnicería para entrevistar también a Abel, pero vimos que está cerrada por vacaciones. ¿Creen que seguirán en casa? —indagó Lis para sacar algo más de información.

—Desde luego, ayer por la noche estaban seguro —se reafirmó Adela—. Lo mismo, como ella está embarazada, quizás el chico ha cerrado la carnicería para cuidarla o algo así.

—¿Nuria está embarazada?

—Tapeñá.

—Sí, debe de estar de siete u ocho meses ya. La que la espera no lo sabe ella. Yo sufrí con mis dos hijos una barbaridad. Arturito, el pequeño, casi cinco kilos. Yo creo que parte de mis dolores de ahora vienen de aquello —contestó con pesar Adela.

—¿Cuándo fue la última vez que los vieron?

—Elunes alamañanacuando fuialbarpalaperitivo, eltabanlacarnicería —gruñó.

—Sí, él los ve más. El lunes estaba abierta la carnicería. Yo, como les dije, casi no salgo, la cadera me mata. Como mucho, al centro de día a echar la partida con las amigas o a la peluquería. Para el resto, menos mal que tengo a mi Anselmo.

—Muy bien, pues muchas gracias, porque nos han sido de mucha ayuda, y también por su hospitalidad —dijo Lis mientras se levantaba —. Tenemos que seguir con la ronda.

—¡Ña, amandar! —bufó Anselmo para, acto seguido, desdoblar el periódico y seguir con su lectura.

—¿Saldremos en la columna que van a escribir? —preguntó Adela mientras se levantaba para acompañarlos hasta la puerta.

—Por supuesto, les mandaremos una copia —resolvió Lis.

—Abrigarse quevallové —añadió Anselmo sin despegar la vista del periódico.

Lis y Ned salieron al descansillo y Adela cerró la puerta tras ellos. Se acercaron a la entrada de la última vivienda, la que estaba encima del piso de Sophie, y llamaron al timbre, pero nadie abrió la puerta. Cuando bajaron al primer piso, sintieron de nuevo la mirada de Sophie a través de la mirilla. Lis se acercó a la puerta de la casa de Abel y Nuria y agudizó sus sentidos intentado captar algo, por poco que fuese. Pero todo estaba en silencio. Lis golpeó con sus nudillos sutilmente la puerta de entrada a la casa, «toc, toc, toc», pero no hubo respuesta alguna, todo estaba sumido en la más absoluta calma.

20

LIS / NED

Jueves. 12:57. Sempiterno

—¿Qué opinas? —preguntó Lis mientras Ned conducía siguiendo las indicaciones del GPS por las empedradas calles de Sempiterno hacia el colegio.

—¿A qué te refieres?

Uno de los efectos secundarios de los ansiolíticos que más fuerte se manifestaba en Ned era la dificultad para concentrarse. Y se había pasado la mayor parte de las entrevistas con Sophie y Adela con la mente perdida en sus cosas.

—Joder, a lo que ha dejado entrever Adela con lo de «ruidos feos», ¿crees que Abel podría pegar a su mujer? De una manera u otra, tanto mi fuente como Sophie, Adela o su marido, han dejado caer que no era mal tipo. Solo le ha criticado el barrendero —reflexionó Lis. Ned se encogió de hombros—. Está bien, déjalo —zanjó.

Ned aparcó a escasos metros del colegio, un edificio antiguo de ladrillo visto rodeado de coníferas. Después de subir por la escalinata de granito que daba a la puerta de entrada al Colegio Público de Educación Infantil y Primaria de Sempiterno, Lis y Ned se acercaron a la secretaría, una pequeña garita a la derecha según se accedía al edificio. La mujer de detrás del mostrador los miró inquisitivamente por encima de sus gafas de pasta con cadena al cuello.

—¿Desean algo? —preguntó la mujer con cara agria y mentón alargado que parecía un martín pescador.

—Sí, buenos días. Estábamos haciendo un reportaje sobre las infraestructuras y los recursos de los colegios públicos de la sierra —mintió Lis.

—¿Tienen cita? —respondió la recepcionista estirando el cuello para

poder verlos mejor por encima del mostrador.

—Habíamos quedado con Nuria —dejó caer Lis, como si la conociera de toda la vida, sin tener ni idea del apellido o del curso en el que impartía sus clases—. Habíamos contactado con ella a través de unos conocidos y accedió de buen grado a ser entrevistada —añadió Lis para dar algo más de veracidad a su historia.

—No ha venido hoy, está enferma —replicó con sequedad la recepcionista.

—Vaya, ¿y hay alguien con quien podamos hablar en su defecto para poder llevar a cabo la entrevista? Ya que estamos aquí… —dejó caer Lis.

—Un momento —contestó la mujer con cara agria mientras fruncía el ceño mirando la pantalla del ordenador, y empezó a pulsar con fuerza el teclado—. La jefa de estudios de infantil tiene un hueco ahora, esperen ahí —contestó señalando unas sillas de madera verdes pegadas a la pared—. La llamo.

Lis y Ned se sentaron en las sillas mientras la recepcionista hablaba por el teléfono en tanto Lis seguía intentando hilar las conversaciones con los vecinos de Abel y Nuria.

—Abel trabajó el lunes. Discuten ese mismo día por la noche, pudiendo incluso haber llegado a las manos. Abel pone un cartel de «cerrado por vacaciones» en la carnicería el martes y no avisa a nadie, y ella dice que está enferma. Todo después de una ardua discusión con su marido, ¿cómo lo ves? —conjeturó Lis esperando confirmación por parte de Ned.

—No tiene por qué, quizás ella se puso mala y él simplemente colgó el cartel para no alarmar a los clientes y así poder cuidar de ella —respondió Ned, que lo observaba todo como un niño pequeño en su estado de relajación extrema.

—No ayudas mucho, ¿sabes? —le reprochó Lis—. Ayer veías fantasmas en todos los lados y hoy…

Ned se encogió de hombros mientras jugaba con la tapa de la cámara de fotos. Lis no había terminado la frase cuando una mujer apareció por uno de los pasillos tras el sonido de sus tacones. Tenía el pelo rizado, pelirrojo, a juego con la chaqueta de punto que llevaba puesta.

—Buenos días —les saludó amablemente—, tengo entendido que

vienen por algo de un reportaje, ¿es así?

Lis asintió y ambos siguieron a Teresa hasta su despacho, empapelado con las decenas de coloridos dibujos que habían dibujado sus niños, como ella los llamó. Lis y Ned tomaron asiento al otro lado de la mesa. La reportera sacó su bloc de notas del bolso para simular que apuntaba y comenzó a hacerle preguntas a la jefa de estudios de infantil; el estado de las aulas, las condiciones del profesorado por culpa de los recortes, las aulas con ratios demasiado elevados y la situación de los niños con necesidades especiales. Todo para darle forma a un reportaje inventado que le diera pie para preguntarle por lo que realmente le importaba en ese momento.

—¿Sabe algo de Nuria? —dijo cuando todos los demás temas ya se habían tratado—. Nos extraña que no nos haya avisado teniendo en cuenta que teníamos una cita. ¿Es algo grave?

—Nos avisaron de que estaba enferma el martes a primera hora. Molestias con el embarazo.

—Vaya, pobre. ¿Le había pasado antes?

—La verdad es que juraría que es la primera vez.

—Si les avisó ella directamente me quedo más tranquila —dejó caer Lis.

—Realmente fue Satur quien me lo dijo personalmente, el hombre de mantenimiento.

—¿Y dónde le podríamos encontrar? Quizás él también nos pueda dar alguna información más técnica sobre el estado de las instalaciones —apuntó Lis.

—Satur puede estar o en la salita que tiene para sus herramientas, por el mismo pasillo por el que hemos entrado, al final del todo, o en el salón de actos.

La reportera le pidió si podía entrevistar a algún educador más y Teresa los acompañó hasta donde se encontraba el claustro de profesores, había varios de ellos revisando sus notas mientras otros tomaban café y charlaban distendidos. La jefa de estudios los presentó y acto seguido se despidió de ellos.

—¿Para qué periódico trabajan? —preguntó Teresa antes de marcharse.

—Madrid Digital Oeste —respondió Lis sin pensarlo ni un segundo.

De entre todos los educadores que se encontraban en la sala, Lis se decidió por entrevistar solo a uno. Hizo su famoso first-scan y eligió a Cristina, la que mostró la mirada más empática cuando contaron que Nuria estaba enferma y no podía atenderlos. Era una profesora joven de pelo negro y cara cándida.

Se reagruparon los tres en una mesita al fondo del claustro para no molestar a los demás y Lis empezó con su habitual interrogatorio acerca de los recortes y demás, asintiendo con la cabeza y haciendo que apuntaba en su bloc de notas. Justo cuando estaban terminando con la entrevista, Lis le pidió a Ned que fuera a tomar unas fotografías del colegio para el reportaje. Lis necesitaba intimidad con Cristina para intentar sacarle los posibles cotilleos de salón.

—Una pena lo de Nuria, ¿sabes si está bien? —preguntó Lis, a ver por dónde salía, mientras Ned se marchaba montado en su nube de algodón.

—En realidad, demasiado había aguantado ya, estaba casi de ocho meses —respondió Cristina compadeciéndose de su compañera y amiga.

—Mi pareja dice que tengamos un niño, pero la verdad es que yo no lo veo… —mintió Lis para intentar empatizar y sacar algo más de información.

—¿El fotógrafo? —preguntó Cristina por Ned.

—¿Ese? Más quisiera él.

Ambas se rieron.

—¿Le había pasado antes?

—No, la verdad es que no, es la primera vez que no viene a trabajar por el embarazo.

—¿Y el padre cómo lo lleva? Fernando, ¿no? Que también trabaja aquí, creo —mintió de nuevo Lis, a ver qué salía de ahí.

—¡Fernando! —exclamó Cristina sorprendida.

—Alberto y Paula, unos amigos que tenemos en común, nos hablaron de un tal Fernando, creo recordar —mintió de nuevo Lis, ante la cara

de extrañeza de la profesora, para dar veracidad a su mentira.

—No, Fernando no. Fernando es un compañero, es el profesor de Ciencias Naturales de primaria. El padre se llama Abel, que tiene una carnicería aquí, en el pueblo.

A Lis se le estaba escapando la conversación, era el momento de soltar un órdago o retirarse.

—Ah, ya me acuerdo. Entonces, entre nosotras —dijo bajando el tono de la conversación—, Fernando era con el que tenía una aventura o algo así, ¿no? —Lis eligió órdago. Cristina se quedó helada y Lis se dio cuenta. Necesitaba un poco más para que aceptara el farol. Eran esos momentos los que a Lis más le encantaban de su trabajo—. Cotilleos de chicas, ya sabes. De aquí no sale —continuó Lis con una entrañable sonrisa y una mirada profunda, sabiendo lo que les encantan a algunas mujeres los cotilleos de palacio.

Cristina sonrió.

—A ver, aventura, no creo. Pero para mí que Fernando anda detrás de ella, eso seguro. A ver, las cosas como son, Nuria es un encanto, y además muy guapa.

—Bah, pues como tú. Seguro que tienes mil detrás —la halagó Lis.

—Qué va, yo nada. En serio, Nuria está a otro nivel. Y encima es un cielo.

—Pues nada, querida, ha sido un placer. No te quito más tiempo. Que todavía me queda hablar con… —expuso mientras revisaba sus notas — Satur, el de mantenimiento.

—Otro que está loquito por Nuria —sonrió de nuevo Cristina.

—¿En serio? Al final me va a dar miedo conocerla, a ver si yo también me voy a enamorar.

—Ah, pensaba que la conocías —preguntó extrañada Cristina.

«Mierda», se regañó Lis dándose cuenta de su patinazo.

—No, solo amigos en común. Nos íbamos a conocer hoy —espetó para salir del paso.

—Pues entonces ten cuidado y no te enamores cuando la veas —contestó Cristina.

Y las dos rieron con miradas cómplices, Lis ya la tenía.

—Me han dicho que él fue el que avisó de que estaba enferma y no iba a poder venir —apuntó Lis.

—Sí, se llevan bastante bien. Él la suele llevar en coche a casa a veces, comen juntos y tal. Ella es un encanto, como te dije. Pero yo creo que algunos hombres confunden ser agradable con ellos por un «me gustas». No sé si me entiendes.

—Típico —respondió Lis.

—Ya —afirmó Cristina con pesar.

—Bueno, ahora sí que te dejo. Muchas gracias por tu tiempo.

Se despidieron cortésmente y Lis salió al vestíbulo a buscar a Ned, que estaba ensimismado mirando las fotografías y los trofeos de una de las vitrinas del pasillo. Antes de recogerlo, Lis se acercó por la garita de la secretaria.

—Hola, perdona que te moleste. ¿Podrías decirme el cuadrante de Fernando?, me ha comentado Teresa que también estaría bien hablar con él —mintió.

La secretaria volvió a arremeter con fuerza con los dedos índice de cada mano contra el teclado del ordenador.

—Fernando ya se ha ido, mañana sobre las doce estará libre hasta la una.

—Gracias. Sé que no te lo deben de decir mucho, pero eres un encanto —soltó Lis con sarcasmo. Y se fue a por Ned.

21

ABEL

Crisis.

Me arrojo a la nada, me veo a mí mismo caer por el precipicio de la desolación. Despacio. Entre una oscuridad densa e infinita. Pudriéndome. Muriendo. Cuanto más caigo, más muerto me siento. La desazón ya no está solo en mi cabeza, sino que se extiende por todo mi cuerpo. Como si esta pena que me aflige fuera tan poderosa que hubiera reavivado parte de mi ser adormecido. Mis músculos siguen inertes, pero siento que el pecho se comprime. Se comprime con fuerza. No solo en mi cabeza. Se comprime tanto que ahoga todavía más el fino hilo de aire que soy capaz de inspirar. Siento mis pulmones hincharse y deshincharse afligidos. Los siento de verdad. No solo en mi mente. Cuando por fin vuelvo a percibir algo fuera de mi mente, lo único que hago es quedarme en mi cabeza y culparme por lo más duro que puede vivir una persona. La pérdida de un hijo. Exhalo débilmente su nombre. «Jaime». Y también me culpo por lo que debe estar pasando mi mujer. Repito sus nombres. En un siniestro bucle que no parece tener fin. «Nuria. Jaime». ¿Qué os he hecho? Agonizo. Me martirizo. ¿Cómo he dejado que esto suceda? Sigo cayendo al vacío. Entre tinieblas.

Me lamento. Quiero llorar, pero soy incapaz. Me culpo continuamente de lo sucedido. Una y otra vez. Miro la pared. No parpadeo. Le huelo, percibo el olor a tierra mojada y sudor rancio. Sentado detrás de mí. Ronca. Juraría que siento sus pies sobre mi costado izquierdo. Miserable. ¿Qué ser es capaz de dormir después de provocar todo este sufrimiento? No concibo la existencia de un ser tan primitivo. ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Cómo es posible que existas? No tengo respuesta. ¿Qué te he hecho para que me hagas esto? Yo no he hecho nada a nadie en mi vida como para que me odien así. Me ahogo en mi sufrimiento. Mi hijo. Mi mujer. No. No. No. Me lo repito mil y una veces. No. No. No.

Mi mente se nubla. Siento deterioradas mis facultades mentales.

Demente total. Veo sombras que recorren la pared. Imágenes en movimiento. Imágenes fantasmagóricas que se estiran y se contraen proyectadas en la pared y me miran. Las veo mirarme. Se ríen. Escucho sus risas. Sus susurros. Cacofonías. Se burlan de mí. De entre todas esas imágenes distingo dos. Emergen del punto inamovible de la pared. El único sitio que soy capaz de enfocar. Dos ánimas que no solo me miran, también me hablan. Me miran fijamente y mueven sus bocas. Dos formas. Pálidas. Una mujer y un niño. Les sale vaho de la boca. ¡No! Despierta. Miro la pared. No parpadeo. ¿Qué ha sido eso? Siento frío. Siento frío en mi piel. Siento mi piel. Y dolor. Mucho dolor. ¿Dónde? Lo localizo. Mi mano derecha. La que está junto al suelo. Mi dedo. Estoy arañando con mi dedo índice el laminado. Instintivamente, no lo hago consciente. Raspo con fuerza. No puedo dejar de hacerlo. Noto desgastarse mi uña contra el suelo. Noto algo húmedo, caliente. Tiene que ser sangre. Siento dolor. Y alivio. Rasco incasable. Solo puedo hacer ese movimiento. El sonido es desagradable. Áspero. No puedo dejar de hacerlo. Pero no consigo distinguirlo bien por debajo de los ronquidos del miserable. Paro de golpe. Un fogonazo me saca brutalmente de la oscuridad. Del dolor. Empiezo a sentir, a estar conectado de nuevo con mi cuerpo. Nuria. Si consigo moverme, puedo sacarla. Mi amor. «¡Vamos!», me grito.

Siento los ojos pesados. Fatigados. Me duelen. ¡Me duelen los ojos! Miro la pared. Parpadeo.

22

LIS / NED

Jueves. 13:27. Sempiterno

Lis llamó con los nudillos a la puerta del cuarto de mantenimiento, nadie respondió. Intentó abrir, pero estaba cerrada con llave.

—Pues a buscar el salón de actos —le dijo Lis a Ned, que asintió—. Hoy estás mejor que ayer, ¿eh? —apuntó Lis con una sonrisa.

—En realidad no, pero voy hasta arriba de ansiolíticos —reconoció por fin Ned levantando la mano por encima de su cabeza.

—Ya decía yo que estabas muy callado y sonriente. Lo mismo me vas a tener que pasar unas pocas.

Ambos soltaron una sonrisa mientras desandaban el pasillo que les había llevado hasta el cuarto de mantenimiento desde la secretaría. Al llegar a la entrada, se acercaron una vez más a la mujer de las gafas con cadena, que ya empezaba a sentir taquicardias cada vez que los veía aparecer por el camino hacia el salón de actos.

—Discúlpame —dijo Lis sonriendo—, ¿me podrías decir qué clase era la última de Nuria hoy?

La mujer, aunque solo fuera por que la dejaran en paz, tecleó de nuevo con brusquedad el teclado para buscar rápidamente el nombre y los apellidos de Nuria y ver el cuadrante.

—Hoy terminaba a las dos.

Después de pasar por varios pasillos rodeados de aulas, llegaron a un portón verde de madera de doble hoja. El salón de actos era amplio y oscuro, no tenía ventanas, débilmente iluminado por unas pocas bombillas. Al fondo, una silueta se intuía entre las sombras, martilleando con fuerza los clavos sobre las piezas de madera que componían el suelo del escenario. Varias hileras de sillas verdes,

divididas en dos grupos, hacían las veces de patio de butacas, dejando un pasillo entremedias por el que Lis y Ned se acercaron al hombre que todavía no se había percatado de su presencia.

—¡Hola! —gritó Lis.

El sonido de los clavos abriendo la madera cesó. La silueta dejó el martillo sobre la tarima y se alzó, entre la penumbra se discernía la forma de un hombre de grandes proporciones.

—Satur, ¿verdad? —preguntó Lis.

Este asintió con la cabeza y, sin decir nada, levantó tímidamente la mano en señal de saludo. Era enorme, pensaron los reporteros. Medía más de un metro noventa y sus facciones eran redondas y marcadas. Era ancho, con una prominente barriga, apretada con las tiras de velcro del mono azul que llevaba puesto. El pelo le clareaba ligeramente en la parte superior y llevaba una descuidada barba de varios días.

—Verás, soy Marta y este es mi hermano Felipe, somos primos de Nuria. De Burgos —mintió Lis una vez más, que había tomado carrerilla. Aunque ya empezaba a perder la cuenta de los diferentes personajes con los que había ido disfrazando la verdad.

A Lis le interesaba cambiar de estrategia con Satur, ya que, supuestamente, era amigo de Nuria y, además, era quien avisó de su ausencia a Teresa el martes por la mañana. Se decantó en esta ocasión por unos familiares preocupados por Nuria, y no por unos periodistas haciendo un reportaje acerca de las infraestructuras y los recursos de los colegios públicos de la sierra.

Satur no se inmutó.

—Llevábamos tiempo sin vernos, ya sabe. Cosas de familia —afirmó Lis con aplomo. La parte más importante de una mentira es la forma de creértela cuando la dices, para que suene tan creíble que parezca verdad—. La distancia a veces juega malas pasadas.

—Sí —asintió Satur.

—Habíamos quedado hoy para recogerla al terminar sus clases, a las dos. Pero nos han dicho que no ha venido, que se encontraba mal. Intentamos llamarla varias veces, pero no contesta al teléfono. Teresa nos ha comentado que usted fue quien avisó de que estaba enferma.

—El lunes cuando la dejé en su casa por la tarde me dijo que se encontraba mal, sí. Y que seguramente no vendría el resto de la semana —les explicó con una voz áspera y seca.

—Espero que no sea grave. Iremos directamente a su casa, entonces.

—Creo que no están —respondió Satur.

—¿No? —fingió Lis con cara de extrañeza.

—Me dijo que querían hacer una escapada.

—Eso no tiene sentido… ¿Se encuentra mal y planea una escapada? Además, había quedado con nosotros —dejó caer la reportera.

—Es por el embarazo, sí. A veces cuando se encuentra mal van a un balneario, lejos. En la montaña.

—Qué raro, y se va sin avisarnos. —Lis dejó caer el comentario sin más para ver qué tipo de efecto provocaba en Satur.

—Yo solo les digo lo que me contó —afirmó Satur.

—¿Son muy amigos? —le preguntó directamente.

—Sí —afirmó con certeza.

—Pues nada, que tenga un buen día. Gracias.

Y se reanudó el repicar de los clavos contra la madera mientras Lis y Ned salían del salón de actos.

—¿Qué opinas? —le preguntó Lis a Ned.

—Pues que se han pirado a la montaña —sentenció Ned.

—Tu ayuda es siempre tan inconmensurable… Empiezo a pensar que te prefiero paranoico perdido, al menos así colaboras con tus conjeturas.

Lis y Ned salieron del colegio, eran ya más de las dos de la tarde. El cielo seguía azul, sin una sola nube. Una brisa fresca acariciaba la piel de la periodista que la recibía con agrado. El aire puro hacía las delicias de Lis cada vez que lo inspiraba.

—¿Y ahora adónde vamos? Yo tengo hambre —dijo Ned.

—Sí, vamos a comer.

Con Ned al volante, se dispusieron a recorrer el camino hacia el bar El Olvido para almorzar. Ned iba siguiendo atentamente las indicaciones del GPS mientras Lis, ligeramente recostada sobre el asiento del copiloto y con su ventanilla bajada un par de dedos, se dejaba embriagar por el aire que bajaba directo de la Pedriza. Hacía mucho tiempo que no respiraba aquel aire tan limpio. Fue incapaz de recordar cuándo, pero sí rememoró que, como entonces, la reconfortaba de una manera indescriptible.

23

LIS / NED

Jueves. 14:46. Sempiterno

No eran las tres de la tarde cuando entraron en el bar El Olvido, en uno de los costados de la plaza del Ayuntamiento. Las paredes estaban pintadas de blanco, lo que, junto con los amplios ventanales de madera, daban al establecimiento una luminosidad envidiable, al contrario que el suelo, que apenas se veía bajo las montañas de cáscaras de cacahuetes, güitos de aceitunas y servilletas de papel arrugadas.

Una amplia barra de mármol, madera y hojalata en forma de «u» en el centro del local servía de atalaya para el orondo señor de pelo cano y gafas redondas, embutido en su camisa blanca desgastada y chaleco y pantalón negros, que sudaba la gota gorda corriendo atolondrado de un lado a otro para dar un servicio rápido, que no eficaz, a los clientes.

El bar estaba lleno de gente. La mayoría de pie, cerca de la barra, charlando distendidos con sus copas de cerveza o de vino y sus tapas de torreznos, patatas fritas o aceitunas. Los que menos, solos o en grupos, engullían ansiosos sus platos combinados regados de abundante vino con gaseosa, sentados a las mesas de patas de hierro negro y tableros de mármol.

Lis y Ned se sentaron a una de las mesas desde donde podían ver la plaza del Ayuntamiento. Lis sentía cómo las miradas la seguían, las notaba clavarse en su espalda. Y eso la incomodaba, la incomodaba demasiado. Miradas excesivamente atrevidas y penetradoras. Y, como no podía ser de otra forma, enseguida en su cabeza apareció la comparación con Madrid. «Esto en Madrid no pasa», pensó. En Madrid la miraban, sí, pero no de aquella manera.

Lis cogió una carta plastificada y grasienta que estaba al lado del servilletero y empezó a echarle una ojeada. Ned la emuló. Otro

camarero, de cabeza cuadrada, se les acercó.

—Buenos días, pareja. ¿De beber? —les preguntó mientras pasaba de hoja en su pequeño bloc de anillas.

—Un bloody mary —pidió Lis. El camarero dudó, era algo con zumo de tomate. Apuntó «zumo de tomate»—. Vale, apunta —comenzó Lis al darse cuenta de que algo fallaba al observar la cara del camarero—: tres partes de vodka, seis de zumo de tomate, una pizca de sal y otra de pimienta negra, tres gotas de tabasco y otras tres de salsa inglesa, supongo que esto último no lo tendréis, así que puedes omitirlo, un poco de zumo de limón y hielo. —El camarero, que la miraba con cara impasible y una afable indiferencia, apuntó a continuación del zumo de tomate: «+ vodka, kétchup, rodaja de limón. Frío».

—Yo, un refresco de naranja, por favor —dijo Ned—. Con pajita, si puede ser. Gracias.

—¿Y de comer unos ganchitos y unas medias noches con jamón york y queso? —vaciló Lis.

Ned, que ya no le daba importancia a los comentarios de su compañera, empezaba a dudar sobre si ella era realmente así o, por el contrario, solo era un caparazón para que la gente no se le acercase demasiado. Ned a menudo se preguntaba cómo era posible que pasara en cuestión de minutos de ser «casi maja» a volverse idiota. Por un momento se apiadó de ella.

—Lo siento, pero creo que no tenemos ganchitos ni medias noches —comentó apurado el camarero.

—¿No? ¿Y algo de sarcasmo? ¿Tenéis? —le respondió Lis—. Vaya, no tienen medias noches, cielito —lamentó mirando a Ned, que ya tenía claro que la Lis estúpida había vuelto.

Tras pedir la comida se quedaron en silencio. Lis estaba a disgusto, no pasaba desapercibida y eso la estaba matando. Intentó respirar y calmarse, pero se sentía verdaderamente incómoda.

—Marchando un «bobi mari», un refresco de naranja con pajita —vociferó el camarero y se marchó de vuelta a la cocina.

La cocina del bar se veía a través del arco de la puerta abierto, a la derecha de la barra. Contaba con un pequeño mostrador en medio de la cocina, donde el camarero de cara cuadrada dejaba las comandas, y más tarde se dejaban los platos ya preparados. Se podía ver a una

inmensa señora entre los fogones. Movía todo casi al unísono, como si tuviera más de dos brazos. Cogía la comanda, la sartén con el chorizo frito al fuego, la cesta de la freidora con las patatas fritas, echaba los huevos a la plancha, al lado los filetes de lomo de cerdo, abría el microondas, retiraba una morcilla, metía otra. Emplataba y al mostrador. Verla era un auténtico espectáculo.

El camarero apareció con el plato de alitas y el de huevos con chorizo.

—¿La mujer de la cocina es Olvido? —le preguntó Lis; creía recordarla de cuando era niña, pero no estaba segura.

—Correcto, señorita —contestó cortésmente el camarero.

—¿Puedes decirle que venga?

—Ahora se lo digo, pero supongo que hasta que no terminemos de dar las comidas no podrá —concluyó el camarero.

Lis no pudo reprimir una náusea cuando vio flotar sobre el zumo de tomate un viscoso pegote de kétchup. Lo apartó y le pidió al camarero un tercio antes de que se marchara. Ned vertió el contenido de su refresco de naranja en el vaso y empezó a sorber de la pajita ante la atenta mirada de Lis.

—Venga, cuéntamelo, en el colegio te pegaban, ¿verdad? —preguntó Lis.

Ned dejó de sorber y se quedó un rato mirándola, extrañado.

—Quizás deberías de empezar a tomar mis pastillas, tus cambios de humor no son normales —respondió.

—Habló don normal…

El camarero apareció con el tercio y Ned siguió bebiendo bajo la atenta mirada de Lis. La reportera se empezó a sentir mal, había pagado con Ned el coraje que le estaba dando ser el centro de atención de aquella maldita tasca en la que parecía que jamás habían visto a una mujer.

—¿Nunca bebes? —terminó por preguntar, intentado romper un poco el hielo.

—¿Y qué estoy haciendo? —Ned devolvió a Lis su propia medicina. Ella sonrió débilmente.

—Alcohol, tontito, ¿a los frikis no os dejan beber? —le atacó con más dulzura que de costumbre.

—No, primero, porque no me gusta su sabor. Y segundo, porque va unido directa y exponencialmente con la falta de criterio, que es una de las cosas que nos diferencian de las demás especies, así que, si lo perdemos, no seríamos más que una rata o una musaraña.

—Bueno, a veces dejarse llevar está bien —replicó mientras daba un sorbo del tercio.

—No lo creo —comenzó su exposición Ned—, que tu subconsciente, alterado por la liberación de endorfinas debido a la ingesta de alcohol, te desencadene unas emociones positivas fingidas o exageradas no significa que te lo estés pasando mejor que yo, que soy plenamente consciente del ridículo que estás haciendo.

—Pues mira qué bien se lo están pasando todos ahí, hablando y riendo —le soltó Lis mientras señalaba con la cabeza a los grupos de hombres y mujeres que de vez en cuando le echaban esas miradas que tanto la incomodaban. Quién sabe el porqué de cada mirada. Quizás la hubieran reconocido. Lis intentaba evadirse de todo aquello, pero no podía.

—Está aceptado socialmente, solo eso —sentenció Ned.

Y Ned dio por concluida la conversación, no le apetecía seguir peleando. Cogió su trozo de pan, lo pellizcó y lo untó en la yema de los huevos. Lis, por su parte, cogió con la mano una de las alitas y se la metió en la boca después de pringarla hasta arriba en el cuenco de la salsa picante. Aquel sabor sacudió sus sentidos y la transportó directamente a cuando era niña, pero la leve emoción inicial enseguida fue eclipsada por el recuerdo de su madre sentada a la mesa de plástico de la terraza junto a ella, con la mirada perdida, zambullendo su espíritu en mugrientas copas de vino sin tallo. Lis observó el vidrio marrón del tercio de cerveza y vio su silueta deformada reflejada en él. Cuántas veces había maldecido en secreto a su madre por su estado de embriaguez permanente, para terminar tomando el relevo de su progenitora. Paradoja número catorce de la lista de paradojas de Lis.

—Venga, échame una mano —volvió a intentar empatizar Lis después de darse cuenta de que había sido algo grosera con Ned. Por no decir muy grosera—. ¿Cuál es tu opinión de todo esto?

—¿De verdad? ¿Sin mofas? —Lis asintió con una alita de pollo en la

boca—. Pues que no hay nada.

—Vaya, anoche íbamos a morir a manos de un asesino en serie implacable y ahora no hay nada.

—Quizás los ansiolíticos tengan algo que ver, pero todo más o menos encaja —empezó Ned—. En mi opinión, claro. Que un compañero la lleve a casa y Nuria le diga que se encuentra mal por el embarazo, y que Abel decidiera hacer una escapada con ella para desconectar y relajarse tiene sentido. Y las versiones concuerdan.

—¿Y el símbolo? ¿Y el tal Fernando? ¿Y la pelea del lunes?

—El símbolo puede ser algo de aquí, religioso quizás, lo mismo lo tienen más casas. Como tú dijiste. El tal Fernando, veremos. Y lo de la pelea, no sé, la vecina no lo confirmó. —Lis asintió mientras le daba vueltas a todo—. ¿Por qué todavía no le has enseñado el símbolo a nadie? —preguntó Ned curioso.

—Prefiero guardármelo de momento.

—¿Y qué opinas de Satur?

—Nada —respondió Lis—. Quizás tengas razón y aquí no haya nada que rascar —dijo Lis ligeramente afectada.

Había varios puntos de conflicto, pero ninguno fiable o demostrable. Tenían el símbolo como nexo entre ambos casos, pero seguían sin una conexión entre el corredor de seguros y el carnicero. Tenían una posible pelea el lunes por la noche entre Nuria y Abel, y otra el martes. El lunes por la tarde Nuria le dijo a Satur que se encontraba mal, y no fue a trabajar el martes y Abel cerró la carnicería por vacaciones sin previo aviso. Y luego estaba Fernando. «Demasiadas conjeturas y poco de donde agarrar», reflexionó Lis.

La paradoja número tres de Lis (cuantas más ganas tenía de hacer algo, más desgana le terminaba por producir) se había ido diluyendo lentamente durante la investigación, y ahora la incomodaba ver que quizá no había tanto como esperaba. «¿Otra paradoja? Joder, Lis, estás como para que te encierren». Y se relajó pensado que enseguida le volvería a dar igual todo aquello y se querría ir a casa. Ella era así.

La gente se fue marchando del bar y en el local se empezó a respirar algo de tranquilidad. Cuando Olvido terminó de recoger la cocina, tiró el delantal y se acercó a ellos de forma pesada y patizamba.

—Me han dicho que querían hablar conmigo —anunció con una voz profunda y lúgubre, impropia de una mujer—. ¿Vienen a pescar?

—¿Tenemos pinta de pescadores? —replicó Lis, que se sintió aliviada al ver que no la reconocía.

—Tienen pinta de no ser de aquí, y casi nadie viene por aquí como no sea para pescar carpas o lucios. Además esta semana hay concurso de pesca. O para hacer rutas con las malditas bicicletas, pero ciclistas seguro que no son.

—Somos amigos de Abel, le habíamos encargado un pedido de carne de buey —mintió Lis recordando la conversación sobre aquella carne con el desdentado camarero de La Manduca—, pero cuando vinimos a recogerlo la carnicería estaba cerrada y no nos coge el teléfono. Sé que solía comer aquí, era por saber si usted nos podía decir algo —contó Lis, que ya no sabía qué versión había ido dando a cada una de las personas con las que había hablado.

—Sí, sé quién es, pero no tengo mucho trato con mis clientes.

—¿Y no sabría quién puede saber algo?

—Quizás Ángel, el notario. Son buenos amigos. Si no necesitan nada más, tengo trabajo que hacer —sentenció la mujer.

—Gracias —contestó Lis.

—Tú vas muy fresco, muchacho —le dijo a Ned, que solo llevaba puesto su camiseta de Star Wars—. Háganme caso y abríguense, que va a caer una buena —les dijo mientras se retiraba.

Lis había perdido la cuenta de las veces que le habían dicho ya que iba a llover, pero el cielo seguía de un azul intenso y nada hacía presagiar que eso fuera a cambiar.

—¿Somos amigos de Abel? Estaría bien si me comentaras de vez en cuando qué historia vas a contarle a la gente acerca de quiénes somos o a qué venimos —comentó Ned ligeramente molesto.

—No lo sé ni yo, así que difícilmente voy a poder decírtelo de antemano.

El reportero y la fotógrafa rieron con complicidad. De repente Lis se dio cuenta de que había una mirada que buscaba la suya y la conocía. Era el mismo hombre que estaba en La Manduca la noche anterior,

cuando quedó con Diego. Vestido con esa fina línea que separa la ropa cómoda de la indigencia. Ahora podía verlo mejor, era un hombre de mediana edad, con el pelo alborotado y la barba desaliñada. Espaldas anchas, facciones rectangulares. Mirada profunda, clavada en ella. Lis evitó cruzar su mirada con la de él, mientras se preguntaba otra vez por qué la gente no dejaba de mirarla. «Joder, te estas obsesionado. Seguro que no es nada… ¿Me habrán reconocido?», se preguntó intranquila.

—Vámonos —resolvió al fin Lis bastante nerviosa.

El vidrio marrón del tercio de cerveza siguió deformando la silueta de la reportera mientras se marchaba, sin casi haberlo tocado.

24

ABEL

Angustia.

Miro la pared. Miro el suelo. Miro el techo. Parpadeo, por fin puedo parpadear. Es como si hubiera estado bajo los efectos de alguna droga o algo similar. No puedo mover mi cabeza. Pero sí mis ojos. También puedo mover mi mano derecha y siento un cosquilleo en los pies. Mi parte material está resucitando. Despacio, pero vuelve del letargo en el que estaba sumergida. «Muévete. Levántate», grito. No me oigo. Todavía no me oigo.

Veo las franjas de luz que se cuelan entre los huecos de las cortinas recorriendo la pared blanca. Tiene que ser por la mañana. Estoy más consciente que nunca. El miserable sigue roncando. Se ha movido. Sus repugnantes patas ya no están sobre mí.

Suena el timbre. Intento gritar. No puedo. Mi mano. Me concentro. Si podía rascar el suelo, tengo que poder moverla. Golpeo con mi mano sobre el suelo. Una vez.

—¿Abel? Soy Diego. Traigo tu pedido.

Ha oído el golpe. ¡Lo ha oído! El alivio me embriaga. ¿Diego? Asocio rápido. Diego. Tiene que ser el repartidor de Con Gusto Sempiterno. Desde hace unos años les compro quesos y embutidos para la carnicería. Fue idea de Nuria. Ampliar negocio. Nuria… «Vamos, sé fuerte». ¡Mis recuerdos han vuelto! Mi mente está totalmente despierta. El miserable dijo anoche que había que dejarnos reposar veinticuatro horas. ¿Reposar? «Déjalo para luego, sigue». El lunes por la noche perdí el conocimiento, ahí tuvieron que empezar esas veinticuatro horas. El martes por la noche las veinticuatro horas se cumplen y empiezo a moverme, con lo cual ahora tiene que ser miércoles por la mañana. Todo cuadra. Ayer escuché el timbre dos veces en franjas horarias distintas. Lo sé por el tipo de luz que se reflejaba en la pared. Entiendo que iría primero a la carnicería a

entregar el pedido, tendría que estar cerrada y vino aquí. Martes por la mañana, primera llamada al timbre. Debió de volver a intentarlo a última hora. Martes tarde, segunda llamada. «Piensa. Llámalo». Mi boca se abre, pero no puedo hablar. «Piensa». Golpeo con mi mano derecha de nuevo el suelo. El sonido es muy leve. ¡Dios! La rabia me hace instintivamente estirar la pierna derecha. Intento dar una patada. La doy. Pateo con todas mis fuerzas la pared. El sonido retumba por toda la habitación. Duele. Me he tenido que partir los dedos. El timbre vuelve a sonar. Los ronquidos cesan.

—Hola. ¿Hay alguien?

El miserable se mueve. Me pisa la pierna con tal brutalidad que casi me la parte. Siento la pierna doblarse bajo su peso.

—Bueno, te dejo aquí el pedido, ¿vale? Ya me firmarás el albarán. Espero que todo bien.

Tras unos segundos, escucho a Diego irse. «No, no te vayas. No te vayas».

—No te vayas —susurro, me oigo.

Veo su silueta. Muevo mis ojos, mi cuello sigue sin responder. Intento verle la cara. Está en el límite de mi campo visual. Solo veo una silueta. Una sombra. Una marioneta. Grande. No sé quién es. «¿Quién eres?», murmullo. Creo que no le he visto en mi vida. Quita el pie de mi pierna. El dolor me contrae.

—¿Dónde estás? —susurro.

Le escucho manipular algo líquido. Aplasta mi cabeza contra el suelo con su rodilla. Vence su peso sobre ella. Dios, qué dolor. Me oprime el cráneo contra el suelo con todo su peso. Siento el cuello a punto de quebrarse. Me unta un paño mojado por los labios. El olor es desagradable. Me lo introduce en la boca. Quiero escupirlo, pero no puedo. Me ahoga. Parte del líquido empapa mi boca seca. Lo saca. Lo vuelve a humedecer y me lo vuelve a meter en la boca. Siento el líquido caer por mi garganta. Tengo ganas de vomitar. Toso. Saca el paño. Toso con fuerza, se desgarra mi garganta. Siento una brutal patada en mi espalda, y un chasquido.

Me desvanezco.

25

LIS / NED

Jueves. 16:18. Sempiterno

La notaría donde trabajaba Ángel, el amigo de Abel, quedaba cerca de la plaza del Ayuntamiento. Lis y Ned atravesaron andando la plaza, construida a base de enormes placas de granito con una gigantesca farola de hierro fundido en el medio. El ayuntamiento, de granito también, era un bloque cuadrado, de ventanas rectangulares, con los barrotes del mismo color que la farola. El peso de la nostalgia cayó de nuevo como una losa sobre la memoria de la reportera, su niñez se acumuló de golpe en multitud de recuerdos olvidados que afloraban a cada paso que daba sobre el suelo empedrado; todas aquellas tardes jugando allí, sola, mientras su madre, también sola, mataba el tiempo que su padre no disponía para ella en largos tragos del peor vino blanco del país hasta caer el sol estival.

Llamaron al telefonillo de la notaría y alguien les abrió sin preguntarles nada. Subieron los tres pisos de escalones de madera exageradamente altos hasta llegar al descansillo. Una brillante placa dorada en el centro de la puerta anunciaba en letras negras: «Ángel Suárez, notario». Ned cogió su cámara, encuadró y la disparó.

La puerta estaba entornada. Un inmenso pasillo de moqueta verde y paredes de madera oscura se extendía hasta un ventanal de doble hoja y cortinas blancas. Los diferentes cuadros de caballos se intercalaban con las puertas de madera maciza. Era como dar un salto al pasado, un pasado lejano. Incluso el olor, ese olor añejo que el poso del paso de los años va dejando en la madera. Nada más entrar a la notaría había un par de sofás verdes y un señor muy estirado tras la mesa de la recepción. Llevaba el pelo minuciosamente peinado hacia atrás, con una nariz aguileña y semblante tenue, añadiendo a todo el conjunto un aspecto bastante tétrico. Iba vestido con una camisa entallada perfectamente abotonada y pantalones claros de pinzas.

—¿Qué desean? —El tono de voz del señor mostraba a alguien

realmente desencantado de su vida.

—Buenas, somos periodistas de un importante periódico nacional y es muy urgente que hablemos con Ángel lo antes posible —soltó Lis intentando dar algo de emergencia a su visita—. Lamento no poder darle más detalles.

—En ese caso no creo que pueda atenderles hasta última hora —exclamó el hombre estirado con desdén y sintiendo su orgullo tocado al no poder explicarle a él aquellos detalles.

—Escuche, esto no es un juego. —Lis intentó darle más énfasis, dándose cuenta de la situación—. Esto es grave, pero, como comprenderá, no puedo compartir información confidencial con usted.

—Lo siento, sin cita tienen que esperar a última hora. Son las normas. Una buena civilización se basa en ellas. Siéntense y esperen. Les avisaré cuando Ángel esté disponible —sentenció el recepcionista con una voz déspota.

No podían esperar mucho tiempo, Lis tenía demasiadas cosas que hacer todavía: le quedaba la conversación con Mónica, la amiga de Nuria, llamar a Adolfo para hacerle un repaso de los avances y quedar de nuevo con Diego. Esto último no era estrictamente necesario para la historia que estaba siguiendo, aunque podría ayudar, pero Lis ya había decidido que quería volver a verlo.

Entonces Ned dio un paso al frente y fotografió al hombre estirado de detrás del mostrador.

—Ya lo tengo —dijo Ned ante la mirada de incredulidad de Lis.

La reportera tardó unos segundos en reaccionar, no se esperaba esa repentina puesta en escena de su compañero.

—Pues vámonos —reaccionó Lis, orgullosa de cómo se acababa de desenvolver su compañero—, mañana tu jefe y tú seréis portada de nuestro periódico.

El hombre se estremeció. No entendía qué acababa de pasar, pero se sentía inseguro. Y decenas de preguntas comenzaron a asaltarlo: «¿por qué me hacen una foto?, ¿para qué?, ¿a qué se refieren con eso de portada en su periódico?…». Tan estirado y seguro de sí mismo tras la débil inmunidad que le proporcionaba el mostrador, ennegrecido por el ligero poder que eso le otorgaba sobre otras personas, se empequeñeció rápidamente.

—Un momento, ¿qué estáis haciendo? —soltó nervioso perdiendo la compostura.

—Nada, nos vamos —comenzó Lis—. Necesitábamos hablar con tu jefe por un tema, digamos… —siguió e hizo una pausa deliberada— de negocios turbios con los que se le ha relacionado. Y cómo tú no nos has dejado hacer nuestro trabajo…, pues mañana serás portada, y no voy a ser nada indulgente contigo en mi artículo. No ayudas, contaremos nuestra versión. Son las normas, querido —sentenció Lis mientras se daban la vuelta.

—Un momento. Por favor. Dadme un segundo, voy.

El hombre estirado salió rápidamente de su mostrador y fue serpenteando como una anguila hasta una de las últimas puertas del pasillo. Vieron cómo hablaba con alguien desde la puerta, sin llegar a entrar en la habitación, y regresó de la misma manera a los pocos segundos.

—Pueden pasar, última puerta a la izquierda. Y borren la foto, por favor —suplicó.

—Cuando salgamos —apuntó Ned.

—Bien jugado, tigre —le dijo Lis a Ned en voz baja mientras avanzaban por el pasillo, una vez fuera del alcance del hombre estirado.

Ned asintió orgulloso, aunque seguía sin creerse lo que acababa de hacer. El despacho de Ángel seguía en consonancia con el resto de la notaría. Moqueta verde demasiado pisoteada y paredes forradas de madera oscura sosteniendo más cuadros de caballos. Ángel se levantó para recibirlos.

—Hola, lo primero es pedirte disculpas —se adelantó Lis—. No tenemos ninguna información para desprestigiar tu firma, ni mucho menos a ti. Pero necesitábamos hablar contigo sobre Abel.

Ángel se quedó un poco descolocado.

—¿Abel? ¿Le ha pasado algo? —preguntó preocupado.

—No lo sabemos con certeza. Por eso hemos venido.

Se notaba que Ángel era un tipo educado, culto. Se veía en su forma de caminar, de andar. No era engreído o soberbio, se veía humildad

en él bajo un traje a medida. «Los estereotipos son siempre una lacra para nosotros como sociedad», reflexionó Lis en ese preciso momento. Ángel se sentó en su silla de cuero negra, detrás del enorme escritorio de madera maciza, y les hizo un gesto para que se sentaran en las sillas que había delante.

—¿Cómo puedo ayudaros? —preguntó Ángel.

Al ser amigo íntimo de Abel, como le había contado Diego, y por la primera impresión que le había causado a Lis, la reportera decidió que era el momento preciso para empezar a usar la verdad. Con la verdad, lo más seguro es que pudiera llegar más fácilmente hasta Ángel, y así conseguir información más privada, la que de verdad necesitaban.

—Somos periodistas para un periódico digital de Madrid. Te pediría que lo que vamos a contarte a continuación se quedara entre nosotros.

Ángel asintió y escuchó con atención cada detalle de la exposición de los hechos que Lis le iba narrando. Comenzó por el caso de la desaparición del agente de seguros, Vicente. Y prosiguió con las similitudes con la situación de Abel y Nuria; llevaban ausentes varios días sin dar señales de vida, y cómo el mismo repartidor de la zona había estado escuchando ruidos en el interior de ambas casas sin que nadie le abriera. Esta vez Lis sacó su smartphone y le enseñó a Ángel la fotografía que hizo Diego del símbolo pintado a tiza sobre el marco de la puerta, pero el notario no tenía ni idea de lo que podía significar. Quien además afirmó resultarle curioso que fuera una cruz, dado que su amigo no era una persona creyente. Ángel atendía con incredulidad todo lo que la reportera iba exponiendo, sabedora esta de que la historia parecía débil. A pesar de que habían ido haciendo pequeños avances, necesitaban algo más firme que empezara a despejar el misterio que los había llevado hasta allí.

—Sé que es algo débil, a la Policía tampoco le ha parecido relevante, pero tú, como buen amigo que tengo entendido que eres de Abel, quizás puedas ayudarnos a encontrar algo de lo que tirar. De hecho, te voy a pedir que le llames. Estoy segura de que ni te lo coge, ni te devuelve la llamada.

Ángel lo llamó, pero no contestó.

—Somos muy buenos amigos —comenzó Ángel—. Empezamos nuestra amistad en el instituto y luego en la universidad hasta que él la dejó por ayudar a su padre en la carnicería. Vienen a mi casa a menudo, y yo a la suya. De vez en cuando echamos alguna partida de cartas. No

sé, lo normal. Tampoco hablamos todos los días. Creo que el viernes fue la última vez que nos vimos.

—¿Cómo es Abel? —preguntó Lis mientras sacaba su bloc de notas y el bolígrafo.

—Es un chico normal.

—¿Violento? —aprovechó para preguntar por si con ello podía confirmar o descartar los posibles ruidos de agresión que dejó entrever la vecina.

—De ninguna manera, todo lo contrario. ¿Por qué lo preguntas?

El asombro tan directo con el que respondió Ángel no le dio pie a Lis a dudar de sus palabras. Pero no valía para descartar nada.

—Mera curiosidad. ¿Puedes ser más específico con lo de «chico normal», por favor? Es importante. Hemos escuchado que era alguien algo prepotente —apuntó Lis recordando la conversación con el barrendero o con Anselmo.

—A ver, quizás pueda parecer un tanto engreído a su manera —reflexionó Ángel intentando dar el enfoque más realista posible—. Es una persona muy exigente consigo misma. Es bueno en los estudios, en los deportes, en prácticamente todo lo que hace. —A Ángel se le escapó una sonrisa cómplice—. Es culto, se pasa horas leyendo libros o viendo documentales. Y quizás por todo ello pueda dar un aspecto engreído, prepotente, para quien no le conoce de verdad. Pero no es así, es buena persona. Dejó todo para ayudar a su padre en la carnicería cuando enfermó. Y luego, cuando murió, se hizo cargo del legado de su padre. Solo por eso se merece el mayor de los respetos.

Lis sintió de nuevo una leve punzada en el pecho, al igual que le pasó la noche anterior cuando Diego le dijo… «Basta», se reprendió a sí misma.

—¿Alguien que le pudiera envidiar u odiar?

—Esto es un pueblo y todos nos conocemos. Siempre va a haber alguien que te critique por tener mejor coche que él, porque tu negocio te vaya mejor que el suyo o porque tu mujer sea más guapa que la suya. Lamentablemente, somos así. Pero eso pasa en todos los lados.

—¿Algo extraño? ¿Algo que le pudiera hacer sospechar de alguien que

les quisiera hacer daño? —Ángel negó con la cabeza y Lis se comenzaba a impacientar, tampoco estaba sacando nada en claro de esta entrevista—. ¿Los nombres de Satur o Fernando te dicen algo? —siguió preguntado la reportera.

—Satur… —dudó unos segundos Ángel—, supongo que se refieren al de mantenimiento —y continuó después de que Lis asintiera con la cabeza—: Un bonachón. Abel tuvo varias broncas con él porque siempre anda detrás de Nuria.

—¿Puedes entrar en detalles?

—La lleva a casa después del trabajo o la pasa a buscar por las mañanas, cosas así.

—¿Algo más que puedas decirnos de él?

—También ayuda a los ancianos del centro de día. Abel siempre dice que está en su edificio ayudando a Sophie o a Adela, dos de las ancianas del centro, solo por estar merodeando a Nuria. No sé. Yo sigo pensando que es un pobre hombre. A ver, sí es verdad que Abel me contó alguna cosa rara… —apuntó Ángel, pero sin darle demasiada importancia.

—Por ejemplo…

—Tampoco es que se pueda confirmar nada —comenzó Ángel, dejando claro que no era algo de lo que estuviera seguro—, pero, según Abel, alguna noche le vio observando la casa donde viven desde su coche. O incluso una vez en la que le dejaron entrar en la casa, porque Nuria le pidió ayuda para arreglar el calentador…, a ella le desaparecieron objetos personales.

—Entiendo. Y de Fernando, ¿nos puedes contar algo?

Ángel no le conocía y tampoco tenía un perfil claro para poder describir al profesor de Ciencias, le había visto alguna vez y solo sabía de oídas algún que otro chisme irrelevante para poder elaborar un perfil. Pero sí que lo definió como un tipo oscuro por la forma de hablar y de mirar. Lis tomó nota y le pidió que les enseñara una foto de Abel. Ángel sacó su teléfono móvil y les enseñó una. Era un tipo guapo, cara perfilada y pelo negro. Sonriente, afable. No tenía pinta de maltratador, fue lo primero que pensó Lis tras el primer escaneo, «pero ¿y quién la tiene?».

—Solo una cosa más —le pidió Lis después de agradecer su ayuda—,

si por algún casual Abel se pone en contacto contigo, ¿podrías llamarme a este número de teléfono?

Lis cogió de su bolso una de sus tarjetas y se la entregó a Ángel.

—Por supuesto, no lo dudéis. Y vosotros avisadme si descubrís algo más —dijo Ángel visiblemente preocupado.

—Recuerda, es importante que cuanta menos gente sepa de toda esta historia, mejor. No debemos alarmar por algo sobre lo que no tenemos ninguna certeza, por extraño que parezca —sentenció Lis, y Ángel asintió.

Lis y Ned se despidieron de Ángel y salieron al pasillo, donde el hombre estirado les miraba de reojo escondido tras el mostrador de la recepción.

—Gracias. Puedes dormir tranquilo —dijo Lis al pasar por delante de él—. Todo solucionado.

—Por esta vez —sentenció Ned.

26

LIS / NED

Jueves. 17:52. Sempiterno

El sol ya se retiraba cuando Lis y Ned salieron de la notaría. Los tenues rayos que quedaban ya no eran capaces de calentar el aire frío que bajaba de la Pedriza y por las calles empedradas de Sempiterno empezaba a refrescar. Algunas nubes grises empañaban el hasta entonces impoluto manto azul que cubría el firmamento. El plomizo ambiente trajo consigo nuevos recuerdos a la mente de la reportera, una evocación grisácea de aquel sentimiento de soledad de su niñez, atrapado entre las paredes de la casa que sus padres tenían en el pueblo, durante aquellos infinitos veranos de encierro; conviviendo con el distanciamiento cada vez más evidente de sus padres, solo camuflado en apariencia con la visita de amigos o familiares. Se recordaba a sí misma jugando sola, imaginándose mil y un cuentos sobre princesas guerreras para rellenar el vacío de aquel hogar. Aquella sensación solo la invadía cuando iban a la casa del pueblo; en la de Madrid, donde tenía más distracciones, era diferente, o al menos ella lo recordaba así. Pero en el hastío de la casa de Sempiterno era distinto, estaban aislados; recordaba un padre inexistente para ella, en su escritorio, entre sus montones de papeles o directamente desapareciendo tras la puerta de su habitación hasta varios días después, y una madre ausente, aliviada dentro de rebosantes copas de vino blanco, «el vino es para tragar toda esta mierda», solía decir. Eran dos personas separadas, relegadas al rincón de la indiferencia, espectros de carne y hueso que se habían olvidado el uno al otro.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Ned mientras abría el coche con el mando a distancia.

—A ver a la amiga de Nuria —respondió Lis mientras buscaba en la conversación de WhatsApp con Diego la dirección de Mónica.

Nada más sentarse en el asiento del copiloto, Lis presionó el botón para bajar la ventanilla. Solo un par de centímetros. Y al centrarse en

los matices a jara, romero y tomillo le transmitía el aire surgió un haz de luz en el halo gris en el que estaban envueltos los recuerdos de su niñez: Carmen y su marido, los cuidadores de ella y de la pequeña casa que tenían a las afueras. «¿Qué habrá sido de ellos?», se preguntó y se maldijo justo después por no haber sido capaz de mantener el contacto con aquellas dos personas que recordaba como maravillosas.

El GPS los llevó hasta las afueras de Sempiterno, donde se alzaba una pequeña urbanización de adosados idénticos y perfectamente alineados, de fachadas color hueso y tejados de pizarra. Pararon frente a la puerta del número diecisiete.

—¿Sí? —La voz sonó metálica desde el otro lado del cable del telefonillo.

—Buenas —respondió Lis—, perdona que te molestemos a estas horas, pero necesitaríamos hacerte unas preguntas acerca de Nuria. Tu amiga.

Lis estaba decidida a probar la misma táctica que con Ángel. Pensaba que decirles la verdad a los amigos más íntimos era la mejor forma de empatizar con ellos. Pasaron unos segundos hasta que la puerta sonó y se abrió; «mala señal», pensó Lis. «Si ha tardado en abrir la puerta es porque se lo ha tenido que pensar». Había un caminito de barro cocido que llegaba hasta la entrada de la casa, rodeado de césped a ambos lados. El césped estaba abarrotado de juguetes; balones de fútbol, hinchados y deshinchados, una caseta de plástico en una de las esquinas, coches de diferentes modelos y colores, muñecos de niñas y de niños, parecía una filial de Toys «R» Us. Una mujer abrió la puerta de la casa, los miraba extrañada. Lis sintió enseguida el rechazo en su gesto. Era lógico: estaban accediendo a su casa dos desconocidos a preguntarle por una amiga. Tenía que ser más sutil que con Ángel.

—Verás, esto no es fácil de decir y te sonará extraño, pero… —Lis hizo una pausa— creemos que Nuria puede estar en peligro y necesitamos que nos ayudes. ¿Podemos hablar un momento? —Lis optó por la parte más dramática de la historia para crear una respuesta de alerta en Mónica, con lo que, al pensar que su amiga estaba en peligro, quizás fuera más fácil acceder a ella.

—¿Quiénes sois? —preguntó Mónica algo alarmada después de cerrar la puerta mientras Lis y Ned seguían de pie, a mitad de camino entre la entrada del jardín y la de la casa.

—Somos periodistas, estamos aquí porque tenemos indicios de que

algo les ha pasado, o les puede estar pasando, a Nuria y a Abel.

La reportera le expuso a Mónica todos los hechos y detalles de los que disponía con total transparencia. Le enseñó también la foto de aquel extraño símbolo, pero Mónica tampoco lo había visto antes. Y cómo, ante la débil historia que exponía, la Policía no veía todavía indicios de nada sospechoso.

—¿Qué puedo hacer yo?

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Nuria? —preguntó Lis.

—El domingo por la mañana. —Mónica estaba totalmente desconcertada, no solo por la historia en sí, sino también por tener a dos desconocidos en su jardín contándosela—. Íbamos a quedar para comer todos aquí, en casa. Pero me dijo que se encontraba algo indispuesta, por el embarazo. Así que lo cancelamos. El lunes nos mandamos un par de wasaps y todo parecía normal.

«El domingo ya se encontraba mal», pensó Lis, y rápidamente lo apuntó en su bloc de notas. La reportera hizo, además, las preguntas pertinentes que recibieron respuestas vacuas; nada reseñable, sin enemigos…

—¿Algún amante? —preguntó Lis.

La cara de Mónica cambió por completo, de un gesto desconcertado pasó a uno mucho más agresivo.

—¿Pero eso a qué viene? Será mejor que os vayáis. —les soltó ligeramente molesta.

—Es importante que tengamos la mayor información posible. Aquí está pasando algo. Algo de verdad, y no es bueno. —Lis no tenía evidencias, pero el factor psicológico era fundamental para intentar quitar el escudo de Mónica—. Y necesitamos tu ayuda.

—Prefiero que os vayáis, por favor —repitió..

—Vale, pero intenta llamarla. Si te lo coge, nos vamos —forzó Lis sin estar segura. Al final, si con Ángel funcionó, por qué no lo iba a hacer con Mónica.

La amiga de Nuria dudó unos instantes, hizo un gesto de que esperaran ahí con la mano, entró en la casa y volvió a salir segundos después con el móvil en la mano. Dio un par de círculos nerviosos en

el porche con el teléfono pegado a la oreja, estaba llamando a Nuria. Pero no contestaba. Y le escribió un par de wasaps.

—Prueba con Abel —forzó Lis un poco más.

Y lo llamó.

—Está apagado —dijo Mónica en voz baja.

La reportera le comentó brevemente la visita a Ángel y cómo cuando este intentó llamarle, un par de horas antes, sí que dio señal, pero nadie respondió.

—Necesitamos tu ayuda, Mónica, Nuria necesita tu ayuda —matizó—. Aquí está pasando algo y necesitamos saber el qué antes de que sea demasiado tarde —volvió a dramatizar Lis.

—Vale, de acuerdo —empezó Mónica con voz temblorosa—, supongamos que tenéis razón y aquí hay algo raro. ¿Qué hago?

—Ayudarnos —soltó Lis con contundencia, a lo que la chica asintió levemente con los ojos vidriosos—. ¿Sabes si Nuria tenía algún amante? —volvió a preguntar.

Mónica dudó por unos segundos si responder, porque no entendía del todo aquella historia, aunque estaba preocupada. Tampoco quería hablar sobre la vida privada de su amiga sin su consentimiento, pero ¿y si de verdad estaba pasando algo grave? Y si ella no ayudaba con su interpretación de los hechos, ¿se lo podría perdonar?

—Vale, veamos. No, no hay ningún amante. Nuria está totalmente enamorada de Abel, no haría algo así. Por contarles algo fuera de lo común, sí es verdad que Fernando está bastante… pendiente de ella.

Habló de cómo cada vez que había quedado con Nuria en las últimas semanas, se lo habían cruzado en diferentes ocasiones, y que nunca las saludaba, solo las miraba, acechando en la distancia.

—Entiendo —asintió Lis mientras apuntaba en su bloc de notas—, ¿y de Satur? El hombre de mantenimiento —se anticipó.

—Sí, sé que Satur se le ha insinuado y declarado a Nuria sutilmente, y no tan sutilmente —sonrió nerviosa— en varias ocasiones, pero yo no creo que él haya podido hacerle nada, es un pobre hombre. Yo creo que está loco por ella, y a Nuria le da pena. Está solo, no tiene a nadie. Ella lo escucha y yo creo que Satur confundía eso con que quizá

podía tener alguna oportunidad. —A Lis tampoco le pareció alguien violento. Es más, a pesar de su apariencia tosca y poco cuidada, tenía el aspecto de alguien totalmente inofensivo, peculiar, pero inofensivo —. Pero, sinceramente —continuó Mónica—, yo no creo que ninguno de los dos se atreviera a hacerle nada.

—¿Tienes la dirección de alguno de ellos? —preguntó Lis.

—De Fernando no, pero creo que vive con su madre en Manzanares. Satur vive en la granja que hay en el camino de la dehesa. Es la única casa que encontraréis.

La reportera apuntó en su bloc y jugueteó con el bolígrafo unos instantes, tenía que hacerle una última pregunta que sabía que no iba a ser de su agrado, pero tenía que hacérsela.

—¿Alguna vez te contó Nuria si Abel le había puesto la mano encima?

—No, jamás —negó Mónica con rotundidad y ligeramente enojada.

—¿Segura? Sabemos que Nuria era muy guapa y tenía a muchos chicos del pueblo detrás de ella, quizás por celos, ¿nunca le viste ninguna marca? —Lis se veía en la necesidad de apretar un poco ante la dureza de reconocer un maltrato.

—No, no —repitió Mónica nerviosa—. ¡Joder! A ver, sí es cierto que hace dos semanas Nuria tenía un moretón bastante grande en el brazo, pero dijo que era de un golpe. No sé. —La amiga de Nuria se arrepintió de aquellas palabras en el mismo momento en que se escuchó pronunciándolas. Estaba al límite—. Si no necesitan nada más, váyanse, por favor —les dijo.

Antes de marcharse, Lis le pidió si podía ver una foto de Nuria. Era realmente guapa, el pelo ligeramente caoba le llegaba casi hasta los hombros, tenía la tez blanca, una sonrisa amplia y unos ojos de color oscuro, brillantes, que iluminaban su mirada. Una mirada clara, limpia. La reportera le dio las gracias y le pidió que no comentara nada con nadie. Intercambiaron sus teléfonos y después se despidieron.

Lis solo pensaba en el moretón de Nuria.

27

ABEL

Tristeza.

—Tienes que beber algo —me dicen. Todo está oscuro. Tengo los ojos cerrados. Su voz suena suave, cálida y tranquila. Añeja. Es la madre.

Abro los ojos, despacio. Me pesan. Me cuesta enfocar. No veo nada. Algo me cubre la cabeza. Es un saco de yute. Veo el entrelazado de las fibras. Una mano sujeta la parte del saco que me cubre la cabeza desde la barbilla hasta por encima de mi nariz. No puedo hablar, tengo la boca pegada. Creo que es cinta adhesiva. Lo huelo. La madre tira de ella. Duele. Y muevo los labios, era cinta adhesiva. Miro hacia abajo, por el resquicio que deja el saco de yute bajo mi nariz. No hay claridad, está oscuro. ¿Será de noche? Veo mis piernas. Estoy sentado. Pero no puedo moverme. Intento hacerlo, pero no puedo. Algo me mantiene sujeto a la silla por el pecho, las muñecas y los tobillos. Más cinta adhesiva.

—Dejadnos en paz —susurro—. Por favor —suplico.

Me unta un paño húmedo por los labios. Siento el frescor que me produce su tacto y bebo del paño las pocas gotas que consigo extraer. Me cuesta tragar. Tengo la boca tan seca que mi lengua está pegada al paladar. Es el mismo sabor desagradable que me obligó a tragar el miserable la otra vez. Ese olor. Si es el mismo líquido, quizás sea algún tipo de veneno. Me resisto. Pero no puedo. El líquido está fresco. Chupo el paño. Me alivia. Quiero más. Me acerca la botella. Bebo.

—Intenta descansar.

Intento hablar. No puedo. Me ha vuelto a colocar la cinta adhesiva sobre la boca. Me tapa de nuevo la cara con el saco. Mis párpados me pesan, se cierran. Veo a Nuria. Intento hablar con ella, le pregunto desesperado que cómo se encuentra, pero no oigo mis palabras. Ya no

la veo. Desaparece. La llamo. Balbuceo palabras en mi cabeza y flotan por mi mente buscando una salida por donde escapar. Pero no hay salida. Todo lo que se genera en mi mente, no tiene forma de manifestarse en el exterior. En una mente que está al límite. Demente. Lo noto. Noto que va a estallar. Ya no sé qué es real y qué es imaginario.

—¡Despierta! —me gritan.

¿Qué? ¿Cuánto tiempo ha pasado? La voz llega primero. Tosca y profunda. Rasgada. El miserable. El golpe en mi cabeza llega justo después. Fuerte. Seco. Siento un dolor atravesando mi cuerpo. Pero no reacciono y los párpados me pesan. Parpadeo, despacio. Solo veo las fibras del saco.

—Han venido a despedirse de ti —me dicen.

«¿Quién ha venido?», le pregunto, pero no puedo hablar. La cinta adhesiva me lo impide. El miserable tira con fuerza del saco hacia arriba, dejando mi cabeza al descubierto. Y cierro los ojos, no quiero mirar. No quiero verlo. Contraigo el cuello intentando ocultar mi cabeza.

—Vaya, el gran Abel ya no es tan grande. Sí. ¿¡Ves, Nuria!?, te lo dije. No te merece. Míralo, es un cobarde.

Nuria. ¿Nuria? Ha hablado a Nuria. No puede ser. Las enormes manos del hijo me agarran con firmeza por detrás de la cabeza. La dirigen hacia un punto en concreto. Cierro los ojos con más fuerza. No quiero mirar. No, no me atrevo.

—¡Mírala!

El miserable me chilla. Le siento gritarme detrás de mí, cerca de mi oído izquierdo. Su voz me comprime. Una voz salida del inframundo. Mi cuerpo se estremece. Siento terror en lo más profundo de mi ser, me dijo que se iba a llevar a Nuria. No puede ser verdad. No quiero abrir los ojos. ¿Y si está ella ahí, delante de mí? Siento cómo las lágrimas brotan de mis ojos y se esparcen lentamente por mis mejillas.

—¡Que la mires!

Me chilla todavía más fuerte. Con la mano derecha me sujeta el cuello. Presiona con fuerza. Me duele. Y con la mano izquierda estira con brusquedad la piel de mis párpados. Me hace daño. Veo claridad, la luz de la entrada está encendida, pero lo veo todo borroso. En el

centro de la luz hay una sombra, una silueta que se va volviendo nítida. No puede ser. Es una silueta conocida. Y me hundo. Es una mujer, y la reconozco. Quiero morir… Es Nuria. No puede ser real. Esto no puede ser real. Está de pie, enfrente de mí. Puedo oler su perfume. Lleva un vestido de flores, ceñido. El pelo recogido. Está preciosa. Me mira. Me está mirando. Pero no es su mirada. Es diferente. Es una mirada opaca, perdida. Sus ojos, aquellos ojos brillantes, de color azabache ahora parecen de ceniza.

—Dile adiós, fracasado. Así me llamaste la última vez.

«No te vayas», intento gritar. No puedo hablar. La cinta adhesiva me lo impide.

—Te dije que sería mía.

Noto los dedos del miserable abrirse, me suelta. Me cubre la cabeza. Empiezo a llorar. Lloro con una impotencia tan arrebatadora como jamás había sentido. Escucho cómo alguien pulsa el interruptor para apagar la luz. El chirriar de la puerta al abrirse. Oigo los pasos de Nuria, delicados y livianos, irse con él. Le sigue mientras la puerta se va cerrando hasta escuchar el sonido de la oscuridad.

28

LIS / NED

Jueves. 19:40. Sempiterno

Era casi de noche mientras Lis y Ned discutían dentro del coche, todavía aparcados enfrente de la casa de Mónica. Unas nubes amenazadoras iban cubriendo un cielo que apenas unas horas antes lucía azul y despejado.

—Esto no es buena idea —dijo Ned con tremenda inquietud mientras arrancaba el coche.

—Es solo echar un vistazo —repuso Lis—. Y después nos vamos a casa.

—¿No podemos echarlo mañana?, además empieza a refrescar y va a llover.

—Es solo un vistazo, de verdad. Por si encontramos algo que nos pueda dar alguna pista. No vamos a entrar en la casa ni hacer ninguna locura.

—Ir de noche a la casa de ese tipo es una locura en sí misma.

—No empecemos, por favor.

—En las películas y los documentales sobre asesinos en serie, cuando se hacen cosas como estas, alguno siempre muere.

—¿Vamos a empezar otra vez con todo eso?

—Tú jamás ves el peligro en ningún lado, hasta que al final pase algo.

—¿Cuándo te tomaste la última pastilla? —preguntó Lis.

—No te lo conté para que lo usaras en mi contra cada dos por tres —le reprochó Ned.

—Vale, tienes razón. Disculpa. —Ned asintió con alivio y, sobre todo, sorprendido—. Pero esto tenemos que hacerlo —continuó Lis—. Luego, nos vamos.

Ned dudó por unos instantes. Verdaderamente el efecto de los ansiolíticos se estaba desvaneciendo y, aunque no le gustaba tomarlos, debido a los acontecimientos que estaban teniendo lugar, él también sabía que era lo más acertado para que pudiera tranquilizarse. Por otro lado, ya se había tomado dos para quedarse tranquilo y no tener ningún brote delante de Aurora.

—Ya, pero y si…

—Escúchame. Vamos allí, aparcamos lejos y tú te quedas en el coche, ¿vale? Solo quiero echar un vistazo, nada más —intentó razonar con Ned, y eso que la paciencia era un bien escaso dentro del conjunto de cualidades de la reportera.

—Ya, pero y si…

—¡Que arranques, coño! —gritó Lis sin dejarle terminar la frase.

Lis bajó dos dedos la ventanilla para volver a respirar y el aire fresco entró rápidamente por el hueco mientras Ned se ponía en marcha muy a su pesar. Después del bajón que tuvo el día anterior por la tarde, cuando, tirada en el sofá, no le apetecía ni lo más mínimo invertir su tiempo en aquella noticia, ahora volvía a sentirse cien por cien involucrada. En ese momento, lo que la perturbaba era algo muy distinto: la responsabilidad sobre todo lo que estaba sucediendo. Cuando llegaron solo tenían un caso extraño con similitudes, con una desaparición, hacía varios años, bajo un mismo símbolo. Pero cuanto más iban investigando, más interrogantes aparecían. Fernando y su posible affaire con Nuria. Satur y su aparente necesidad de la profesora. Abel, de quien más empezaba a sospechar Lis; la vecina afirmó que discutían a menudo y que el lunes y el martes oyó voces y golpes en su domicilio, por su parte, Mónica, dijo que tenía moretones en el brazo un par de semanas antes. Nuria era preciosa y parecía tener admiradores. ¿Y si Abel tuvo un descuido?, un mal golpe, fruto de los celos.

Circulaban por la M-607, dirección Colmenar Viejo, cuando Ned encendió el intermitente izquierdo siguiendo las indicaciones de Lis. El camino de la dehesa era una estrecha carretera de arena, formada por los propios coches, llena de pequeños socavones y piedras de diferentes tamaños, que serpenteaba entre robles, castaños, encinas y

coníferas hasta llegar al embalse de Santillana, atravesando toda la dehesa. Lis había recorrido muchas veces aquel camino en el viejo coche negro de Diego. Recordó aquellas tardes de largos paseos, cogidos de la mano divagando acerca de un futuro que no sucedió, o esas noches que, buscando la intimidad que sus casas no les podía brindar, dejaban a sus cuerpos desnudos jugar en interior del coche bajo la luz de la luna.

Ned conducía despacio. No habían vuelto a hablar desde que empezaron el trayecto, y estaba nervioso. Pero intentaba mantener la compostura. Los pensamientos sobre la posibilidad real de que un asesino en serie estuviera detrás de todo volvían del letargo al que habían sido sometidos por los ansiolíticos. Y Ned volvía a preocuparse. Teniendo en cuenta las pistas que tenían, para él, Fernando y Satur eran los candidatos. El primero era alguien en apariencia culto e inteligente, era profesor de Ciencias Naturales en el colegio. Sabían de él que era peculiar y extraño. Vivía con su madre. Podía ser el perfil perfecto para ser un asesino en serie organizado. En cambio, Satur, un hombre solitario, olvidado por la sociedad, grande y fuerte, cumplía los requisitos para poder ser un asesino en serie desorganizado. El más peligroso de los dos perfiles, porque son imprevisibles.

Tras varios minutos apareció la granja a la izquierda del camino; estaba custodiada por árboles y arbustos, y un muro de piedra de apenas medio metro de altura. Lis le pidió a Ned que se detuviera un poco más adelante, detrás de unos matorrales.

—Vale, quédate aquí, si viene alguien, me escribes. No tardo ni cinco minutos. ¿De acuerdo?

Ned asintió sin comentar nada, sabía que cualquier cosa que pudiera decir iba a ser obviada con la misma rapidez con la que fue pronunciada. Se limitó a ver cómo Lis salía del coche y volvía por el camino de tierra en dirección a la casa de Satur mientras intentaba contener las ganas de salir corriendo.

Lis caminó con normalidad bordeando por fuera el pequeño muro que rodeaba la finca de la granja tratando de no tropezar. Las nubes habían eclipsado el cielo, lo que impedía ver con más facilidad. Lis estiró las mangas del jersey para cubrirse las manos, y se abrazó a sí misma. Estaba helada. Era un casa de dos plantas, con un zócalo de piedra grisácea y el resto era de ladrillo visto, con rejas rojas en todas las ventanas, incluso en la puerta de entrada. Parecía estar sin terminar. No había luz en su interior ni ningún coche bajo la pérgola de madera que salía del costado izquierdo de la casa.

La reportera anduvo agachada el camino que llevaba desde la entrada a la finca hasta la entrada principal. Las pulsaciones le iban a mil por hora, nunca había tenido que hacer algo así antes. Lis se asomó primero por la ventana a la derecha de la puerta de entrada, era el salón. No parecía haber nadie y alumbró con la linterna de su móvil. Había un par de sofás de cuero marrón, una televisión de tubo, una mesa con una enorme caja de cartón encima y varias estanterías con libros, rosarios y estampas de santos y de vírgenes. Pasó la puerta de entrada y bordeó la casa hacia la izquierda. Dejó atrás la fachada principal y comenzó por las ventanas de la parte izquierda. Debajo de la pérgola de madera había diferentes herramientas esparcidas por el suelo, un par de cubos de basura y algunas cajas de cartón. La primera ventana era la de la cocina. Lis se asomó, pero no veía mucho, estaba demasiado oscuro. Apuntó al interior con la linterna del, lo hizo con cuidado de no alumbrar en exceso ni estar demasiado tiempo. La cocina estaba llena de cacharros, todos aparentemente limpios y colocados. Nada que llamara su atención. Las siguientes dos ventanas eran un dormitorio, que parecía ser el principal, por el tamaño, y un baño.

A pocos metros detrás de la casa había un invernadero de madera y plástico, que estaba cerrado, y un pequeño establo, cerrado también. A Lis no le hizo falta investigar demasiado para saber que eran cerdos lo que Satur criaba en él. En la parte trasera de la casa no había ninguna ventana, pero algo llamó la atención de la reportera. Después del zócalo de piedra, sobre el ladrillo, más o menos en el medio de la fachada, había una amplia franja negruzca. Salía del suelo y se iba difuminando hasta perderse a mitad de camino hacia el tejado. Lis se acercó y puso sus dedos sobre la mancha negra, era hollín. Miró a sus pies y vio un agujero en el suelo, de unos veinte centímetros de diámetro. Se notaba que estaba hecho por alguien con poco tacto, picado directamente con algún tipo de martillo o pico. Se agachó e intentó mirar a través de él, pero todo estaba oscuro. El agujero debía de tener incluso más de medio metro de profundidad. Respiró e intentó calmarse. En ese momento, el terror que sentía empezaba a ganar el pulso a la sensación reconfortante que le daba el subidón de adrenalina. La reportera palpó el agujero, tenía más hollín. Parecía el final del tubo de una chimenea o algo similar. Dudó unos segundos, allí agachada y sola, en medio de aquel paraje desolador, bajo el telón negruzco de las nubes cargadas de lluvia. Le daba miedo alumbrar por si había alguien, pero tenía que hacerlo. Encendió la linterna del móvil y apuntó unos segundos a través del oscuro agujero en el suelo. No había nada, solo pudo ver lo que parecía el suelo de un sótano. Hizo un segundo intento, se agachó más hasta casi meter la cabeza por

el agujero y volvió a apuntar con su linterna el interior. Entonces vio una sombra, al fondo del sótano, agazapada, que al sentir el haz de luz se giró y la miró. Lis dio un brinco hacia atrás y calló de espaldas sobre la tierra. El corazón casi se le sale del pecho, las pulsaciones se le aceleraron de golpe y sentía que le faltaba el aire. Se levantó de un salto y salió corriendo, sin mirar atrás, solo corrió y corrió hasta el coche.

Ned seguía alerta, no había dejado de estarlo ni un solo segundo desde que Lis se marchó. No podía. Le temblaban las piernas y apretaba el volante con fuerza. Cuando vio a Lis correr, arrancó el coche y salió a su encuentro. No le había dado tiempo a detener el vehículo cuando Lis ya abría la puerta para tirarse en su interior.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ned alterado.

—Vámonos, ¡ya! Arranca.

Ned arrancó y salieron a toda velocidad por el camino de tierra en dirección a la comarcal. A Lis todavía le iba el corazón a mil por hora. Revivía la imagen de lo que había visto en aquella especie de sótano una y otra vez, pero no estaba segura de lo que había contemplado. Lo que era únicamente una sombra fue tomando forma en su cabeza según lo iba recordando y analizando en su cabeza. Procesó la forma de la sombra, el movimiento, los contornos.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó de nuevo Ned sacando a Lis de sus pensamientos.

—Sí, estoy bien —respondió con una voz quebrada mientras bajaba la ventanilla un par de dedos. Ahora más que nunca, necesitaba esa bocanada de aire fresco.

—¿Qué has visto?

—No lo sé. Estaba dando una vuelta alrededor la casa y todo parecía normal. Entonces vi un agujero en el suelo por la parte trasera de la casa. Así que miré, pero no veía nada —Lis se iba impacientando según iba narrando lo ocurrido—, estaba demasiado oscuro. Encendí la linterna del móvil y era una especie de sótano y entonces algo se movió. Una sombra, pero no sabría decirte qué era exactamente. —Hizo una pausa—. Y juraría que me miró.

El corazón de Lis se puso de nuevo a mil por hora con tan solo recordar la imagen. El camino de tierra terminaba y Ned accionó el intermitente izquierdo para coger la comarcal M-607 hacia Madrid.

—No puedo irme —dijo Lis.

—¿Cómo? ¿Quieres que nos quedemos aquí?

—Mis padres tienen una casa aquí, en Sempiterno, y me voy a quedar al menos un día más. Tengo que ver qué pasa aquí. Déjame en la casa, tú te puedes ir.

La reportera lo soltó sin pensar; odiaba aquella casa, pero la responsabilidad que ejercía sobre ella aquella historia era mucho mayor. Ned dudó unos instantes y cambió el intermitente izquierdo por el derecho para ir en dirección de vuelta a Sempiterno. Lis se iba a quedar, pero Ned no sabía qué hacer, tenía dudas. Y miedo. Mucho miedo. Quería volver a su habitación y encerrarse ahí al menos durante una semana. Había visto a Lis estremecida como no la había visto antes. A ella, que siempre parecía dispuesta a todo. Y sintió envidia. Envidia de que ella pudiera enfrentarse a lo que fuera y él no. Y el orgullo le dio un picotazo. Los sentimientos se empezaron a entrelazar unos con otros mientras conducía por la comarcal en dirección de nuevo a Sempiterno. ¿Y si había caso de verdad? ¿Y si le pasaba algo a Lis? Él no era muy valiente, era consciente de ello, pero algo dentro de él despertó.

—Yo me quedo contigo —afirmó Ned con entereza.

—No hace falta, de verdad.

—No, me quedo. Necesito hacerlo.

—¿Enfrentarte a un asesino en serie? Tendremos que comprar unos cuantos botes más de pastillas de esas, que creo que yo también las voy a necesitar —bromeó Lis.

Ambos rieron, se desahogaron, y, por un momento, se sintieron seguros. Y entonces, comenzó a llover.

29

LIS / NED

Jueves. 21:01. Sempiterno

La casa de los padres de Lis se hallaba en una zona residencial a las afueras de Sempiterno. Formaba parte de un conjunto de viviendas unifamiliares desperdigadas por el abrupto terreno de la cuenca del Manzanares, que convivían entre la multitud de encinares, coníferas y frondosas de la zona. Un recóndito paraíso residencial en medio del bosque.

Había empezado a llover hacía escasos diez minutos, pero lo hacía con fuerza. Ned aparcó el coche enfrente de la puerta exterior y Lis salió veloz para mojarse lo menos posible, metió la mano con agilidad en un resquicio que se formaba entre la puerta de hierro fundido que daba acceso al jardín y el seto que cercaba la casa y sacó una llave.

—¿Hacéis eso en los pueblos? —preguntó Ned, curioso y algo extrañado.

—Así nos las gastamos por aquí, querido —contestó Lis con sorna.

Cogieron las maletas y accedieron al jardín. No había mucho terreno, pero estaba todo perfectamente distribuido e impecable. La piscina a la izquierda, tapada con una cubierta de plástico azul, libre de agua, barro y hojas. Un pequeño cobertizo a la derecha para las herramientas de jardinería. El césped recién cortado y los geranios, hortensias y rosales cuidados y podados. Y al fondo, la casa, de una planta con las contraventanas y el porche de madera, hasta el corrieron por el camino de piedras. El recibidor daba directamente a una cocina abierta, separada del salón por una isla a modo de barra. Y a la izquierda estaba el pasillo que daba a los dormitorios y los baños.

—Este es mi dormitorio —apuntó Lis—, puedes quedarte en él. Yo usaré el de mis padres —le dijo Lis a Ned después de enseñarle toda la casa.

Ned dejó su maleta sobre la cama y echó un vistazo a la habitación. No parecía la habitación de una niña, pensó.

—Si quieres ducharte, en el mueble del baño hay toallas limpias. Y en la nevera hay un imán con el teléfono de la pizzería Di Napoli. Por si te apetece. Guarda la factura para luego pasársela a la redacción.

—No problemo —contestó Ned.

—Yo voy a llamar a Adolfo y luego quedaré con Diego, mi fuente, por si acaso tiene algo más que contarme —se excusó Lis, que solo quería verlo—. Y gracias por quedarte.

—Está bien —sonrió Ned.

La habitación de los padres daba al jardín. Hacía mucho tiempo que no entraba en esa habitación, demasiado, quizás. Todavía olía a sus padres. Las gotas de jazmín del perfume de su madre y los aromas a madera y tabaco de su padre. «¿Cómo puede ser que siga oliendo después de tantos años…?, ¿será mi memoria?», intentaba razonar Lis mientras dejaba la maleta en el suelo y el maletín del portátil y su bolso sobre el escritorio.

—Ya era hora —dijo Adolfo nada más contestar la llamada de Lis.

—Perdona. Esto ha sido un poco… locura, la verdad —suspiró tirada sobre a cama.

—Cuéntame. ¿Cómo ha ido? —Adolfo estaba impaciente.

Lis empezó por contar a Adolfo las diferentes versiones de los vecinos de Abel y Nuria. Mientras Sophie apuntaba que eran unos vecinos excelentes, y de cómo dejó caer su sospecha acerca del affaire de Nuria y Fernando, por su parte, Adela y Anselmo, afirmaban, en cambio, que eran unos vecinos difíciles, con constantes discusiones, pudiendo incluso haber llegado a las manos en alguna de ellas.

—¿Y tú qué opinas? ¿Crees que le pegaba? —inquirió Adolfo.

—Los amigos y conocidos afirman que es buena persona. Pero Mónica, una íntima amiga de Nuria, nos contó que le vio unos moretones en el brazo hará un par de semanas.

La reportera añadió que muy probablemente Nuria era el amor platónico del Satur, motivo por el que Abel no le aguantaba.

—Esta historia puede cuadrar —continuó Lis—, Nuria es realmente una chica muy guapa y quizás eso chocó con el orgullo de su marido y los celos de este por sus pretendientes. Los vecinos del piso de arriba apuntan que escucharon voces y varios golpes el lunes por la noche. Puede coincidir con que ni él ni ella fueran a trabajar el martes.

—Sí, eso parece tener sentido —afirmó Adolfo.

—Para cada uno de los tres, Abel, Fernando y Satur, puede haber móvil —finalizó Lis.

—Entiendo —dijo Adolfo mientras masticaba todo lo que le acababan de contar.

Cuando le fue a contar lo que vio en la casa de Satur, Lis tuvo que hacer una pausa. Aquella figura que se movía en el sótano volvía a su memoria, mirándola de nuevo entre las sombras. Aquella imagen la aterraba y seguía sin descifrar qué podía ser.

—Bueno, no te preocupes. Pudo ser cualquier cosa. Un gato, un perro… —Adolfo intentó quitarle importancia ante la voz de preocupación de Lis. Se hizo un breve silencio entre ambos, Lis no podía sacarse de la cabeza aquella sombra mirándola—. ¿Y del símbolo? —preguntó Adolfo.

—Nada todavía.

—Vale. Mañana, cuando vengas a la redacción a primera hora, lo hablamos y vemos el siguiente paso.

—No, jefe, me quedo en Sempiterno. Aquí hay algo más, estoy segura. He venido a casa de mis padres. No hace falta que paguéis más hoteles.

—¿Te quedas en casa de tus padres? —preguntó Adolfo sorprendido.

—Sí, estoy bien, no te preocupes. Mejor de lo que pensaba.

—¿Seguro? —insistió preocupado, sabiendo que no era fácil para Lis volver a aquella casa.

—Sí, mañana quiero investigar un poco más a Satur y espero poder hablar con Fernando. También quiero indagar un poco acerca de la primera desaparición, la de Vicente, el agente de seguros. Por si su familia sabe o recuerda algo.

—Vale, intenta descansar. Hablaré con José María mañana. Pero necesitamos algo pronto. Ya sabes cómo es esto.

—Sí, lo sé. No te preocupes. Buenas noches.

—Haz que pase.

Lis sonrió y colgó el teléfono. Claro que sabía que necesitaba algo pronto, pero no por la noticia, sino por Abel y Nuria. Aunque siempre cabía la posibilidad de que simplemente Nuria se encontrara indispuesta, Abel cerrase para ocuparse de ella y hubieran decidido tomarse unos días y desconectar porque estaban cansados. Pero esa era la opción fácil y Lis no quería creerla.

Tirada en la cama, Lis miraba el techo de la habitación de sus padres y algunos recuerdos venían a su memoria tan rápido como se iban; el de su padre horas y horas trabajando en aquel dichoso escritorio o el de su madre tirada sobre aquella cama, sola, pasándose las horas mirando por la ventana cuando él se iba, o a ella misma, probándose los vestidos de su madre. Entre un pensamiento y otro, escribió a Diego, por si le apetecía quedar. No había entrado el siguiente recuerdo cuando recibió la contestación de Diego: «Siempre».

Lis se fue a la ducha. Nada más entrar en el baño, abrió la app de música en su smartphone y puso una lista de reproducción que tenía. La había creado ella misma, las mejores canciones de su vida. Y Cézanne Peint de France Gall comenzó a sonar por los altavoces de su móvil. Nunca se había sentido tan insegura, tan débil como en ese preciso momento, sobrepasada por los acontecimientos que estaba viviendo y los recuerdos que creía olvidados. Se desnudó, giró el pomo de cerámica color hueso y se metió bajo el chorro de agua caliente. Se quedó un buen rato con las manos apoyadas en la pared y la cabeza entre los hombros, dejando que el agua chocara contra su nuca y fuera recorriendo libremente su cuerpo. Pensó en Diego y sintió sus manos como si fueran los hilos calientes de agua que la recorrían. Y las dudas y los miedos se disiparon.

Sacó de su maleta un conjunto de blusa negra escotada y pantalón ceñido a juego. Algo especial, por si acaso. Un por si acaso que nacía en su mente y que se transformaba en certeza al llegar a su corazón, mientras estaba preparando la maleta el miércoles por la tarde. Y que ahora, después de las dudas del primer encuentro con Diego, se hacía tangible. El deseo de verle de nuevo la emocionaba. Y quería estar guapa. Rebuscó en el armario de su madre y escogió una blazer beige y un fular a juego. Se acercó al espejo de pie, de marco lacado blanco,

que estaba apoyado en el suelo de la habitación de sus padres, situado al lado de una elegante lámpara de pie de acero y mampara de cristal traslúcido. Recordó a su madre mirarse en ese espejo antes de salir de casa, después de arreglarse. Ahora era Lis quien estaba frente a él, y se veía guapa. Se pintó los labios de un granate elegante y se tapó las orejas con un poco de maquillaje. Dos gotas de perfume y lista.

Lis abrió la puerta de su habitación, que ahora ocupaba Ned, que ya estaba dando cuenta de la pizza que había pedido según llegaron mientras ella hablaba con Adolfo, y jugando a algo que Lis no era capaz de comprender. Solo veía millones de colores y bichitos muy pequeños pegándose entre ellos.

—Voy a quedar con Diego, vuelvo en un rato.

Ned se dio la vuelta y, al no ver a la Lis desaliñada que solía ver, dejó escapar una ligera sonrisa.

—¿Ahora ya es solo Diego? —apuntó Ned con sutil ironía burlesca.

—Bueno, tú quédate ahí con tus muñequitos.

—Me desestresa.

—Búscate una chica.

Cuando Lis se fue Ned se tiró en la cama y llamó a su madre. Tenía que contarle todo lo que había hecho hoy, y cómo, gracias a él, se habían desecho de aquel hombre estirado de la notaría o cómo había decido quedarse con su compañera hasta encontrar la verdad de aquella peligrosísima historia.

30

ABEL

Depresión.

Se ha ido. Se ha ido de verdad. Con él. Con ese miserable. ¿Por qué? ¿Cómo es posible? Recuerdo su última mirada, donde aquel negro azabache de sus ojos, hasta entonces brillante y lleno de vida, se había tornado grisáceo y vacío, color ceniza. Una mirada distinta. Era como si no me conociera. Como si nunca nos hubiéramos conocido. Cierro los ojos con fuerza. Intento borrar esa mirada de mi cabeza, pero no puedo. La veo a través de mis párpados cerrados. A través de las fibras del saco de yute que me envuelve la cabeza. La veo. Serena. En la entrada de nuestra casa, mirándome.

Siento mi respiración, pero me cuesta tomar aire. La cinta adhesiva me oprime demasiado el pecho contra el respaldo de la silla. Abro los ojos. Todo está oscuro. No puedo ver nada con esto en la cabeza. El corazón se acelera. Inspiro. Por la nariz, mi boca está sellada. Expiro. Cierro los ojos. La cabeza me da vueltas. Abro los ojos de nuevo. Parpadeo. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad. Estoy sentado en una silla en el salón. Me cuesta enfocar. Ya no tengo el saco en la cabeza. ¿Quién me lo ha quitado? Giro el cuello a un lado y a otro. Me mareo. Tengo náuseas. No puedo moverme. Mi boca sigue sellada con cinta adhesiva. El molesto olor a pegamento me sube por la nariz hasta instalarse en mi cerebro. Siento mis manos entrelazas a mi espalda. Frías. ¿Me estoy muriendo?

Observo a mi alrededor. Intento mirar a mi alrededor, el giro de cuello no me da para poder ver mucho más allá de la pared, el suelo o el techo. Mi cuerpo está débil. No tengo fuerzas ni para amagar con hacer algún movimiento para soltar mis ataduras. Veo sombras moverse en la pared. Siluetas de formas tenebrosas. Árboles con ojos y bocas. Me miran. Cierro los ojos. ¿Qué es esto? Algo me aprieta la pierna. Mi pulso se acelera. Siento que va subiendo por ella mientras la estrangula. Abro los ojos, asustado. No hay nada. Miro de nuevo la pared. Las sombras me rodean por todos los lados. Los árboles se

mueven, bailan en un ritual de lo más siniestro mientras estiran sus ramas hacia mí. Cierro los ojos. Algo me aprieta de nuevo la pierna. Mi pulso está tan acelerado que puedo sentir el bombeo de sangre por las venas de mi cuerpo. Se enrolla por mi pierna. La estrangula tan fuerte que el dolor me obliga a abrir los ojos de nuevo. La veo. Mis párpados se abren tanto que siento que mis ojos van a salirse de las cuencas. La veo avanzar enroscándose por todo mi cuerpo. Una serpiente inmensa. Amarilla y negra. Avanza, aprieta con fuerza. Me mira a los ojos. Cierro los ojos. Me zarandeo con fuerza pegado a la silla. Pierdo la verticalidad. Caigo al vacío. Un sonido seco. Dolor. Siento dolor.

Abro los ojos. Estoy en el suelo. Me duele la cabeza. Me he caído de lado. Hacia el costado izquierdo. No me puedo mover de la silla. Noto que el suelo vibra y está frío. El suelo brilla en millares de pequeños puntos. Puntos que se mueven. Son bichos. Millones de bichos. Millones de cucarachas y tenebrios. Larvas. Veo huevos eclosionar. Se mueven unas encima de las otras. Suben por mi cabeza. Siento sus patas frías recorrer mi piel. Suben por mi pelo, por mis orejas, por mi espalda, por mis ojos, por mi boca.

Parpadeo, es de día. La luz entra a través de los resquicios que dejan las cortinas. Veo el suelo laminado, estaba soñando. Estoy exhausto. Mis parpados me pesan, se cierran.

Toc, toc, toc. Abro los ojos. ¿Qué ha sido eso? Mi respiración se acelera, ¿alguien ha llamado a la puerta? Dios… No sé distinguir entre lo que es real y lo que es un sueño.

31

LIS / DIEGO

Jueves. 22:11. Sempiterno

—Buenas noches, Rubia —dijo Cas con su desdentada sonrisa al ver aparecer a Lis por la puerta mientras limpiaba con una bayeta la barra del bar.

A Lis no le importó ser reconocida, es más, sintió tranquilidad. Seguía algo asustada y estar con gente que además la conociera, y quién sabe, incluso dispuesta a protegerla en un momento determinado, le dio esa pizca de paz que necesitaba. Como tampoco le importó que la llamara la Rubia. Hasta le hizo gracia. La Manduca estaba casi igual de vacía que la noche anterior. Tan solo un par de hombres jugando a los dardos y una pareja al fondo en las mesas bajas poblaban el local. «Esto un jueves noche en Madrid sería inaudito, otro rollo», pensó Lis.

—¿Tercio? —preguntó Cas.

—Qué remedio —asintió Lis.

Que Cas recordara qué quería beber también le produjo una sensación de cercanía. Todas aquellas sensaciones, de una manera u otra, que antes odiaba, le empezaban a reconfortar.

—¿Te importa que te llamen Cas? —preguntó entonces Lis.

—¿Por qué me iba a importar? —contestó mientras seguía limpiando la barra con una bayeta más sucia que lo que estaba limpiando—. Mi padre sabía de animales. Él sabía de muchas cosas, no como yo —reflexionó—. Siempre decía que los castores eran muy parecidos a nosotros. Construyen sus casas con habitaciones, una de ellas es para cagar. —Ambos rieron—. Y eso está bien. Así que, por qué no. Cas, me gusta.

—Cas, ponnos otra ronda —gritó uno de los hombres que estaba jugando a los dardos, el más bajito.

El camarero obedeció y se acercó para atenderlos. Lis se quedó pensando cómo habría sido la vida de aquel hombre; qué decisiones habría ido tomando hasta llegar a donde estaba ahora mismo, si tuvo alguna mujer que le marcó o cómo serían sus padres. «¿Habrá llevado la vida que le hubiera gustado? ¿La que todo padre quiere para su hijo?», se preguntó Lis, y acto seguido sacó su smartphone y abrió la lista de contactos. Fue pasando letras; la A, la B, hasta detenerse en la M. Miraba fijamente uno de los nombres que aparecían: «Mamá». Justo mientras se preguntaba el tiempo que había pasado desde la última vez que habló con ella, Diego entró por la puerta sacándola de sus pensamientos. Tan risueño como siempre, con su sonrisa por castigo.

—Cacereño —le saludó Cas.

Diego le pidió una botella de agua a Cas y se sentó en un taburete al lado de Lis. El olor de Diego, sin necesidad de perfume, llegó hasta lo más profundo de su ser con el beso que le dio.

—¿No vas a brindar conmigo? —preguntó Lis haciéndose ligeramente la ofendida.

—Necesito agua primero —contestó Diego.

—¿Día duro? —se interesó Lis.

—Un poco. ¿Tú qué tal? ¿Cómo van tus investigaciones?

—No sé, la verdad.

—Cuéntame.

Esos ojos, penetrantes y sinceros. Lis reconoció esa mirada, la recordó. No era la primera vez que él la miraba así. Ella sonrió, apartó la vista a otro lado y bebió intentando disimular. No quería hablar del caso con Diego, pero tampoco quería acercarse a él. De momento.

—No estoy segura de nada, la verdad —y resopló—. Al parecer, Nuria tenía molestias por el embarazo el lunes por la tarde. Satur la dejó en casa y al decirle ella que se encontraba mal, él dijo a la jefa de estudios de primaria que Nuria estaba enferma. La carnicería se cierra el martes por la mañana sin previo aviso. Puede ser que, si estaba indispuesta, quisieran estar juntos, o incluso pasar unos días fuera. En cuanto a lo de los ruidos y golpes, Sophie dice que no escuchó nada, y Adela, la del piso de arriba, dice que hubo una pelea el lunes por la noche y otra el martes.

—¿Una pelea? —preguntó Diego.

—¿Crees que Abel…?

—En absoluto —zanjó Diego sin dejar que terminara la frase—. Puede cuadrar la historia de que no haya nada, pero yo no me la creo. Algo falla. El símbolo, que ambos estén en casa y no contesten…

Lis comentó por encima lo de la posible aventura de Nuria con Fernando, que tampoco le pareció creíble al cacereño, así como sus entrevistas bastante improductivas con Ángel y Mónica, salvo por el detalle de que Abel quizás estuviera algo cansado de que Satur anduviera detrás de ella todo el rato o que Fernando la espiase. Prefirió omitir el hecho de los moretones en el brazo de Nuria, después de la cortante respuesta de Diego.

—Satur es un tipo tranquilo. No se mete con nadie. Trabaja en el colegio, ayuda en el centro de día y cuida de su granja. Yo lo descartaría.

Cas hizo un movimiento de cabeza por si querían algo más y Diego, con un gesto de la mano, le pidió dos tercios más, que Cas les sirvió rápidamente. Al recordarle la granja, Lis se estremeció.

—¿Te pasa algo?

Lis le contó lo que había visto en el sótano. Cada vez que la reportera recordaba aquellos ojos clavados en ella, mirándola desde la oscuridad de aquel sótano, brillantes, pero vacíos, el desasosiego la invadía de una forma atroz.

—Quizás solo fuera un perro o un gato, hasta donde sé, vive solo —dijo Diego quitándole hierro al asunto.

—No puedo decir lo que era. Me asusté y salí corriendo.

—Intenta no darle muchas vueltas, no creo que sea nada. Lo mismo es un viejo truhan y tiene el sótano lleno de jovencitas ¿te imaginas? —intentó bromear Diego.

Lis sonrió.

—Eso sí que no me lo creo —contestó Lis entre sonrisas cómplices, y sintió un alivio inmenso, un sosiego que llevaba buscando desde hacía mucho tiempo, y fue en aquel pueblo del que renegaba y con aquel chico que dejó quince años atrás donde lo volvió a encontrar. Justo en

el mismo sitio donde lo sintió por última vez.

—Por cierto, vi una de vuestras cajas sobre la mesa del comedor de Satur. Vi el logo: Con Gusto Sempiterno —comentaba Lis mientras se burlaba haciendo ademanes con las manos, como si de un letrero de Broadway se tratase.

—No se alimenta mal, no. Porque somos pura delicatessen —apuntó Diego.

—Con la tripa que tiene, desde luego que no se alimenta mal.

—¡Qué mala!

—¿No me digas que no? Ese cuerpo que tiene es de estar muy bien alimentado —espetó haciendo hincapié en el «muy». Y ambos rieron de nuevo—. Es broma —puntualizó Lis mientras jugaba con el tercio de cerveza entre sus manos. Le gustaría decirle a Diego que lo había echado de menos todo este tiempo. Que cotilleaba sus fotos de perfil, que le recordaba a menudo y que quería saber de él. Pero nunca lo hizo, su orgullo se lo impedía, o quizás el miedo. O quién sabe qué—. Estaba pensado en tirar un poco del hilo con lo de Vicente. Quizás hablar con la hermana… —dijo al final Lis.

—No es mala idea.

—¿Dónde la puedo localizar?

—Tiene una peluquería, Destellos se llama. Aquí, en el centro, te paso la ubicación. Se llama Elena.

—¿Alguien más con el que pueda hablar acerca de él, alguien cercano?

—No lo sé. Era un tipo solitario, la verdad, aunque por aquí se le conocía bien. Estafó a bastante gente.

—Ah, ¿sí? —preguntó Lis.

—Sí —asintió Diego—. Le pedía a la gente que le pagaran las cuotas de sus seguros directamente a él; de vivienda, de automóvil o de lo que fuera. Se lo pagaban en metálico o en trasferencias a sus cuentas. Y luego él no pagaba a la compañía, por lo que los seguros estaban congelados. Hubo varios casos en los que pasaron cosas que requerían de la póliza y, claro, como no estaban pagadas, no estaban asegurados.

Lis asintió.

—Me quiere sonar que el más perjudicado fue el tuerto, el panadero. Puedes preguntarle a él.

—Sé quién dices, Carmen me llevaba a comprar el pan ahí. —Lis sonrió con cierta nostalgia.

—El mejor pan de leña.

—¿Y tú qué tal? —le preguntó Lis.

—Bien, cansado. Día duro. Pero ahora mejor, la verdad.

Las miradas entre ellos eran intensas, directas. No se escondían y hablaban por sí solas.

—Estuvo bien lo nuestro, ¿verdad? —preguntó Lis sin poder aguantar más.

La pregunta descolocó a Diego, aunque de una manera u otra deseaba hablar de ellos, de lo que pasó. De por qué se fue.

—Sí, lo estuvo —contestó Diego con sinceridad.

—¿Por qué lo dejamos escapar?

Diego llevaba deseando que Lis le hiciera aquella pregunta desde que la vio irse con el coche de su madre quince años antes para no volver a saber nada más de ella. Hasta ahora. Había soñado y divagado tantas veces con la respuesta que le daría que ahora, fruto de los nervios, se había quedado bloqueado. Cuando Diego se sentía mal, pensaba que le habría echado en cara el desaparecer tras un triste mensaje de texto. O que todo empezó a ir mal cuando la joven Lis empezó la universidad, porque quizás un mozo de almacén no era suficiente para ella. O que su familia le miraba con desaprobación. Otras veces, cuando Diego se encontraba bien, simplemente pensaba que él no era lo mejor para ella.

—Quizás no era nuestro momento —respondió Diego al fin.

—Puede ser. Siento mucho cómo te he hablado estos días. Yo no soy así.

—¿Segura?

—Solo finjo ser alguien agresivo, alguien que no soy, para sentirme

más segura de mí misma.

—No tienes que hacer eso, al menos no conmigo.

Las risas estridentes de los dos hombres que estaban jugando a los dardos sacaron a Lis y a Diego de su pequeña burbuja. Lis reconoció aquella risa y miró a los dos hombres con atención. Uno gordo y fuerte, con cara de poco espabilado. El otro más pequeño, con una cara similar. Habían llegado algunos amigos más.

—¿Son Mariano y Pablo? —preguntó Lis mientras los miraban.

—Sí —confirmó Diego—. ¿Quieres que nos vayamos?

—Está más asqueroso que antes. ¿Está casado o algo?

—Qué va.

—Vámonos —dijo Lis.

Diego pagó lo que se debía y se marcharon. Justo antes de salir, Lis se dirigió a los dos hombres. Y estaba guapa, muy guapa, y sexi. Y ella lo sabía. Y ellos lo sabían.

—¡Anda, pero si son Mariano y Pablo! —dijo Lis.

—¿Lis? —preguntó Mariano, el más grande de los dos.

—Qué bien os han sentado los años, ¿eh? —ironizó Lis.

Ninguno de los dos sabía qué responder y simplemente rieron nerviosos.

—Me han contado que no te has casado —le dijo Lis a Mariano.

—No —negó Mariano algo descolocado.

—Al final va a resultar que he tocado más mujeres yo que tú en toda tu vida —le soltó Lis—, ¿o es que te gustan más los pequeñitos? —ironizó en referencia a su amigo Pablo. Ninguno contestó mientras se miraban extrañados el uno al otro—. Ciao, queridos. —Lis les guiñó un ojo y se fue con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro.

Lis y Diego salieron juntos de La Manduca. Muy cerca el uno del otro, buscando tocarse sin parecerlo. La calle estaba mojada.

—Eres realmente mala —comentó Diego con una sonrisa.

—Me he quedado muy a gusto —dijo Lis, que se volvió hacia él. El tiempo se paró en aquella mirada entre los dos bajo la lluvia que todavía caía sobre Sempiterno—. Tengo el coche ahí —continuó Lis señalando con la cabeza una hilera de coches justo enfrente.

—Te acompaño.

Lis estaba contrariada. Sus padres no aprobaban su relación con Diego, el mozo de almacén, porque querían más para ella. Sobre todo su padre. Quería a alguien con estudios, buena proyección, de buena familia. Pero, ¿qué más se puede pedir a un compañero de viaje que cariño, respeto, sinceridad…? Sin las banalidades de los estudios o las profesiones. Quitando eso, él tenía el resto, todo lo que más aportaba. Todo lo que importaba.

Lis se giró al llegar al coche y se volvió a perder en su mirada.

—Lo siento —dijo.

Y lo besó. Cerró los ojos y lo besó. Primero Diego se sorprendió, pero también deseaba besarla. Se dejó llevar y acercó su mano hacia su cara para acariciarla. Lis sintió el tacto cálido de su mano al rozarle la mejilla. Lis se apartó y se despidió de él con otro beso. Se metió en el coche y se fue, sabiendo que desde el último beso que se dieron aquel fin de semana en la casa de sus padres en Sempiterno, hacía más de quince años, nadie la había vuelto a besar igual hasta ese instante.

32

LIS

Primavera, quince años antes. Sempiterno

Era viernes por la tarde y Lis salía de su última clase, estaba en segundo de Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid. Los compañeros de la facultad le habían propuesto varios planes para el fin de semana, pero los había rechazado. También tenía la fiesta que había organizado por su cincuenta cumpleaños Jacinto, un íntimo amigo de su padre, a la que sus progenitores acudirían y a la que esperaban que los acompañara. Su padre llevaba tiempo intentando que Felipe, el malcriado hijo de su amigo, despertara en ella algún tipo de interés. Mientras que para Enrique era un hombre de brillante porvenir, para Lis, Felipe, era un amago de hombre, un principito repipi con el pelo lacio engominado que hablaba como si masticara magdalenas.

—Lo siento, no pienso ir —le dijo a su madre el día anterior—, me voy al pueblo con Diego.

Lola era una mujer de cincuenta años, de buena apariencia y refinadas formas, que amaba a su hija aunque fuera incapaz de demostrárselo. Olvidada como mujer por su marido y como madre por su hija, la única forma que encontró de sentirse presente en la familia era satisfacer a Lis, de lo que la joven abusaba. Así que le prestó su coche para que pudiera irse a Sempiterno y le ocultó a su padre las intenciones de Lis, lo que le costaría infinidad de reproches por parte del patriarca de los que Lis jamás tuvo constancia. Enrique, por su parte, era un hombre serio y estricto, de carácter difícil. Tan absorbido por su trabajo que se sentía desterrado cuando estaba en su casa. El amigo perfecto de los demás pero descuidado con su familia. Cuando debía actuar en el papel de patriarca se perdía entre el totalitarismo y la brusquedad de sus acciones, con o sin razón. Al igual que Lola, amaba a su hija más que a nada, pero también era incapaz de demostrárselo. Y a Lis, el amor a escondidas no le abrigaba.

Aquel viernes por la mañana fue a la universidad en el coche de su madre para, según terminaran las clases, pudiera salir directamente hacia Sempiterno. El joven cacereño le había pedido que fuera ese fin de semana al pueblo por el inicio de fiestas. Los hermanos Martínez iban a organizar una barbacoa en su casa y Diego quería que ella estuviera. A Lis tampoco es que le apeteciera, todos los planes que le surgían siempre tenían el mismo denominador común, el alcohol, y ella, que no bebía, terminaba por sentirse apartada y por tanto, se aburrida. Si iba a Sempiterno, era solo por estar con Diego. Además, desde hacía varios años, Lis aborrecía el pueblo. Llevaba años yendo con sus padres muchos fines de semana, puentes e incluso algunas vacaciones. Al principio estaba bien, era algo diferente y le divertía. Pero según fue creciendo empezó a entender el porqué de aquellos viajes. Su padre, cada vez menos padre, enfrascado en sus negocios y amistades, y su madre, cada vez más sola, y menos mujer, consumiéndose entre copas de vino y cigarrillos, huían de Madrid con ella intentado buscar refugio en el pueblo. Y eso, a medida que Lis se iba convirtiendo en mujer, no lo podía soportar. En Madrid, al menos, podía distraerse del colapso familiar, pero en Sempiterno no había centros comerciales ni cines o restaurantes chic donde ir a merendar tortitas con sirope de chocolate con las amigas mientras chismorreaban sobre sus cosas. Y olvidar. Hasta que conoció a Diego, a través de Silvia, la hija de unos vecinos que vivían en la misma urbanización que ellos en Sempiterno.

Una tarde quedaron para dar un paseo por la urbanización, el joven fue andando desde el pueblo con un ramillete de margaritas recién cortadas. «Qué loco», pensó Lis risueña, Diego tenía más de media hora andando desde su casa. Y durante el paseo, bajo un espléndido cielo azul, Diego la cogió de la mano y ella empezó a sudar de los nervios. «No importa», le dijo, no le causó rechazo y la apretó más fuerte. Y después la besó. Aquel primer beso, torpemente ejecutado por dos novatos tras previa colisión dental, les marcaría su destino para siempre. Y desde entonces Sempiterno dejó de ser el lugar frío y gris que tanto la incomodaba. Al menos durante un tiempo.

Lis se despidió de sus compañeros de facultad y se montó en el coche. Se había preparado un CD con sus canciones favoritas para el viaje, así que lo metió en la radio y le dio al play. Bajó la ventanilla un par de centímetros para sentir el aire fresco en la cara y la canción «Escapar», de Enrique Iglesias, comenzó a sonar a todo volumen por los bafles del coche. Mandó un mensaje de texto a Diego para avisarle de que salía y se puso en marcha.

Durante casi la hora que separaba Madrid de Sempiterno, estuvo

pensando en ella. En ella y en Diego. En ellos. Llevaban casi dos años juntos, «cómo pasa el tiempo». Habían tenido sus altibajos, como cualquier pareja, pero más en los últimos meses, dado que la distancia se le hacía cada vez más difícil. Ella tenía una vida en Madrid, con sus clases, sus amigos, sus aficiones, etc. Y él tenía la suya, completamente distinta, en Sempiterno. No eran más que setenta kilómetros, pero podían ser un mundo. Ella lo seguía queriendo, por supuesto que lo quería, pero algo estaba cambiando. «¿Tendría mi padre razón?», se preguntaba cada vez más. «En las relaciones no solo vale con quererse», le decía constantemente Enrique, que desaprobaba su relación con el joven cacereño. Hay que tener, además, un plan conjunto de futuro en el que ambos se sintieran identificados y por el que sus caminos pudieran seguir direcciones similares, si no, los caminos tomarían rutas diferentes; las palabras de su padre resonaban por su cabeza. A Lis le incomodaban aquellas lecciones viendo en lo que sus padres se habían convertido, pero eso le hacía dudar sobre si su padre tenía razón. ¿Y si ellos no tenían ese plan conjunto y por eso se distanciaban cada vez más?

Ella estudiaba periodismo aunque no estaba segura de qué quería ser en la vida, «¿qué sabe una con veinte años sobre lo que quiere ser en la vida?». Pero seguir el ejemplo de su padre le parecía lo más correcto, al menos en lo profesional. Un buen trabajo como periodista, escribir algún libro… No le disgustaba, pero tampoco le apasionaba. Lo que sí tenía claro es que se sentía identificada con Madrid. Le gustaba todo de la capital, su oferta cultural, la gastronómica… Una ciudad que no dormía, en la que podías hacer casi cualquier cosa en cualquier momento del día o de la noche. No como en Sempiterno. Diego, en cambio, había pasado por varios trabajos basura desde que terminó el instituto. Había trabajado como camarero en una de las discotecas del pueblo, en un restaurante, en una gasolinera y ahora era mozo de almacén. A él, además, no le gustaba Madrid. Cada vez que iba a verla siempre se quejaba, que si todo lleno de coches, que si gente que ni te mira a la cara, que si la polución… Él era más feliz en el pueblo. Con la misma gente de siempre, su gente. Y veía su futuro en alguna casita de Sempiterno criando al menos cuatro hijos.

Aquellas diferencias en su forma de vida le hacían dudar a la futura periodista. Como decía su padre, sentía que sus caminos se iban separando de forma inevitable. Y últimamente tampoco hacían demasiado por intentar volver a unirlos. Al fin y al cabo, ninguno de los dos quería forzar al otro a cambiar de opinión y, aunque se querían y deseaban estar juntos, ambos tenían claro que no iban a ceder por complacer a su pareja.

Hubo una noche en que Lis estaba sola en su casa de Madrid. Sus padres se habían ido de viaje a una convención y ella escuchaba ruidos por todos lados y estaba realmente asustada. Llamó y despertó a Diego, serían como las doce de la noche. «No te preocupes», le dijo. Y en media hora estaba en su casa, en su cama, abrazándola. Al día siguiente, a las seis de la mañana se tenía que ir para estar en el almacén a las siete. «¿Cuánto vale ese gesto? ¿Cuántos hombres son capaces de hacerlo?». Quizás la respuesta, en su caso, llegó demasiado tarde. Por muchos besos que probó después, ninguno fue tan especial, ninguno le supo igual, y mucho menos mejor.

Pero sus caminos se estaban separando.

Y ahí estaba ella, con veinte años, envuelta en un mar de dudas. Conduciendo el automóvil de su madre a escondidas de su padre, quien esperaba que los acompañara a la fiesta de Jacinto y que encontrara el amor en brazos de Felipe. En cambio, conducía rumbo a los brazos de aquel chico de cara afilada y granos con el que se reía sin parar y sentía esa chispa especial y diferente, que no se puede definir, pero que sabes cuándo está ahí, sin tener claro si sus caminos se estaban distanciando.

Cuando por fin llegó a casa, Diego estaba ya en la puerta esperándola. Con un ramo de rosas en la mano y con su sonrisa. Paró el coche y todas las dudas e incertidumbres que le habían asaltado durante el camino se disiparon de un plumazo cuando le estrechó en sus brazos, lo miró y lo besó.

33

ABEL

Sumisión.

—Desde ahora te llamarás Nabal; significa «necio».

Escucho su voz, profunda y lúgubre. Siento mis músculos, y mi ser.

—No abras los ojos.

No los abro. Me ha dicho que no lo haga, y no lo hago. Estoy privado de voluntad.

—¿Noche difícil? —No respondo, no sé qué responder. Le escucho reírse. No abro los ojos, me dijo que no lo hiciera—. Escúchame bien —le escucho—, ahora soy tu dueño y tú eres mi esclavo. Me perteneces. Eres mi perro. Y, como tal, harás todo lo que te ordene.

Asiento con la cabeza.

—Levántate.

Me levanto.

—Abre los ojos y no me mires. Ni se te ocurra mirarme a la cara. Mira al suelo. No quiero que me mires.

Abro los ojos. No le miro, miro el suelo.

—Bebe. —Me da una taza. La cojo y bebo—. Bébetelo todo.

Es difícil hacerlo sin dejar de mirar al suelo y parte del líquido se derrama por los lados de la taza. Noto cómo parte del líquido cae por la comisura de mis labios.

—Vete a la ducha y ponte esto.

Me da ropa limpia, la cojo.

—Frótate bien, Nabal. Hueles como un cerdo y tienes que estar presentable. Hoy es tu gran noche.

Voy al baño mirando al suelo. Tanteo cómo llegar. Salgo del salón hasta el pasillo que da a las habitaciones y el baño. Entro en el baño y me desvisto. Abro el grifo de la ducha. Me meto en ella y me enjabono. Me froto bien. Siento cómo el agua fría cae por mi espalda. Me limpio a conciencia. Veo el agua marrón recorrer mis piernas y perderse por el desagüe. Cierro el grifo de la ducha y salgo. Me seco. Me pongo la ropa limpia sin dejar de mirar el suelo.

Voy donde está él.

—Vamos a dar un paseo.

Lo sigo. Voy detrás de él mirando el suelo. Atravesamos el pasillo de entrada, cruzamos el descansillo, bajamos las escaleras y salimos del edificio. Es de noche, el suelo está mojado.

—Monta en el coche. En los asientos traseros.

Me monto en la parte de atrás del coche. Es mi coche, lo reconozco. Miro al suelo, veo mis pies y las alfombrillas. Él se sienta delante, en el asiento del conductor. Hay alguien en el asiento del copiloto. Es una chica, lleva un vestido. El coche ruge cuando pisa el acelerador y nos empezamos a mover. Primero veo las luces y las sombras producidas por las farolas del pueblo reflejarse en mis pies. Después se transforman en las sombras de los árboles bajo la luz de la luna. El coche se zarandea, dejamos la carretera por un camino de arena. Y se para. El conductor sale del vehículo. Abre mi puerta.

—Sal del coche.

Salgo del coche.

—Mírame a los ojos.

Le miro a los ojos.

—Mientras te estés quemando vivo dentro del coche, quiero que sepas que he sido yo el que te ha hecho todo esto. Y que tu mujer pasará el resto de su vida conmigo mientras tú ardes en el infierno.

Le sigo mirando a los ojos, no veo nada más que esos ojos infectos clavados en mí, y quiero hundírselos en las cuencas con mis dedos. Siento cómo mis dientes se aprietan con fuerza. Pero no lo hago.

—Móntate en el coche. En el asiento del conductor.

Le sigo mirando a los ojos.

—He dicho que te montes en el coche.

Me grita, pero le sigo mirando a los ojos. Me duelen los dientes de lo fuerte que estoy apretando las mandíbulas, pero no puedo hacer otra cosa, siento que en parte estoy privado de mi voluntad. Me golpea brutalmente en la boca del estómago. Caigo al suelo. Me da una patada y mi espalda se resiente contra los bajos del coche.

—Levanta y móntate en el coche.

Me levanta con una fuerza sobrehumana y me tira en el asiento del conductor. No me resisto.

—Terminemos con esto ya. Pisa el embrague.

Piso el embrague.

—Quita el freno de mano.

Lo quito.

—Mete primera.

Obedezco. Y él cierra la puerta.

—Acelera hasta que te estrelles contra el muro.

Piso el acelerador hasta el fondo. El coche chirría sobre la tierra y sale disparado, no dejo de acelerar. Veo el muro. El coche empieza a dar pequeños botes. Veo el muro y no dejo de acelerar. El muro se acerca inexorablemente, y acelero más, hasta estrellarnos.

—¡Ahora arde en el infierno!

Escucho su voz gritándome en la oscuridad y se ríe. Cierro los ojos.

Me despierto, respiro con dificultad. Y estoy mojado, huele a gasolina. Parpadeo y enfoco entre la neblina. Mi cabeza está encima del volante, estoy sangrando. Le veo rociar con una garrafa a la persona que está en el asiento del copiloto. Hay una mujer, no la conozco. Su vestido me suena, Nuria tiene uno igual. Nuria…

Me ahogo y toso. Respiro con fuerza y me atraganto con el humo. Me

arde el brazo. Me despierto. El coche está ardiendo. Veo a la mujer que está a mi lado arder, envuelta en llamas. La escucho gemir ligeramente, está viva. No puedo ni tocarla, el fuego la cubre completamente. Y entonces me doy cuenta de que yo también estoy envuelto en llamas. Estoy ardiendo. Tomo total conciencia de mi cuerpo y la adrenalina fluye por mis venas. Recobro la voluntad perdida. Intento abrir la puerta del coche, pero está bloqueada. Me quemo. La piel me arde. Rompo con el codo la ventana y salgo del coche. Caigo al suelo, exhausto. Me quito la ropa en llamas, la piel me abrasa. Y me alejo del coche varios metros antes de caer…

34

LIS / NED

Viernes. 06:02. Sempiterno

Lis se despertó de golpe, sudando. Había tenido un mal sueño. Uno envuelto en humo, en mitad de un lugar inhóspito, aunque reconocible. Distorsionado, pero familiar. Estaba en medio de una estancia cóncava, poblada por decenas de imágenes dantescas. Siluetas estiradas, rostros familiares que la hablaban sin mover los labios. Le exigían respuestas que no tenía a preguntas inconexas. Salía por una de las puertas y corría por escaleras infinitas que serpenteaban sobre un vacío oscuro que unían distintas habitaciones. Cada puerta daba a una escalera y esta, a su vez, a otra estancia con otra puerta, en una pesadilla cíclica en expansión. Cuanto más corría buscando la salida, más siluetas estiradas, más preguntas sin respuestas y más le apretaba le angustia. Mientras seguía corriendo las escaleras se estiraron de sus extremos bajo sus pies hasta juntarse sobre su cabeza. Cada peldaño se moldeó formando círculos concéntricos hasta el infinito. El suelo se reblandeció, pastoso. Ella seguía corriendo, pero ahora más despacio. Pesada, le costaba avanzar. Corría sobre fango. Las paredes se estrechaban, se cerraban sobre ella. Ya no corría, se arrastraba. Sentía la humedad y el frío dentro del agujero en la tierra. Rodeada de oscuridad, podía intuir algo al final del túnel que se había formado a su alrededor. Oprimiéndola cada vez más. Siguió arrastrándose hasta que ya no pudo avanzar. El agujero se cerraba sobre ella, sentía cómo su cuerpo se estiraba intentado seguir hacia adelante mientras le faltaba el aire. Ya no intentaba escapar, no podía. Solo observaba. Veía una silueta moverse al final del agujero, y cómo se iba definiendo entre la oscuridad. Era el cuerpo de un hombre. Un hombre que la miraba fijamente a los ojos, y ella no podía apartar los suyos de aquella mirada vacía que la atravesaba. Y tampoco podía moverse, estaba atrapada en los anillos de aquel agujero que se había ido cerrando con ella dentro.

Lis estaba sentada sobre la cama. Entendía perfectamente lo que acaba de soñar, cada señal era evidente en su mente. Las preguntas sin

respuesta que zumbaban por su cabeza sobre toda aquella historia y el agujero que daba al sótano con aquella silueta mirándola. «¿Sería un hombre?», se preguntaba. Seguía siendo de noche, sin rastro de los primeros brotes de luz por el horizonte. Ya no llovía, pero las nubes seguían amenazando en el firmamento. Se levantó y fue a la cocina. Se sirvió un vaso de agua mientras observaba la casa entre penumbras. Bebió y respiró hondo. Después del mal trago que resulta despertarse de una brutal pesadilla como la que acababa de tener, lo primero que le vino a la mente fue el último beso de Diego mientras le acariciaba la cara bajo la lluvia la noche anterior. Una leve sonrisa se le dibujó en la cara al recordarlo. Lis dejó el vaso en el fregadero y se volvió a la cama.

El desasosiego la atormentaba. Cambiaba de postura una y otra vez, pero en todas y cada una de las nuevas posturas se sentía incómoda. Al final, optó por levantarse definitivamente. «Anoche tenía que haber bebido más», se dijo, resignada a no poder conciliar el sueño. Cogió su móvil, quitó el modo noche y en su pantalla aparecieron varias llamadas perdidas y varios mensajes de Diego. Eran las 06:54 de la mañana.

Diego Sempiterno

Lis, llámame cuando puedas. 06:39

Zabala me ha escrito y me ha dicho que Abel y Nuria han tenido un accidente. 06:50

Te paso la ubicación aproximada. 06:51

M-607, 28490, Becerril de la Sierra, Madrid.

https://maps.app…

Lis y Ned salieron a toda prisa de la casa y se montaron en el coche. Una espesa niebla les envolvía. Casi moldeable.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ned, que todavía tenía restos de baba en la mejilla.

—No estoy segura. ¡Corre! —le gritó. Lis colocó su móvil en un hueco del salpicadero para que Ned pudiera seguir las indicaciones del GPS

hasta la ubicación que le había compartido Diego por WhatsApp—. Solo me ha dicho que han tenido un accidente en la M-607.

—Entonces —reflexionó Ned mientras arrancaba el coche—, ¿es cierto que se iban de vacaciones?

—¿Y han esperado hasta hoy para irse desde el martes?

—Nuria estaba mala, lo mismo hasta que no se encontró mejor, no decidieron moverse.

Lis no contestó. Ned tenía su parte de razón, ahora mismo tenían más indicios de que no había nada extraño tras la historia de Abel y Nuria que de que sí. En principio cuadraba, pero aún así, estaba envuelto en un manto misterioso y todo seguía resonando extraño en la cabeza de la reportera.

El Fiat 500 cruzó a toda velocidad la urbanización hasta salir a la comarcal M-607. Antes de llegar a la localización compartida por Diego ya veían las luces azules y naranjas resplandecer al fondo de la carretera. La niebla parecía extenderse hasta el infinito. El SUMMA ya se había ido, solo quedaban los bomberos, un coche de la Guardia Civil y otro de la Policía municipal.

—Intenta alejarte un poco y haz alguna foto buena —le dijo Lis a Ned, quien asintió con la cabeza mientras aparcaba en el arcén y encendía los cuatro intermitentes del coche.

Ambos se bajaron del vehículo y se acercaron al lugar del accidente. El coche se había estrellado contra el muro de piedra que separa las fincas y terrenos en los aledaños de la carretera, estaba completamente calcinado. Tan solo quedaba la estructura ennegrecida sobre una mancha nada prometedora en la tierra. Lis se fue acercando al lugar del accidente despacio, intranquila. Sentía que de alguna manera les había fallado. Ella era una de las pocas personas que sabía que algo no iba bien, y ahora Nuria y Abel estaban dentro de aquel coche calcinado. Y se sintió culpable. Quizás por pereza, por miedo, por dejadez… Si hubiera actuado antes, si se lo hubiera tomado más en serio, lo mismo esto no habría pasado.

Uno de los policías locales se acercó a ella nada más verla.

—Señorita, no puede estar aquí —le dijo.

—Soy periodista del Diario 33 Digital de Madrid —le respondió mientras sacaba de su bolso el carné de prensa para enseñárselo.

—Lo siento, pero no puede estar aquí.

El policía la miró inquisitivamente de nuevo mientras se acercaba con las manos sobre el cinturón, como si de un vaquero se tratase, dispuesto a hacerla retroceder. A Lis le resultó especialmente familiar aquella pose, ese cuerpo esculpido en mármol tras horas y horas de duro trabajo en el gimnasio. Ese maxilar prominente. Como si fuera alguien perdido en una época y un lugar diferentes al que le hubiera gustado pertenecer. Más cercano al prepotente sheriff que masca tabaco y dispara antes de preguntar en el salvaje oeste, que al papel que le había tocado desempeñar en la vida. Marcos Zabala.

—¿Zabala? —preguntó Lis.

El agente puso cara de extrañeza e intentó identificar a la periodista. El aire plomizo distorsionaba los rasgos y se acercó un poco más a ella. La sensualidad de Lis fue lo primero que le vino a la cabeza, pero no la reconocía. Después se centró en sus facciones, en su cara, en aquella mirada verde golpeada por la vida y más de una mala noche.

—Pero bueno, Lis —exclamó—. ¿Cómo estás? —preguntó pensando que estaba igual de buena que cuando tenían veinte años. Incluso más.

Se saludaron en la distancia tras el «aquí no» que pronunció con sutileza Zabala mientras se seguía acercando ella, dando a entender que no era el sitio adecuado para saludarse como lo que eran, dos viejos amigos.

—Bien, estoy bien —mintió Lis. No estaba bien, estaba dolida y afectada—. ¿Y tú qué tal?

—Bueno, aquí andamos. De buena mañana —ironizó—. ¿Qué haces aquí?

—Trabajo para el Diario 33 Digital, me avisaron de un accidente en Sempiterno y me quise acercar por si los conocía. Y para, de paso, cubrir la noticia.

Lis no quería que Zabala supiera que había estado quedando con Diego.

—Pues me alegro —apuntó con una sonrisa, insinuado que era bueno verla de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lis.

—Pues eso, un accidente. Ahora no puedo hablar, ya sabes. Pero vamos, que se salieron de la carretera y se estrellaron contra el muro.

—Hablas en plural —dejó caer Lis, aun sabiendo quiénes eran los involucrados en el accidente.

—Sí, una pareja del pueblo.

—¿Han sobrevivido?

—Él sí, ella no.

—¿Adónde lo han llevado? —preguntó Lis intentando ser profesional, excluyendo los sentimientos encontrados.

—Está grave. Solo puedo decirte eso. Ahora no, Lis.

—¿Se iban de viaje?

—Ya te he dicho que ahora no puedo hablar.

—¿Quedamos luego? —dijo al fin Lis, que sabía que eso era lo que Zabala estaba buscando, una cita.

Y la iba a tener, pero para lo que ella quería: sacarle información.

—Apunta —le dijo Zabala, y le dio su número de teléfono.

Lis apuntó el teléfono y acto seguido le escribió un wasap con un simple «Lis» para que tuviera su número.

—Al menos, dime algo que yo pueda investigar.

—¿Qué quieres?

—¿Quién los encontró?

—Julián, un fontanero de aquí, del pueblo. Los encontró esta mañana, a eso de las seis, cuando iba a trabajar a Colmenar. Si quieres, sobre las cinco lo más seguro es que esté en algún bar de la plaza. Tío feo con bigote, vestido de fontanero. No te será difícil identificarlo.

—Gracias —le sonrió—, luego nos vemos. Hazme un favor y escríbeme si Abel mejora.

Zabala asintió y se dio media vuelta. Y Lis volvió con Ned, que ya estaba dentro del coche esperándola.

—¿Tienes las fotos? —le preguntó.

Ned asintió con la cabeza.

—Vámonos a casa.

Lis bajó la ventanilla lo justo para sentir algo de aire fresco. Los ojos le pesaban, y no era por la resaca. «Ojalá fuera por una buena resaca», pensó. Tenía que llamar a Adolfo para contárselo. Pero no podía irse todavía. Quedaban demasiados interrogantes en toda esa historia. Tenía que seguir investigando y conseguir hablar con Abel. Se lo debía a ellos, se lo debía a ella misma. Y se sorprendió por su compromiso, cualidad de la que se había privado hacía varios años, desde que «si algo te interesa en exceso, huye» entró en la posición número quince de la lista de paradojas de Lis.

35

LIS / NED

Viernes. 08:42. Sempiterno

La niebla era muy frecuente y densa en aquella zona, sobre todo en otoño, cuando el embalse de Santillana, todavía templado por el calor del verano, bufaba al ser embestido por los vientos fríos que bajaban de la Pedriza, empañando con su aliento sosegado todo cuanto había a su alrededor. El espeso manto blanquecido, que a pesar de ir cediendo a medida que el astro rey iba imponiendo su ley, se adentraba hasta los pensamientos de Lis, sentía que había fallado a Abel y a Nuria, sabía que algo extraño estaba ocurriendo y no había podido hacer nada. Y, por tanto, se había fallado también a ella.

—Creo que lo que te estás haciendo es injusto —le dijo Ned al darse cuenta de la situación. La veía resoplar y alicaída. Totalmente diferente a la Lis que había visto hasta entonces.

—¿Por qué lo dices?

—No es culpa tuya, Lis. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre—. ¿Y si realmente se puso enferma y se lo dijo a Satur para que avisara al colegio? ¿Y si Abel cogió vacaciones para cuidarla? ¿Y si decidieron irse el fin de semana con tan la mala suerte que, por la niebla o la lluvia, el coche se le fue y acabaron contra aquel muro…?

—¿Y el símbolo? —le interrumpió Lis.

—Yo qué sé… ¿Simple coincidencia? ¿Unos grafiteros?

Los papeles se habían invertido y Lis resopló acercando su cabeza a la ventanilla. Respirando el aire fresco y húmedo que entraba por el resquicio que siempre le gustaba dejar. Ahora era Ned el que no veía asesinos en serie y Lis la que divagaba sobre un marido maltratador al que algo le había salido mal. Un accidente de coche descartaba a Satur o Fernando. ¿Y si después de la pelea simuló un accidente para acabar

con la vida de su mujer? O, ¿y si alguien manipulo el coche? Algo no cuadraba. Y desde luego aquel símbolo tenía que significar algo. Absorta en sus pensamientos, llegaron a la casa de sus padres de nuevo. Al entrar, un olor a café recién hecho les embriagó.

—No puede ser, ¡Carmen! —gritó Lis.

—Mi niñita —contestó la mujer cálidamente mientras se fundía con Lis en un abrazo de esos que se dan pocas veces. De los que se siente que son de verdad.

—Pero ¿cómo? —preguntó incrédula Lis.

—Tu mamá me dijo que estabas aquí, así que vine a verte. Que sé que no sabes cocinar —sonrió.

Lis hiló los acontecimientos con rapidez. Ella le dijo a Adolfo que se quedaba en la casa del pueblo. Este, a su vez, fue el que seguramente llamó a su madre para contárselo y, por tanto, Carmen estaba haciendo café y tostadas de pan en su casa aquella desapacible mañana de otoño.

—Qué alegría verte —le dijo Lis fundiéndose de nuevo en otro de esos abrazos. De los que son capaces de templar hasta el alma en las noches más frías y oscuras.

Carmen asintió, ligeramente emocionada por volver a ver a Lis.

—¿Cómo está tu madre?, la escuché bien cuando me llamó.

—Bien, ella siempre está bien —mintió Lis. En realidad, no sabía cómo estaba su madre, ¿cómo era posible que no supiera cómo estaba su madre? Y se dio cuenta de que quizás hacía demasiado tiempo que no hablaba con ella.

Carmen llevaba limpiando aquella casa desde que Lis tenía uso de razón. Estaba cerca de los sesenta años, pero conservaba la vitalidad arrolladora de una veinteañera. Ella y su marido, José, el jardinero, seguían cuidando regularmente de la casa a petición de su madre, que, al igual que Lis, hacía años que no la pisaba.

—Carmen, este es Ned.

—¿Cómo? —respondió Carmen sin entender.

—Eduardo —explicó Ned.

Y Carmen le dio dos besos a Ned, de los que salen del corazón.

—Pues ale, a desayunar. Traje pan de hogaza de la panadería del tuerto e hice café. Vamos, a la mesa —insistió con una sonrisa, como si supiera perfectamente que algo no estaba del todo bien.

Era imposible decirle que no a Carmen y ambos se sentaron a la mesa mientras la mujer tostaba algo más de pan en una sartén y cortaba en finas tiras unos enormes tomates.

—Estos tomates son del huerto de mi José. Ya veréis, esto no lo tenéis en la capital. Allí los tomates no saben a nada —afirmaba la mujer.

Lis no se imaginaba un momento mejor para volver a ver a Carmen. Toda bondad, llena de vitalidad y optimismo, quizás era justo el empujón que necesitaba.

—¿Cómo está José? —preguntó Lis a Carmen.

—Igual que siempre. Dándome guerra —contestó Carmen.

—¿Y tus hijos?

—Esos están mejor todavía, ahora que ya se alimentan solos, no quieren saber nada de los padres. Ya sabes cómo es esto. Y tú, mi niñita, ¿cómo andas?

«¿Hace cuánto que no hablo con mi madre?», se preguntó de nuevo Lis sin conocer la respuesta.

Todos aquellos olores transportaron a Lis a un pasado lejano; el olor a café recién hecho en la vieja cafetera italiana, las rebanadas de pan tostado a fuego lento. Era un olor familiar que la embriagaba y a la vez resucitaba. Lis echó un chorrito de aceite de oliva virgen extra de Jaén sobre su rebanada. «No hay otro mejor», decía siempre Carmen. «De la sierra de Cazorla», matizaba acto seguido. Rebozó unos ajos tiernos por la tostada y puso encima unas láminas de los tomates de la huerta de José. Las papilas gustativas de Lis y Ned se humedecieron antes incluso de abrir la boca. Y la explosión de los sabores en su boca recorrió como una centella cada rincón de su paladar.

—¿Mejor? —apuntó Carmen.

—No seré yo quien te diga que no —sonrió Lis.

—Esto está increíble, señora —apuntaló Ned con los carrillos llenos de

pan con tomate.

Y todos rieron. Y especialmente Lis, que sintió una especie de regocijo interior que hacía años que no sentía.

—¿Hasta cuándo estáis por aquí?

—Un par de días más —contestó al fin Lis.

Lis miró a Ned, que entendió perfectamente lo que su compañera quería decir con aquella mirada y, aunque él estaba seguro —en ese momento— de que ya no había nada más que investigar, asintió. No la podía dejar sola.

—Perfecto, pues le diré a mi José que se venga mañana y desayunamos de nuevo todos juntos. Así de paso echa cuenta de los geranios de al lado de la caseta, que no me gusta cómo se están poniendo.

Lis asintió con emoción y charlaron durante un buen rato acerca de sus vidas, de cómo habían cambiado y, por último, del caso que le ocupaba a Lis, el motivo del regreso al pueblo que la vio crecer, pero que se perdió su madurez. La reportera le contó a grandes rasgos el caso que seguían, pero sin entrar en detalles después de la llamada de Diego. —¿Cacereño? —preguntó Carmen con picaresca.

—Sí —confirmó Lis.

—Buen chico, pero eso ya lo sabes tú, ¿eh?

«Bribona», pensó Lis.

Lis le comentó por encima las desapariciones y el repentino accidente de la pareja.

—¿Qué me dices?

—Sí, él está vivo…, pero ella falleció en el accidente.

—¡Ay!, ¡no me digas! Con lo agradable que era la muchacha… Pobre criatura. Y además con un niño que venía en camino…

Carmen se quedó cabizbaja. Sentía el dolor de aquella muerte y la pérdida para aquel hombre que ahora, mientras se debatía entre la vida y la muerte, seguramente no sabía que también había perdido a su mujer y a su hijo. Charlaron durante un buen rato más sobre temas dispares y más agradables hasta que llegó la hora en la que Carmen se

tenía que ir.

—Te acompaño hasta la puerta —le dijo Lis.

Y las dos salieron de la casa. Agarradas del brazo de Lis recorrieron el caminito empedrado que llegaba hasta la puerta en silencio. Tranquilas. Y Lis se sintió en paz.

—Mi niñita —le dijo Carmen a Lis mientras le acariciaba la cara—, tienes que dormir más, ¿me lo prometes? Tienes mala cara.

—El trabajo me está matando—. Sonrió.

—Lo que te está matando está aquí dentro —afirmó señalándole su corazón—. Te conozco muy bien y sé todo lo que pasa por esa cabecita tuya. Tu padre lo dio todo por ti, y tu madre igual. Quizás no fueran los mejores padres del mundo, pero créeme que hicieron todo por tu bienestar, aunque no supieran demostrártelo. Perdónalos y perdónate por culparlos de todo, ellos solo querían lo mejor.

Lis se quedó callada, las palabras de Carmen eran las palabras que llevaba años necesitando y evitaba decirse a sí misma. La abrazó y derramó sobre su hombro todas las lágrimas atrapadas hasta entonces por el dique del orgullo.

36

LIS / NED

Viernes. 10:29. Sempiterno

Después de que Carmen se marchara, Lis sentía un ligero alivio interior. Incluso pensó en llamar a su madre, pero no era el momento, tenía demasiadas cosas que hacer. Hizo varias llamadas; a la DGT, a su contacto en el SUMMA y a Zabala, para terminar de concretar algunos detalles del accidente. Y obtuvo una información realmente valiosa: Abel estaba siendo atendido en la UCI del Hospital Universitario La Paz. Ya sabía dónde encontrarlo.

Tras finalizar la ronda telefónica, Lis preparó su noticia.

UN MUERTO Y UN HERIDO GRAVE EN UN ACCIDENTE DE TRÁFICO EN SEMPITERNO

Por: Lis Vázquez

25/10/2019. Sempiterno. M-607. MADRID

Una persona ha muerto y otra ha resultado herida grave este viernes a consecuencia de un accidente de tráfico en Sempiterno (M-607, kilómetro 42), según ha informado un portavoz de Emergencias del 112 de la Comunidad de Madrid.

Sobre las 06:00 horas, el 112 ha recibido la primera llamada y la ha derivado al SUMMA y a los Bomberos de la Comunidad de Madrid. Una persona ha muerto en la madrugada de hoy, viernes, al salirse de la vía el vehículo en el que viajaban y estrellarse frontalmente contra el muro de piedra que delimita la finca Nuevas Vistas en la M-607,

según han informado fuentes de Emergencias 112 Comunidad de Madrid. La copiloto, embarazada, ha fallecido a consecuencia del impacto y las quemaduras y ha sido sacada por los Bomberos al encontrarse atrapada dentro del vehículo, en el término municipal de Sempiterno.

El conductor, marido de la fallecida, ha sido encontrado fuera del coche, inconsciente en el suelo, presentando un traumatismo costal, varias contusiones y quemaduras, y ha sido trasladado por el SUMMA al Hospital Universitario La Paz en estado grave.

Otras informaciones a las que ha tenido acceso Diario 33 apuntan a que el vehículo realizó una maniobra fuera de lo normal.

El incidente se produjo en una vía con un carril por cada sentido. La Guardia Civil se encargará de esclarecer las causas del suceso.

Estaba algo disgustada, lo que en un principio parecía tener fundamentos sólidos para ser un buen reportaje de investigación, había sido relegado a una escueta noticia en la sección de sucesos. «Al menos de momento», pensó. Lis adjuntó las fotografías que le había pasado Ned y repasó una vez más la noticia antes de mandársela a Adolfo. Le dio al botón «enviar» y lo llamó.

—¿Novedades? —preguntó Adolfo al otro lado del teléfono.

—Novedades —suspiró—, sí. Mira la bandeja de entrada.

Adolfo leyó el email y se tomó su tiempo para asimilar la noticia.

—¿Fin de la historia? —preguntó el redactor jefe.

—No sé qué decirte, la verdad.

—¿Tú qué sientes?

—Que hay algo más.

—Pues a por ello —la animó Adolfo—. No lo dudes, ve a por ello —insistió.

—¿Y si después de todo esto luego no hay nada más que una mujer indispuesta que se lo comenta a un compañero de trabajo? ¿Y si Abel se cogió vacaciones para cuidarla y luego decidieron hacer una escapada juntos de fin de semana? ¿Y si se salieron únicamente por la

carretera mojada y la poca visibilidad por culpa de la niebla? ¿Y si todo esto se reduce únicamente a eso?

Los «y si…» se le acumulaban por momentos a Lis.

—Al menos, no te quedarás con la sensación de no haberlo intentado.

Lis se quedó callada.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó Adolfo.

—Quiero mover un poco el caso anterior, el del agente de seguros desaparecido, Vicente. Y también quiero entrevistar a Fernando, el profesor de Ciencias Naturales compañero de Nuria, que al parecer es un tanto peculiar. Me quedaré el fin de semana por aquí. Por el coche de alquiler no os preocupéis, yo os abono la diferencia por los días de más.

—Bueno, por eso no te preocupes. Si sacas un buen reportaje de todo esto no tendremos que preocuparnos por nada.

Ambos sonrieron.

—Está bien —agradeció Lis.

—Seguro que lo harás bien. Rebusca donde nadie buscaría, porque ahí encontrarás la verdad. Y recuerda: haz que pase. Tienes el tesoro —en referencia al extraño símbolo pintado con tiza—, y es de los buenos. Tiene gancho. Ahora solo te queda descifrarlo.

—Ya —respondió con pesar—. ¿Cuándo vais a publicar la noticia?

—En el mundo en el que vivimos, en digital, ya sabes que si tardas más de cinco minutos en subir una noticia, vas tarde —sentenció Adolfo antes de colgar.

Lis se quedó sentada frente a su portátil en el escritorio de su padre. Cuántas veces le habría visto sentado en esa misma silla, reclinado sobre ese mismo escritorio, escribiendo sin parar. Ya fueran vacaciones o un simple fin de semana. Y ahora ella, años después, estaba haciendo lo mismo. Resistiéndose a pensar que todo aquello se pudiera resumir con los simples azares del destino, inspiró hondo y espiró despacio. El viento fresco de la mañana se colaba por la ventana y tenía la cabeza en su sitio. Sin resaca. Y organizó sus ideas.

Según ella, había tres posibilidades con diferentes variantes, y todas

ellas cuadraban en varios puntos, pero ninguna en todos. La primera es que Abel fuera un maltratador, alguien celoso de la belleza de su mujer, y se le fuera la mano con ella el lunes y el martes por la noche. Coincide con la descripción de los acontecimientos por parte de los vecinos del piso superior. Quizás decidió compensarla con un fin de semana, pero se estrelló justo en un lugar de la curva en el kilómetro 42 sin guardarraíl, se salieron, colisionaron y el vehículo se incendió. O quizás lo hizo adrede para librarse de ella. Él sobrevivió. Ella murió. Para Lis, era la opción que más peso tenía, aunque en ese puzle seguían faltando las piezas del símbolo sobre el marco de la puerta, o la de que Nuria le dijera a Satur, el lunes por la tarde, que no se encontraba bien.

La segunda opción era Fernando, amante en secreto de Nuria, según la primera vecina, Sophie. Alguien que la acosaba desde la distancia, según Mónica, la amiga de Nuria. Un tipo solitario, peculiar y extraño. «¿Qué podría llevar a un amante a realizar algo de tal magnitud?», se preguntaba Lis. Pero se le acumulaban las respuestas: que ella le rechazara y por despecho urdiera aquel maléfico plan, que quisiera deshacerse de Abel para quedarse con Nuria y le saliera mal, o incluso que ella quisiera abandonar a Abel por Fernando, con lo que volveríamos a la primera posibilidad.

Y la última era Satur. Aquel solitario individuo, de grandes medidas y aspecto descuidado, que supuestamente cogía ropa interior de los cajones de Nuria y que tampoco decía mucho más de él salvo que era un pervertido, si bien un pervertido también podría llevar a cabo atrocidades de aquel calibre.

Tanto Fernando como Satur podrían haber manipulado los frenos del coche o incluso haber forzado con su propio coche que el vehículo en el que iban Abel y Nuria se saliera de la vía en aquel tramo de cartera sin guardarraíl para que se chocaran contra el muro. Pero todo aquello eran solamente conjeturas, sin nada fiable a lo que agarrarse. Y siempre quedaba por ahí perdida la pieza de aquel símbolo. Esa cruz pintada con tiza sobre el marco de la puerta, con cuatro cruces más pequeñas, una en cada hueco que dejaba libre la primera de mayor tamaño.

37

LIS

Primavera, quince años antes. Sempiterno

Aquel fin de semana la ya de por sí maltrecha relación con su padre, del que la joven aspirante a reportera se había ido distanciando progresivamente, tocó fondo. Lis no entendía cómo su padre, lejos de estar satisfecho porque su hija hubiese encontrado a alguien que la hacía feliz, se dedicaba tenazmente a desmontar su relación con Diego. Todo aquel bombardeo constante al final consiguió influir en la decisión final de Lis.

Tras varias llamadas de su padre que no respondió, Lis le mandó un mensaje de texto en el que le explicó las razones de lo que había hecho, que ella lo que quería era estar con Diego y que no le interesaba lo más mínimo el tal Felipe. También le dijo que al día siguiente, cuando estuviera más tranquilo, lo llamaría. Ella sabía que ese viernes no haría ninguna tontería, tenía la fiesta de cumpleaños de su amigo, pero el sábado sería otra cosa, y estaba convencida de que era capaz de presentarse en la casa de Sempiterno.

También escribió a su madre para darle las gracias por haberla ayudado y le pidió perdón por todas las regañinas que seguro estaría aguantando de su padre. Lola siempre supo llevar mucho mejor que ella el temperamento, las formas y el totalitarismo de Enrique. ¿El motivo de por qué aguantaba todo aquello? Solo ella lo sabía, y aunque su hija nunca se atrevió a preguntarle, tenía la sensación de que la respuesta no le iba a gustar.

Tras las rosas, las caricias, los besos y hacer el amor varias veces por toda la casa, Lis y Diego se vistieron y fueron a la barbacoa que habían organizado los hermanos Martínez. Comieron panceta, lomo y chorizo hasta que no pudieron más. Y mientras los demás se pasaban de los vinos con limón a las ginebras con tónica, la joven Lis, que por aquel entonces solo bebía agua, o como mucho algún refresco azucarado, comenzaba a sentirse incómoda. Ella estaba allí porque

Diego quería estar, aunque hubiera preferido quedarse con él viendo una película en el sofá o cualquier otra cosa lejos de aquel ambiente. «Pero en una relación hay que ceder, o eso dicen», se consolaba a sí misma.

Cerca de la medianoche se fueron a las fiestas del pueblo. En la plaza del Ayuntamiento se montaba siempre un pequeño escenario enfrente de la fachada principal de la alcaldía, con varias barras a ambos lados. Estaba a rebosar de gente. Ellos, que no tenían dinero para pagar las copas en las barras que los propios locales del pueblo habían montado para las fiestas, hacían botellón en una de las esquinas de la plaza. Estaba toda la pandilla, Diego, Zabala, los hermanos Martínez, Inés, Silvia y Lis. Ella empezó en ese grupo por Silvia, que vivía cerca de la casa de sus padres. Primero se hicieron amigos los padres, y después ellas. Un paseo en bici, un venid a nuestra casa, un venid ahora vosotros a la nuestra, y, al final, amigas desde los diez años. Íntimas desde hacía un par. Aunque últimamente se habían distanciado. Lis sentía que sus vidas habían cambiado, ya no eran aquellas niñas sin preocupaciones y con los mismos intereses, como los paseos en bici, las muñecas o el helado de vainilla. Ahora los porros y la revolución del proletariado eran los de Silvia. Y a Lis, que con veinte años no sabía muy bien qué le iba, todo aquello le resultaba lejos de sus objetivos, que se reducían a estudiar si quería conseguir algo en la vida.

Aquella noche, después de varios porros y alguna copa de más, Silvia le pidió que la acompañara a dar un paseo porque no se encontraba bien. A Lis no le hacía mucha gracia porque Diego ya había bebido de más y seguro que Inés aprovecharía que ella se había ido para ir detrás de él. No es que desconfiara del cacereño, en absoluto. Pero le molestaba. Aun así, Lis se despidió de Diego y se fue a dar un paseo con Silvia.

Caminaron cruzando el pueblo desierto hasta el parque que había un par de calles más arriba y se sentaron en los bancos de piedra donde la zona de tierra para los niños. No bastaba con todo lo que tenía encima, que ahora además tenía que aguantar la fumada mezclada con borrachera de Silvia, quien además le empezó a hablar raro, como si estuviera intentado decirle algo entre líneas. Y Lis no era muy buena en eso de interpretar los espacios en blanco entre líneas, porque ella solo veía eso: un espacio en blanco. Como la comunicación no estaba siendo muy fluida, Silvia se le acercó. Pero Lis no iba a entender mejor aquella retahíla filosófica que le estaban soltando porque la oradora estuviera más cerca. Y su amiga se siguió acercando mientras seguía con su monólogo acerca de ellas y de cómo Lis siempre estaba ahí.

«Para eso están las amigas, ¿no?». Silvia terminó por acercarse tanto que le hizo sentir incómoda, olía a cenicero mojado y no entendía toda aquella verborrea, hasta que al fin, Silvia, le dijo que la quería y la besó.

Fue un beso pequeño, fugaz, casi ni lo sintió, pero no supo reaccionar y se quedó inmóvil sin saber qué hacer o decir. Silvia se sorprendió, se esperaba que su amiga se lo hubiera devuelto. Pero a Lis no le gustaba Silvia, de hecho, no le gustaban las chicas en general. Silvia empezó a intentar convencerla, a decirle que se dejara llevar y que ella tenía lo que Lis buscaba. La joven aspirante a reportera escuchaba atónita todo lo que su amiga le decía. Ante la incredulidad de Lis, su amiga optó por manipular y atacar. Saltó con que Diego no la merecía, que le había visto tonteando con Inés en más de una ocasión cuando ella no estaba… Y entonces Silvia se abrazó para consolarla, pero Lis no tenía ni pena ni necesidad de consuelo, lo que quería era irse a casa. Todo aquello la estaba asqueando. Y entonces Silvia la volvió a besar. De nuevo Lis se sintió en shock, no pudo reaccionar y se quedó quieta, sin hacer nada, con sus labios pegados a los de ella sin saber qué hacer. Silvia movía sus labios y jugaba con la lengua, forzando un beso que le devolviera el beso que Lis no quería dar.

Entonces pasó lo que muy probablemente tenía que pasar, y más en un pueblo, donde hay ojos curiosos en cada ventana, en cada esquina: que las vieron. Y de todas las personas de aquel condenado pueblo, tenía que ser él. No podía ser otro más que él, pasando por aquel parque rumbo a su casa porque se había quedado sin petardos. Él y su secuaz. Los dos sorbe mocos más despreciables que Lis había conocido en su vida: Mariano y Pablo. Primero escuchó sus gritos, comentado la hazaña de aquel gato que habían asustado con los petardos, mientras los labios de Silvia seguían adosados a los suyos. Después vinieron las risas. Cuando por fin Silvia se separó de ella, los vio. Señalándolas con el dedo índice acusador y riéndose, como dos niñatos. Solo ellos dos podían expandir aquel suceso como la pólvora. Y de un beso no correspondido salieron las más de mil y una asquerosas historias.

Silvia se fue a su casa, despechada por aquella confesión que había hecho y aquel beso no correspondido. Ni le dirigió la palabra cuando se dio la vuelta para marcharse y dejarla allí, sola, en aquel dichoso parque, con las risas de Mariano y Pablo todavía resonando por su cabeza, que después de insultarlas habían salido corriendo. Lis se quedó reflexionando sobre todo lo acontecido durante ese viernes maldito. Su padre, aquel pueblo, Silvia… Cuando recobró un poco el ánimo se fue a buscar a Diego, quería irse a casa con él, lo necesitaba más que nunca, y enterrarse entre sus brazos sobre la cama. Cuando

llegó a la plaza, Diego estaba hablando con Inés. Lis no vio nada extraño de lo que poder sospechar, pero después de todo lo que había sucedido ese fin de semana, su mente y su cuerpo no lo pudieron soportar. Cogió el coche y se fue a su casa sin decirle nada.

Diego la llamó decenas de veces y le mandó multitud de mensajes que ella no contestó. Lo culpaba de todo, y quizás no tenía la culpa de nada. Pero, aun así, ella lo culpó. Tenía claro que no quería saber nada ni de él ni de Silvia ni de ese maldito pueblo.

38

LIS / NED

Viernes. 11:29. Sempiterno

Lis miró la hora en su teléfono móvil, eran más de las once. Se le había pasado el tiempo volando. Estaba recostada sobre la cama de sus padres, con la mirada perdida, recreando en su cabeza todos aquellos recuerdos que creía enterrados y olvidados. Y ahora, casi quince años después, volvían del pasado para amedrentarla. «No tengo tiempo para esto», se dijo, y acto seguido se puso en marcha.

Ned estaba conectado a su mundo virtual cuando Lis entró en la habitación, matando unos cuantos monstruos para conseguir algún que otro objeto magistral con el que mejorar el equipo de su bárbaro.

—¿Tú nunca te cansas de hacer el tonto con los muñequitos esos? —preguntó Lis.

—¿Y tú nunca te cansas de molestar a los demás? —replicó Ned.

—Mmm…, déjame que piense. No —respondió Lis negando con la cabeza—. Vámonos, que tenemos muchas cosas que hacer. —Estaba decidida a encontrar la pieza que faltaba en alguno de los diferentes puzles que tenía en su cabeza y resolverlo.

Ambos salieron de la urbanización y accedieron a la carretera M-607, que llevaba al centro del pueblo. Su primera parada era el colegio, Lis quería hablar con Fernando.

La niebla ya se había disipado por completo, dejando libre de aquella blanca opacidad el ambiente. Ahora el cielo se veía triste y gris, repleto de enormes nubes negras que amenazaban con sacudir de nuevo la zona, igual que la noche anterior.

La mujer tras el mostrador de la secretaría del Colegio de Educación Infantil y Primaria de Sempiterno suspiró de nuevo nada más verlos aparecer por la puerta.

—Buenos días —saludó Lis.

—¿Qué os trae de nuevo por aquí? —preguntó la mujer ligeramente ofuscada, mirándolos por encima de sus gafas de pasta con cadena al cuello.

—¿Podías avisar a Fernando, el profesor de Ciencias Naturales de primaria? Nos gustaría hablar con él.

—Un segundo —pidió mientras comprobaba el cuadrante de los profesores.

—Creo que está libre —resolvió Lis con una sonrisa, recordando que ya le dijo el día anterior que Fernando estaría libre de doce a una esa mañana.

La mujer tras el mostrador miró a Lis y volvió la mirada a la pantalla del ordenador sin contestar para comprobarlo.

—Le llamo. Esperen ahí enfrente.

—Gracias —contestó Lis amablemente, sabiendo que cuanto más educada fuese con el martín pescador, incomprensiblemente, más se molestaba.

Lis se quedó petrificada al ver llegar a Fernando. Su mirada profunda y oscura, su forma de andar, su cuerpo fuerte, de espaldas anchas, el pelo alborotado y la barba desaliñada. Lo reconocía. Era el hombre destartalado y descuidado con pinta de vagabundo que la había estado observando el primer día desde el fondo del bar La Manduca, y el mismo que ayer la miraba mientras Ned y ella comían en el bar El Olvido con esa mirada hundida en su cara de facciones exageradas y cuadrangulares.

—Buenos días —dijo con una voz profunda y seca—. ¿Puedo ayudarles en algo? —les preguntó a la vez que les tendía la mano para saludarlos. Tenía la piel dura, áspera. Apretaba con fuerza. Y ese olor, pensó Lis. «Huele a naftalina», reconoció enseguida.

—Creo que sí —afirmó Lis—. Necesitamos hacerle unas preguntas. ¿Podemos ir a algún sitio más… tranquilo? —preguntó.

Fernando asintió y se fueron hasta una pequeña sala al lado del claustro de profesores. Fernando tomó asiento y Lis y Ned se sentaron enfrente de él ante una mesa redonda de madera y color verde.

—Esta mañana ha fallecido en un accidente de coche una compañera suya, Nuria García. ¿La conocía? —empezó Lis directamente. Sin tapujos, sin dilación.

Lis observó sus movimientos, su mirada, su reacción, buscando desesperadamente algo que le pudiera dar una pista. Necesitaba algo a lo que agarrarse antes de que toda aquella historia se desvaneciera igual que como vino. Sin más.

—Sí, claro —confirmó Fernando—. Como dice, era una compañera de trabajo. —La frialdad de los gestos y de la respuesta impactó a Lis. Dijo «era», pensó la reportera—. Dudo que haya alguien de por aquí a estas horas que no lo sepa —resolvió Fernando.

—¿Cuál era su relación?

—Profesional —respondió Fernando con sequedad.

—¿Qué nos puede contar de ella?

—No mucho. Nos saludamos cordialmente por los pasillos e intercambiamos alguna que otra conversación banal en los descansos. Somos de diferentes ciclos, por lo que nunca hemos trabajado juntos —explicó Fernando.

—Ah, entonces debe ser que me informaron mal —dejó caer Lis. La reacción de Fernando no fue la esperada por Lis, ni siquiera se inmutó —. Ayer nos comentaron que estaban muy… —continuó Lis haciendo una leve pausa adrede—… unidos.

—Pues deberían de informarla mejor.

—¿A qué se refiere?

—¿A qué se refiere usted con… «muy unidos»? —repuso ahora Fernando haciendo una pausa.

Lis reflexionó un segundo. La forma en que Sophie le soltó aquel cotilleo de pueblo sobre la posible relación entre Fernando y Nuria le sonó a eso, a un simple bulo. No debía alimentarlo sin fundamento alguno, pero sí podía forzar un poco para ver por dónde salía Fernando.

—A que se conocían mejor de lo que afirma. Más íntimamente —señaló Lis.

—Pues a eso me refería, deberían informarla mejor.

—¿No eran íntimos?

—No —contestó Fernando tajante.

—Nos hemos visto antes, ¿verdad? —cambió de tercio Lis.

El profesor asintió.

—¿Qué hacía usted el miércoles por la noche en La Manduca?

—Cenar.

—¿Y ayer a eso de las dos en el bar El Olvido?

—Comer.

—¿Mientras no dejaba de mirarme? —preguntó Lis empezando a perder los nervios mientras Ned sentía que estaba asistiendo a un partido de tenis.

—¿Todo esto es relevante?

—Sí.

—¿Dónde quiere ir a parar? —inquirió Fernando.

—A que nos está mintiendo. Conocía a Nuria mejor de lo que no está intentado hacer creer. Le gustaba, ¿verdad? —soltó Lis.

—Le recuerdo que yo no tengo por qué contestar a sus preguntas y, además, ya me ha quitado demasiado tiempo.

Lis había perdido los nervios definitivamente. Lo sabía, y al hacerlo, había perdido cualquier opción de sacarle algo a Fernando.

—Ahora —continuó Fernando—, si me disculpan…

Lis, furiosa, le seguía con la mirada mientras este salía de la sala. Estaba cabreada consigo misma, no había conseguido sacar nada en claro del profesor de ciencias. Y tal y como había transcurrido la conversación, lo más seguro es que tampoco pudiera sacarle nada en el futuro. Había cerrado aquella puerta, y lo sabía. El sonido de la puerta al cerrarse a su espalda le dio una estocada sutil en el costado. Lis sentía que había vuelto a fallar.

—No has estado muy hábil —dijo Ned.

—No necesito que ningún perdedor me diga cómo he actuado, gracias.

Lis respiró hondo y trato de serenarse.

—¿Qué crees? —le preguntó a Ned intentado suavizar la conversación.

—Encaja a la perfección con los rasgos básicos de un asesino en serie organizado. Un profesor de ciencias, culto y con un alto coeficiente intelectual. Además es fuerte y…

—No empieces con eso —le interrumpió Lis—. Por favor —le pidió con amabilidad, sabiendo que el hecho de que Ned empezara con sus conjeturas y preocupaciones era fruto de la falta de los ansiolíticos en su sangre.

—Vale —continuó Ned—, pues creo que tenemos que encontrar un móvil. Que una vecina cotilla nos haya dicho que tenía un lío con la mujer de Abel no es suficiente.

Ned tenía razón. Y Lis lo sabía.

—¿Crees que podríamos averiguar dónde vive? —le preguntó Lis.

Ned vaciló un segundo.

—Hoy en día no es difícil encontrar a la gente, gracias a internet y las redes sociales. Tengo un amigo de un amigo que, ya sabes, lo mismo por un módico… —apuntó Ned, dejando la frase sin terminar.

—Dale —confirmó Lis.

Ned sacó su móvil y escribió al supuesto amigo de un amigo, «Profesor X» en su lista de contactos. Lis miró de reojo la pantalla del móvil de Ned e iba leyendo lo que ponía. Lo llamó por su nombre y le dijo que si podía conseguir el nombre completo y la dirección del profesor de Ciencias Naturales de primaria del colegio de Sempiterno. «Solo tenemos su nombre, Fernando», apuntó. «Menos mal que solo era el amigo de un amigo», pensó Lis, pero prefirió no decirle nada a Ned. Al fin y al cabo, ella también protegía sus fuentes.

—¿No era el amigo de un amigo? —preguntó Lis, cambiando de opinión segundos después de su reflexión mientras sonreía.

—¿Qué haces? ¿Acaso husmeo yo acerca de tus fuentes? —le reprochó Ned.

Cuando salieron del colegio las primeras gotas de lluvia comenzaban a empapar el suelo. Lis estiró el cuello de su jersey para intentar abrigarse y corrieron hasta el coche.

—Además Mónica sentía que la seguía —reflexionó Lis nada más sentarse.

—Te lo acabo de decir, entra dentro de los parámetros de un asesino en serie organizado —recordó Ned—. Esperemos no haberlo alertado con este paso en falso y que no nos arrepintamos de habernos dado a conocer.

—¿Te has fijado en cómo olía? —preguntó Lis omitiendo el comentario de Ned.

—No, ¿cómo?

—A naftalina —afirmó Lis.

—¿Y eso qué más da? —preguntó Ned.

—Es superimportante cómo huele una persona, dice mucho de ella.

—Creo que estás intentado aferrarte a cualquier cosa, Lis —apuntó Ned.

—Las personas que huelen a naftalina son personas reservadas —reflexionó Lis.

—Eso es una tontería. No creo que haya relación alguna entre cómo es una persona y su olor.

—En serio, ¿tú crees? —le preguntó Lis.

—Por supuesto —contestó Ned con aplomo—. Dime, ¿cómo huelo yo?

—A Nenuco.

—¿Y eso qué quiere decir de mí? —preguntó, totalmente convencido de que la respuesta de Lis sería insuficiente y de que así desmantelaría después aquella ridícula teoría sobre el olor y las personas.

—Pues que no tienes relaciones sexuales con mujeres.

39

LIS / NED

Viernes. 12:49. Sempiterno

Llovía con fuerza sobre Sempiterno y las gotas se filtraban por el hueco de la ventanilla que Lis dejaba abierto para sentir el aire en la cara. Estaba totalmente desconcertada, aquella historia se estaba convirtiendo en algo personal y no tenía claro de donde tirar. O al menos hasta que Abel despertara, si es que lo conseguía, y pudiera así contar su versión.

Lis sacó su móvil y miró de nuevo los últimos mensajes de Diego.

Diego Sempiterno

No puedo dormir pensando en nuestro último beso. 00:44

Aunque no lo creas, llevaba soñando con él desde aquel fin de fiestas. 00:45

Buenas noches, Lis. 00:45

Lis, llámame cuando puedas. 06:39

Zabala me ha escrito y me ha dicho que Abel y Nuria han tenido un accidente. 06:50

Te paso la ubicación aproximada. 06:51

M-607, 28490, Becerril de la Sierra, Madrid.

https://maps.app…

Con el shock que le habían producido los últimos mensaje en relación

al accidente no había caído en el resto de la conversación. Lis se abstrajo de todo y recordó el beso. Un beso parece sencillo, pero no lo es. Hay millones de formas de dar un beso y millones de formas de recibirlo. Y entre todas ellas, había que encontrar el equilibrio perfecto entre saliva, pasión, cariño y amor. Ellos tenían esos besos perfectos que Lis no había vuelto a disfrutar desde que dejó a Diego hasta la noche anterior. Lis dudaba sobre si contestarle o no cuando Ned maniobró para aparcar, estaban al lado de la peluquería de la hermana de Vicente. Era un pequeño establecimiento entre una hilera de pequeños comercios que se extendían por los soportales de un antiguo edificio de granito.

—Buenos días —saludó Lis amablemente.

Una peluquera le hacía las mechas a una señora pomposa que leía una revista del corazón, ambas se volvieron y devolvieron el saludo después de recorrerles con la mirada de arriba abajo.

—¿Nos puede dar cita? —se limitó a preguntar Lis.

—Sí, dadme un momento —contestó la peluquera mientras terminaba de untar un mejunje pastoso en las raíces de la señora.

Lis y Ned aguardaron en la entrada, frente al pequeño mostrador con la caja registradora. El establecimiento era realmente pequeño, apenas había sitio para un par de asientos donde cortar el pelo y un lava cabezas. La peluquera terminó de untar el potingue a la clienta y se acercó a ellos.

—¿Para cuándo querían cita?

—¿Es Elena? —preguntó Lis en voz baja.

—Sí —contestó algo contrariada al ver que aquellos dos desconocidos sabían su nombre.

—Soy periodista —dijo en voz baja Lis para no llamar la atención de la clienta—. Estoy investigando la desaparición de su hermano. ¿Podríamos salir fuera y hacerle unas preguntas?

Elena se quedó atónita, que alguien apareciera de nuevo para preocuparse por la desaparición de su hermano después de dos años era lo que menos se esperaba aquella lluviosa mañana de otoño.

—Esperen fuera —les susurró—. Pues les apunto el lunes a las seis —dijo Elena, entendiendo el modus operandi y completamente de

acuerdo en que todo aquello quedara solo entre ellos tres.

Lis y Ned esperaron fuera, guarecidos de la lluvia bajo los soportales del edificio, mientras esperaban a Elena. Ned, vestido con una camiseta negra con el logotipo de Batman, vaqueros y las zapatillas roídas, se frotaba con disimulo los brazos. Había refrescado y no pudo evitar recordar los consejos de su madre. Lis, que seguía estirando su jersey y abrazándose a sí misma, contemplaba cómo comenzaban a formarse charcos sobre el suelo adoquinado.

Elena salió por la puerta.

—¿Qué quieren saber? —dijo mientras se encendía un cigarrillo.

—Nos gustaría saber qué le pasó a su hermano.

—¿Ahora? ¿Después de dos años? En su momento nadie se interesó por su desaparición.

—Creemos que puede tener relación con otro caso que tenemos entre manos.

—¿Otro? —se sorprendió Elena.

—Sí, pero no podemos darle detalles.

—¿Ha desaparecido otra persona?

Lis no contestó y Elena se encogió de hombros mientras echaba el humo con cierto nerviosismo.

—La gente de aquí tiene crucificado a mi hermano, pero es buena persona. Solo tenía un pequeño vicio. —Elena hizo una pausa para aspirar el humo del cigarrillo—. El juego. Y a veces se le iba de las manos.

—Hemos oído que estafó a alguno de sus clientes —apuntó Lis, a la que no le importaban lo más mínimo las excusas de Elena para defender a su hermano.

—No estafó a nadie —reaccionó rápidamente Elena ofendida.

—No tenemos entendido lo mismo.

—Es cierto que se retrasaba con los pagos de algunos clientes a la aseguradora, pero cuando había algún problema Vicente enseguida los regularizaba y la aseguradora respondía.

Lis no quiso entrar a debatir, no estaba allí para eso. A Vicente lo pillaron en los casos en los que por algún problema se requería del seguro, pero… ¿cuántos pagos de todas aquellas personas que no necesitaron nunca el seguro se habrían quedado en el bolsillo del bueno de Vicente?

—Entiendo —asintió Lis—. ¿Sabría decirme con quién tuvo algún problema en concreto? Quizás haya un móvil del que podamos tirar.

—Con el tuerto, el panadero. Una buena pieza —apuntó Elena.

—¿Por qué lo dice?

—Engañaba a su mujer con otra.

—Ya, bueno —se desentendió Lis, los affaire de los vecinos no le interesaban—. ¿Y recuerda usted algo extraño de la semana de su desaparición?

—Me enteré que la agencia llevaba cerrada varios días cuando una clienta me lo comentó —contaba Elena mientras daba la última calada a su cigarrillo—. No es que mi hermano y yo hablemos todos los días… Pero me pareció extraño que no me lo dijera. —Elena hizo una breve pausa mientras apagaba el cigarro contra la suela de su zapatilla y se quedaba con la colilla aún humeante en la mano—. Así que lo llamé, pero no me lo cogió. Después de varios días sin tener noticias, ya me preocupé. Como yo tenía una llave de repuesto me acerqué a su casa y me encontré con una nota que decía que se iba y que no lo buscásemos. —La mujer tembló de nuevo recordándolo.

—¿Guardó la nota?

—Sí.

—¿Podríamos verla? —A Lis se le iluminó la cara.

La mujer dudó. No sabía muy bien qué hacer, al fin y al cabo, eran dos extraños.

—Sí —terminó por aceptar, no tenía nada que perder—, pero la tengo en casa. Si quieren, podemos quedar en algún lugar entre las dos y las cuatro, que es cuando cierro la peluquería para comer, y se la enseño. Preferiría que mi marido no se entere de estas cosas, y yo me quedo más tranquila si esto queda entre nosotros.

—Lo entiendo —dijo Lis—. Seremos cautelosos. Nosotros comeremos

en el bar El Olvido, pásese por ahí cuando quiera.

Elena asintió.

—Una cosa más.

—Rápido —apremió Elena—, mi clienta me espera.

Lis sacó su móvil y le enseñó a Elena la foto que Diego hizo del símbolo que encontró sobre la puerta de Abel y Nuria.

—¿Le suena?

—No.

—¿No lo había visto antes? —insistió Lis.

—No —negó con la cabeza mientras miraba la imagen con atención—. ¿Eso es tiza?

—Sí —confirmó Lis.

—Ahora que lo pienso, recuerdo que me resultó extraño encontrar sobre el marco de la puerta de mi hermano manchas, como si se hubiera borrado algo pintado con yeso… o tiza.

—Gracias, luego nos vemos.

Elena sonrío débilmente y entró en la peluquería con la colilla en la mano, la apagó en el cenicero y se dispuso a continuar con la señora pomposa.

La lluvia arreciaba cada vez con más fuerza y los charcos empezaban a unirse y formar pequeños riachuelos que se iban agolpando a los pies de los bordillos. Lis y Ned se detuvieron a comprar un par de paraguas en una pequeña tienda de ropa y accesorios que había en los mismos soportales donde se encontraba la peluquería de la hermana de Vicente y recorrieron las céntricas calles adoquinadas de Sempiterno hasta que el olor a pan recién hecho los envolvió.

El obrador estaba regentado por David, al que todos llamaban el Tuerto por tener el ojo derecho algo descolgado en comparación con el izquierdo. David Arias era nieto de los fundadores y continuaba con la tradición que empezó su familia en 1928 en ese mismo local. Pan hecho solo con agua, harína y sal, que cocía en el antiguo horno sueco de turbinas. La panadería se dividida en dos partes. En la zona principal estaba la tienda, con un diminuto mostrador delante de

varias estanterías repletas de cestas de mimbre con diferentes panes y hogazas. En la parte posterior se veían los hornos, las amasadoras y los sacos de harina, a través de una enorme puerta de doble hoja abierta que daba a la sala trasera.

—¡Voy! —gritó el Tuerto al verlos aparecer, mientras sacaba unas bandejas de pan recién cocido del horno.

David vació con cuidado las bandejas y se acercó a atenderlos.

—Buenos días, ¿qué desean?

—Buenas, me llamo Lis y este es Ned, somos periodistas y nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Está bien —asintió el hombre algo contrariado.

—Estamos revisando la desaparición de Vicente, el agente de seguros —explicó Lis—, puede que tenga relación con un caso actual que estamos investigando.

—Ya —contestó el Tuerto, al que no le hizo mucha gracia revivir fantasmas del pasado.

—Tenemos entendido que usted tuvo problemas con él, ¿podría decirnos exactamente qué pasó?

—Pues que era un timador —sentenció con odio.

Les contó cómo uno de los hornos de la panadería se sobrecalentó prendiendo varios sacos de harina que estaban al lado. Enseguida pudo apagar el fuego con un extintor, pero la pared se quemó, así como varios sacos de harina y el horno. Cuando llamó a la aseguradora, le dijeron que su póliza estaba congelada por impago; los últimos cuatro pagos no se habían realizado.

—Yo tenía los recibos de las transferencias hechas a su cuenta —continuó explayándose el panadero—, así que, después de decirle que le iba a denunciar, a las pocas horas, la aseguradora me llamó y de repente mis pagos se habían regularizado y estaban al día.

—Entiendo. ¿Sabe si esto que nos comenta le ocurrió a alguien más? —preguntó Lis.

—Hubo varios casos más, sí. Y los que no sabremos, claro —conjeturó David.

Entre los diferentes casos de estafa que el panadero fue enumerando estaba el de Satur, quien, al contrario que David, había realizado los pagos al agente de seguros en metálico. Cuando una de las cañerías de su casa estalló, inundando la cocina y el sótano, e intentó reclamar, no tenía manera de demostrar que sí había pagado las mensualidades más que por medio de unos inservibles pagarés que le había dado Vicente.

—¿Y no lo denunció? —indagó un poco más Lis.

—No, hasta donde yo sé.

—¿Sabe el tiempo que pasó desde el incidente de Satur con Vicente hasta que este desapareció?

—No sabría decirle —intentó recordar David—, pero quizás uno o dos años.

Mientras la reportera le enseñaba la foto del símbolo de tiza al Tuerto, que no reconoció, una señora entró en la panadería. Retorcida por la vida pero con una cálida sonrisa en el rostro.

—Buenos días —dijo la señora nada más entrar—. Vaya día —siguió mientras sacudía el agua de su paraguas antes de meterse dentro de la tienda.

El Tuerto se disculpó con Lis y Ned y se acercó para atenderla.

—Sí está feo, sí. ¿Una chapata, Antonia?

—Dame dos hoy, que vienen los nietos. No veas cómo comen —contestó mirando con complicidad a Lis y a Ned.

Lis no pudo evitar comparar aquella escena con Madrid. Se transportó al local donde cada mañana compraba el desayuno, en la calle de Amaniel. El mismo cada mañana; café con leche, doble de azúcar y un dónut de chocolate, desde hacía más de cinco años. Y nadie recordaba nunca ni su cara ni lo que quería. En aquel momento, al compararlo con la entrañable escena entre la señora y el panadero, todo lo que ella vivía cada día en Madrid, le resultó demasiado frío, demasiado distante.

40

LIS / NED

Viernes. 14:31. Sempiterno

Era viernes al mediodía y se notaba en el bar El Olvido, había menos gente comiendo pero mucha más alternando en la barra. El orondo señor de pelo cano y gafas redondas no daba abasto recorriendo la barra de un lado a otro para atender a la clientela. Si se prestaba atención, se le podía escuchar maldecir entre dientes en cada giro que daba mientras acumulaba gotas de sudor en su frente enrojecida por el esfuerzo.

Lis y Ned se sentaron a una de las mesas que daban a la cristalera, desde la que se veía la plaza del Ayuntamiento bajo el manto gris de la lluvia. Lis se pidió un arroz con verduras y una botella de agua y Ned volvió a optar por los huevos con chorizo frito y un refresco de naranja.

—¡Marchando! —gritó el camarero de cabeza cuadrada que servía las mesas después de tomarles nota.

—No me preguntes por qué, pero creo que la nota de despedida de Vicente que nos va a traer su hermana y la nota de «cerrado por vacaciones» de la carnicería van a tener la misma caligrafía —resolvió Ned.

—Vaya —exclamó sorprendida Lis ante el arranque de su compañero —, ¿estás saliendo del cascarón, mini Batman?

—Tú siempre tan graciosa.

«Pero ¿y si Ned tenía razón?», divagó Lis. Si la letra con la que estaban escritas ambas notas era la misma tendrían otro punto en común, mucho más fuerte que el del símbolo, con el que conectar ambos casos; pero ¿y el móvil?

—Satur tuvo un problema con Vicente y andaba detrás de Nuria.

¿Coincidencia? —preguntó la reportera después de que el camarero trajera las bebidas.

—Puede.

—En cambio no tenemos relación entre Vicente y Fernando. De momento…

—Vicente parece que estafó a mucha gente. No sabemos si Fernando fue uno de ellos.

La reportera asintió mientras el camarero de cabeza cuadrada apareció con la comida y dejó los platos sobre la mesa. Mientras Lis jugaba con la comida y Ned devoraba la suya, un hombre se acercó con torpeza hasta su mesa. Tenía la nariz roja y olía a vino. Su piel estaba cubierta de agujeros, marcas imborrables de un brutal acné juvenil. Llevaba el pelo repeinado hacia atrás, recogido en una pequeña coletilla.

—Buenos días —dijo amablemente el señor.

—Buenos días —contestaron.

—Tengo entendío que están ustedes investigando el accidente del Abel y su señora. —Ambos asintieron levemente después de mirarse con cara de interrogación—. Verán, quizás no sea de importancia, pero tengo algo que contarles.

Lis y Ned se miraron contrariados ante la propuesta de aquel borracho, pero tampoco perdían nada por intentarlo. El señor cogió una silla vacía de la mesa de al lado y se sentó con ellos.

—¿Saben?, tengo un poco de sed —comenzó el hombre—. Quizás un chatito de vino tinto me alivie y me aclare la garganta para poder hablar con más facilidad.

La periodista y el fotógrafo no daban crédito. Lis llamó al camarero de cabeza cuadrada y le pidió un chato de vino tinto. El hombre permaneció callado hasta que, una vez que se lo trajeron, se lo bebió de un trago, respiró aliviado y empezó:

—Pues es que resulta que yo el lunes fui a la carnicería de los Jiménez. Quería comprar unas chuletitas de cordero lechal para cenar. A mí me gustan mucho las chuletitas, ¿saben? Pero solo de lechal, las otras no. Fui a última hora a por ellas porque me quedé dormido después de ver el noticiario del mediodía, me suele pasar. Me quedo dormido en el sofá —y chascó la lengua—. Como dije, fui a última

hora. Iba algo apurado, pensé que me cerraban. Pero no, llegué a tiempo. No sé por qué cierra tan pronto ese chico, la verdad —reflexionó el hombre.

—¿Entiendo que nos habla de Abel? —quiso matizar Lis.

—Claro, carajo, de quién iba a hablar si no. El hijo, el de Jiménez, el carnicero, el único que hay en el pueblo. Me sequé.

—¿Cómo? —preguntó Lis sin entender su última frase.

—Que me sequé —afirmó el hombre haciendo un gesto con la mano llevándose el dedo pulgar varias veces a la boca.

El hombre respiraba entrecortado y tenía la mirada perdida sobre la mesa con los ojos vidriosos. Lis y Ned se miraron, Ned negaba con la cabeza. «Pero ¿y si sabía algo de verdad?», dudó Lis, que acto seguido llamó al camarero y pidió otro chato de vino para el señor de la nariz roja.

—Continúe, por favor.

El hombre siguió callado hasta que llegó su chato de vino. Ajeno a su alrededor, como si el licor le reviviera de un letargo extraño y oscuro, el señor de la nariz roja se lo bebió de nuevo de un trago y continuó.

—Yo era el único que estaba en la carnicería. Yo y el Abel, claro, quién me iba a servir las chuletitas si no. Entonces, mientras hablábamos de nuestras cosas, porque el chico es muy majete y siempre charlamos de nuestras cosas, llegó una camioneta y yo no sé por qué, pero el muchacho se alarmó. Me dijo: «Espera un momento, Juanito, ahora vuelvo». Porque me llamo Juan, pero todos me llaman Juanito. Y yo pensaba, «¿a dónde va?, espero que no se entretenga mucho», porque ya casi era la hora de cerrar y este chico era capaz de decirme luego que ya era la hora de cerrar y dejarme sin las chuletitas para cenar, usted ya me entiende.

—¿Alguna descripción de la camioneta? —preguntó Lis.

—Era blanca, y antigua. De esas en las que puedes echar cosas en la parte de atrás. Que tienen como una bañera, pero sin la alcachofa para ducharse, vaya.

Lis se quedó exactamente igual con la descripción.

—Una pick up —explicó Ned.

—Será eso —dijo Juanito.

—¿Quién iba en la camioneta? —El hombre chascó con la lengua su paladar un par de veces. Lis entendió rápidamente lo que quería y pidió otro vino. Estaba empezando a perder los nervios—. Por favor, continúe, esto es importante.

Pero el hombre no atendía a razones. Y hasta que no llegó el vino y lo engulló de golpe, no continuó.

—No lo sé. Alguien había traído a su mujer, y el Abel se puso hecho una furia. Juraría que hasta cogió un cuchillo y todo, y salió a por él. A mí no me gusta escuchar las conversaciones de los demás, pero me asomé un poco a la puerta, solo por si pasaba algo.

—¿Quién la había traído? —insistió Lis, porque era lo que le interesaba de verdad. Aunque suponía que era Satur.

—No lo sé, no distingo bien en las distancias. Un hombre grande, con poco pelo.

—¿Qué se dijeron?

El hombre chascó la lengua de nuevo y Ned se levantó como una exhalación, ante la incrédula mirada de Lis, en dirección a la barra del bar.

—Jefe, cóbrenos esta botella entera, por favor —le dijo al camarero de cabeza cuadrada.

Y Ned cogió la botella de la cava de vinos y le rellenó la copa hasta arriba al señor de la nariz roja.

—Vaya, tú me caes bien, ¿cómo te llamas, hijo?

—Ned.

—¿Eh?

—Ned.

—¿Eh?

—Eduardo —les interrumpió Lis—. Se llama Eduardo.

—Yo soy Juan, pero todos me llaman Juanito —repitió el hombre mientras se bebía el caldo de un trago—. Temas de altura, supongo —

explicó mientras se reía mostrando su dentadura amarilleada y coloreada por el vino—. Aquí todos me conocen.

—Sí, ahora siga —le apremió Ned mientras Lis asentía con un gesto de aprobación ante el arranque de su compañero.

—Pues el Abel le dijo cosas feas al hombre de la camioneta. Como que no sé qué de que se dejara de fijar en su mujer y cosas así. También le llamó perdedor, y que dejara de meterse en la vida de los demás.

Ned le rellenó la copa a Juanito, por si acaso. Gesto que este agradeció dándole otro trago largo hasta vaciar la copa.

—¿Algo más? —preguntó Lis.

—Sí. —Juanito tuvo que hacer una breve pausa, el vino empezaba hacer de las suyas—. Luego entró en la carnicería de muy malas pulgas. Yo le recordé lo de mis chuletitas, pensaba que no me las iba a poner, era ya la hora de cerrar. Pero oye, me las puso y además no me las cobró. Así que pude cenar mis chuletitas a la plancha.

—Muchas gracias por la información.

Juanito asintió con la cabeza y se fue llevándose la botella consigo.

—¿Tenemos móvil? —preguntó Lis a Ned buscando confirmación.

—Sí, creo que sí.

41

LIS / NED

Viernes. 15:53. Sempiterno

En el Olvido ya solo quedaban algunos rezagados del aperitivo y un grupo de señores mayores jugando al dominó que, lejos de ser unas apacibles partidas entre amigos y conocidos para pasar un rato agradable, parecían feroces gladiadores a punto de enfrentarse entre ellos en una lucha a muerte.

—Quizás deberíamos volver a ir a la casa de Satur —reflexionó Lis.

—No sé, no estoy seguro. Ese hombre me da un poco de miedo.

—¿Te toca pastilla? —bromeó Lis.

—Deja de hacer eso —le reprochó Ned.

—¿El qué?

—Ridiculizarme cada vez que tienes la oportunidad —respondió Ned —. No te conté mi problema para que lo usases en mi contra cada vez que puedes, sino para que supieras lo que me pasaba.

—No, eso no es así. Simplemente he visto que te volvías a preocupar y pensé: «Lo mismo necesita una dosis» —haciendo gestos con la mano —. Pero tampoco te tienes que tomar todo tan a la tremenda.

—Ya.

—Vale —aceptó Lis—, tienes razón. Disculpa, no lo volveré a hacer.

—Veremos lo que dura.

Cuando Lis perdió la mirada a través de la ventana del bar, golpeada incesantemente por la lluvia, vio aparecer la silueta distorsionada de Elena.

—Vamos —le dijo Lis a Ned.

Ambos salieron del bar y abrieron sus paraguas. A cada instante el cielo era más gris y la lluvia más intensa.

—Aquí tienen la nota —dijo Elena mientras les entregaba un papel doblado.

Lis cogió el papel y lo examinó detenidamente.

—¿Nos la podemos quedar?

—Sí, supongo —accedió Elena—. Quizás sea mejor así y pasar página. Espero que si averiguan algo… se pasen a saludar y me lo cuenten.

Lis la había entendido perfectamente. Tal y como lo veía, Elena sufría por todo lo que le había pasado a su hermano. Primero, por las miles de voces en el pueblo que lo llamaban timador y, después, por su repentina desaparición. «Debió de estar bastante unida a su hermano», pensó. Y aunque en el pueblo fuera una oveja negra, para ella siempre sería un hermano.

—No lo dude —asintió Lis.

Elena se marchó difuminándose bajo la intensa lluvia que azotaba el pueblo.

—Es la misma letra —afirmó Ned.

—¿Estás seguro?

—Sí —sentenció.

—Vamos a comprobarlo.

En menos de tres minutos estaban de nuevo delante de la carnicería de Abel. Ned dejó tirado el coche en mitad de la calle, con los cuatro intermitentes encendidos, y salieron del coche a toda prisa. No había sitio para aparcar ni tiempo para buscarlo. Estaban extasiados, el corazón les latía con fuerza. De ser cierta la afirmación de Ned, tenían ante sus ojos la prueba definitiva que demostraría una conexión entre ambos casos. Los dos se quedaron callados bajo la lluvia delante de la puerta de cristal que daba acceso a la carnicería. Era exactamente el mismo papel de cuadrícula de líneas azules. El mismo color de rotulador, negro. En la nota encontrada en el piso de Vicente ponía «No me busquéis, no volveré», mientras que en la de la carnicería se

leía «Cerrado por vacaciones». Las frases eran completamente distintas, pero se veía claramente que era el mismo tipo de letra. No había duda; la misma variación de giro en curva interior de la ese, un idéntico deje al terminar las aes. La misma tipografía de formas antiguas. De alguien culto.

Lis puso sobre el cristal de la puerta la nota que le había entregado Elena, por delante del cristal de la puerta, justo debajo la segunda, la que en teoría escribió Abel y estaba por dentro. Hizo una foto con su móvil y se la mandó por WhatsApp a Adolfo, explicándole que la primera nota se encontró en la vivienda de Vicente, el agente de seguros, y la segunda era de la carnicería.

«Un momento», se dijo Lis, un pensamiento la perturbó.

—Espérame en el coche —le dijo a Ned.

Lis salió corriendo hacia la entrada que daba acceso a las viviendas entre la mercería y la carnicería. Empujó la enorme y pesada puerta de madera del edificio y subió los peldaños de dos en dos hasta el primer descansillo y alzó la mirada, no se sorprendió, lo imaginaba. Alguien había borrado descuidadamente el símbolo sobre la puerta de la casa de Abel y Nuria. Ya solo quedaban los restos de tiza esparcidos por el marco de la puerta. «Qué cabrón», se dijo, y bajó de nuevo corriendo las escaleras. Al llegar abajo estaba sofocada, su cuerpo no estaba acostumbrado a aquellos excesos físicos.

—Vámonos —dijo Lis mientras se metía en el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó Ned al tiempo que arrancaba.

—Alguien ha borrado el símbolo sobre la puerta, igual que en la casa de Vicente. Todo encaja, Ned. Esto es parte de algo más grande.

—Es un asesino en serie, Lis —afirmó Ned.

—No empieces, por favor —le pidió.

—Lis, hay elementos en común —continuó Ned—. El símbolo es como la firma de alguien que quiere señalar sus obras, y la caligrafía en ambas notas es la misma. Tiene que ser un asesino en serie o algún tipo de secta…

«¿Y si tiene razón?», dudó Lis. «Desde luego, su suposición tiene argumentos».

—Si es un asesino en serie —continuó Ned—, quizás Vicente no desapareció, sino que fue asesinado y la nota simplemente era para que no se le buscara.

—Pero no había signos de violencia ni en el apartamento ni en la aseguradora —matizó Lis.

—Si es un asesino en serie metódico, podría haber limpiado la escena del crimen. O lo mismo ni lo hizo en ninguno de esos dos sitios. —Lis asintió cada vez más convencida—. Lo mismo planeó algo similar con el accidente de coche de Abel y su mujer. No me negarás que el sitio en que se dieron el golpe no es más que peculiar para salirse de la carretera y estrellarse contra el muro —apuntó Ned mientras conducía sin un rumbo claro por las calles de Sempiterno.

—Sí, eso ya lo había pensado —confirmó Lis.

La curva en la que se salieron era una curva con mucha visibilidad y nada pronunciada, con un resquicio de varios metros en el guardarraíl por el que justamente se coló el coche de Abel hasta impactar con el muro de piedra, recordó Lis.

—Pero si hubiese sido un asesino en serie, ¿habría intentado simular un accidente de coche? Y en tal caso, ¿dónde está Vicente? —conjeturó Lis—. El patrón no se repite.

—O Vicente está por alguna cuneta esperando a ser encontrado —apuntó Ned.

Más y más conjeturas que seguían sin poder descartar ninguna de las posibilidades que tenía en su cabeza, pensaba Lis. Aunque sabía que necesitarían una prueba pericial caligráfica, estaba segura de que era la misma letra, y eso descartaba el hecho de que una serie de catastróficas casualidades se hubiera cebado con Abel y Nuria. Ahora quedaba averiguar quién, y para eso tenían que descartar sospechosos.

—Lo que deberíamos hacer —comenzó a exponer Ned— es anticiparnos a los posibles movimientos. Como hacen los agentes Holden Ford y Bill Tench en Mindhunter. Si hay alguien detrás de todo esto, debemos intentar pensar cómo es ese alguien, entender sus motivaciones, buscar su finalidad para así anticiparnos a sus movimientos. La pregunta clave es: ¿cuál sería su siguiente paso? —Por primera vez desde que lo conoció, Lis le escuchaba con atención—. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ned.

Con los últimos descubrimientos, Abel y Fernando, que en apariencia

no tenían relación con Vicente, se alejaban ligeramente del rol de sospechosos. Pero el que sí que estaba involucrado de una u otra forma en ambos casos era Satur.

—Ir a casa de Satur —dijo Lis con aplomo—. A ver si nos cuenta algo del accidente de Abel y Nuria. Y de paso, deberíamos intentar comprobar su tipo de letra.

—Uf, también cabe la posibilidad de que no que sea ninguno de ellos —dijo Ned, intentado con su idea disuadir a Lis de la suya.

—Puede ser, pero ahora mismo Satur es lo único que tenemos en común entre ambos casos.

—Uf, uf, uf —empezó Ned, que se acababa de agobiar.

—No, no, no. No empecemos. No va a pasar nada, ¿vale? Eres Batman —Lis intentó insuflarle algo de ánimo, en alusión a su camiseta—, ¿recuerdas?

— Uf, uf, uf.

—Hace un rato decías que era inofensivo —le vaciló Lis.

—No, a mí ese hombre siempre me ha dado miedo. Lis, la gente muere en estas situaciones.

—¿Cómo vamos a morir?

—Si Satur está detrás de todo, encaja en el tipo de asesino en serie desorganizado y son los más peligrosos, no sabemos cómo pueden reaccionar.

—Ned —intentó tranquilizarlo—, puede que tengas razón con esto de los asesinos en serie, no te digo que no. Pero si nosotros, que somos los únicos que nos olemos algo, no hacemos nada, podrían morir más personas.

Lis tenía razón, pensó Ned, eran los únicos que podían hacer algo. Si ese hombre estaba detrás de todo, lo más seguro es que no se detuviera y siguiera matando. Y tan solo ellos intuían un gran misterio detrás de todos aquellos acontecimientos. Tenían que destapar la verdad. Pero antes, se tomaría otra pastilla. De eso sí que no le cabía ninguna duda.

42

LIS / NED / SATUR

Viernes. 17:19. Sempiterno

El camino de la dehesa estaba embarrado y al coche le costaba avanzar por algunos tramos. Seguía lloviendo con fuerza y las nubes hacía rato que habían mudado de color. Ahora un cielo negro, casi opaco, cubría el cielo. Lis miró a Ned, le notaba intranquilo.

—Sin ti no puedo hacerlo —le dijo—. Te necesito.

Lo decía de verdad. No solo por la seguridad que le proporcionaba sentirse acompañada, sino porque, de lo contrario, no tendría a nadie que pudiera robarle a Satur algo con lo que poder comprobar su tipo de letra mientras ella le distraía.

—Sí, lo sé. Estoy en ello. Lo estoy dominando —repuso mientras no paraban de temblarle las piernas.

—No vamos a arriesgar, de verdad. Si no se puede, nos vamos.

Accedieron con el coche por el camino hasta la casa. A la izquierda de la casa, debajo de la pérgola de madera, había aparcada una camioneta blanca y antigua, con numerosos golpes.

—Concuerda con la descripción que nos dio Juanito, pero tiene techo —apuntó Lis.

—Es una pick up, pero como llueve le ha puesto el techo. ¿Ves que es de un color diferente? —explicó Ned señalando la parte trasera de la camioneta, había una pieza de color negro que cubría la batea de la camioneta.

Lis asintió.

—Vamos —dijo la reportera totalmente convencida en la forma, pero no en el contenido. Si demostraba que tenía más miedo que Ned,

tendrían un problema.

Tras llamar a la puerta de la casa escucharon como unos pasos lentos y pesados se aproximaban desde el interior. La puerta carraspeó y la silueta de Satur se fue agrandando delante de ellos a medida que la hoja se abría. Tan de cerca, con su metro noventa de altura y sus más de ciento veinte kilos de peso, su sola presencia los estremeció.

—Buenas, supongo que te acuerdas de nosotros —comenzó Lis. El hombre asintió—. Nos gustaría hacerte unas preguntas —concluyó intentando contener el temblor de sus palabras.

—Los primos de Nuria, sí. De Burgos —les recordó Satur.

—En realidad no. Somos periodistas —soltó con aplomo, tratando de controlar los nervios—. Sentimos mucho haberte mentido, pero era necesario, no podíamos descubrir nuestra identidad.

—Ya.

—Trabajamos en el Diario 33 Digital —dejó caer Lis sutilmente mientras le entregaba una tarjeta con sus datos y la URL de la web de periódico—. Y necesitamos tu ayuda.

Durante el camino, Lis estuvo barajando las diferentes posibilidades para abordarle, hacerle pensar que no sospechaban de él fue su primera opción. Y tutearle, la segunda.

—Pasen —dijo Satur dando un paso atrás y dejándoles entrar lo justo para que no se empaparan bajo la lluvia.

La entrada daba directamente al salón, con dos puertas en la pared izquierda, la primera de acceso a la cocina y la segunda al pasillo con el resto de las habitaciones, tal y como Lis recordaba. También le dedicó unos segundos a Diego al ver de nuevo la caja de Con Gusto Sempiterno sobre la mesa del comedor. Satur olía a rancio y tierra mojada, tenía manchas en el peto vaquero, en los brazos y en la camiseta blanca interior que llevaba puesta. A Lis le llamó la atención que para ser alguien tan poco aseado, tuviera la casa limpia y recogida.

—Sentimos la pérdida de Nuria —empezó la reportera, pero Satur no dijo nada, se quedó callado, mirándolos con gesto serio—. Sabemos que ella era importante para ti —continuó, tratando de empatizar.

—Ya.

Lis estrujó las conexiones sinápticas de sus neuronas e interconectó en una fracción de segundo. Ya le había dado un par de vueltas en el coche, pero ahora era el momento de actuar. Tras dejarle caer que no sospechaban de él, venía la segunda parte. Según los entrevistados, que Satur estaba enamorado de Nuria y que Abel estaba cansado de ello era una realidad. La camioneta coincidía con las descripciones de Juanito. Y Satur dijo que llevó a Nuria a casa el lunes por la tarde. Por otra parte, eso no era óbice para considerar que Satur fuera el artífice de todo aquello, la letra tenía más pinta de ser de alguien culto, y Lis tenía dudas de que Satur fuera capaz incluso de escribir. A Fernando también le debía de gustar Nuria y fue descubierto en varias ocasiones observándola desde lejos. La tercera opción era que no fuera ninguno de los dos, pero alguien tenía que ser.

—Creemos que hay al menos una persona involucrada en el accidente de Abel y Nuria.

Lis notó cómo el cuerpo de Satur se contrajo levemente mientras Ned comenzaba a controlar sus temblores.

—¿Quién? —preguntó Satur.

—Tenemos indicios suficientes para creer que Fernando es el artífice o, al menos, de que tiene algo que ver. —Lis lanzó su órdago.

La cara de sorpresa de Satur descolocó a Lis.

«O es muy bueno mintiendo o este no ha sido», pensó Lis. Ned, algo más relajado gracias a los ansiolíticos, buscaba con disimulo algún bloc de notas o cuaderno por el salón, pero, tal y como estaban colocados, le era imposible. Satur apenas les había dejado entrar a la casa unos pasos y les tapaba la mayor parte de la visión del salón.

—¿Me puede dar un vaso de agua? —soltó Ned ante la incredulidad de Lis—. Por favor.

Satur dudó, pero accedió, y se apartó de la entrada para dirigirse a la cocina. Ahora los reporteros tenían vía libre para pasar más allá del umbral de la casa. Ned hizo gestos a Lis para que siguiera a Satur hasta la cocina mientras él se lanzó a la búsqueda nerviosa de cualquier cosa que pudiera tener algo escrito por el gigante.

—Creemos que Fernando estaba enamorado de Nuria —comenzó Lis con su falseada historia, siguiendo a Satur para desviar su atención hacia ella—, y odiaba a Abel. Tenemos varios testimonios que así lo confirman. Por lo visto hubo, además, una discusión entre ellos en el

colegio —mintió—, y lo mismo por eso decidió matarlos. Hay indicios de que se manipularon los frenos del coche accidentado —volvió a mentir.

—¿Dice que alguien cortó el cable de los frenos del coche? —preguntó Satur mientras llenaba el vaso con agua del grifo en el fregadero.

«¿Los frenos de los coches tienen cables?», se preguntó Lis que se puso ligeramente nerviosa, no sabía qué contestar, pero tenía que entretenerle mientras Ned rebuscaba por encima de los muebles del salón algo que les pudiera ayudar entre periódicos viejos y revistas de caza.

—Bueno, yo no sé de esas cosas —terminó por responder la reportera —, pero se cree que los frenos fueron manipulados. El cómo, no lo sé.

—Ya —respondió Satur.

En una de las mesillas al lado del sofá Ned encontró un cuaderno de hojas amarillas en el primer cajón, era un listín que tenía números de teléfonos apuntados a mano, seguramente por Satur. Arrancó con cuidado una de las hojas y la dobló. La metió en el bolsillo y cerró el cajón. El corazón le iba a mil por hora, sentía el sudor empapando su frente.

Satur salió de la cocina con el vaso de agua en la mano y Lis detrás. Satur observó a Ned, que miraba con curiosidad los libros que había en una de las estanterías. Satur clavó en él su mirada durante unos segundos que a Ned le parecieron una eternidad, pensaba que le había pillado, y entonces Satur le dio el vaso.

—Gracias —respondió Ned después de tragar saliva.

—¿Crees que Fernando es capaz de hacer algo así? —preguntó Lis para llamar la atención de Satur sobre ella.

—¿Por qué me lo preguntan a mí?

—Tenemos testimonios de compañeros de trabajo, de profesores. Queríamos otra versión, la tuya, por ejemplo. Alguien cercano a Nuria —contestó Lis con firmeza.

—Fernando es alguien extraño, sí. Una vez agredió a una profesora, yo lo vi. Estaba allí y pude defenderla.

—¿Perdona? —preguntó Lis con una mezcla de asombro y cautela, no

estaba segura de si podía creerse al cien por cien lo que Satur le contara, igual que tampoco estaba segura de que Satur pudiera estar detrás de todo.

—Sí, no recuerdo el nombre de la chica. Después ella se marchó del colegio —dijo Satur.

Ned hizo un gesto con la cabeza, en el momento en el que Satur se centró en Lis, para que ella supiera que ya lo tenía.

—Creo que eso es todo lo que necesitamos —soltó Lis, a quien los nervios ya le empezaban a ganar la partida—. Muchas gracias.

—Gracias —dijo Ned devolviéndole el vaso.

Satur asintió con el vaso que parecía un dedal en su mano y les siguió hasta la puerta. Lis y Ned se despidieron y corrieron hasta el coche. Cada vez llovía con más intensidad.

—Rápido, enséñamelo —dijo la reportera mientras Ned arrancaba.

Lis cogió el pedazo de papel amarillo que Ned había sustraído de la casa de Satur con el que les dio Elena, pero no concordaban. La letra del papel amarillo era como la de un niño pequeño, muy lejos de la excelencia de trazos del papel que les entregó la hermana de Vicente.

—¡Joder! —exclamó Lis.

—¿Se parecen? —preguntó Ned, aunque por el comentario de Lis se imaginaba ya la respuesta.

—No.

43

LIS / NED / ADOLFO

Viernes. 18:35. Sempiterno

Lis estaba helada de frío, y confusa. Iban amontonando pistas sin ser capaces de unirlas entre ellas. Avanzaban demasiado lento, y necesitaba tener algo para el especial del fin de semana, lo cual la frustraba. En ese momento, en Sempiterno, bajo la lluvia incesante y el cielo negro, con la ventanilla bajada un par de dedos y Ned al volante, fue cuando se dio cuenta de que quizás desde que terminó la universidad, no había vuelto a estar tan involucrada con nada como lo estaba ahora mismo.

El móvil de Ned vibró y vio aparecer el aviso del WhatsApp en la pantalla sobre la imagen del GPS que los llevaba de nuevo a casa de los padres de Lis, era «el amigo de un amigo». Cuando Ned aparcó el coche en la puerta de la casa ya no le temblaban las piernas. Estaba orgulloso de sí mismo, de quedarse con Lis y de lo que acababa de hacer en casa de Satur. Hasta entonces, algo así era inimaginable para él.

—Tenemos la dirección de Fernando —comenzó Ned tras revisar su móvil—, vive en Manzanares el Real.

El amigo de un amigo de Ned había hecho su trabajo. Le había pasado todos los datos de Fernando; DNI, dirección, número de teléfono, fecha de nacimiento, estado civil…

—Soltero —apuntó Ned.

—Vaya —dijo sorprendida Lis.

—Te dije que era bueno.

La reportera se tomó un momento para pensar en el siguiente paso. Había que ir a ver a Fernando, y ella debía informar a Adolfo y hablar con Zabala. Se tenían que separar, no le gustaba demasiado la idea,

pero era lo más sensato.

—Tienes que ir a ver a Fernando —le dijo Lis a Ned mientras le entregaba la nota de despedida que supuestamente había dejado Vicente en su casa.

—¿A dónde? —contestó sabiendo la respuesta, pero haciéndose el despistado.

—A casa de Fernando —le repitió Lis.

—¿Yo? ¿Solo? —El tembleque en las piernas afloró de nuevo—. ¿Estás loca?

—Escúchame.

—No.

—¡Que me escuches! —levantó la voz Lis—. Tenemos que dividirnos, no nos queda mucho tiempo y el domingo tenemos que tener el reportaje listo. Yo tengo que informar a Adolfo y quedar con Zabala, el policía local, ¿de acuerdo? —Lis seguía con la nota en la mano, ofreciéndosela a Ned—. Coge la nota —le apremió Lis.

Ned la cogió de mala gana y Lis le dio también una tarjeta como la que le había entregado a Satur, con sus datos y los de la redacción.

—Es importante que le des esta tarjeta y que dejes bien claro que nosotros somos los únicos que estamos al corriente de todo esto, ¿entendido?

—Uf —resopló de nuevo Ned.

—Ned, te necesito. Me tienes que ayudar. Sé un hombre, joder —le increpó Lis.

Esa frase le hizo sentir una punzada en el pecho. Sabía que era su orgullo herido avisando de que no debía seguir permitiendo que aquella rubia de bote con delirios de grandeza siguiera pensado que era un niño pequeño. Si había sido capaz de hacerlo en casa de Satur, ¿por qué no iba a ser capaz de hacerlo en la de Fernando?

—Sí, vale. Lo haré.

—¿Seguro?

—Sí… —afirmó Ned dubitativo.

—Solo tienes que intentar conseguir una muestra de su letra y darle mi tarjeta, no es tan difícil.

—¿Cómo consigo su letra?

—No lo sé, pídele que te escriba algo en una hoja. Yo qué sé, invéntate algo.

—Uf.

—Lo estás haciendo genial, aguanta un poco.

Ned entró corriendo en la casa, cogió el chubasquero, y volvió al coche. Metió la dirección de Fernando en el GPS y arrancó el coche rumbo a Manzanares el Real sin creerse todavía lo que estaba a punto de hacer. En casa de Satur, al menos, estaba Lis. Pero ahora iba solo. Mientras, la reportera, nada más entrar se fue directa al salón. Se dejó caer sobre el sofá y cerró los ojos, estaba agotada. Necesitaba un descanso. El primer pensamiento que le llegó sumergida en aquella paz, con el ruido de la lluvia de fondo, fue Diego, al que todavía no había contestado. Lis sacó su móvil y le escribió.

Conversación, Diego Sempiterno

Hola, ¿qué tal el día? 18:44

El mío horrible. Tengo cosas que contarte, pero hoy no creo que pueda quedar, estoy muerta. ¿Nos vemos mañana? 18:45

Lis no quería decirle que había quedado con Zabala, pensaba que era mejor que no lo supiera dado el carácter conquistador del policía local. No quería mentirle, pero tampoco quería que pensara nada raro y estropear lo que parecía resurgir.

Conversación, Zabala

¿Me pasas a buscar por casa? ¿A las 20:00? 18:46

Lis se quedó un rato más en el sofá pensando en Diego. En cómo

habían pasado las cosas entre ellos, en cómo, de alguna manera, siempre le había estado echando de menos, sin saberlo. O sin querer saberlo. Pero no había sido plenamente consciente hasta ahora, hasta que lo volvió a ver. Lis cogió su móvil y le escribió de nuevo.

Conversación, Diego Sempiterno

Yo tampoco dejo de pensar en nuestro último beso. 18:58

Después llamó a Adolfo, tenía que ponerle al día de la situación. Por primera vez tenían algo realmente tangible. Aunque todavía quedaba mucho por hacer, sabía que él, como buen periodista de campo que era, lo disfrutaría tanto o más que ella.

—Bravo, Lis —dijo Adolfo según respondió la llamada—. ¿Por qué has tardado tanto en llamarme?

—Día complicado, jefe.

Lis le hizo un resumen de todo lo acontecido; la entrevista con Fernando, la conversación con la hermana de Vicente y cómo esta les entregó la nota del agente de seguros o la visita a la panadería del Tuerto. La reportera tenía varias historias en la cabeza, pero ninguna reveladora. El móvil de los celos de Abel como maltratador de una encantadora y guapa mujer se desvanecía, al no haber relación con el caso de Vicente. En el caso de Satur, aunque podría haber un móvil sentimental, la letra no cuadraba. Y luego estaba Fernando, un voyeur, el más oscuro de todos, frío y calculador, extraño, con un posible móvil sentimental.

—¿En serio habéis buscado coincidencias de caligrafía en casa de Satur? —preguntó Adolfo, que no daba crédito, entre orgulloso y asombrado. «Tengo que contárselo a José María», pensaba.

—Sí, ni yo misma me lo creo todavía —contestó con una leve sonrisa dibujada en el rostro.

—Aunque la letra no coincida, quizás alguien pudo ayudarle.

—Podría, pero no lo creo. Satur parece alguien demasiado solitario —resolvió Lis.

Fernando era el que más sospechas suscitaba entre las diferentes conjeturas de la periodista y, además, estaba el detalle que contó Satur acerca de la posible agresión a una compañera.

—Enhorabuena, Lis. Estoy realmente satisfecho de cómo te estás desenvolviendo, me alegro de verdad —espetó, acompañando sus palabras con un sentimiento de orgullo paternal.

Lis sonrió. Ella también se había sorprendido a sí misma.

—Más cosas —prosiguió Lis—, necesito tu ayuda.

—Claro, dime.

—Esto es algo más difícil, pero confío en ti —le peloteó Lis—. Sempiterno es uno de los municipios que lleva el partido judicial n.º 19 de Madrid, el de Colmenar Viejo, si no me equivoco. ¿Crees que podrías conseguir la autopsia de Nuria?

—No va a ser fácil, pero me pongo con ello.

—Gracias —dijo Lis apretándose con los dedos el puente de la nariz.

—Y tú ¿qué tal? ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Cansada, pero bien. La verdad es que mejor de lo que pensaba. Ahora —continuó tras hacer una pausa—, incluso tengo la sensación de que una parte de mí ha estado añorando este lugar durante todo este tiempo.

—Me alegra escuchar eso.

—Gracias por avisar a mi madre —agradeció Lis de corazón.

—No hay de qué, Lis. —Adolfo estaba encantado con todo lo que había ido escuchando a lo largo de la conversación. Desde la Lis más profesional hasta la Lis más íntima—. Y, recuerda, haz que pase.

—Haz que pase —repitió.

Tras colgar con Adolfo se metió en la ducha. Con la cabeza apoyada en la pared dejó que el chorro de agua caliente se deslizaba por su cuello y su espalda. En mitad de aquella tranquilidad que tanto necesitaba, algo la alertó. «Mierda», se dijo. Se había olvidado de Julián, el hombre que vio primero el accidente y llamó al SUMMA.

44

NED

Viernes. 18:45. Sempiterno

La noche empezaba a teñir de negro un cielo ya de por sí sombrío, sumido en la oscuridad grisácea que las nubes le otorgaban. Seguía lloviendo y los limpiaparabrisas chillaban extenuados intentando achicar el agua que caía. Ned volvía a estar nervioso, se había tomado otro ansiolítico después de dejar a Lis, pero no sentía que le estuvieran haciendo efecto. Los reportajes fotográficos que había hecho hasta entonces no tenían nada que ver con este. La vez que más miedo pasó fue cuando tuvo que acompañar a Fran, uno de los reporteros de otro periódico al que también prestaba sus servicios como fotógrafo, a los juzgados para cubrir el juicio de un hombre que había asesinado a otro. La mirada fría y vacía de aquel hombre era lo que más miedo le había producido hasta entonces. Pero esta historia iba mucho más allá. Por una parte, se sentía pletórico ante la cantidad de muros que estaba derribando. Estaba orgulloso de sí mismo, nunca pensó que fuera capaz de conseguir todo lo que estaba haciendo y formando parte activa del equipo. Tenía que contárselo a su madre, y esta vez no le haría falta mentirle. Sonrió al pensarlo. Pero, por otro lado, estaban los millones de «y si…», en su mayoría siniestros y oscuros, que se iban agolpando en su cabeza, atormentándole a cada paso que daban.

Tomó la M-607 hasta la desviación en Cerceda para tomar desde ahí la M-608 con dirección a Manzanares el Real. El castillo de Manzanares emergía al fondo del desolador paisaje, oscuro y lluvioso, construido sobre el pequeño montículo que lo alzaba majestuoso, sereno e imperturbable. El GPS hizo callejear a Ned por el municipio hasta llegar a un bloque de viviendas. Aparcó y se quedó un rato metido en el coche. No tenía muy claro cómo proceder, pero necesitaba algo que le diera un mínimo de seguridad. Sacó el móvil y mandó su ubicación a su madre, a Lis, a Angelote, a Dudu y al amigo de un amigo, avisándoles de que, si no tenían noticias de él en menos de una hora, llamaran a la Policía para que fueran a esa dirección y arrestaran a Fernando por homicidio.

Ned empezó a pensar en las diferentes posibilidades. «¿Qué hago?» se preguntó. «Menos mal que mi madre metió el chubasquero en la maleta, si no…», se respondió, aunque ni siquiera lo había utilizado todavía. Tenía la calle y el número, pero le faltaba el piso y la letra de la vivienda, «¿cómo lo consigo?», se preguntó. Su cabeza divagaba preguntas y mezclaba respuestas. La imagen de Maximus, la espada legendaria del Diablo III, le llegó a la cabeza. «Necesito esa espada legendaria. Cuando vuelva a casa me tengo que poner con ello», se contestó. «Mierda», se dijo. Se le había ido la mano con los ansiolíticos y ahora no era capaz de concentrarse.

Tras varios minutos intentado centrarse sin conseguirlo, con la mirada perdida sobre sus zapatillas roídas, y a pesar de la exaltación en la que se vio envuelto instantes antes, se volvía a sentir como el mismo Ned de siempre: el que nunca se atrevía a nada. No podía hacerlo. Justo cuando iba a obedecer los designios marcados por el miedo y pirarse de allí, algo llamó su atención. Una señal. El logotipo plastificado, amarillo y negro, del hombre murciélago estampado en su camiseta, todavía mojado, resplandecía ligeramente. Ned lo tocó con la palma de la mano y apretó los dientes. No podía irse. Cogió el chubasquero, salió del coche y se dirigió al edificio.

Era antiguo, no contaba con telefonillo y la puerta estaba abierta. Buscó en los buzones. Había un Fernando, Fernando Trillo. En la misma etiqueta aparecía el nombre de Adela, Adela Pérez. «¿Su madre?», pensó Ned, recordando la conversación con la amiga de Nuria, que dijo que creía que Fernando vivía con su madre. Piso 3 A.

Ned subió las escaleras intentado pensar cómo llevar a cabo la tarea que le habían encomendado, pero no era capaz de concentrarse. «Malditos ansiolíticos», pensó. «¿Y si me hace algo?», se preguntó. «Nada, tú puedes. Eres Batman», se respondió inmediatamente después. Una vez frente a la puerta 3 A, no sabía cómo actuar, así que directamente optó por llamar y que pasara lo que tuviera que pasar.

Unos segundos después, Fernando abrió la puerta.

—Tú otra vez —dijo Fernando ligeramente molesto al verlo.

Ned tragó saliva. Fernando era un hombre que imponía por la dureza de sus facciones y de su voz, con aquella mirada profunda, sus prominentes espaldas, y vestido con ese outfit tan característico suyo de colores oscuros.

—Sí —titubeó Ned—, pe… perdone que le moleste. —Ned tragó saliva

antes de continuar, intentando controlar los temblores—. Necesitamos su ayuda —soltó al fin, recordando la estrategia que hacía unas horas había usado Lis con Satur—, creemos que Satur le ha hecho algo a Abel y a Nuria.

Fernando se quedó callado, mirándole fijamente, procesando la información que acababa de recibir. Y su gesto cambió a uno más amigable, o eso quiso pensar Ned.

—¿Satur? —preguntó Fernando desconcertado.

—Sí, además hizo unas acusaciones acerca de usted. Pero estamos seguros de que nos mintió —mintió Ned también, creyéndole capaz de lo que Satur le había acusado un par de horas antes.

—¿Qué dijo? —quiso saber Fernando.

—Que usted agredió a una compañera —soltó de carrerilla Ned sin pesar demasiado en las posibles consecuencias de ese comentario.

—Pasa —contestó Fernando al cabo de unos segundos.

Ned respiró aliviado. No sabía cuál de todas las mentiras que había expuesto, siguiendo las lecciones de Lis, era la que había funcionado, pero estaba dentro de la casa. Aquel consuelo se esfumó en cuanto escuchó el sonido de la puerta al cerrarse detrás de él. El salón estaba a oscuras, con las cortinas echadas. Un profundo pasillo se encogía a su izquierda, como un agujero negro, atrapando la luz y dejando solo el vacío. Ned tragó salida y los temores afloraron de nuevo ante la tenebrosidad en la que estaba inmersa la vivienda.

—¿Y qué os contó exactamente? —preguntó Fernando curioso, a la vez que le ofrecía a Ned tomar asiento con la mano señalando al sofá del salón.

Fernando se sentó en una butaca del mismo color que el sofá y se echó hacia adelante con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas. Tenía la mirada fija en Ned y una pose ligeramente amenazante.

—Eso —comenzó Ned, que ya no podía dar marcha atrás—, que usted había atacado a una compañera de trabajo, no nos contó el motivo. No sabemos si usted tenía algo contra ella, vamos, que nosotros no sabemos si usted quería hacerle daño —se empezó a liar Ned—. Pero estamos seguros de que usted no fue y necesitamos que nos ayude a demostrarlo.

—Fue justo al contrario —replicó Fernando—. Fue Satur, y no fue a una compañera cualquiera, fue a Nuria.

—¿Cómo? —Ned no daba crédito.

—El jornada laboral de Satur termina a las dos de la tarde —empezó su explicación Fernando—, pero algunas veces la extendía hasta que Nuria terminaba para llevarla a su casa. Normalmente ella prefería pasear, aunque algunas veces aceptaba, más por complacer a Satur que porque ella quisiera. —Ned escuchaba con atención intentado hilar. «¿Lo mismo Satur nos soltó aquello como señuelo para que nos entretuviéramos con Fernando», elucubró—. Un día, hará un par de semanas como mucho, Nuria terminó de trabajar cerca de las seis de la tarde. Satur la había estado esperando casi cuatro horas, pero esa tarde ella prefería volver a casa andando —explicó Fernando—. Él se envalentonó y le dijo que llevaba esperándola varias horas, a lo que ella contestó que en ningún momento le había pedido que la esperase.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Ned. Le salió solo, sin pensarlo.

—Aquella tarde —recordó Fernando— yo estaba terminando de corregir unos exámenes en el claustro de profesores mientras Nuria terminaba unos collages para su clase del día siguiente. Nuria se levantó y se despidió de mí, no creo que hubiera nadie más en el colegio. Al poco rato los escuché discutir en el pasillo. Cuando salí para ver qué ocurría, Satur la agarraba del brazo con fuerza. —Ned dudaba en su interior. Demasiadas historias, mismos protagonistas actuando de formar diferente dependiendo del narrador. ¿Cuál de todas esas historias sería la verdadera? ¿Quién de todos estaba contando la verdad?—. Al verme, Satur la soltó —siguió Fernando—. Yo no dije nada, solo le miraba. Y él me miraba a mí. Me retaba, pero no iba a hacer nada más que esperar y darle tiempo a Nuria para que se fuera.

«Mónica, la amiga de Nuria, aseguró que tenía moretones en el brazo un par de semanas antes», revivió en su cabeza Ned.

—¿Pasó algo más? —preguntó Ned.

—No, que yo sepa.

—¿Habló de ello con Nuria?

—Sí, al día siguiente le pregunté —recordó Fernando—. Me dijo que todo estaba bien, que había sido un malentendido. Desde entonces sentí algo extraño en Satur cada vez que me cruzaba con él. Algo de lo

que no me había percatado hasta después del incidente.

Quizás por eso Mónica tenía la sensación de que Fernando las vigilaba, pensó Ned. «¿Para proteger a Nuria? Podría ser, aunque algo flojo ¿Pero cómo le pregunto eso?», divagaba Ned. La única forma de descartar a Fernando era conseguir su letra. «¿Cómo?», se preguntó. La adrenalina fluía con fuerza por su torrente sanguíneo contrarrestando los efectos de las pastillas.

—¿Sabes dónde vive Satur? —preguntó al fin.

—Sí, todo el mundo lo sabe. En la granja que hay en el camino de la dehesa.

—¿Podrías apuntarme aquí la dirección de Satur? —preguntó mientras Ned sacaba el papel que había robado del listín de teléfonos de la casa de Satur.

—No hace falta, vive en el camino de la dehesa. No tiene número, es la única granja que veras allí. No tiene pérdida —sentenció Fernando.

Ned vaciló, pero tenía que pensar otra cosa, «rápido», se exigió.

—¿Puede darme un vaso de agua, por favor? —le pidió.

—Sí, claro —contestó cortésmente.

Cuando Fernando se perdió por el pasillo Ned empezó a buscar por el salón. Ya tenía localizado el teléfono, en una pequeña mesilla con un cuaderno al lado. Estiró el brazo, miró por encima y cogió el primer papel que pudo entre las tarjetas que había sueltas en el interior del cuaderno. El pulso de Ned se disparó de nuevo.

Fernando volvió con el vaso de agua, Ned se lo bebió de un trago. Y le agradeció la ayuda.

—Si puedo hacer algo más… —dijo Fernando.

—Sí —respondió recordando lo que le dijo Lis—, es superimportante que si te enteras de algo más, contactes con mi compañera. Somos los únicos que estamos al corriente de todo esto —explicó mientras le daba la tarjeta de Lis.

—Está bien —asintió Fernando mientras cogía la tarjeta.

El fotógrafo, convertido durante unos instantes en un intrépido reportero, sintió una silueta extraña que le observaba al final del

pasillo mientras se dirigía hacia la puerta de entrada de la casa. El tiempo se ralentizó. Intentó girar la cabeza con disimilo. Pero no pudo distinguir nada. Ya en el descansillo titubeó una despedida como excusa para girarse y entre el hombro derecho de Fernando y la pared, perdió la vista en el pasillo. Una silueta le observaba. Delgada y encogida. Vestida de negro. Una anciana moraba en las profundidades de aquella oscuridad.

Ned anduvo todo lo rápido que pudo sin arrancar a correr hasta el coche. Según se montó en él, se sacudió el agua de la lluvia del chubasquero y comprobó el papel sustraído de la libreta. Ponía «Carlos, detective» y un número de teléfono. Comprobó detenidamente las letras que había en común, las es, las aes… Aunque no coincidían perfectamente, eran muy similares.

45

LIS / ZABALA

Viernes. 20:01. Sempiterno

Marcos Zabala se había vestido para la ocasión. Camisa de marca entallada, pantalón de pinzas ajustado y cinturón de cuero vuelto marrón a juego con los zapatos. Iba perfectamente perfumado, afeitado y engominado. Pensaba llevar a Lis a un restaurante de moda en Majadahonda, pero según la vio aparecer en deportivas, vaqueros y una sudadera con capucha de la universidad —que había encontrado rebuscando en el armario de su habitación—, y el pelo recogido, sus expectativas flaquearon, y el policía entendió que no estaban en la misma noche. Quién sabe si la siguiente —Zabala siempre fue un tipo optimista—.

Lis, en cambio, solo quería engatusarlo un poco para tenerlo algo más pendiente de ella y favorecer la comunicación agente-periodista.

—¿Sabes si Julián seguirá por ahí? —preguntó Lis nada más montarse en el coche mientras bajaba la ventanilla. Esta vez no lo hizo por puro instinto, sino más bien para airear el perfume de su pretendiente.

—Puede.

—¿Dónde?

—A estas horas, si está en algún sitio, será en el Eliseo. Ahí le he visto alguna vez a última hora, y más un viernes, que no hay mucho más abierto.

—¿Podemos ir?

Zabala arrancó ligeramente ofendido, nunca estaba preparado para que las citas le salieran de forma diferente a lo que él esperaba.

El Eliseo era un bar cercano al embalse de Santillana, de amplios ventanales desde los que se podía ver sus otrora tranquilas aguas,

ahora embravecidas por el incesante percutir de la lluvia contra su superficie. Al fondo se veía Manzanares el Real a los pies de la Pedriza bajo el imponente embrujo de unas nubes casi opacas, perfiladas con la sutileza que imprime los tenues destellos de la luna, otorgando a la postal un toque misterioso no exento de cierto encanto.

No había demasiada gente para ser un viernes por la tarde, algo a lo que Lis ya se había empezado a acostumbrar, y se sentaron a una mesa desde la que se podía ver todo el local.

—Bueno, ¿qué tal?, ¿cómo te va la vida? —empezó Zabala intentando disimular su decepción.

Lis sabía de sobra que él se pensaba que aquello era una cita, y también sabía que no le iba a gustar el verdadero motivo del encuentro cuando lo fuera descubriendo. Su pareja de baile, a pesar del chasco al verla aparecer, seguía con las expectativas altas. Y tampoco podía bajárselas demasiado, de lo contrario lo podría perder como el único contacto con el que contaba dentro de la Policía. Tenía que jugar, a pesar de no apetecerla nada.

—Bien, la verdad —comenzó Lis—. Terminé la carrera, me puse a trabajar de periodista en el periódico de mi padre y… hasta ahora.

—¿Ni marido ni niños? —sonrió Zabala.

—¿Así ligáis por aquí? —Lis no lo pudo remediar.

—No…, yo no quería… —se disculpó.

«Relaja, Lis», se dijo.

—Ni marido ni niños. Solo trabajo y alcohol —contestó con una sonrisa de resignación. «Aunque más bien no trabajo mucho y lo que gano me lo gasto en alcohol», pensó.

Cuando el camarero se les acercó, Lis pidió una cerveza, más por la fuerza de la costumbre que por las ganas, y Zabala un cóctel con pajita.

—¿Así que estás aquí por el accidente? —preguntó curioso Zabala.

—Así es.

—¿Cómo te enteraste?

—Es mi trabajo —contentó tajante.

Zabala sonrió ligeramente.

—¿Habéis descubierto algo más? —continuó la reportera.

—¿Qué más hay que descubrir? —contestó Zabala con otra pregunta —. Se salieron de la carretera, se estrellaron contra el muro y el coche se incendió —dijo de carrerilla.

—¿No es algo raro que se salgan en una curva con visibilidad y que justo se salieran por la parte en la que no hay guardarraíl? —inquirió Lis.

—Otra como Diego —soltó Zabala con un ligero desprecio—, ya le dije que todas aquellas… mierdas, no tienen sentido.

Zabala le resumió a su manera todo lo que ella ya sabía, quitándole importancia y como si fuera cosa de locos creerse que alguno de aquellos detalles pudiera tener conexión entre sí. Y de cómo avisó a Diego del accidente para demostrarle que no había conspiración alguna.

—¿No me digas que tú también piensas que puede haber conexión? —preguntó Zabala.

—¿No te parece al menos curioso que bajo un mismo símbolo hayan pasado dos —dudó Lis—, vamos a llamarlo, desgracias?

—¿Tú has visto el primer símbolo? Ni siquiera sabemos si es el mismo símbolo, por favor. Y además Diego siempre ha sido algo catastrofista —zanjó Zabala, como si llamar catastrofista a Diego valiera para eludir lo demás.

Se hizo un breve silencio incómodo, Lis no quiso continuar en esa dirección, no le iba a llevar a ningún lado. Y tampoco quería contarle que las notas eran del mismo puño y letra. Zabala, por su parte, odiaba ese tipo de conversaciones en las que alguien ponían objeciones a lo que hacía, sentía como si le estuvieran diciendo cómo hacer su trabajo.

—¿Hasta cuándo te quedas? —preguntó Zabala.

—Vine solo para cubrir el accidente y ya que estoy aquí me quedaré a pasar el fin de semana.

—Hacía mucho que no venías.

—Sí, la verdad es que sí.

—¿No lo echabas de menos?

—Si te soy totalmente sincera, no.

Y era cierto, no lo había echado de menos hasta el miércoles. O eso se había esforzado en pensar durante los últimos quince años, relegando todos los recuerdos de aquella etapa a ese lugar del corazón donde se manda a aquellas personas que una vez fueron y ya no son, o que nunca dejaron de ser y desterró igualmente. Pero ahora que había vuelto, se iba dando cuenta de que únicamente se mentía a sí misma. El recuerdo gris que tenía de su infancia, con aquellos padres distanciados, sus problemas con Diego o Silvia y las habladurías típicas de los pueblos, se iban viendo eclipsados por aquellos momentos que ahora revivía de forma diferente. Se había centrado tanto en los malos recuerdos que había olvidado los buenos, como si su cabeza los hubiera estado ocultando tras finas capas de resquemor autoimpuesto a su corazón. Y allí, con aquel tipo enfrente con el que no tenía ganas de estar, mientras miraba el embalse, la reportera recordó aquella tarde de verano en la que acompañó a su padre a pescar —sin matar— lucios sobre aquellas aguas.

—¿Has visto a alguno de estos? —se interesó Zabala.

—Qué va, solo a ti —contestó Lis, que cada vez tenía menos ganas de estar allí.

—Ah, pensé que habías visto a Diego —dejó caer.

—Lo mismo le escribo, ya veré qué hago, ¿sigue con el mismo número?

El policía asintió mientras el camarero traía las bebidas. El cóctel de Zabala era azul, Lis no podía dejar de mirarlo. «¿Qué tipo de macho dominante se pide un cóctel azul y encima lo sorbe con pajita?».

—Ahora trabaja de repartidor —apuntó Zabala con menosprecio. A pesar de ser amigos, ahora mismo Diego era el rival a batir—. Nunca quiso estudiar, ya sabes.

—Bueno, mientras sea feliz, qué más da —contestó a la vez que el tontómetro de Lis subía a DEFCON 4 (Incremento de la vigilancia por inteligencia y extremar las medidas de seguridad).

Después de varias nimiedades más, Lis empezó a pensar que

definitivamente estaba perdiendo el tiempo. Solo estaba allí porque quería que Zabala le diera algo de información al día siguiente por la mañana, cuando se tuvieran los resultados de la autopsia de Nuria, por si Adolfo fallaba. O para que, si Abel recibía el alta, le informara. Y para más inri, Julián, el hombre que avisó a emergencias, tampoco hacía acto de presencia.

—¿Cómo está Abel? —se interesó Lis.

—Bueno —siguió Zabala, queriendo ganarse un poco el favor de Lis—, ahora sí puedo hablar un poco más. Está estable en la UCI, lo último que sé es que, si sigue evolucionando como hasta ahora, mañana por la mañana le pasarán a planta.

—Hazme un favor y avísame si le dan el alta.

Zabala asintió mientras, sin levantar el vaso de la mesa y sin dejar de mirar a tu interlocutor, ponía cara de besugo al sorber por la pajita de su cóctel azul.

—¿Él no sabe nada? De que su mujer esta calcinada —explicó Lis.

—No lo sé, estaba inconsciente cuando lo encontramos.

—Y se salieron de la carretera, sin más —divagó Lis, dejando de nuevo caer la afirmación por si salía algo más de boca de su acompañante.

—Estaba lloviendo mucho, quizás tomó la curva anterior demasiado fuerte y el coche se le fue. Ha habido más accidentes en esa zona. Además, había poca visibilidad por la niebla.

—Zabala, aquí están pasando cosas extrañas —volvió directamente al tema Lis.

—Otra vez no, por favor.

—Escúchame un segundo, he estado investigando —comenzó Lis, omitiendo en todo momento que había estado quedando con Diego y que, por tanto, sabía toda su versión—, antes quería ver qué me decías tú sin yo contarte nada.

—Nosotros también hemos investigado, Lis —repuso ligeramente enfurecido.

Una Lis más furiosa que de costumbre le cortó y comenzó su exposición mientras Zabala, atónito, dejaba de sorber por la pajita. Le

explicó cómo Nuria, enferma desde el lunes por la tarde, con posibles síntomas desde el domingo según Mónica, comunicó su baja al colegio a través de Satur el martes. Abel, por su parte, después de haber tenido el lunes por la tarde una bronca con Satur en la puerta de la carnicería y una posible pelea con Nuria ese mismo día por la noche en su casa, colgaba el cartel de cerrado por vacaciones. Y como Satur, enamorado de Nuria desde hacía años, fue además uno de los peor parados de los estafados por Vicente. Y Fernando…

—¿Coincidencias?

—¿Tienes alguna prueba? —preguntó Zabala incrédulo.

—Tenemos varios testimonios y…

—¿Tienes alguna prueba tangible?, Lis —repitió Zabala levantado algo más el tono de voz.

—No.

—Pues ya está. Nosotros tampoco. ¿Te digo yo cómo debes escribir un artículo? No, ¿verdad? —se respondió a sí mismo—. Se necesitan pruebas, y tú no tienes nada. Solo conjeturas. —Al ver que Lis no le respondía, Zabala se creció—. ¿Qué pretendes? Llegas aquí, después de no sé cuántos años. La niña pija recién llegada de la capital, y de repente cree saberlo todo de todos, y no tiene ni idea de cómo funcionan las cosas por aquí.

Marcos Zabala estaba cansado del tema conspira-paranoico, ya discutió por lo mismo con Diego varios días antes, y ahora también con Lis. Y si había algo que detestaba era que alguien le dijera cómo hacer su trabajo.

—Tienes razón, perdona —apuntó Lis comiéndose su orgullo. Aun sabiendo que tenía más razones que él, sabía si le iba a necesitar, y no debía cerrar esa puerta.

—Perdóname a mí también.

Lis intentó estirar algo más la conversación para que no pareciera un mero trámite en el que ella buscaba algo de él.

—¿Cómo están el resto? —preguntó Lis.

—Pues bien, los Martínez siguieron con la ferretería del padre, ahora tienen tres. Al final van a ser más listos de lo que parecía. —Ambos

sonrieron—. E Inés trabaja en el supermercado del centro como dependienta.

—¿Sabes?, siempre vi a Inés con Diego —dejó caer con indiferencia

—Qué va, Diego solo tenía ojos para ti. —A Lis se le escapó una sonrisa—. Ah, bueno…, y a Silvia le perdimos la pista hace mucho. Se fue del pueblo, después de… —hizo una pausa, sin saber muy bien cómo decirlo— aquello contigo.

«Mierda», pensó Zabala nada más soltar su última frase.

—Ya. —A Lis eso le vino perfecto—. ¿Nos podemos ir, por favor? No me encuentro muy bien.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —preguntó Marcos, aunque sabía perfectamente que su cometario no había sido acertado.

—No, pero ya sabes…, aquello me afectó —dramatizó Lis. Se quería ir, y tenía la excusa perfecta.

Lis le dijo a Zabala que tenían que volver a quedar, así le dejaba tranquilo y con la puerta entreabierta para tenerlo disponible. Aunque no le gustaba demasiado hacer eso, no había otra.

Nada más entrar en la casa, sacó su teléfono. Tenía una llamada de Ned y varias de Diego, a quien devolvió la llamada con la esperanza de que se lo cogiera y pudieran verse, pero no contestó.

El primer wasap era el de Diego.

Diego Sempiterno

Llámame en cuanto puedas. Tengo algo. 20:04

Lis volvió a intentar llamarlo. Pero no le cogió el teléfono.

Conversación, Diego Sempiterno

Perdona, no estaba en casa. 21:44

Si te apetece, dime. Y nos vemos. 21:50

Abrió la conversación de Ned.

Eduardo Friki Loco Fotógrafo

Lis, te paso la dirección de Fernando. 19:11

Si en una hora no te contesto, llama a la Policía y les traes corriendo, por favor. 19:11

https://maps.app… 19:12

Lis, estoy bien. 19:58

Las letras son bastante similares, pero tampoco coinciden. Y vas a flipar, me ha dicho que fue Satur el que agredió a la chica y no él. Y no era a una chica cualquiera, era Nuria. 19:59

Fernando asegura que Satur la agarraba del brazo cuando intercedió. Coincide con los moretones que dijo Mónica que Nuria tenía dos semanas atrás. 19:59

Luego hablamos. 20:00

Llegaré tarde, mañana te cuento. □ 20:58

«¿Qué demonios estará haciendo?», pensó Lis mientras cambiaba el nombre de «Eduardo Friki Loco Fotógrafo» en su lista de contactos por «Ned».

46

NED

Viernes. 19:40. Manzanares el Real

Cuando Ned cogió su teléfono móvil para llamar a Lis y contarle todo lo que había descubierto, tenía veinticuatro llamadas perdidas de su madre.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? —preguntó Ned preocupado cuando su madre descolgó.

—¡Ay!, mi Edu —gimoteó la madre.

—Madre, no me llames Edu, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó de nuevo.

—¡Ay!, mi Edu… Menos mal que te escucho —dramatizó la madre—, yo ya me estaba temiendo lo peor.

—¿Pero de qué me hablas?

—¿Ya está contigo la Policía?

—¿La Policía? —preguntó Ned desconcertado.

—Claro. Pues sí que han sido rápidos… —divagó la madre.

—Madre, ¿qué has hecho? —preguntó interrumpiéndola.

—Pues lo que me dijiste, hijo, llamar a la Policía. Porque, claro, esto es un sin vivir y yo estaba tan preocupada…

—Pero, madre, te dije que llamaras en una hora, y no han pasado ni treinta minutos.

—¡Ay!, qué sé yo. Tenía una angustia…

—Llama a emergencias ahora mismo y di que ha sido una falsa

alarma.

—Vale.

—Pero llama ya, según te cuelgue.

—Sí —confirmó la madre.

—¿Seguro? —insistió Ned, conocedor de la dejadez de su madre en algunas ocasiones.

—Que sí, pero ¿estás bien? —inquirió la madre.

—Sí, madre, estoy bien, tengo trabajo —replicó haciéndose el importante—. Luego hablamos. Llama ya. Te quiero.

Ned cortó la llamada con su madre y suspiró.

—¡Qué mujer! —dijo entre dientes.

Tras escribir a todas las personas a las que había avisado con su mensaje de alerta, con el fin de evitar otro conflicto como el de su madre, Ned se acomodó en el asiento del conductor. Se sentía increíblemente bien. Estaba orgulloso de sí mismo, de cómo se había comportado. De lo que había hecho. Él nunca se habría atrevido a hacer algo así. Y le gustaba esa sensación.

Ned llamó a Lis para ponerla al día de sus descubrimientos antes de salir de Manzanares rumbo a Sempiterno, pero no le cogió el teléfono. Así que le dejó un wasap.

Un par de coches de Policía apareció con la sirena encendida y aparcó enfrente del edificio donde vivía Fernando.

—No puede ser —suspiró Ned—. ¡Madre! —le gritó como si la tuviera delante.

Ned arrancó el coche y se fue echando humo, pero no se puso nervioso ni le temblaron las piernas. Varias calles después se extrañó, sabía que en circunstancias normales ya estaría haciéndose mil y una preguntas, como: «¿Qué pasará con Fernando? ¿Le harán algo? ¿Y si lo detienen? ¿Y si vive con su madre? ¿Y si la mujer no es autosuficiente? ¿Qué hará?». Pero esta vez no. Esta vez no había mil y una preguntas y no había ansiedad. Y no era por los ansiolíticos. Algo había cambiado dentro de él, aunque solo fuera por aquel instante, y se sentía capaz de todo.

Ensimismado en sus «no preocupaciones», Ned conducía de nuevo por la M-608 de vuelta a Sempiterno con los limpiaparabrisas sin dar abasto y una visibilidad casi nula. El día no acompañaba y la investigación tampoco avanzaba, pero Ned, en cambio, estaba feliz, había hecho cosas que jamás se pensaba que podría hacer. Una idea le surgió en la cabeza, pero la rechazó. ¿Y por qué no?, quizás era el momento de seguir haciendo locuras, se dijo. Mientras sujetaba con firmeza con la mano izquierda el volante, cambió el punto de destino en el GPS con una sonrisa en la boca. Cuando llegó a su destino, dejó el coche en el aparcamiento de arena sin marcas delimitadoras y sacó su móvil, tenía que avisar a Lis de que llegaría tarde para no preocuparla.

Lis Diario 33

Llegaré tarde, mañana te cuento. □ 20:58

Entró en el Hostal Alfredo, pero no había nadie en la recepción. Todo estaba vacío y en calma. Él sabía que en circunstancias normales jamás hubiera hecho algo así, pero si había algún día para romper barreras, era ese. Se sentía con fuerzas para una gesta de tal magnitud. Aunque, al no ver a Aurora tras el mostrador, las dudas surgieron y se empezó a venir abajo.

Estaba a punto de darse la vuelta para marcharse cuando Aurora salió por la cortinilla que había detrás del mostrador de recepción. Ned se quedó parado, mirándola, sin saber qué hacer. Todo el ímpetu que traía consigo se convirtió en cobardía según la miró.

—Hola —le saludó amablemente Aurora.

—Hola —contestó Ned sintiendo un inicio suave de tembleque en las piernas.

—¿Quieres una habitación? —le preguntó con una sonrisa risueña.

—No, no necesito una habitación —respondió Ned sin dar pie a Aurora a entrar en una conversación.

—Ah —dijo Aurora algo cortada por lo tajante de la respuesta de Ned. Los dos se quedaron callados, sin saber qué decir—. ¿Te dejaste algo? —preguntó Aurora, sin entender muy bien qué hacía ahí pasmado

delante de ella.

—No, verás… —a Ned le empezaron a sudar las manos—, quería saber si te apetecería hacer algo. Luego. —Aurora se quedó callada mirándolo, asimilando su proposición—. Conmigo —añadió Ned.

—Suponía —dijo con una leve sonrisa cómplice—, no creo que vinieras en nombre de otra persona, ¿no? —le vaciló Aurora antes de sonreírle de nuevo.

—No, no. Vengo en mi nombre —contestó Ned, que estaba demasiado nervioso para entender el vacile de Aurora—. Nunca habría hecho algo así. Venir en nombre de otra persona, me refiero.

—Ah, bien —dijo con algo de sorna Aurora—. Salgo en media hora. Si me esperas, podemos ir a tomar algo, sí.

—Sí —contestó Ned—, podemos tomar un helado o dar un paseo.

—Bueno, creo que no es día ni de helados ni de paseos —le vaciló de nuevo Aurora antes de volver a reírse, le parecía tan mono…

—Ah, bueno…, podemos hacer otra cosa, si quieres.

—Algo se nos ocurrirá —respondió lanzándole otra sonrisa tierna y cómplice.

47

DIEGO

Viernes. 19:12. Sempiterno

Cuando Diego llegó al almacén de Con Gusto Sempiterno con la furgoneta de reparto, no quedaba nadie. La intensa lluvia que había estado cayendo durante todo el día le hizo retrasarse más de la cuenta con las entregas. Abrió con su llave el gran portón metálico que daba acceso al almacén y metió la furgoneta de culo para poder cargarla con los pedidos para el día siguiente. Cogió las cajas para el reparto del sábado y las fue metiendo de una en una. Cuando terminó de cargar, se quedó mirando las cajas apiladas en su interior, de varias formas y tamaños, pero siempre de cartón con el logotipo de la empresa en los lados. Y un detalle que en su momento pasó por alto, volvió a su memoria como algo revelador.

Diego subió de dos en dos las escaleras metálicas que llevaban a la pequeña oficina que había en el piso superior del almacén. Se sentó en el asiento de Marta, la administrativa, quien se encargada de organizar los repartos, preparar las facturas y los albaranes, y del registro de los pedidos y los clientes en el programa informático que usaban para tener una base de datos de facturación. Encendió el ordenador y sobre la pantalla negra apareció un cuadro de diálogo azul pidiendo una contraseña que no tenía.

—Hola, Diego, ¿pasa algo? —preguntó Marta sorprendida de que la llamara tan tarde.

—Hola, Marta, perdona que te moleste a estas horas. Se me hizo tardísimo y todavía no he terminado.

—Vaya. Lo lamento.

—Sí, con la lluvia, ya sabes….

—Ya, imagino —asintió Marta.

—Te llamaba porque se me ha mojado uno de los albaranes y no se ve la cabecera del pedido —mintió el cacereño—, ¿podrías darme la contraseña del ordenador para imprimir una copia?

Marta le indicó la contraseña; los números del uno al ocho.

—Vale, perfecto —agradeció Diego.

En la pantalla principal del programa se podía seleccionar por clientes, pedidos, etc. Sin ficha de cliente no podías tener ningún pedido y, tal y como había intuido, no había ningún Saturnino en su base de datos. Al no haber ficha de cliente, no había ningún pedido asociado a ese nombre. «Si no tiene ficha, ¿de dónde sacó la caja que afirmó haber visto Lis a través de las ventanas de su casa?», reflexionó Diego. El mero hecho de que hubiera una caja en casa de alguien que no es cliente no era muy relevante, pero si la etiqueta estaba a nombre de Abel, tendrían lo que hasta entonces habían estado buscando, una prueba evidente. Tenía que moverse rápido y encontrar la caja antes de que Satur se deshiciera de ella.

El cacereño llamó a Lis, pero no le cogió el teléfono, así que le escribió por WhatsApp. Y de camino a la casa de Satur, volvió a intentar contactar con ella sin resultado. Era noche cerrada cuando Diego tomó la salida del camino de la dehesa desde la M-607. Era un barrizal y la visibilidad, entre la lluvia y la oscuridad de la zona, escasa. Diego no sabía por qué, quizás pura intuición, pero cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que aquella caja en casa de Satur era la misma caja que el miércoles por la mañana dejó sobre el felpudo de la casa a Abel. Se maldijo por no haber pensado en ello hasta ahora, por no comprobar si la caja seguía en el felpudo o no. Por no haberle dado ni la más mínima importancia.

Aparcó unos metros antes de la entrada a la granja de Satur y siguió a pie el resto del camino. Se puso el chubasquero verde oscuro del trabajo y se subió el cuello para guarecerse de la lluvia. Casi no veía, la noche gobernaba el firmamento y le costaba avanzar con sus deportivas entre el barro y los charcos del suelo. Observó la casa desde lejos, no parecía que hubiera movimiento en el interior, aunque una de las luces estaba encendida. No tenía muy claro por dónde empezar, pero si Satur había tirado la caja, con un poco de suerte, estaría donde los cubos de basura. Su primera parada fue bajo la pérgola de madera, pero no encontró nada ni entre los cubos ni entre los cartones tirados en el suelo ni dentro de la furgoneta. Se asomó con cuidado a una de las ventanas que daba al salón. Satur estaba sentado en el sofá mirando la televisión. Sobre la mesa del salón

seguía la caja de Con Gusto Sempiterno. Era el tamaño grande, del mismo que había dejado en casa de Abel unos días antes, estaba abierta, pero desde allí no podía ver la etiqueta de la caja.

Diego inspiró hondo y llamó al timbre de la casa.

—¿Le puedo ayudar en algo? —dijo Satur tras abrir la puerta de la entrada de su casa.

Satur lo miraba imponente, desde la superioridad que le otorgaba su metro noventa.

—Perdona —comenzó el cacereño—, he pinchado y necesito llamar a la grúa. ¿Te importa si uso tu teléfono? Me dejé el móvil en casa —soltó de carrerilla, tal y como había memorizado.

El gigante lo observó de nuevo y asintió.

—Mala noche para pinchar en el bosque —soltó Satur.

—Sí, la verdad es que sí. Vaya noche —dijo Diego siendo amable y algo nervioso—. Tuve un mal día y a veces me gusta ir hasta el final del camino de la dehesa y luego pasear a solas cerca del embalse.

—Sí —le respondió Satur.

Diego se limpió todo lo bien que pudo las zapatillas en el felpudo y entró en la casa seguido por la atenta mirada de Satur.

—Está ahí —señalando con la mano una pequeña mesita caoba con una lámpara y el teléfono.

El gigante observaba cada movimiento de Diego desde la entrada. Sin inmutarse, sin moverse. La mesita del teléfono estaba al final del sofá, a medio camino hasta la mesa. Diego cogió el teléfono y marcó el número de la casa de sus padres.

—Hola, buenas —dijo fingiendo que hablaba con un teleoperador cuando su padre respondió, dándole sus datos personales y numero de matrícula—, he pinchado en el camino de la dehesa, a unos tres kilómetros de la carretera de Colmenar Viejo —continuó, e hizo una pausa, mientras su padre le seguía el juego a su hijo, pensando que se trataba de una broma—. Vale, muchas gracias. Sí, espero —concluyó para darse tiempo.

Satur lo seguía mirando, chascando ligeramente con la lengua su

paladar, se le notaba nervioso. Moviendo la boca, apretando los dientes y frunciendo el ceño. Con cada gesto se le marcaba más la cara, dándole un aspecto más tenebroso. Diego se giró hacia la mesa, veía la caja y la etiqueta. Forzó la vista para intentar leer el nombre del destinatario. El corazón se le paró de golpe al leer el nombre de Abel, mientras su padre le decía desde el otro lado del cable que él no escuchaba.

—Estupendo. Aquí les espero. Muchas gracias —contestó Diego a su padre y colgó.

—¿Ya vienen? —preguntó Satur.

—Sí, me han dicho que tardarán como media hora, los esperaré en el coche —contestó nervioso.

El paso hacia la puerta estaba cortado por Satur, que respiraba agitado y su gesto se descomponía de forma extraña.

—¿Me dejas salir? —preguntó Diego evitando contacto visual.

—Yo le he visto antes —le dijo Satur mientras lo dejaba pasar.

—Esto es un pueblo, yo también te he visto muchas veces.

La expresión de Satur se deformaba con los extraños movimientos que hacía, contrayendo los músculos y apretando los dientes. Diego rodeó la prominente barriga de Satur con cautela y cogió el pomo de la puerta y lo abrió.

—Yo le he visto hace poco —matizó Satur. Diego no entendía a dónde quería llegar, o quizás sí—, a través de la mirilla de la casa de Abel —sentenció.

Le había descubierto. No tuvo tiempo de reaccionar. Diego se giró para empujarle e intentar huir cuando Satur lanzó su brazo izquierdo contra su cabeza con la mano abierta. Le cogió el cráneo como si fuera una pelota y lo proyectó con todo el impulso del cuerpo hasta estamparlo contra el muro que daba a la cocina. El primer envite dejó a Diego fuera de combate, sintió el chasquido de su cráneo contra el muro. En los pocos segundos que tardó el cacereño en retomar la consciencia e intentar reaccionar, el gigante lo embistió de nuevo, más fuerte, más duro, de nuevo cogió su cabeza con su mano y la reventó contra la pared de ladrillo abriéndole la piel del lado izquierdo a causa del brutal impacto y salpicando de sangre la pared. Diego se desvaneció y se precipitó al vacío hasta impactar contra el suelo.

48

LIS

Primavera, quince años antes. Sempiterno

Tras varias llamadas a su móvil que no cogió y varios mensajes de texto que tampoco contestó, Diego se presentó en la puerta de la casa de los padres de Lis. Llamó al telefonillo, pero la joven aspirante a reportera no quería verle. Él quería saber qué había pasado, por qué se había ido sin avisar, pero Lis no tenía intención de hablar con él. El cacereño se quedó esperando dentro de su viejo coche negro, el que tantas noches les había dado cobijo bajo el manto estrellado de Sempiterno. Aunque sabía que él estaría preocupado, no quería contarle nada. Ni a él, ni a nadie. No tenía fuerzas y se consolaba pensando que, si no hablaba de ello, lo mismo aquel recuerdo de los labios de Silvia pegados a los de ella con las risas de Mariano y su secuaz de fondo, se esfumaría como vaho en la niebla.

Al final, tras varios intentos más por parte de Diego, Lis le dejó pasar, más por pena de tenerlo dentro del coche esperando que por querer verlo, y le pidió que no le hiciera preguntas. Diego se quedó sentado en el sofá, sin decir nada, mientras ella lo miró en la distancia antes de regresar a su cuarto y el joven se estremeció. Vio algo en su mirada que le apenó. Como si esa mirada fuera el fiel reflejo de todo lo que le pasaba en aquel momento; la soledad que sentía en aquella casa, el distanciamiento de sus padres y con Diego, y todo lo relativo a aquel dichoso pueblo, Silvia, Mariano y su secuaz, Inés… A Lis, ya nada que tuviera que ver con Sempiterno le importaba. Y eso fue lo que el cacereño sintió en aquella mirada lanzada con pesar desde la otra esquina del salón.

Una vez en su habitación, Lis se acurrucó bajo las sábanas. Estaba tan disgustada y tan herida, que no sabía cómo reaccionar, solo quería estar sola. Fue en ese momento cuando revivió todas y cada una de las discusiones con su padre por Diego y cuando, por primera vez, empezó a creer que tenía razón. «Si le hubiera hecho caso, esto no habría pasado», reflexionó.

Y luego, claro, estaba lo del beso. Sabía que, aunque no lo contara, no se esfumaría como vaho en la niebla. Y menos en un pueblo, lleno de habladurías baratas lanzadas por lenguas aburridas que atacaban sin escrúpulos al más mínimo desliz, y todavía menos, si cabe, con Mariano como pregonero oficial. Ella sabía lo que iba a suceder; cada versión se iría volviendo más grotesca y lasciva que la anterior, evolucionando por el boca a boca, hacia lo más morboso y rocambolesco posible. Lis tenía claro que no iba a volver a Sempiterno, pero todas las habladurías y motes le fueron llegando a través de Inés días, e incluso meses, después, «curioso, ¿verdad?», se decía a sí misma. Y así fue como pasó a ser Lis la Bilis, Lis la Bollera y un largo etcétera. A cada cual más asqueroso y vomitivo. «A mí no me gustan las mujeres, pero, y si me gustan, ¿qué?, ¿qué más da?, ¿no se puede?», se decía. Pero en aquella época era demasiado débil, demasiado frágil, y no pudo enfrentarse a ello.

A la mañana siguiente, a primera hora, hizo las maletas para volver a Madrid y discutió con Diego. Su última discusión. Ella le dijo que era un perdedor, que jamás llegaría a nada en la vida. Las palabras de su padre salían por la boca de la chica sin que a ella misma le diera tiempo a pensarlas. Él se quedó en shock, no se lo esperaba, le dijo que tenía sus planes, que quería estudiar mecánica y arreglar coches. Quería montar su propio taller y participar en carreras de coches, prepararse para ello, que eso era lo que siempre le había gustado. «Tener un trabajo estable con el taller y un hobby con futuro, como las carreras de coches», y estar con ella, aunque esto último no se lo dijo. «Muchos pájaros en la cabeza tienes tú», le contestó. Y en realidad, aunque Diego estuviera diciendo todo aquello convencido, hacía varios meses que había avanzado absolutamente nada en su grandioso plan. Y Lis ahora solo veía en él a un perdedor, alguien que dejó todo de lado por pereza, por vaguería, por apatía. Mucha gente decide no esforzarse en la vida, y para Lis él era uno de ellos; alguien que ganaba suficiente dinero para sus caprichos con trabajos de mala muerte y se conformó. Y entonces brotaron de su boca las palabras de las que tiempo después se arrepentiría el resto de su vida: «Yo no soy para ti. Quédate con Inés», sentenció una joven Lis. Y se fue sin darle derecho a réplica. Lo dejo ahí, de pie, en la entrada de la casa de sus padres, mirando cómo se iba la mujer de su vida, aunque en aquel momento él tampoco era consciente de ello, mientras Lis dejaba atrás al hombre de la suya, sin ser tampoco consciente. Viendo cómo su silueta se hacía cada vez más pequeña a través del espejo retrovisor del coche de su madre.

No habían pasado ni veinte minutos desde que había dejado a Diego cuando le asaltaron las dudas. De repente ya nada estaba tan claro

como lo había expresado. «Joder, Lis…», y le entraron las dudas. Quizás pagó con quien menos lo merecía todas sus desdichas. Él la quería, seguro. Se había ido a buscarla después de desaparecer la noche anterior. Se quedó en el coche esperando, y luego en el sofá. Ni una mala palabra salió de su boca, ni una mala voz. Aguantó todo como un hombre. «Quizás nadie me vuelva a querer como él, pero querer no es suficiente», las palabras de su padre resonaron de nuevo por su cabeza. «Hacía falta tener un plan común». Y el del cacereño distaba demasiado del de la madrileña, aunque ella tampoco es que tuviera ningún plan. «Qué sabía yo, solo tenía veinte años», se decía a menudo cuando lo revivía años después. «En esta sociedad en la que vivimos, con veinte años tienes que saber qué estudiar, qué beber, qué comer, cómo comportarte, cómo vestir, a qué te quieres dedicar, con quién te vas a casar. Pero la verdad es que con veinte años no tenemos ni la más remota idea de ninguna de todas esas cosas», reflexionaba Lis.

Después de aquel fin de semana, Lis conoció a más chicos, hombres con un plan en su cabeza. Un plan, quizás, más cercano al suyo. Pero un plan por sí solo tampoco afianza una relación, se necesita más. Y entre otros brazos Lis echaba en falta la otra parte, la sentimental. Recordaba cómo la trataba Diego, cómo la cuidaba, cómo la miraba… Porque lo que te acerca de verdad a una persona son los sentimientos. Con el tiempo entendió que la relación perfecta es una funambulista que pasea entre lo que dicta la cabeza, el plan, y lo que siente el corazón, el amor. Donde el contrapeso lo lleva lo segundo.

Durante mucho tiempo Lis se asomó a balcones de mármol en casas vacías. Aunque disfrutó, no había nada como lo que ya no estaba; aquellos besos de Diego, aquellas caricias, aquellos abrazos, todo lo que no volvería a sentir jamás estaba instalado de forma permanente en su memoria. Y se obligaba a no pensar en ello, «teníamos planes diferentes», se decía de vez en cuando, y le valía para convencerse. Un tiempo. Muchas veces se conectaba al WhatsApp y miraba su foto de perfil para ver cómo estaba, para ver si había cambiado. Soñaba con él o le venía a la mente su recuerdo en las situaciones más dispares. Deseaba verle horrible por el paso del tiempo, hundido por su vida de perdedor para convencerse de que tomó la decisión correcta. Pero no, en todas y cada una de las fotos de perfil que fue cambiando durante todos esos años que estuvieron separados estaba igual de guapo que siempre, con la misma sonrisa.

Cada beso, cada abrazo eran minuciosamente estudiados y comparados con los de Diego… y todos, absolutamente todos, perdían la batalla. Y así fue como se dio cuenta con los años de lo que había

perdido, de que lo que su padre quería para ella era lo contrario de lo que ella requería. «Si ambos hubiéramos puesto más de nuestra parte, quizás…», pero ya no podía volver atrás. Ya no.

Con el enfado de aquel día, y tras la reprimenda de su padre, se encerró en su habitación. Con la rabia por todo lo que le había sucedido en las últimas horas todavía dentro de ella, lo primero que se le ocurrió fue cambiar el nombre de Diego en su lista de contactos. De «Mi gordo» pasó a ser «Diego», pero tenía varios Diegos, así que le añadió el nombre del pueblo detrás: «Diego Sempiterno». Paradojas de la vida, quizás. La paradoja cero de lista de paradojas de Lis, la que nunca apuntó en la lista, la que nunca reconoció. Ella puso un punto y final a algo que no podía terminar, y tuvieron que pasar más de quince años para darse cuenta.

Diego Sempiterno…, del latín sempiternus: que durará siempre; que, habiendo tenido principio, no tendrá fin.

Era casi la una de mañana y Lis seguía mirando su conversación de WhatsApp con Diego.

Conversación, Diego Sempiterno

Perdona, no estaba en casa. 21:44

Si te apetece, dime. Y nos vemos. 21:50

Y añadió:

Te he echado de menos. 01:02

Todo este tiempo… 01:06

49

DIEGO

Sábado. 01:02. Sempiterno

Diego estaba sentado en una silla atado de pies y manos. Nada más recuperar la consciencia sintió nauseas. Estaba mareado. La sangre se deslizaba desde la parte izquierda de su cráneo hasta empapar el chubasquero y los pantalones. Respiraba despacio, aturdido. Miró a su alrededor desconcertado, no sabía dónde estaba. Era un espacio subterráneo, sin ventanas, con unas escaleras de madera que ascendían hasta una puerta que daba a la planta superior. La única luz provenía de una docena de cirios colocados en forma de cruz en el suelo, justo en el centro, a los pies de un enorme pilar de madera tallada, muy diferente al resto de la construcción. Las paredes estaban llenas de pintadas y símbolos de distintas formas y tamaños. Entre todos ellos, uno se repetía una y otra vez; de mayor o menor tamaño, más o menos ornamentado, cambiando el grosor o el color, pero en esencia, el mismo. Era el que vio pintado con tiza tanto en el marco de la puerta de la casa de Vicente como en el de Abel: una cruz más grande albergaba otras cuatro cruces más pequeñas, una en cada uno de los cuatro huecos vacíos de la primera.

En la pared de enfrente vio los restos de un fuego extinto. El reguero tiznado que el humo había dejado ascendía por la pared hasta un agujero en el techo por el que se colaba un débil haz de luz y el goteo de la incesante lluvia. El agujero también era diferente a la construcción original del sótano, estaba hecho sin cuidado, se veían las paladas de cemento o los ladrillos rojos chascados por algún tipo de pico o pala. Diego interpretó que estaba en el sótano de la casa de Satur y ese era el agujero por el que Lis creyó ver algo moverse.

A la derecha de las cenizas había una puerta débilmente sujetada en un hueco más grande que ella, como si se hubiera escarbado por detrás del muro para sacar una habitación. Diego giró el cuello y su cuerpo todo lo que las ataduras le dejaron para mirar a su espalda. En la pared contraria al fuego había una silla con una chaqueta colgada

sobre el respaldo y una mesa de trabajo en medio de otras dos puertas que sí parecían de la construcción original. Sobre la mesa había morteros, botellas de ron, estampas de vírgenes, cuchillos y más cirios, la mayoría desgastados. Ancladas a la pared había varias estanterías repletas de libros y diferentes tipos de vasijas de barro y tarros de cristal, adornadas con rosarios y plumas, además de más velas, algunas encendidas y otras completamente desechas.

La puerta que daba acceso al sótano se abrió y unos pasos lentos y pesados hicieron crujir la escalera de madera a cada pisada. Satur apareció recortado por la tenue llama de las velas, con su peto vaquero y la camiseta interior blanca manchados de barro. Se movía diferente, más liviano. Su kinésica había cambiado radicalmente, como si sus movimientos fueran ordenados por otra persona, como si fuera una marioneta.

—Suéltame —le dijo Diego casi sin poder articular las palabras mientras lo observaba incrédulo, no podía creer que el tipo que tenía enfrente fuera la misma persona que hace un rato le reventó la cabeza contra la pared. El Satur de ahora le sonreía misteriosamente. Llevaba una botella de ron en una mano de la que bebía sin cuidado y parte del alcohol se derramaba por su pecho.

—¡Suéltame! —repitió Diego levantando la voz.

—No puedo, vissste la caja —dijo Satur pasando de largo a su lado y acariciándole el hombro—. Cuando la vi sssobre el felpudo me la llevé para celebrarlo con Nuria, debería haberme desssecho de ella. De la caja, claro. —Y soltó una sonora carcajada salida de ultratumba.

Diego giró el cuello de nuevo todo lo que pudo. Satur se había puesto la chaqueta que colgaba en el respaldo de la silla, un frac de terciopelo azul oscuro. Se colocó unos guantes de látex y comenzó a manipular los morteros, frascos y tarros que había sobre la mesa de trabajo.

—Suéltame, pedazo de mierda —le exigió Diego entre susurros.

—Los bokores servimos a los loas con ambas manos —su forma de hablar cambió, más seria, más lúgubre—, podemos hacer el bien o el mal, sí —añadió mientras vertía el contenido de los diferentes recipientes en el mortero.

Después cogió un majador de madera y prensó los distintos polvos, minerales y especias que había ido echando. Con cuidado. Despacio, con tesón y paciencia.

—Llevo años practicando —continuó Satur con cierta desazón—, intentado duplicar el polvo original, sí, pero sin conseguirlo.

Cuando terminó de mezclar, Satur metió su mano izquierda en el mortero, extrayendo el contenido dentro de su mano cerrada. Diego lo miraba, retorcido sobre la silla, sin entender nada de lo que Satur estaba diciendo.

—¡Que me sueltes! —gritó el cacereño.

—Ya no me queda mucho del polvo original —repitió mientras acariciaba uno de los tarros de aspecto más antiguo con el cristal apagado por los años.

Satur arrastró la silla hasta situarse enfrente de Diego y se sentó en ella, se había puesto unas pequeñas bolas de algodón en cada uno de los orificios de la nariz y hundía su mirada en la de Diego. Una mirada más cruel y vacía.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —Por primera vez Diego empezó a sentir miedo ante la incertidumbre de aquella imagen. La de un Satur distinto, poseído, de movimientos extraños, voz lúgubre, vestido con aquel frac de terciopelo azul oscuro sobre el peto vaquero manchado de barro, con las bolas de algodón en la nariz, todo ello recortado por la siniestra danza que brindaban los pequeños cirios en el suelo formando una cruz…

—Tú serás el primero.

—¿El primero de qué? ¿De qué hablas? Suéltame, puto loco.

—El primer ser humano con el que pruebe mi versión del polvo original.

Con una velocidad endiablada Satur extendió su mano izquierda frente a la cara de Diego, sobre el guante de látex había una fina capa de polvo blanco y cristalino, y susurró en lo que parecía francés:

—Coup de poudre .

Y sopló con fuerza. La nube de polvo cubrió rápidamente la cabeza de Diego. Los ojos le empezaron a escocer tanto que comenzaron a segregar lágrimas mientras el blanco de sus ojos se enrojecía por el ardor que sentían. Quería rascarse, pero no podía, y se empezó a tambalear sobre la silla. Tiraba de su ataduras y sentía como su piel se rasgaba. Su garganta se secó y no había saliva para remediarlo. El aire

empezó a desaparecer a su alrededor y se ahogaba, no había oxígeno que respirar. Diego tosía desesperado, una tos tan fuerte que desgarraba su garganta y le hacía escupir sangre del esfuerzo, mientras intentaba buscar una bocanada de aire que no llegaba. Sentía el polvo recorriendo su cuerpo por fuera y por dentro, bajando por su garganta y subiendo hasta su cerebro.

—El polvo original solo mata en apariencia —comenzó Satur mientras Diego se retorcía frente a sus ojos—, Abel y Nuria saben de lo que hablo —y dejó escapar una sonrisa de satisfacción—. El coup de poudre está hecho de una sustancia tóxica que hay en las glándulas del pez globo, la tetrodotoxina, capaz de ralentizar el metabolismo hasta un estado de muerte aparente: el corazón late más despacio y la respiración disminuye hasta un punto en el que parece que te ahogas, los músculos se paralizan, y dejas de sentir, pero tu mente, tu consciencia, sigue intacta. Una mente despierta dentro de un cuerpo dormido, sí. Mi versión del polvo original no funciona, aunque hasta ahora solo lo había probado con animales y todos murieron tras una lenta agonía.

Diego comenzó a convulsionar con la boca entreabierta, la baba le caía por la comisura de los labios y los espasmos, que arrancaban desde su columna vertebral, contorsionaban su cuerpo como si estuviera siendo ejecutado en una silla eléctrica.

—Para que la toxina entre en el cuerpo —siguió Satur, de forma pausada y sin prestar ninguna atención a Diego—, hay que añadirle baba de sapo de caña. Los bufos en España son mucho menos venenosos y las medidas cambian, quizás ahí esté mi fallo —se lamentó Satur—. Los demás ingredientes, los minerales y las plantas quemadas, pulverizadas y mezcladas, no creo que sean el problema. Tiene que ser la baba del sapo, sí.

La cara de Diego comenzó a descomponerse, con los ojos ensangrentados e hinchados a punto de estallar y la mandíbula desencajada, como si estuviera rota. Emitiendo sonidos espectrales que ni él mismo era capaz de comprender.

—El efecto dura unas veinticuatro horas, dependiendo del peso corporal. El día que lo probé conmigo estuve casi dos días —y sonrió orgulloso. Satur estiró su brazo y apretó con fuerza la barbilla de Diego, que sentía cómo su cuerpo comenzaba a fallarle—. Primero te quito tu cuerpo —le dijo mirando fijamente a los ojos perdidos del cacereño— y luego, cuando te lo devuelvo, te arranco la consciencia y la hago mía.

»Con una infusión a base de estramonio soy capaz de quitarte la capacidad de pensar por ti mismo, anulo tu consciencia y la hago mía. Así fue como le dije a Abel que estrellara su coche contra el muro y él lo estrelló. Y así fue como también le dije a Nuria que se viniera conmigo, y ella aceptó. ¿Sabes?, la tengo encerrada en esa habitación —señalando con la cabeza de Diego hacia la puerta que estaba en la pared de enfrente junto al fuego apagado—. Sí, has oído bien, está en esa habitación. Y cuando esté preparada, la haré mía.

Diego escuchaba cada palabra sin poder hacer ningún tipo de réplica, sin poder enfrentarse, sin poder moverse.

—Me ha gustado charlar contigo, sí —dijo con cierta tristeza mientras se pasaba la mano con el guante de látex por el poco pelo que le quedaba—. Siempre quise tener un amigo al que poder contarle mis logros. Un amigo fiel… quizás tú…

Y se levantó de la silla y desató a Diego, que se desplomó contra el suelo en el acto. Los espasmos eran cada vez más fuertes. La sangre le brotaba de la nariz y la espuma que le salía a borbotones de la boca se mezclaba con la suciedad del suelo.

—Vaya… va a ser que no, parece que he vuelto a fallar —apuntó con sorna.

Le cogió en brazos como si fuera un muñeco de trapo, subió por las escaleras y salió de la casa. La noche estaba en calma. La luna brillaba en lo alto y las nubes habían desaparecido. De la intensa lluvia solo quedaba el olor en la tierra mojada. Las chicharras cantaban y el viento mecía las ramas de los árboles. Un mundo que el cacereño, con el cuello doblado sobre el brazo de Satur, no sentía y veía al revés.

El establo estaba divido en dos partes por una valla de madera que separaba la zona con las herramientas de labranza de la pocilga. Satur abrió la portezuela de la valla y tiró a Diego al suelo como si fuera basura. Del bolsillo del peto vaquero sacó la botella de ron y le dio un trago largo.

—Un cerdo hambriento puede comerse los huesssos de un hombre como si fueran mantequilla, sí.

Y apretó con su bota la cabeza de Diego contra el suelo. A pesar de no poder moverse, bufó de dolor.

—Aún sientes… Lassstima.

Su risa siguió resonando entre las cuatro paredes aun después de irse. La calma de la noche se vio alterada por el despertar de los cerdos. Diego sentía el fango mojado en su espalda y el chillido de los puercos era cada vez más ávido y áspero. Escuchaba sus pisadas nerviosas sobre el barro pero no los veía. Los intuía entre las sombras, pero no los veía. Intentó moverse, intentó chillar, intentó llorar, pero todo fue en vano. Respiraba de forma entrecortada, intentando atrapar una bocanada de aire que parecía no llegar nunca mientras el olor de los excrementos de los animales se le colaba hasta lo más profundo de su ser. Y entonces tomó conciencia. Solo podía hacer una cosa, mirar el techo. Tenía la mirada fija en un punto concreto por el que veía cómo la luz de la luna se filtraba por las aberturas que había entre los tablones de madera, recortando las figuras en movimiento de los animales que correteaban a su alrededor en círculos concéntricos formando un caleidoscopio de lo más siniestro. Las pisadas y los gruñidos de los cerdos se acercaban, tanteándole. Cada vez más cerca. Un remolino de carne que lo iba estrangulando sin tocarle. Entonces algo le embistió y el cacereño se movió. No fue un movimiento consciente. La angustia le oprimió el pecho. Otra embestida, más fuerte. Y se movió de nuevo. El miedo derrumbó su mente. Sentía los golpes contra su cuerpo sin poder hacer más que mirar el techo del establo. Las embestidas se convirtieron en tirones. Escuchaba cómo el chubasquero, sus pantalones, su camisa, se desgarraban a dentelladas. El terror a lo inevitable se apoderó de él, pero las lágrimas no brotaron y las súplicas no se oyeron, solo resonaron con fuerza por su cabeza. Ahora las dentelladas no rasgaban su ropa sino su carne. Escuchaba cómo media docena de bocas hambrientas desgarraban sus músculos hasta separarlos del hueso. Pero no había dolor, todo estaba en calma. Simplemente miraba el techo siendo consciente de cómo un grupo de cerdos lo devoraban vivo.

50

SATUR

Otoño, treinta y ocho años antes. Sempiterno

Mi padre hacía años que nos había abandonado, así que cuando mi madre enfermó tuve que dejar el colegio para cuidar de ella y ocuparme de la granja. No tardó en empeorar, y como no teníamos suficiente dinero para pagar sus medicinas, empecé a trabajar como fontanero para un hombre que tenía un pequeño negocio de reparaciones por las mañanas y a dar de comer a los cerdos, a cultivar y recoger las frutas y verduras del huerto y a cuidar de mi madre por las tardes.

La gente del pueblo empezó a chismorrear, decían que era tonto, un perdedor, y que por eso dejé los estudios. Aunque es verdad que no se me daban bien, no fue por eso, fue por cuidar de mi madre. Pero tampoco se me daba muy bien. Y entonces apareció ella. Creo que no la había visto antes, recodaría su cara alargada y su nariz picuda, su piel arrugada y sus vestidos de colores. Siempre cargada con su cesto de mimbre lleno de tarros de cristal con los que preparaba todo tipo de potingues y medicinas para mejorar el estado de salud de mi madre. Rápidamente aprendí todo lo que aquella extraña mujer traía consigo y los diferentes usos que les daba. Memoricé todos los nombres de las hierbas y minerales y sus propiedades, las cantidades apropiadas para cada brebaje, infusión o ungüento, los tiempos de cocción adecuados para cada uno de ellos y sus usos; hojas de melisa, lúpulo, raíz de valeriana, flor de espliego, de manzanilla, de caléndula, hierba de milenrama, anís y hojas de alcaravea, para los nervios. Cola de caballo, vara de oro, abedul, gatuña, hojas de menta y hojas de ortiga, para ir mejor al baño. Friegas con alcohol de romero, que dejaba macerar unos quince días antes de usarlos, para los dolores musculares… Los estudiaba y clasificaba en mi cabeza como nunca antes había hecho. Se despertó en mí una curiosidad extraña difícil de explicar.

Nunca había tenido amigos, tampoco los había necesitado, y tampoco

me gustaba demasiado la gente. Pero cuando mi madre murió me sentí solo. Muy solo. Conseguí un puesto como personal de mantenimiento en el Colegio Público de Educación Infantil y Primaria de Sempiterno, pero tampoco me relacioné con nadie. Y la extraña mujer apareció de nuevo. Como si supiera dónde tenía que ir, dónde la necesitaban. A mí no me importó, con ella podía hablar, me escuchaba, se preocupaba por mí y me ayudaba con sinceridad sin mirarme como si fuera un bicho raro. Como hacían los demás. Un día me dijo que yo era como ese hijo que siempre quiso tener, pero que su Dios no le otorgó. Y yo la veía como a una madre, y entonces me dijo que podía llamarla maman.

Con el tiempo la extraña mujer me enseñó un nuevo mundo, un mundo diferente. Mi madre de verdad era católica y yo la tenía que acompañar forzosamente cada domingo a misa. Por eso me resultó más fácil reconocer al nuevo Dios, Bondye, el rey del mundo sobrenatural, inaccesible y ajeno al mundo de los humanos, y los nuevos santos, los loas, que maman me iba enseñando. La comunicación con el mundo sobrenatural se hacía a través de los numerosos loas, entidades también sobrenaturales que actuaban como deidades intermediarias entre aquel mundo y el nuestro. Cada loa tenía una personalidad diferente y múltiples modos de alabarlos. Y solo podían ser invocados a través de los poderosos sacerdotes, los houngans, o de las sacerdotisas, las mambos. Eso era maman, una poderosa mambo, una sacerdotisa vudú con la autoridad suficiente para ponerse en contacto con los loas. una vez invocados, hablaban a través de ella, dándole más poder. La primera vez que vi a Maman Brigitte, el loa del ciclo de la vida y de la muerte y esposa de Barón Samedi, hablar a través de maman, pude comprobar aquel poder. Maman arrancó con los dientes trozos de cristal de una botella de ron, los masticaba mirándome a los ojos, sin parpadear, sin dolor, sin sangrar, y después… se los tragó.

Me enseñó todo lo que había que saber acerca del vudú, sus creencias, costumbres, canciones, bailes, símbolos y rituales. Y así fue como con el tiempo me convertí en houngan, un auténtico sacerdote vudú al servicio de los loas. Creo que mi madre se hubiera sentido orgullosa de mí. Y utilicé mis nuevos conocimientos para ayudar a los demás como ella hubiera querido.

Tras varios años ayudando a los ancianos del centro de día de Sempiterno con sus pequeñas molestias estomacales, ardores, úlceras y jaquecas, sentí insuficiente mi labor para todo lo que podía llegar a conseguir con ese tipo de magia. Incapaz de comprender cómo los loas se llevaron a mi verdadera madre, que era buena, mientras mantenían

en el mundo de los vivos a personas miserables, que se mofaban, abusaban o perjudicaban a los demás sin oposición alguna. En los libros antiguos que los antepasados de maman trajeron de Haití encontré lo que buscaba. Aprendí otra forma de usar aquella magia. Una forma que maman no me había explicado. Una forma aún más oscura, más poderosa, invocada con ambas manos, el bien y el mal. Donde sus sacerdotes pasaban de llamarse houngans a llamarse bokores.

51

LIS / NED

Sábado. 08:07. Sempiterno

Hacía muchos años que Lis no se despertaba tan temprano sin la necesidad del estridente sonido de la alarma de su móvil, sin la sensación de no haber descansado y sin, por supuesto, resaca. Todo a su alrededor le resultaba extremadamente acogedor. El relajante sonido de los pájaros, la suave brisa que bajaba de la Pedriza y se deslizaba a través de la ventana entreabierta, el olor a tierra mojada, la tenue luz que se filtraba por la cortinas de flores, ensombrecida por las nubes grises cargadas de agua, deseosas de romper la tregua que mantenían desde hacía varias horas, otorgando a la reportera una paz que jamás pensó que pudiera encontrar en aquel lugar que tanto se forzó por odiar.

Se incorporó sobre la cama y miró por tercera vez el móvil; Diego seguía sin contestar a sus mensajes. Lis abría la conversación de WhatsApp y releía los últimos mensajes que se habían mandado y se preguntaba «¿Por qué no me contesta?». Ella le había vuelto a escribir según se despertó para darle los buenos días, pero él ni siquiera había leído los mensajes de la noche anterior. Se debatía entre el malestar, por si Diego estaba pasando de ella, «¿me la estará devolviendo?», y la intranquilidad, por si esa ausencia tendría algún motivo externo, «¿le habrá pasado algo?».

Tras las divagaciones y sin poder llegar a una conclusión clara, volvía al caso que la ocupaba. «La letra no coincide ni con la de Satur ni con la de Fernando», pensaba Lis, y quedaba cotejarla con la de Abel. No podía descartar nada. Y tenía que dar otro paso al frente. Jugársela, quizás. Llevaba desde el día anterior dando vueltas a las palabras de Ned acerca de la serie de televisión Mindhunter: lo más importante para cazar a cualquier tipo de sociópata es ponerse en su piel. Es decir, intentar pensar como él y anticiparse así a sus movimientos.

EL HERIDO GRAVE EN UN ACCIDENTE DE TRÁFICO EN SEMPITERNO SE RECUPERA FAVORABLEMENTE Y SALE DE LA UCI

Por: Lis Vázquez

26/10/2019. Sempiterno. MADRID

El hombre, de 38 años, que perdió a su mujer en el fatídico accidente tras la salida de la vía del turismo con el que circulaban en la M-607, kilómetro 42, en las inmediaciones del municipio madrileño de Sempiterno, se recupera favorablemente y ha salido de la UCI.

Así lo han confirmado a Diario 33 fuentes del Hospital La Paz de Madrid, centro al que fue trasladado tras sufrir el accidente en la madrugada de este viernes.

Lis terminó de redactar la noticia, la mandó y le pidió a Adolfo que no la subiera hasta que ella no se lo dijera. Y volvió a mirar su móvil, seguía sin noticias de Diego. De no ser por su último mensaje, estaría más cabreada que preocupada.

Diego Sempiterno

Llámame en cuanto puedas. Tengo algo. 20:04

«¿Qué sería aquello de «tengo algo»?», se preguntaba una y otra vez Lis.

Las bisagras de la puerta del jardín chirriaron y enseguida Lis reconoció las voces que se adentraban por el jardín: eran de Carmen y su marido, José. La reportera, que se sentía desbordada por sus pensamientos, al verlos a través de la ventana de la habitación de sus padres, sintió el calor de la nostalgia en el pecho y una sonrisa se le dibujó en el rostro. Lis se vistió con el pantalón vaquero y la sudadera de la universidad y salió corriendo a recibirlos.

El abrazo de José, tierno y sincero, la transportó directamente a su

infancia. Y recordó entre sus brazos cuando, siendo una niña, José le hablaba de las plantas, de cuánto regarlas y cómo podarlas. En ese recuerdo también estaba su padre, de pie, a su lado, «¿cómo he podido olvidar tantos detalles?». Era el segundo recuerdo que le venía de su padre, y volvía a estar a su lado. «¿Por qué no lo había recordado hasta ahora?», se preguntó.

Desayunaron los cuatro juntos, y, extrañamente, Lis se sentía bien. Sentirse bien rodeada de gente y, además, en Sempiterno, era algo que hace unos días jamás hubiese imaginado. José comenzó a contar batallitas de cuando era un mozalbete guapo y apuesto mientras bebían café recién hecho y empapaban rebanadas de pan tostado con aceite de oliva virgen extra de Jaén —no hay otro mejor— y las cubrían con lonchas de tomates frescos. Lis llevaba mucho tiempo preguntándose qué significa ser feliz, quizás aquella escena pudiera ser la respuesta.

Entre todas aquellas batallitas, hubo una que Lis revivió de forma especial. Fue unas Navidades, cuando ella aún era una niña. Adolfo y su familia habían ido a pasar con ellos las Navidades a la casa de Sempiterno y la noche de Reyes se juntaron también Carmen y José con sus hijos. Enrique se disfrazó de paje y obligó a Adolfo y a José a que hicieran lo propio para darles a los niños los regalos.

—Oh, mi niñita, qué carita se te quedó al verlos… —dijo Carmen con añoranza.

Entonces Lis entendió, entre todas aquellas anécdotas, que había estado ocultado todos los recuerdos buenos tras un muro de rencor y odio, reviviendo hasta la saciedad cada mal detalle de sus padres y olvidando todo lo bueno que habían hecho por ella. Y sus ojos sintieron la presión de unas lágrimas exigiendo ser liberadas, pero se reprimió. Y fue, volviendo al origen, donde había encontrado las respuestas que había estado siempre buscando. Lis no recordaba la última vez que se había sentido tan a gusto, hasta que su móvil comenzó a sonar. Era Zabala.

52

LIS / NED

Sábado. 10:37. Sempiterno

Lis y Ned salieron corriendo de la casa en dirección al coche. Cuando Zabala la llamó hacía unos minutos para decirle que Abel estaba estable y que le habían trasladado a planta, la reportera suspiró aliviada. El carnicero estaba fuera de peligro y en ese momento era el único hilo del que tirar. Con las preguntas adecuadas quizás le pudieran sacar algo de información y descubrir quién estaba detrás de todo. Porque había alguien, Lis estaba segura de ello. Aunque la nada deseable sensación de que al final todo fuera una serie de catastróficas coincidencias siempre estaba ahí para ella.

Iban por la M-607 en dirección a Madrid, rumbo al Hospital La Paz, cuando Lis cogió su móvil para llamar a Adolfo mientras Ned activaba el limpiaparabrisas, las primeras gotas de lluvia comenzaban a saltar al vacío desde las enormes nubes grises que desde hacía un rato cubrían el cielo por completo.

—Necesito que subas la noticia ya, a Abel le han dado el alta —dijo Lis según Adolfo contestó la llamada.

Y le expuso su plan. Los otros dos sospechosos, Fernando y Satur, sabían que Lis y Ned eran los únicos que estaban trabajando en el caso y que eran periodistas para el Diario 33 Digital. Al redactor jefe se le escapó una sonrisa cuando la reportera le contó cómo les insistió en ello para darles después su tarjeta con la ayuda de Ned.

—Si alguno de los dos está detrás —continuó—, bajo ningún concepto habrá contado con que Abel sobreviviera al accidente, eso seguro, y lo más lógico es que esté pendiente a través de nosotros de su evolución. Al ver la noticia de que está en planta, no es descabellado pensar que se presente en el Hospital La Paz para terminar lo que empezó. Y si eso ocurre, Ned y yo estaremos allí para pillarle.

Adolfo no pudo articular palabra, su pupila le acababa de dejar fuera de combate.

—Impresionante —contestó tras un rato.

—Porque para pillar a un sociópata hay que pensar como él para así anticiparse a sus movimientos —añadió Lis mientras miraba de reojo a Ned, quien se sorprendió al escuchar aquellas palabras, y ambos se mostraron mutuamente un gesto de complicidad.

Para Ned ese detalle le hizo sentirse orgulloso, sentirse de verdad parte activa de la historia, no un mero espectador que luego mentía a su madre acerca de lo que hacía.

—Eso —reflexionó Lis—, descartando la hipótesis de que Abel sea un maltratador y haya fingido su propio accidente para deshacerse de su esposa —apuntó, que no rechazaba la posibilidad, aunque era la que menos le encajaba.

—Pues diez minutos y la subo para daros algo más de tiempo —dijo Adolfo visiblemente emocionado por la profesionalidad que Lis estaba mostrando. Ese último movimiento de la reportera le había entusiasmado.

—Gracias. Nos falta muy poco, estoy segura. ¿Sabes algo de la autopsia? —preguntó Lis.

—No, todavía no. Es pronto, cuando sepa algo, te llamo. No va a ser fácil, ya sabes que a un informe judicial solo tienen acceso los intervinientes, el juez, el forense, el fiscal o familiares con solicitud previa…

—Haz que pase —le cortó Lis con cierta ironía, utilizando la frase que usaba siempre Adolfo con ella.

—Desvergonzada —contestó el redactor jefe antes de colgar.

A Lis se le dibujó una sonrisa en la cara mientras Ned la miraba con curiosidad por el rabillo del ojo.

—Por eso me insististe en que le diera la tarjeta a Fernando, y no me dijiste nada —hiló Ned.

—Ajá.

—Cabrona… Bien jugado, muy bien jugado.

Por el horizonte emergían imponentes las Cuatro Torres, impávidas ante las negras y amenazadoras nubes que se extendían por el firmamento hasta la capital. La lluvia no les había abandonado ni un momento desde que salieron de la casa de los padres de Lis. Las gotas de agua fueron incrementando en intensidad, al igual que el número de coches a su alrededor según se acercaban a Madrid. Con ellos volvieron el ruido y el aire denso y rancio que se colaba por la rendija abierta de la ventanilla. Y Lis sintió la ausencia de esa paz que tanto la había reconfortado en Sempiterno. Y de Diego…

—¿Me vas a contar qué pasó ayer? —preguntó la reportera con sorna para maquillar su curiosidad y de pasó salir de sus pensamientos.

—Que me comporté como un hombre, como me dijiste —dijo Ned con aplomo.

—¿Ah, sí? ¿No te echaste Nenuco?

—Quedé con Aurora, graciosilla.

—¿Y según te olió no te mandó por donde habías venido? —sonrió Lis.

—No.

—¿No? —preguntó sin poder creérselo.

—Como lo oyes —confirmó Ned—. Y con Nenuco. Lo mismo no es tan importante, ¿no crees?—concluyó levantado las cejas.

—Venga ya, ¿y qué hiciste?

—Salí tan emocionado de lo que había conseguido con todo lo de Fernando y eso, por ser capaz de enfrentarme a aquella situación yo solo que, no sé, sin pensarlo, terminé en el hostal.

—Vaya con Batman… ¿Y qué pasó?

—Nada, fuimos a tomar un refresco en un sitio del centro.

—Y…

—Nada, pues lo normal, charlamos un rato y eso.

—Y…

—Nada más, pesada… —y añadió tras un inciso—: y me dio su

teléfono.

—Guau —dijo Lis—. Me alegro.

—La verdad es que tus formas no son las mejores, pero tengo que reconocer que en parte fue gracias a ti.

Lis no pudo evitar sonreír mientras entraban en el aparcamiento del Hospital La Paz.

53

SATUR

Otoño, diez años antes. Sempiterno

Sabía que a maman no le iba a gustar, así que no se lo dije. Estuve varios años estudiando los textos antiguos de los primeros bokores haitianos, intentado elaborar sus pociones, ungüentos y polvos. Sobre todo uno. Uno en especial, el polvo más poderoso de todos. El que permitía al bokor arrebatar el cuerpo y el alma de las personas convirtiéndolas en su esclavos. Los antepasados de maman trajeron consigo algo de aquel polvo, pero era escaso y yo no quería gastarlo. Sin embargo no fui capaz de copiar la fórmula, algunos ingredientes eran imposibles de conseguir aquí, la mía solo mataba. Así que, después de varios intentos fallidos con los cerdos, me tuve que conformar y usar el polvo original.

Tenía la sabiduría necesaria y las armas, me faltaba un objetivo. Alguien solitario, olvidado por la sociedad, para que no llamara la atención su ausencia. Alguien que además no fuera una buena persona, alguien que se mereciera pasar el resto de su vida como un esclavo por sus pecados.

Recodé varias caras de cuando fui al colegio, y un nombre en especial. Emilio vivía con su padre. No trabajaba, no le hacía falta. Era un parásito que se gastaba el dinero de la pensión de su progenitor en chatos de vino. Todo el mundo lo sabía, pero nadie le decía nada. Le empecé a seguir y a frecuentar los mismos bares que él. Yo recordaba cada vez que me había insultado, cada vez que me había llamado perdedor, y sin embargo yo era un extraño para él. No me reconocía. Al principio me molestó, pero pronto entendí que era mejor así para mis intenciones. Primero solo lo saludaba y después le invité a algún que otro vino hasta que empezamos a hablar del tiempo y de cuánto había cambiado el pueblo. Manteniendo las distancias para que nadie nos relacionara.

Emilio y su padre vivían en el bajo de una de las múltiples casas viejas

de la zona antigua de Sempiterno. Por las noches me acercaba a hurtadillas hasta su casa y escuchaba los golpes que Emilio daba a su padre a través de las ventanas. Lo maltrataba tanto física como verbalmente. Él sería el primero; además, no tenía más familia y tampoco tenía amigos. Nadie lo echaría en falta.

A final de mes, cuando su padre cobraba la pensión, Emilio terminaba de cenar y se iba andando al burdel que había a las afueras del pueblo. Siempre que iba de safari, como él lo llamaba, yo le seguía. Estudiando el trayecto y pensando cuál sería el mejor lugar para hacerlo. Sin duda, el atajo a través de un camino de tierra sin viviendas cerca por el que se ahorraba varios minutos a pie, era el mejor sitio.

Era noche cerrada cuando salió del burdel. Calculé el tiempo aproximado e hice el mismo recorrido en dirección contraria con mi furgoneta hasta cruzarme con él. Emilio caminaba por el camino de tierra encorvado. Paré a su lado y le dije que si quería que lo llevara, él acepto. «Gracias, compañero, hace un frío del carajo», me dijo. Hablamos un rato y le invité a unos vinos en mi casa, le conté que tenía unas botellas buenas. Miró la hora y sonrió encantado. Ya era mío.

Él pensaba que iba a por el vino mientras yo me colocaba los guantes de látex y cogía una pizca de polvo original en la cocina. A la media hora estaba tirado en el suelo del salón, muerto en apariencia, pero plenamente consciente. Sentí su mirada estremecerse cuando le conté quien era, sí. Noté sus ganas de llorar cuando le dije el porqué de lo que le estaba haciendo y todo lo que le esperaba, una vida de servidumbre privada de toda voluntad. Lo metí en un ataúd de pino que yo mismo había hecho y lo enterré en el jardín, sabía que me veía al hacerlo y me hacía sentir bien, me alegraba. Había hecho justicia.

A la noche siguiente presenté mis respetos al Barón Samedi, el jefe de los espíritus de la muerte. Le pedí autorización para desenterrarle y convertirlo en mi esclavo, como manda la tradición. El loa lo aceptó de buen grado. Cuando le saqué y bebió la infusión que arrebata el alma mi obra estuvo completa. Desde entonces limpia y da de comer a los cerdos. Entre el barro y el estiércol, donde se merece estar. Las leyes dictan que al resucitado convertido en siervo hay que cambiarle el nombre para que olvide su pasado.

Según la Biblia cristiana, Onán era el segundo hijo de Judá, nieto de Abraham y patriarca de una de las doce tribus de Israel. Dios mató a su hermano mayor, Er, porque había sido malo ante los ojos de Dios.

La tradición de entonces decía que si la mujer enviudaba debía casarse con el siguiente hermano, en este caso Onán, para seguir con el linaje de la familia. Así que Tamar, la esposa de Er, se convirtió en la esposa de Onán. Como no quería darle descendencia a su hermano muerto, cada vez que tenía relaciones sexuales con Tamar, evitaba dejarla embarazada. Y Dios lo mató también.

A Emilio lo rebauticé con el nombre de Onán, porque Dios advierte de que el sexo es para propósitos reproductivos, y no por placer. Me pareció el nombre más lógico para aquel parásito que pegaba a su padre y se gastaba su pensión en los brazos de mujeres que cobraban por ello.

54

ABEL

Despertar.

Miro el techo y parpadeo lentamente, los ojos me pesan. Estoy tan cansado que no consigo enfocar bien, todo está borroso, pero siento la luminosidad del color blanco de las pareces y el techo rodeándome. ¿Dónde estoy? ¿Estoy muerto? Escucho mi respiración, estoy vivo.

Inspiro, espiro.

Inspiro, espiro. Me cuesta.

Intento enfocar. Recorro el techo y voy bajando la vista hasta un armario empotrado de dos hojas, también es blanco. Hay un televisor, en el centro de la pared que tengo enfrente, colgado en el medio y enganchado a una caja de monedas. Sigo bajando la mirada y veo los dos montículos que forman mis pies bajo las sábanas blancas. Todo es blanco. Estoy postrado una cama. Siento mi cuerpo. Lo siento de verdad. Muevo el pie derecho y veo cómo se mueve por debajo de las sábanas. Después muevo la rodilla ligeramente ilusionado. ¡Siento mi cuerpo! Veo mis manos y mis brazos, el izquierdo tiene una vía, el derecho está completamente vendado y me duele. Me arde la piel bajo el vendaje. Puedo abrir las manos y cerrarlas. Siento el tacto áspero de las sábanas con mis dedos. Veo las letras azules en el borde de las sábanas, aunque no consigo leerlas, están borrosas, intuyo una cruz, estoy en un hospital. Pero no recuerdo cómo he llegado aquí.

Miro a mi derecha, hay una enorme ventana de aluminio entreabierta. El sonido de los coches pasa a través de ella, veo multitud de edificios de ladrillo visto bajo unas imponentes nubes grises. Me incorporo con ayuda de la agarradera que cuelga del armazón de la cama. Si mi memoria no me falla, aquello del fondo es la estación de Chamartín, tengo que estar en el Hospital La Paz. Y me dejo caer sobre la cama de nuevo.

¡Nuria! Miro a mi izquierda, hay un señor mayor leyendo el periódico a través de sus gafas de pasta, con el pelo cano y el cuerpo fino.

—¿Nuria? —le pregunto, escucho mi voz. Débil, muy débil, pero la escucho.

Me ha costado pronunciar el nombre de mi mujer, pero lo he hecho.

—No sé de quién me hablas, hijo —me responde, él también me escucha.

Quiero llorar… pero me contengo.

—¿Qué día es?

—Sábado.

—Día…

Siento cómo me desvanezco y cierro los ojos, me pesan. No puedo aguantar más con ellos abiertos. Nuria, ¿dónde estás? Los recuerdos llegan a mi cabeza todos de golpe, sacudiéndome en un violento torbellino de emociones. Todos son de Nuria, pasan fugaces, no me da tiempo a recrearme en los detalles. Pero la veo. La veo desnuda sobre la cama la primera vez que hicimos el amor, mirándome a través de sus ojos negros y con las mejillas sonrosadas. La veo cogiéndome de la mano mientras paseamos por la orilla del embalse de Santillana. La veo risueña y emocionada cuando me dijo que estaba embarazada.

Mi mente me muestra los fragmentos en pequeñas dosis fugaces, que vienen y se van. Pero todos los recuerdos son de hace tiempo, no hay de ayer, o de hace una semana. Son todos de algún tiempo pasado. No hay recuerdos cercanos. No recuerdo qué hice ayer. Me esfuerzo, pero mi cabeza no me muestra nada.

Abro los ojos de nuevo y miro al señor de pelo cano y cuerpo fino que ahora está mirando la televisión.

—¿Cuándo llegué aquí? —le pregunto.

—¿A la habitación? Te trajeron esta mañana —responde—, desde la UCI —añade.

—¿UCI?

—Sí, tuviste un accidente de coche.

Un recuerdo aparece, llega como un fogonazo iluminando mi mente. Cierro los ojos para concentrarme. El fuego me quema, me abrasa la piel. Abro los ojos, sigo en el hospital. Intento tranquilizarme. Cierro los ojos de nuevo. El fuego me rodea, estoy dentro de un coche. Es mi coche. Hay una persona ardiendo a mi lado, no se mueve, está muerta, tiznada de negro, envuelta en llamas. Es una mujer, pero no es Nuria, ¿dónde está Nuria? Huelo la gasolina impregnada en mi ropa y en mi piel, rápidamente veo cómo el fuego se extiende por mi brazo derecho y el humo me comienza a asfixiar. Intento abrir la puerta, pero está atascada, no se abre. Empujo con fuerza, cede un poco. Empujo con todo mi cuerpo, haciendo fuerza con las piernas, y la puerta se abre de golpe y caigo al suelo. Es un suelo laminado, es el suelo de mi casa. Veo la sombra de alguien que está de pie, enfrente de mí, mirándome. Es Nuria, me mira desde el recibidor de mi casa y se marcha. ¿Por qué?, ¿a dónde vas? No te vayas. Y todo se vuelve negro, la oscuridad me envuelve.

—Hola, Abel —me susurran.

Esa voz profunda y lúgubre, la reconozco. Es su voz, es el miserable. El miedo me atrapa y sobrecoge mi cuerpo de tal manera que duele. No quiero abrir los ojos y los aprieto con fuerza. Esta aquí.

—Déjame en paz —susurro entre lágrimas, incapaz de abrir los ojos—, vete.

Siento una nube de polvo que me envuelve y me ahoga de nuevo, abro los ojos. No puede ser, ¿otra vez? No hay nadie en la habitación. Sigo en el hospital… ¡Dios! ¿Qué está pasando? El aire no entra en mis pulmones y no puedo respirar. Me asfixio. Intento chillar entre la tos ronca que rasga mi garganta buscando las bocanadas de un aire que no llega. Doy patadas de rabia contra el colchón. Me ahogo, no puedo respirar.

Escucho voces a mi alrededor.

—¿Qué le ha pasado? —Es la voz de una mujer.

—No lo sé, fui al baño un momento y…

Pero no estoy con ellos, estoy en mi casa…, confundo la realidad y la ficción. Mi mente se ha vuelto loca. Solo veo a Nuria irse con otro hombre. Y después… oscuridad.

55

LIS / NED

Sábado. 11:23. Madrid

Accedieron al Hospital La Paz por la entrada general. Nada más atravesar la puerta acristalada sintieron el pulso de la gran ciudad a su alrededor, al ritmo frenético de las decenas de personas que entraban y salían, «donde nadie conoce a nadie», recordó Lis. Pero esta vez no estaba sola, estaba con Ned.

—¿Nombre del paciente? —les preguntó la señora de información que parecía una gallina cebada y desplumada.

—Abel Jiménez.

La mujer tecleó el nombre y el apellido, y apretó los ojos para leer los datos que buscaba.

—Habitación 202, en el segundo piso. Traumatología. Sigan las indicaciones. Línea naranja. Por el pasillo de enfrente.

Al girarse para buscar el pasillo al que se refería la señora, entre las decenas de cabezas de la multitud que deambulaba por el vestíbulo, algo llamó su atención. Entre la multitud, había visto algo, fugazmente. Miró a Ned con preocupación. Recuperó el momento en su memoria y lo procesó. Una cara conocida entre la gente, rumbo a la salida. Caminaba lento y pesado, un cuerpo reconocible, grande. Giró sobre sí misma buscando a ese alguien a su alrededor, aunque no sabía con certeza a quién debía buscar. Su cuerpo se estremeció cuando reconoció la cara en su mente. «No puede ser», se dijo Lis, y salió corriendo hacia la puerta de entrada.

—¿Qué pasa? —gritó Ned.

Lis miraba, avanzaba, chocaba y volvía a mirar entre la gente. Avanzaba de nuevo, ya sabía a quién tenía que buscar, pero no lo veía. «¿Qué hacías aquí? ¿Otra coincidencia? No puede ser», se decía.

Pero no había rastro alguno, lo había perdido entre la multitud.

—Lis, ¿qué ocurre? —repitió Ned, que la había ido siguiendo.

—Satur. Le he visto, te lo juro.

—¿Cómo? —preguntó Ned sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Cuando me giré, lo vi. Estoy segura —dijo mientras seguía intentado buscar su silueta entre el gentío que recorría la pequeña placita enfrente de la entrada general del hospital que, aun lloviendo, estaba a rebosar.

Lis y Ned se adentraron a toda velocidad por los pasillos del hospital siguiendo la paleta de colores, uno por cada sección; rojo para el bloque quirúrgico, amarillo para radiología, naranja para traumatología y azul oscuro y claro para maternidad e infantil respectivamente. Siguieron la franja naranja pintada a modo de cenefa en la parte superior de las paredes; derecha, izquierda, derecha, varios pasillos, derecha, más pasillos, izquierda, más pasillos y salas, hasta que llegaron a los ascensores para subir a la segunda planta.

En la habitación solo había una cama. Sobre ella, un señor mayor de pelo cano y cuerpo fino leía el periódico.

—Buenas —saludó Lis—. ¿Su compañero? —preguntó señalando con la mirada el hueco vacío donde debería haber otra cama.

El hombre dejó de leer y le echó un vistazo rápido por encima de sus gafas de pasta. Tras chasquear y carraspear varias veces les contó cómo le había dado un ataque mientras él estaba en el baño haciendo de vientre.

—Gracias —contestó Lis mientras se giraba para salir de la habitación con Ned. —Era Satur, Ned. Estoy segura —le dijo rabiando por dentro.

—No le ha podido dar tiempo, además no creo que ese hombre sepa usar un ordenador —reflexionó Ned.

—Las noticias en los pueblos vuelan, Ned. Lo mismo lleva aquí toda la mañana. Esperó a que lo trajeran de la UCI y a la que el compañero de habitación se metió en el baño, entró para terminar lo que había empezado. Era Satur, joder.

No se lo podía creer, si hubieran llegado unos minutos antes le hubieran cazado. La reportera se acercó al mostrador que había en

medio del pasillo y le preguntó a una de las enfermeras.

—Soy su hermana —añadió consternada.

—Esperen un momento en la salita al final del pasillo —les contestó tras una breve llamada telefónica.

Lis y Ned esperaron en la sala más de media hora hasta que una mujer de bata blanca y uniforme verde se asomó por la puerta de entrada.

—¿La hermana de Abel? —preguntó directamente a Lis, asoció rápidamente al ver al resto de personas que ocupaban la sala de espera.

—Sí —mintió Lis, haciéndose pasar por la hermana recibiría más atención.

—Buenas, soy Ana, la médico que lleva el caso de su hermano —se presentó mientras se sentaba a su lado—. Está estable —continuó—. Tras dejarle en observación veinticuatros horas, lo llevamos a planta. Ha tenido varias contusiones, alguna quemadura, fracturas de dos a tres arcos costales, luxación acromio clavicular, que no requiere de quirófano, y mejorará con tratamiento conservador. Debido al impacto, tiene una ligera conmoción cerebral que hace que no recuerde bien lo ocurrido.

—Entiendo —asintió Lis, lamentándose. De ser cierto esto último, podría convertirse en otro pequeño obstáculo—. ¿Y esta mañana?

—Bueno, hace más o menos una hora experimentó un episodio sin sentido clínico aparente para alguien que ha sufrido un accidente de tráfico y con la recuperación tan rápida que había tenido, así que hemos tenido que avisar a los compañeros en la UCI para tenerle en vigilancia.

—¿Qué le pasó? —preguntó Lis.

—Lo encontramos gritando, con pérdida de fuerza y sensibilidad, hasta que se desmayó. Le hemos realizado un TC craneal de urgencia y analítica completa que descarte que pueda ser algo orgánico o metabólico. Hay que esperar —puntualizó Ana.

—Y ahora, ¿cómo se encuentra? —quiso saber Ned.

—Como digo, tenemos que esperar y ver cómo evoluciona.

—Muchas gracias —agradeció Lis el trabajo de la médico—. Una cosa más, doctora, ¿hay algo extraño que haya encontrado?

—En los primeros análisis encontramos restos de tetrodotoxina y de diversos alcaloides derivados del tropano. Algún tipo de droga alucinógena, posiblemente de origen vegetal.

—¿Lo drogaron? —preguntó Lis en voz baja para sí misma, pero fue audible para todos los demás.

—Bueno, o se drogó —apuntó la doctora, totalmente ajena a la investigación que estaba llevando a cabo Lis.

—Muchas gracias, doctora, le dejo mi teléfono por si acaso —dijo mientras arrancaba una hoja y de su bloc y apuntaba el teléfono.

Antes de salir del hospital, Lis se acercó de nuevo al mostrador de información. Esperó su turno y se acercó hasta la mujer.

—¿Qué desea? —le preguntó la gallina desplumada.

—¿Sabe si alguien más ha preguntado esta mañana por Abel Jiménez?

—No le sabría decir —se lamentó la mujer con una pizca de indignación por aquella pregunta—, ¿cómo lo voy a saber?, por aquí pasa muchísima gente.

—Ya —asintió Lis, pero Satur era alguien peculiar, más reconocible—. Al menos dígame si le suena que un hombre grande, muy grande —explicó acompañándose de un gesto con la mano para señalar que sería bastantes centímetros más alto que ella—, con pinta de granjero, seguramente sucio y con una leve deficiencia en el habla.

La mujer dudó unos segundos.

—Sí, puedes ser. Mal afeitado y con el pelo sucio. A primera hora de la mañana, estoy segura.

56

SATUR

Primavera, tres años antes. Sempiterno

Nadie vio a Onán subirse a mi furgoneta aquella fría noche de otoño y el padre tampoco denunció la desaparición. Pasaron los años y nadie echó en falta a ese parásito de Emilio al que rebauticé en su nueva vida de esclavo como Onán. Al principio fue como un rumor entre algunos, «¿dónde estará Emilio?», «hace tiempo que no lo veo por el bar», pero rápidamente se disipó. Pasado un tiempo ya nadie preguntaba por él. Se convirtió en un fantasma, un ser prescindible y olvidado. Ni siquiera maman sospechaba. Cada vez que ella venía a casa a visitarme, yo le ordenaba a Onán que no saliera del establo, y no salía. A veces le dejaba varios días ahí metido. No quería contárselo a maman, sabía que no le iba a gustar nada lo que había hecho, aunque hubiera una buena causa detrás, un buen motivo como era librar al mundo de un parásito como él.

Su padre ahora vivía solo y tranquilo, había cogido peso y caminaba por las calles de Sempiterno sin los moretones en los brazos que su hijo le provocaba. Algunas tardes iba al centro de día a jugar la partida de cartas donde yo echaba una mano de vez en cuanto y hablaba con él. Decía que pensaba que su hijo se había marchado con todo el dinero que le había estado robando y que, a pesar de ello, lo perdonaba. Yo nunca lo llegué a comprender, ¿cómo podía perdonar a alguien como ese ser, que le pegaba e insultaba constantemente? Cosas de padres e hijos, supongo.

Tenía todo bajo control hasta que apareció ella. Yo nunca había sentido atracción sexual por nadie, tampoco es que nadie se hubiera interesado alguna vez por mí. Maman siempre me decía que tenía que encontrar una buena mujer para casarme y tener hijos, para cuidarnos mutuamente, que la soledad es muy mala y pasa factura. ¿Pero dónde hay una buena mujer?, me preguntaba cada día, ¡ni siquiera me miran! Hasta que apareció Nuria, sí. Con ella fue diferente desde el primer momento. Me miraba a los ojos directamente cuando me

hablaba, sin miedo, con cariño y comprensión. Era la primera persona, después de mi madre y maman, que me hablaba sin hacerme sentir como si yo fuera algo grotesco o extraño. Mi imagen intimidaba, mi corpulencia, mi forma de vestir, quizás, alejaba a las personas de mí. Pero no a ella, no a Nuria. Se interesaba por mí cada vez que se cruzaba conmigo por los pasillos del colegio; por mi vida, incluso por cómo me sentía. Y yo cada vez quería estar más cerca de ella, quería que me hablara y que me contara acerca de su vida.

Yo se lo contaba a maman, quería saber su opinión. Y ella me daba consejos que no podía seguir porque me daba vergüenza. Una vez me dijo que le llevara flores, llegué incluso a comprarlas. Pero cuando la vi salir del claustro de profesores, me di la vuelta para ocultar el ramo y luego lo tiré a la basura.

Todo iba bien entre Nuria y yo, cada vez nos veíamos más, aunque siempre en el colegio. Incluso alguna vez la llevé a su casa. Maman me insistía en hacer cosas con ella fuera del instituto, que la invitara a salir. Así que aquel día me preparé las frases y me afeité y me peiné. Maman me planchó bien la ropa y sacó brillo a mis zapatos. Aquel día Nuria estaba realmente radiante, con su eterna sonrisa y esos ojos negros. Trajo tarta y me había invitado a comerla con ellos, en el claustro de profesores. Yo pensaba que eso era una buena señal y quería llevarla después a cenar. Y entonces pasó, la invitación, la tarta y su sonrisa, era porque quería compartir con nosotros la noticia de que se iba a casar con un tal Abel, el dueño de la carnicería Jiménez e Hijo. Nunca me había hablado de él, ¿por qué? Recuerdo que la miré a los ojos y la quería matar, yo pensaba que me quería a mí. Pero no, quería a otro. A ese Abel. Y me fui.

Según llegué a casa destrocé con mis puños la cara de Onán, incapaz de contener mi rabia. Mil preguntas sin respuesta recorrían mi cabeza y por cada una de ellas le golpeaba la cabeza a Onán con todas mis fuerzas. Él escupía sangre por la boca, no protestaba. Y yo le pegaba más fuerte.

Al día siguiente se lo conté a maman y me dijo que no pasaba nada, que Nuria solo me había visto como un amigo, pero que su verdadero amor era otro. ¿Cómo podía defenderla? ¿Acaso maman estaba en mi contra? Discutí con ella y me prohibió a toda costa usar la magia con Nuria, me aseguró que los loas se podían poner en mi contra y que ella se encargaría personalmente de ello.

Pasé noches enteras en vela pensando en Nuria. La quería por encima de cualquier cosa, pero ella quería estar con otro hombre. Pensé que si

encontraba otra persona podría llenar ese vacío que me había dejado la noticia de la boda, así que empecé a buscar donde nadie pudiera echar en falta a una mujer.

Lorena era una chica guapa, machacada hasta la extenuación por la vida que llevaba, pero que a pesar de su cara pálida y demacrada seguía conservando unos rasgos bonitos. Era morena de ojos negros, como Nuria. Pero una pagana; se acostaba con desconocidos a cambio de drogas o dinero. «Es demasiado fácil encontrar gente perdida y olvidada por la sociedad», pensé. Tan fácil como ir a un bar, cuanto más recóndito mejor, y esperar a que llegue alguien a contar la historia de otro alguien. Una historia que te llevaba a otra persona en otro lugar por el módico precio de un vino o una caña. Y así, entre varias historias cruzadas de hombres solitarios que habían conocido a Lorena, la encontré en aquel tugurio. Llevaba medias negras y minifalda azul, balanceándose sobre un taburete y sonriendo a todo el que pasaba a su lado. Una sonrisa carcomida por el tabaco y el vino.

Pagué en metálico un coche en un desguace. Yo mismo lo arreglé y cambié las placas de matrícula por unas que robé. Y la empecé a seguir. Vivía a las afueras de un pueblo cercano a Sempiterno. No tenía horario ni costumbres. No siempre dormía en su casa, y cuando lo hacía no estaba sola. Tardé muchos meses en encontrar el momento. Hasta un cálida noche de primavera. Eran más de las doce. Llegaba sola, la vi venir dando tumbos desde el final de la calle hasta el portal de su piso alquilado. No había nadie en la calle ni luces en las viviendas. Estaba menos nervioso que la primera vez, pero estaba nervioso. Antes de que se metiera en el portal, salí del coche y la llamé desde la otra acera. Le enseñé un billete de cincuenta euros, me empezó a maldecir y después dijo: «Venga, vamos».

Cuatro horas después estaba enterrada viva en el jardín de mi casa, donde había enterrado también a Onán. Como aquella vez, a la noche siguiente, presenté mis respetos al Barón Samedi, el jefe de los espíritus de la muerte, bebí ron y bailé en su honor. Le pedí autorización para despertarla y convertida en mi esclava. El loa lo aceptó de buen grado, y desde entonces la tengo fingiendo que es lo que Nuria no quiso ser. Mi mujer, mi compañera de vida.

Lorena era una pagana, sin credo ni religión, impía. Se movía por el mundo llevando a los hombres a su territorio, con sus costumbres exageradamente libertinas e impuras. La rebauticé en su nueva vida con el nombre de Jezabel.

57

LIS / NED

Sábado. 13:43. Madrid

Seguía lloviendo en Madrid. Parecía que nunca se cansara de llover bajo aquel manto de algodón gris que cubría todo el cielo. Lis le pidió a Ned que antes de continuar hicieran una parada en casa de los padres de Diego, seguía sin tener noticias suyas y cada vez estaba más intranquila. No tenía claro si sería una buena idea, pero no se le ocurría otro sitio mejor para preguntar por él.

—¿Crees que le ha pasado algo? —preguntó Ned ante la preocupación de Lis.

—No lo sé, pero me resulta extraño que me dijera que «tenía algo» y que de repente no vuelva a saber nada más de él —reflexionó Lis.

La reportera bajó un par de dedos la ventanilla y respiró hondo dejando que el aire y algunas gotas de lluvia acariciaran su pelo y su cara, buscando la ligera sensación de desahogo que siempre le daba y que en ese momento tanto necesitaba.

Los padres de Diego, Laura y Eduardo, vivían en un piso en el centro de Sempiterno. Lis recordaba perfectamente aquella casa, había estado en ella muchas veces. Aunque tenía una ligera duda sobre cómo la recibirían, teniendo en cuenta todo lo que pasó, igual Diego no había sido indulgente con ella ante sus padres. Y si no lo hubiera sido, no le podría culpar. Lis le pidió a Ned que le esperara en el coche y subió las escaleras sopesando cada palabra que diría por cada mirada que pudiera recibir. Al fin y al cabo, desapareció de sus vidas sin decir nada, y no sabía qué podían pensar de ella. Pero todo fueron abrazos y sonrisas por parte de los padres del cacereño. Y los recuerdos comenzaron a amontonarse en la cabeza de Lis, cientos de instantes, nítidos y claros, como si hubieran sucedido el día anterior.

—Así que periodista, ¿eh? ¿A seguir los pasos de tu padre? —preguntó

Eduardo.

—Algo así, sí.

—Seguro que tu padre estaría orgulloso de ti —añadió el padre del cacereño con una sonrisa cómplice.

La calidez de la conversación le dejó claro a Lis que Diego no les había contado nada a sus padres, o al menos no la versión oficial, y que seguía viviendo con ellos. Y que tampoco ellos sabían nada del paradero de su hijo. «No es la primera vez que se va de fiesta y tarda en volver», apuntó el padre restando importancia y negando con la cabeza con resignación.

—Sabes, Dieguito sigue hablando de ti, y mira que han pasado años. Ese todavía no te ha olvidado —soltó la madre que siempre fue bastante entrometida.

«Ni yo a él», contestó con sinceridad y en secreto la reportera, que por fin se lo reconocía a sí misma, después llevar quince años intentando olvidarle.

Después de charlar distendidamente durante un buen rato, Lis se despidió de ellos. Bajó las escaleras despacio, perturbada por la inexplicable ausencia del cacereño.

Eran más de las cuatro de la tarde cuando Lis y Ned entraron en El Olvido muertos de hambre. El local estaba prácticamente vacío, solo quedaban unos cuantos clientes, y al orondo camarero de la barra ya no le brillaba la frente. Entraron y se sentaron en la misma mesa de siempre, en la esquina desde donde se podía ver la plaza del Ayuntamiento a través de los amplios ventanales. La lluvia, incesante, arreciaba con fuerza contra los cristales. La cocina estaba cerrada, pero sí preparaban bocadillos. Lis pidió uno de jamón y una botella de agua y Ned uno de panceta con queso y un refresco de naranja con pajita.

—¿Qué hacemos aquí, Ned? —preguntó Lis alicaída. Todo aquello le empezaba a ganar el pulso. Aquella historia sin sentido, los recuerdos del pueblo, Diego, sus padres…

—Comer —respondió Ned totalmente abstraído, más pendiente del hambre que tenía que de entender por dónde iba el comentario de Lis. A ella se le escapó una sonrisa, pero no tenía fuerzas para contestarle como solía hacerlo. Le había parecido tan mono con su respuesta, que no pudo contener reírse—. ¿Qué he dicho? —espetó Ned.

—Me refería a aquí, en este pueblo —reflexionó Lis—. ¿Estamos buscando fantasmas donde no los hay? —preguntó con la mirada perdida. Observaba la calle, vacía de gente, a través del cristal salpicado por las gotas de lluvia.

Para su desgracia, Ned no era el mejor para el tipo de ayuda que necesitaba, quería contestarle que técnicamente los fantasmas no existen, por lo que no podían buscarlos, pero algo en su interior le dijo que no era la respuesta idónea, así que optó por quedarse callado mientras el camarero traía los bocadillos y las bebidas.

Lis removió el pan y comió algo de jamón, tenía hambre pero no ganas de comer.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó al fin Ned.

—La verdad es que no lo sé —contestó cabizbaja—. Todo son conjeturas salvo el maldito símbolo. Además la caligrafía no coincide, por lo que no tenemos ningún hecho demostrable contra Satur, Fernando o Abel, al que encima le han encontrado restos de algún tipo de sustancia psicotrópica en la sangre. No tenemos nada después de cuatro días, y quizás al final solo sean una serie de catastróficas casualidades.

Ninguno de los dos sabía qué más decir y se hizo un silencio incomodo, todo lo contrario que el camarero orondo y de pelo cano que charlaba distendido con un señor bajito, bastante feo y con bigote, que jugaba con el botellín de cerveza. La reportera se levantó rápidamente y se les acercó, seguida por la incrédula mirada de Ned mientras este sorbía el refresco de naranja a través de la pajita.

—Disculpe, ¿es usted Julián? —preguntó Lis al hombre de bigote.

—Sí —contestó el hombre mientras el camarero observaba a través de sus gafas redondas y se echaba hacia atrás para dejarlos solos.

—Tengo entendido que fue usted el que llamó a emergencias por el accidente de anoche en la M-607.

El hombre asintió y Lis se presentó esta vez como la reportera que seguía el caso del accidente, «que a este le gusta hablar» pensó.

—Pues no hay mucho que contar, la verdad —comenzó Julián mientras se atusaba el bigotillo—. Conducía mi furgoneta hacia Colmenar, tengo allí una obra, sabe. Serían las seis menos veinte de la mañana, más o menos, cuando vi el humo a lo lejos. En el arcén. Al

acercarme, vi el coche estrellado contra el muro de piedra. —Tomó un respiro en el relato para darle un sorbo al botellín de cerveza y continuó—. Entonces vi en el suelo a un hombre que se movía, en ese momento no sabía que era el Abel. Intenté ayudarle, sabe, pero parecía que estaba ido, gritaba y hacia cosas raras. Luego vi a la persona que estaba dentro del coche, pero era imposible hacer nada, ardía como el infierno. Había fuego por todos lados, sabe. Así que llamé al 112.

—¿Le dijo algo Abel?

—No, solo me insultaba, lo mismo se pensaba que le quería hacer daño o algo así —decía el hombre con pesar.

—¿Que le dijo?

—Me decía que le dejara en paz, y me insultó. Me llamaba miserable…

—Qué extraño… Quizás fruto del shock del accidente —reflexionó Lis. Y Julián asintió levemente mientras daba otro trago de cerveza—. ¿Vio algún otro coche? —preguntó Lis.

—Después de mí… —dudó Julián unos segundos antes de responder— pararon algunos más para ayudar, sí.

—Me refería más bien —se explicó Lis— a que si se cruzó con algún coche o con alguien por la carretera, andando, corriendo… antes de ver el accidente.

—Ahora que lo dice, sí. Me extrañó por la hora, pero no le di más importancia. Me crucé con un tipo que iba caminando por el arcén en dirección a Sempiterno.

—¿Cómo era?

—No lo recuerdo, señorita, era de noche.

—¿Era corpulento, grande?

—Sí, se podría decir que sí. Pero no estoy seguro.

Lis se despidió de Julián y volvió con Ned. «Otra vez un hombre corpulento, pero tampoco lo podía confirmar. ¿Nadie podía confirmar nada en este maldito lugar?», se preguntó Lis ligeramente frustrada, que en el fondo tampoco podía asegurar al cien por cien que la silueta

que vio en la entrada del hospital por la mañana fuera Satur.

—Vámonos a casa —suspiró Lis—, necesito una ducha.

58

SATUR

Primavera, tres años antes. Sempiterno

El día de la boda de Nuria con Abel no pude salir de casa. Aquel domingo fue, sin duda, hasta entonces, el peor día de mi vida, sí. No me invitó, aunque de haberlo hecho tampoco hubiera sido capaz de ir. Arrastré una silla hasta la habitación de Jezabel y me senté en la esquina más oscura. Pensando, buscando en su compañía una consolación que no llegaba. Observando lo que quedaba de Jezabel tirado sobre la cama con un camisón blanco, un pedazo pálido de carne que obedecía todas mis órdenes. Le pedí que me abrazara y lo hizo. Cerré los ojos e intenté no pensar en Nuria, pero su abrazo frío y mortecino no me consolaba. Le ordené que me abrazara más fuerte. Y me abrazó fuerte. Entre sus brazos entendí que Jezabel había sido un error, pero no había nada que pudiera hacer ya para remediarlo. Pensé que ella reconfortaría ligeramente el dolor que sentía por la pérdida de Nuria. Pero no fue así. Le dije que volviera a la cama y yo volví al rincón. Miraba a Jezabel tumbada en la cama, con el camisón blanco de algodón, amarilleado por el tiempo y la mugre, ocultando parte de aquel cuerpo mermado y seco, y me dio asco.

Durante los meses siguientes intenté alejarme de Nuria. Pensé que al hacerlo podría quitármela de la cabeza. Pero no funcionó. Ella me seguía saludando y preguntado cómo me encontraba cuando se cruzaba conmigo, y yo, a pesar de todo, quería seguir hablando con ella. Necesitaba contarle mis cosas y mis preocupaciones. No todas, todas no podía. Incluso me inventaba algunas para tener más de lo que hablar con ella. Pasar tiempo con Nuria era lo único que me reconfortaba. Me hacía sentirme real, y no alguien invisible. Alguien olvidado por la sociedad, repudiado por el resto.

Solo maman y ella me escuchaban. Pero de maman me estaba distanciando. Se había hecho mayor y cada vez venía menos a visitarme. Yo también había hecho mi parte para alejarla, cuanto menos vinera más fácil me era ocultar a Onán y Jezabel. Tampoco me

gustó cuando me amenazó con juzgarme ante los loas si utilizaba la magia que nos otorgaban para poseer a Nuria.

A principios del invierno de aquel año una de las cañerías de la cocina reventó e inundó parte del sótano, donde estaba haciendo la obra para añadir las habitaciones para meter a Onán y Jezabel. Cuando llamé al seguro, mi póliza estaba congelada por impago. Vicente, el muy canalla. Siempre me pedía que le pagara en metálico, decía que para él era más cómodo para llevar la contabilidad, y me daba un pagaré que, según me enteré después, era inválido para cualquier tipo de reclamación ya que no tenía número de factura. Aunque la justicia que imparten los humanos ya no iba conmigo. Vicente sería el siguiente al que juzgaría con permiso de los loas.

Con Vicente me lo iba a tomar con más calma, se lo había ganado. Yo estaba motivado, conocía mejor que nunca los secretos de la magia y la experiencia me había otorgado una entereza y una calma que antes no tenía. Le vigilé durante semanas, tenía las mismas rutinas diarias. Cerraba la aseguradora, tomaba algo con la poca gente que todavía le hablaba y se iba a su casa, solo. Todos y cada uno de los días. Los fines de semana salía de cervezas y vinos por las mañanas y después se encerraba de nuevo en su casa. Lo único que me podía causar algún problema era su hermana, le visitaba en días alternos y a horas diferentes, pero siempre había un mínimo de varios días entre una visita y la siguiente.

Era jueves, lo recuerdo perfectamente. Su hermana se acababa de ir y yo esperé hasta que la luz de su dormitorio se apagó. Subí hasta el piso y forcé la cerradura con unas ganzúas. Me quité las botas en la entrada para no hacer ruido. Vicente estaba acurrucado en la cama como un niño pequeño. Olía a rata. Le soplé el coup de poudre y en cuestión de segundos se despertó. Me miraba desencajado mientras se ahogaba, me encanta esa expresión. Todos hacen lo mismo. Se agarran el cuello y aprietan, como si eso les pudiera dar el aire que les falta, pero no lo hace. Sienten que se ahogan, pero pueden respirar, sienten que se mueren, pero siguen vivos.

A la noche siguiente pinté el veve del Barón Samedi sobre la puerta, el símbolo que da acceso al más allá, y tras pedir su aprobación al jefe de los espíritus de la muerte para despertarle, le suministré la infusión a base de estramonio que arrebata el alma y elimina la voluntad, y me lo llevé. Dejé una nota en su casa para que nadie lo buscara, sí. Yo casi no sé escribir así que le pedí a maman que lo hiciera por mí. No le dije la verdad, le dije que la quería para hacer una broma a los compañeros de mantenimiento cuando me fuera de vacaciones.

Maman escribió: «No me busquéis, no volveré hasta que las gallinas no tengan plumas». A ella le hizo gracia. A mí también. Y recorté «hasta que las gallinas no tengan plumas».

Había preparado para Vicente otro cuarto en el sótano de mi casa. Nada más llegar le tiré al suelo y le pegué, le pegué una y otra vez en esa cara burlesca y engreída que tenía. Di forma a su nuevo rostro con mis puños entre ríos de sangre hasta que la hinchazón que le produjeron mis golpes deformó tanto su cara que era prácticamente irreconocible.

Vicente me traicionó por dinero, por unas miserables monedas, como hizo Judas Iscariote con Jesucristo. Lo rebauticé en su nueva vida como esclavo con el nombre de Judas.

59

LIS / NED

Sábado. 19:07. Sempiterno

Lis tenía varios wasaps de Zabala para preguntarle cómo se encontraba, por una parte por la culpabilidad de su último y desafortunado comentario acerca del incidente con Silvia y por otra porque la quería volver a ver, así que aprovechó para decirle si le apetecía quedar cuando él saliera de trabajar sobre las once de la noche. Lis no hizo ni amago de contestarle. La cabeza de Lis seguía dando vueltas al porqué de la repentina ausencia de Diego, y lo que menos le apetecía era tener que aguantar a Zabala intentado ligar con ella de nuevo.

Además el caso estaba totalmente estancado. Tal y como lo veía Lis, ahora mismo solo tenía dos opciones: que Abel fuera capaz de desvelar con su testimonio el misterio en el que estaban envueltos o que Adolfo arrojase algo de luz con el informe del forense, si es que podía conseguirlo. Había una tercera opción que no le terminaba de encajar: presentarse en casa de Satur y hacer una locura, como registras su casa a escondidas, pero claro, esta suponía comprometerse demasiado. Tanto si era Satur quien andaba detrás y el peligro que podía conllevar, como si no lo era y las repercusiones que pudiera tener su credibilidad.

Entre todas las dudas que revoloteaban por su cabeza, se metió en la ducha. El agua caliente la reconfortó. Y tras vestirse, salió al salón. Ned estaba sentado en el sofá jugueteando con el móvil y una sonrisa estúpida en la cara. «Este está escribiendo a Aurora, seguro», caviló la reportera. Y la imagen del cacereño volvió a su mente, seguía sin tener noticias de él y empezaba a presentir que algo le había pasado. Algo malo. Y la última vez que le intentó localizar, tenía el teléfono desconectado.

—Te propongo un plan —le dijo Lis a Ned, que la miró expectante—. Yo no tengo mucha hambre, la verdad, pero podemos pedir una pizza,

si quieres —planteó, sabiendo que, si incluía pizza, para Ned aquello era «el plan»—, vemos una peli y mañana por la mañana volvemos a Madrid. ¿Te parece?

—¿Estás segura?

—Sí, ahora solo queda esperar.

Ned, aunque tenía una cita con Aurora, asintió. Pensó que sería mejor quedarse con Lis.

—Y puestos a esperar —continuó Lis—, mejor estando en casa.

Aunque ella sentía que ya estaba en casa.

—Por cierto, ¿de qué vas disfrazado hoy? —preguntó la reportera curiosa, en alusión a la camiseta que llevaba Ned: camiseta oscura con el dibujo de un señor vestido con capa negra, bufanda de algún pellejo blanco y una enorme espada.

—Ned Stark, Lis —apuntó con desprecio ante la ignorancia de su compañera mientras le escribía a Aurora para posponer su cita.

—Ah —respondió sin tener ni la más remota idea de quien estaba hablando.

Las pizzas no tardaron en llegar y Ned, después de reírse varias veces de la televisión analógica de tubo que tenían los padres de Lis en el salón, encendió su portátil y lo conectó a la red de su móvil para ver Netflix. El teléfono de la reportera comenzó a sonar, era Adolfo.

—Dame algo, por favor —suplicó Lis nada más coger la llamada.

—Pues tengo algo, pero no sé si es lo que esperas —especuló Adolfo. Lis era toda oídos—. Hoy a primera hora le han hecho la autopsia a Nuria —empezó a contar—, pero es imposible identificarla al estar parcialmente calcinada. La cabeza y el tronco están carbonizados. María, la forense que lleva la autopsia de Nuria, extrajo muestras de dentina de las piezas dentales, que al parecer es muy resistente, y las ha mandado al laboratorio para analizarlas. Por lo visto de ellas se pueden extraer marcadores genéticos y determinar su identidad.

—¿Todo eso te lo has aprendido de memoria? —dijo Lis.

—No, la verdad es que no. Lo estoy leyendo de los apuntes —resolvió Adolfo.

—¿Sabes cuánto tiempo necesitan para tener los resultados? —preguntó Lis.

—No, depende del laboratorio. Pueden ser días o semanas.

Lis resopló con desesperación.

—Tranquila —continuó Adolfo—, ahora viene lo interesante. Si el coche ardió, lo lógico es que hubiera quemado a Nuria de forma idéntica por todos los lados, ¿no crees?

—Supongo.

—Pues no, como te dije, estaba especialmente calcinada en cabeza y tronco, las piernas y los brazos no corrieron la misma suerte.

—¿Azar? —preguntó Lis.

—María duda de ello. Pero hay más. Según la ficha médica, Nuria estaba en la semana treinta y seis de gestación. Tras observar detenidamente los restos, los huesos, el tamaño del cráneo y demás, María asegura que el feto que había dentro de la Nuria carbonizada no podía tener más de veinticinco semanas.

—¿Qué dices? —preguntó Lis totalmente descolocada.

—El feto en la tripa de la Nuria carbonizada tiene unas diez semanas menos de lo que su ficha médica dice —explicó Adolfo sin entender él mismo lo que estaba contando.

—Pero ¿cómo puede ser eso?

—Ni la más remota idea. También se mandaron los restos del feto a analizar.

Se hizo un breve silencio mientras Lis asimilaba lo que le acababa de escuchar… «No puede ser —pensaba—, más sucesos extraños, más fantasmas».

—Y una última cosa —terminó por decir Adolfo, ya que Lis no hablaba—. Según María, como ya te dije, el cuerpo estaba en peor estado de cintura para arriba, con lo que las extremidades quedaron algo mejor. Pues bien, la mano derecha la tenía apretada contra la agarradera de plástico de la puerta, quizás por eso está algo mejor que el resto del cuerpo. En esa mano, Nuria tenía barro bajo las uñas. Barro y pelo de animal. Un dato curioso si salían directamente de su

casa para pasar un fin de semana, y más si no tenemos constancia de que tuvieran animales domésticos, ¿no crees?

—Muy normal no es, eso desde luego, ¿cómo lo has conseguido? —preguntó Lis.

—Digamos que… —hizo una pausa para generar expectación y darse algo más de importancia— viejas amistades.

—Gracias.

—¿Te dice algo?

—Creo que sí —contestó Lis.

—Mantenme informado.

Ned la miraba curioso, algo había cambiado, la cara de Lis se había transformado por completo. Lis se giró y le clavó la mirada sin decirle nada.

—Nuria estaba embaraza de treinta y seis semanas pero la autopsia dice que el feto que tenía en la tripa era de unas diez semanas más joven. —Ned no entendía—. Y se han encontrado restos de barro y pelo de animal en las uñas.

—¿Y…? —dejó caer Ned para que Lis tuviera que terminar la frase.

—Y nos vamos. Coge tus cosas —exigió Lis mientras se levantaba del sofá.

—¿Para qué? —replicó Ned.

—Pelo de animal y barro, Satur tiene un establo de cerdos. ¿Más coincidencias? No puede ser.

—Uf.

—No empieces —le dijo Lis.

—¿No podemos hacerlo mañana?

—No, tiene que ser ahora. ¡Cada minuto cuenta, Ned! —le vociferó.

—Es de noche, Lis, por si no te has dado cuenta —explicó Ned con preocupación.

—Mejor, así no nos verá fisgoneando.

—Lis, si Satur es un asesino en serie… es del tipo desorganizado, fijo, no es alguien demasiado inteligente que digamos. Y ya te conté cómo son…, impulsivos, erráticos, impredecibles… Lo más seguro es que nos mate si nos pilla.

—Pues tendremos que hacer que no nos pille.

—Uf.

—Nadie sabe de esta historia, Ned, tenemos que ser los primeros. Tenemos que hacerlo, además, tengo la sensación de que lo mismo podemos salvar una vida. O varias…

—Uf.

—Ned, llevo malgastando mi vida desde años… viéndola pasar frente a mis ojos absorta en mi apatía. Igual que tú. Es nuestro momento, joder.

60

ABEL

Resurrección.

Parpadeo suavemente. Parece lejano aquel recuerdo en el que solo podía mirar la pared blanca de la entrada de mi casa y parpadeo de nuevo. Cierro los ojos, siento mi respiración, y los abro de nuevo para observar a mi alrededor. Estoy en una habitación oscura, hay cortinas a ambos lados de la cama. No tengo dolores, no me arde el brazo, ni siento la angustia oprimiéndome el pecho. Me siento relajado y en paz, inspiro de nuevo, hondo. Saboreo el aire en mis pulmones.

Las ideas se van ordenando en mi cabeza como por arte de magia. Por fin puedo pensar con claridad y moverme con libertad. Era como si hubiera estado en algún estado cercano a la muerte… o como si incluso hubiera estado muerto durante un tiempo. Y ahora, he resucitado, he vuelto al mundo de los vivos. Y me siento bien. Tranquilo.

Cierro los ojos envuelto en la paz que me rodea y empiezo a recordar. Recuerdo la primera discusión con Nuria, ¿por qué tendría que discutir conmigo por ese tipo? Yo le veía rondándola, con aquella mirada, sucia y penetrante, y no me gustaba. Pero Nuria no lo entendía de la misma forma, a ella le daba pena y le dejaba acercarse, le dejaba acercase demasiado. Ya la había traído a casa varias veces, yo no tenía celos de él, no podía tenerle celos. Lo que sentía era miedo de que le hiciera algo. Veía desde la carnicería cómo se quedaba observándola desde la furgoneta, con aquella mirada, mientras Nuria se asomaba por el cristal de la tienda para saludarme con su maravillosa sonrisa antes de subir a casa. Ella no veía aquella mirada clavada en su espalda, en su cuerpo. «¿No ves cómo te observa?», le dije. Ella siempre me contestaba que aquel hombre tenía un gran corazón, que era diferente porque la vida no le había tratado bien. Aunque fuera cierto no le excusaba del hecho de mirar de forma obscena a mi mujer.

También discutimos meses después mientras preparábamos las invitaciones de la boda, Nuria quería que viniera. Yo desde luego no tenía ni la más mínima intención de invitar al maniaco ese al día más importante de nuestras vidas. Me daba igual que le diera pena, que estuviera solo y cada una de las decenas de razones que tenía preparadas para intentar convencerme.

Algunas veces íbamos a comprar y también lo veía entre los pasillos del mercado, observándola. En más de una ocasión llegué a verle sin ser él, llegué a tal punto que no sabía ya si eran alucinaciones o una realidad. Lo que tenía claro es que algo no estaba bien con él, algo que desde luego era feo y oscuro. Como cuando vino a casa para arreglar la caldera y después Nuria decía que le había desaparecido ropa íntima. Yo siempre pensaré que fue él.

Mi paciencia se fue agotando hasta que no pude aguantar más, fue el día que vi los moratones en el brazo de Nuria. El puto loco había impreso sus sucias manos en el antebrazo de mi mujer. Ella decía que se había dado un golpe para encubrirle, pero yo estaba seguro de que no era así. Se notaban los dedos marcados en la piel blanca de Nuria. Ese miserable la había apretado con fuerza, y casi prefería no saber el motivo. Pero sabía que había sido él. Al final Nuria reconoció que la sujetó sin querer lastimarla. Me pidió que no le hiciera nada. Creo que al menos lo intenté. Hasta que pasaron un par de semanas y lo vi de nuevo. Este lunes. El miserable no había vuelto a traerla a casa desde que la cogió por el brazo.

Lo mismo pensó que me olvidaría. Pero cómo olvidar que aquel miserable le había puesto la mano encima al amor de mi vida. Según dejó a Nuria y se quedó mirando como se iba, cogí el cuchillo de deshuesado, el más pequeño que tenía a mano para ocultarlo más fácilmente, y fui a por él. Metí mis manos por el hueco de la ventanilla y lo enganché del cuello, apretando con el filo del cuchillo su asquerosa papada. Le dije de todo, miserable, perdedor, etc., y le juré que como lo volviera a ver cerca de mi mujer le rajaría el cuello como a un cerdo. Ni se inmutó, solo me miraba fijamente. Así que apreté más fuerte el cuchillo hasta que vi gotear la sangre bajo el filo. Y tampoco se inmutó. La rabia me podía, sentía ganas de degollarlo ahí mismo, pero no pude. Ahora me arrepiento. Tenía que haberlo hecho. Y nos hubiéramos ahorrado todo este sufrimiento.

Se llevó a mi mujer y mató a mi hijo.

Abro los ojos de golpe, respiro con fuerza. Estoy nervioso, acelerado. Tengo los ojos húmedos, siento cómo las lágrimas ruedan por mis

mejillas.

—Tengo que salir de aquí.

Me quito todos los cables y la aguja que me inyecta ese líquido viscoso directamente en las venas. Me levanto de la cama, doy dos pasos y… me desplomo contra el suelo. El golpe me deja desorientado, escucho pasos…, escucho voces…, cierro los ojos.

61

SATUR

Primavera. Sempiterno

Hasta aquel día jamás la había tocado, me daba asco. Cuando bajaba al sótano cada noche a darles a Onán, Jezabel y Judas la infusión que arrebata el alma, a ella ni siquiera la miraba. Solo le hablaba para ordenarle que limpiase la casa o decirle que comiera después de tirarle el plato con la cena en el suelo de su habitación. Era como un mueble carcomido por los años. Estaba tan demacrada que parecía como si entre la piel y los huesos ya no quedase nada.

Fue el día que me enteré de que Nuria estaba embarazada. Me lo contó con una sonrisa y ligeramente emocionada, estaba radiante, como siempre. ¿Qué tenía él que no le pudiera dar yo? Mi envidia se transformó en una ira desbocada que jamás había sentido. Llegué a casa, entré en la habitación de Jezabel y me quité la ropa. Yo estaba nervioso mientras ella seguía ahí, como siempre, mirando el techo, postrada en la cama con su camisón amarillento. No sabía muy bien qué tenía que hacer, nunca lo había intentado antes, pero lo hice. Me acosté con ella, sí. Sentía tantos celos de la vida de aquel carnicero chulo y egocéntrico… Él tenía a Nuria y yo pensé que tener a otra mujer a mi lado me haría feliz, pero Jezabel no me hizo feliz, al contrario, me sentí más desdichado todavía. Cuando me enteré de que Nuria estaba embarazada, me vino a la mente la imagen de cómo se acostaban juntos cada noche y yo también quería tener esa sensación. Y la de ser padre. Quería tener su vida. Y cuanto más hacía por igualar mi vida a la suya, peor me sentía.

Semanas después, Jezabel empezó a engordar y dejó de sangrar. Compré un kit de embarazo y salió rosa, ella estaba embarazada y yo iba a ser padre. Cómo pude ser tan idiota, yo no quería ser padre de lo que ese ser demacrado pudiera engendrar. Y me odié por haber sido tan impulsivo y actuar con rencor. Cada vez me sentía más molesto con la situación que me había tocado vivir y con el hecho de que aquel malnacido de Abel tuviera una vida perfecta a la que yo no

podía aspirar por mucho que me esforzara. Odiaba y envidiaba a ese hombre con todas mis fuerzas.

Después de todo lo que me estaba pasando, una tarde, Nuria no quiso que la llevara a casa. Seguro que el imbécil de su marido le había prohibido juntarse conmigo. Y yo no lo iba a permitir, además, ¿quién se creía que era ella? Esa tarde la estuve esperando casi cuatro horas para que luego me dijera que prefería irse dando un paseo, ni hablar. La rabia se apoderó de mí y la agarré del brazo. Pasó por mi cabeza la idea incluso de raptarla. Entonces apareció Fernando y la tuve que soltar. Pero eso no iba a quedar ahí, no podía seguir permitiendo cómo me trataban. Así que decidí usar mi magia contra ellos. Y maman ya estaba débil, era mayor, y ya no me daba ningún miedo.

Empecé a pensar cuál sería el mejor momento para llevármela. Y estudié cómo deshacerme de Abel. Y también de Jezabel, y de lo que llevaba dentro. Lo primero que hice fue distanciarme de Nuria para que nadie nos vieja juntos. Las semanas siguientes la evité con disimulo, tratando de que se notase lo menos posible mi cambio de actitud.

Hasta este lunes cuando Nuria se acercó al cuarto de mantenimiento y me pidió que si la podía acercar a casa cuando terminara de trabajar por la tarde. Creo que nunca antes me lo había pedido. Me dijo que se encontraba regular por el embarazo. Y recurrió a mí. Estaba tan ilusionado que no pude decir que no. Al dejarla en la puerta, vi cómo se marchaba con cierto dolor, la envidia volvía. Saludó a su marido y se perdió tras el portal del edificio donde vivía con el enclenque ese. Durante un momento soñé despierto que yo era el marido con el que se acostaría en la cama aquella noche y me quedé absorto, imaginándome mi vida con ella. Todavía podía olerla cuando el imbécil de Abel se metió por la ventanilla y me puso el cuchillo en el cuello. No le vi venir. Yo le quería hundir los ojos con mis dedos en ese mismo momento, aunque me rebanara el cuello. Me dijo que dejara en paz a Nuria, que ella jamás se fijaría en un perdedor como yo, en un miserable con una vida de mierda.

Según llegué a casa, me ensañé con todos. Pegué a Onán, pegué a Judas, incluso pegué a Jezabel. Y después les mandé con los cerdos, y los encerré en el establo. Quería estar solo. La rabia y la impotencia me consumían. Pero ya nada me importaba, lo iba a hacer sí o sí. Esperé a que fuera de noche y me fui a su casa. Llamé a la puerta y nada más abrirla le soplé el polvo original en la cara y le pegué con todas mis fuerzas. Le di tan fuerte que le destrocé la boca y cayó directo contra el suelo. Nuria estaba en la cama cuando entré, no le

dio tiempo a reaccionar. Ya le había soplado el polvo original. Me quedé viendo cómo se ahogaba, haciendo aquellos grotescos movimientos, buscando esa bocanada de aire que nunca llegaba, y aun así, seguía siendo hermosa.

Lo hice todo sin pensar. Me dejé llevar por la rabia y, cuando me serené, me di cuenta de lo descuidado que había sido. No había comprobado si los vecinos dormían, si alguien me había visto aparcar la furgoneta en la misma acera del carnicero o entrar en la casa… Y si me descubrían no iba a poder tener a Nuria. Fui a buscar a maman. Y se lo conté todo, era la única que podía ayudarme. Yo era consciente de que ya no era la poderosa mambo de hacía unos años, ahora era vieja y débil, pero aun así la temí mientras le decía lo que había hecho.

Maman no aprobó lo que había hecho cuando vio a Abel tirado en el suelo, o cuando después vio a Nuria sobre la cama. Pero no me reprendió. Quizás me había perdonado, como también perdonó a Onán su padre. Me dijo que me fuera para que nadie viera mi furgoneta aparcada en la puerta de la casa, de lo contrario podría ser sospechoso. Y ella se encargó de todo. Incluso puso un cartel de cerrado por vacaciones en la carnicería. A llegar a casa estaba nervioso, lo tenía tan cerca. Abrí una botella de mi mejor ron dominicano y me senté en el sofá. Mientras me deleitaba con el licor y con lo que había hecho, lo vi claro, podía deshacerme de Jezabel y de Abel al mismo tiempo.

Con Nuria usé muy poca cantidad del polvo original, sé que puede dañar el cerebro, y el martes ya era capaz de moverse ligeramente. Su hijo se adelantó, y cuando empezaron las contracciones maman la ayudó para que pudiera tenerlo. Yo tenía miedo, sabía que Nuria podía morir en aquel parto del que no era plenamente consciente al seguir bajo los efectos del polvo original. Pero maman no perdió la calma y todo salió bien, sí. Me dijo que tenía que sacrificar al hijo de Abel y Nuria como ofrenda a los loas, para pedir su perdón por mi insolencia, por usar la magia en mi propio beneficio. Y se lo llevó. Yo asentí cabizbajo, pero lleno de satisfacción en mi interior.

A lo noche siguiente me llevé a Nuria ante la incrédula mirada de su marido. Fue increíble verlo ahí sentado, contemplando cómo me llevaba a su mujer sin que pudiera hacer nada, y después dejarlo allí solo, en la oscuridad de su casa, carcomiéndose a sí mismo por lo ocurrido… Fue sin duda el momento más gratificante de mi vida.

Cuando llegamos a casa me di cuenta de que me había olvidado de Onán, Judas y Jezabel en el establo. Después de casi dos días enteros

estaban medio muertos. Al no haber tomado la infusión que arrebata el alma en ese tiempo noté que habían recuperado parte de la consciencia. Así que se las preparé y se la bebieron. Les dije que se limpiaran, que comieran y luego los encerré en una de las habitaciones del sótano. Solo quería estar con Nuria.

Al tercer día, el jueves, la consciencia de Abel era mía. Y la madrugada al viernes conduje su coche hasta un tramo de carretera sin guardarraíl, llevaba a Abel y a Jezabel. A él le dije que se pusiera al volante y se estrellase contra el muro de piedra, y lo hizo. Con Jezabel a su lado, con un vestido de Nuria. La empapé de gasolina para que fuera irreconocible. Y me fui corriendo, enterrando el bidón de gasolina en un agujero que había dejado preparado la noche anterior lejos de allí.

Eva fue la primera mujer, la madre de todos los vivientes; según la Sagrada Biblia, fue la mujer más hermosa del mundo, superando a todas las mujeres de todos los tiempos y eras. Creada por Dios, reflejando la perfección. No ha existido ni existirá mujer más hermosa. No era una belleza artificial creada en un quirófano con implantes o cirugías, sino una belleza natural y perfecta. Eva era una mujer completa, madura e inocente. No había mejor nombre para rebautizar a Nuria que con el de Eva.

En este momento Eva está en una de las habitaciones del sótano, quería ser cauteloso. Al menos un tiempo, hasta que todo el revuelo por el accidente de coche se calmase para después… llevármela lejos de aquí. Supongo que ahora las cosas han cambiado, pero tú vendrás con nosotros. Y como sabes, no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

62

LIS / NED

Sábado. 20:17. Sempiterno

Ya era noche cerrada cuando Ned conducía bajo la lluvia por la M-607 en dirección al camino de la dehesa. Estaba nervioso, pero lo controlaba. Había decidido no tomarse las pastillas, «no esta vez», se dijo. No quería que nada enturbiara su percepción de las cosas. Y pensó que si había sido capaz de ir a casa de Fernando él solo, e incluso de invitar a salir a Aurora, podría con lo que ahora le ocupaba. Lis, por su parte, iba absorta en sus pensamientos. Y Diego seguía sin dar señales.

Ned tomó la salida del camino de la dehesa, seguía embarrado, incluso más que el día anterior. Aparcó el coche un poco más adelante, entre unos matorrales, para seguir el resto del trayecto a pie hasta la granja.

Lis mandó un wasap a Zabala pidiéndole que viniera lo antes posible tirándose otro órdago. Le dijo que tenían evidencias de que Satur era el culpable de la desaparición de Vicente y de que estaba detrás del accidente de Abel y Nuria.

—¿No será mejor esperarle? —apuntó Ned.

—No —respondió tajante. Lis no aguantaría esa espera. Aunque quizás fuese lo más sensato, necesitaba empezar ya. Además, temía que Satur tuviera también algo que ver con la ausencia de Diego—. Zabala no sale hasta tarde, tenemos que ir avanzando nosotros.

—Uf —resopló Ned.

El miedo comenzó a brotar en el interior de Ned. Era el momento de empezar a moverse y su mente se tambaleó. Intentó recordar sus sensaciones cuando consiguió ir a casa de Fernando por sí mismo y entonces se acordó de que entonces sí se había tomado una pastilla. Pero ahora no había marcha atrás, se las había dejado en casa.

—Mierda, Lis, no puedo.

—Sí puedes. Piensas que no, porque es la opción fácil. No moverse, no hacer nada. Pero sí que puedes. ¿Crees que Batman se quedaría ahí gimoteando?

Lis tenía razón, pensó Ned. «Soy el puto Batman, y Batman puede con esto», se animó. Respiró hondo, se puso el chubasquero, cogió su cámara con la funda para que no se mojara y salió del coche. Lis se puso una chaqueta de su madre encima de la sudadera de la universidad y siguió a su compañero. Pero aquella acometida inicial se fue diluyendo como la lluvia en el barro a cada paso que daban por el camino de la dehesa. La noche tampoco ayudaba, era oscura y lúgubre, las nubes, la lluvia… Envueltos en una oscuridad densa y casi opaca recorrían el sendero hacia la granja, con el olor a tierra mojada impregnado sus pulmones. Acompañados de los sonidos del bosque, de las ramas agitadas por el viento, de las cigarras, del ulular de los búhos y de las pisadas de los diminutos roedores entre los arbustos.

La casa de Satur tenía la luz del salón encendida. Se agacharon y entraron por el camino de barro que daba acceso a la granja lo más pegados al pequeño muro de piedra que delimitaba la finca. Pasaron la casa hasta llegar al invernadero y el establo. El invernadero estaba cerrado con un candado. El armazón era de madera recubierto por un plástico ligeramente traslucido. Se intuían débilmente un par de hileras de mesas de madera que tenían encima decenas de macetas con una planta cuyo tallo alcanzaba fácilmente el metro de alto, con hojas dentadas y flores blancas en forma de trompeta. Lis sacó su móvil y buscó en internet, filtró por imágenes, no podía haber demasiadas plantas con una flor como aquella. No fue difícil, la tercera imagen contenía un texto al pie que decía: «Datura stramonium, una planta muy bonita…, pero tóxica».

—Estramonio —susurró Lis, algo extrañada.

—¿Qué es eso? —preguntó Ned en un tono aún más bajo que el de Lis, con un ojo fijo en ella y el otro en la casa.

—Una planta —ironizó Lis, intentado relajar un poco a Ned, que lo veía bastante peor que a sí misma—. Tienes que dejar los videojuegos, querido.

—¿Crees que es el momento para esto?

—Es una planta alucinógena y tiene acción sedante sobre el sistema nervioso central, pudiendo incluso llegar a matar en dosis altas. Puede

ser tomado como infusión a partir de las hojas… —resumía Lis mientras leía.

—¿Será la droga que decía la médico que encontraron en la sangre de Abel esta mañana?

—Puede ser. Sigamos.

Se notaba que el establo fue construido por alguien con poca experiencia. Las líneas de ladrillo rojo ligeramente torcidas entre las juntas a pegotes de cemento eran una prueba evidente de ello. No tenía más de seis metros de ancho por otros seis de largo, con una puerta de madera débilmente sujetada por unas bisagras oxidadas y un viejo pasador de hierro. Tenía varios orificios a modo de ventanas y el techado era una cubierta de enormes tablones de madera mal puestos. Lis tiró del pasador y entraron. La leve luz del exterior que se filtraba a través de los huecos de la madera, junto con las gotas de agua que también se colaban por ellos, le daba al interior un aspecto de lo más siniestro. Tan solo se escuchaba el goteo de la lluvia y el ronquido de los cerdos. El establo estaba dividido en dos partes por una valla de madera. La primera parte, a la que se accedía desde la entrada, era un pasillo estrecho, con cubos para alimentarlos, sacos de pienso y distintas herramientas de labranza. La segunda parte era más grande, a ambos lados se distinguían cajones de ladrillo de no más de un metro de alto, cuatro compartimentos a cada lado, donde descansaban los animales, dejando un hueco vacío en el medio lleno de paja y barro.

—¿Qué es eso? —susurró Ned a Lis señalando un pequeño montículo sobre el suelo.

—No lo sé —respondió Lis.

Era una enorme mancha ocre, casi rojiza. Similar a los restos de un animal después de un festín carnívoro.

—¿Será la comida de los cerdos? —inquirió Ned.

—Hazle una foto —le dijo Lis.

—¿Seguro? Saltará el flash.

—Será más rápido que si apuntamos con una linterna para ver qué es.

Ned asintió. Sacó la cámara de la funda, enfocó a tientas sobre el montón ocre y disparó. El flash iluminó como un parpadeo fugaz toda

la estancia y el gruñido de los cerdos se intensificó. Lis y Ned observaron la imagen en la pantalla de la cámara. Parecía un lienzo macabro. Un retrato de muerte. Pinceladas granates sobre un mantel verde. Pinceladas siniestras de formas perturbadoras. Lis se llevó la mano a la boca para no chillar mientras iba descubriendo lo que significaba aquel amasijo de vísceras, carroña, huesos y tela rasgada. Eran los restos de un ser humano, tirado en el medio del establo. Lis retiró la vista y empezó a llorar, se derrumbó allí mismo. La primera intuición que tuvo Lis tenía nombre propio: Diego. Intentaba quitarse ese pensamiento de la cabeza, pero cada vez que se forzaba para ello, este volvía con más fuerza. «Tengo algo, me dijo», recordaba Lis. «¿Y si había descubierto algo de Satur?, pero ¿qué le había llevado hasta él? No, no puede ser…», se intentaba consolar. «Y yo… perdiendo el tiempo con Zabala».

—Diego… —dijo Lis entre lágrimas.

Ned apagó la pantalla de la cámara, no quería creer lo que acababa de ver. Y se arrodilló al lado de Lis.

—No sabemos si es él —intentó animarla Ned.

Pero Lis lo sentía, igual que sintió que había algo raro detrás de Satur y ahora comprobaba de aquella forma tan siniestra que estaba en lo cierto.

La puerta de entrada al establo se abrió de golpe y Ned se incorporó de un salto mientras Lis seguía arrodillada y miraba desde el suelo, inquieta, la silueta amenazante y gigantesca de Satur, que llevaba un garrote de madera consigo. Satur lo movió con soltura y descargó la parte más gruesa directamente en la cabeza de Ned, al que no dio tiempo a reaccionar, haciéndolo caer contra el suelo.

Eran más de las nueve de la noche y Zabala seguía terminando un atestado acerca de unos chicos a los que habían pillado con algo de marihuana. Se esforzaba en concentrarse, pero su mente le enredaba con mil y una fantasías sobre lo que pasaría en su siguiente cita con Lis. Aunque tenía turno de tarde, en cuanto terminara el dichoso atestado, se iría. Y no quería distracciones. Tres segundos después se dio por vencido y miró su móvil. Tenía varios mensajes de amigos y amigas, pero solo se centró en los que le había mandado Lis.

Lis Vázquez

Zabala, tenemos evidencias de que Satur está detrás de la desaparición de hace unos años de Vicente, el agente de seguros, y del accidente de Abel y Nuria. 20:23

Sé que es difícil de creer, pero, por favor, confía en mí. 20:23

Te esperamos en la granja de Satur. 20:23

Ven, por favor. 20:24

—Pero, qué cojones —mascullό con rabia y tiró el móvil contra el escritorio.

Tuvo que releer varias veces el mensaje, no podía creer que no solo no le hubiera contestado a su proposición, sino que, además, estuviera investigando por su cuenta un caso de donde no había nada que rascar. Y encima le quería involucrar. Cogió el móvil con la misma rabia con la que lo había tirado segundos antes y llamó a Lis, pero no le cogió el teléfono.

63

LIS / NED

Sábado. 21:37. Sempiterno

—¿Dónde está el coche? —preguntó Satur.

Lis y Ned estaban sentados en el suelo del establo, en la parte que daba a la entrada, atados a la valla de madera que lo dividía. Ned estaba inconsciente, la cabeza le colgaba inerte hacia un costado. La sangre le recorría la mejilla y se desperdigaba por la camiseta de Ned Stark y el chubasquero que su madre le había metido en la maleta.

—Vinimos a pie —contestó Lis sin mirarle a la cara. Temblaba. Estaba muerta de miedo. Y de frío.

Satur alzó el garrote y lo descargó contra el pie de la reportera. Tras el chasquido de sus huesos, el chillido de Lis retumbó por las paredes del establo. El dolor se extendió por su cuerpo como un rayo y comenzó a llorar.

—¿Dónde está el coche? —repitió Satur alzando la voz, tosca y rasgada, mirándola con indiferencia desde su metro noventa.

Lis intentó ser fuerte, tenía que ser fuerte.

—En el aparcamiento de tierra que hay antes de llegar al embalse, lo dejamos entre unos matorrales —mintió Lis. Recordaba ese aparcamiento de cuando iba con Diego para pasear a la orilla del embalse, al lado contrario de donde se ubicaba el coche en realidad.

—¿Seguro? —Y Satur descargó de nuevo el garrote contra el pie de Lis.

La reportera chilló de nuevo.

—Lo juro, por favor, está allí. ¡Está allí! —contestó sin dejar de llorar.

Satur rebuscó en sus bolsillos y les quitó las llaves y los móviles. Y los zapatos. Si escapaban en su ausencia, les costaría más huir. Y se marchó.

Lis sentía cómo su pie palpitaba de dolor, aunque ennegrecido por el barro del suelo del establo, juraría que estaba morado.

—Ned —le susurró. Pero Ned no respondía—. Ned, vamos. Dime algo.

Las palabras de Lis se perdían entre los gruñidos de los cerdos. Los escuchaba olisquear, morder y masticar a su espalda, terminando el grotesco festín de carne, vísceras y huesos. Los restos de aquel ser humano esparcidos entre paja, barro y excrementos. Y suplicó a un Dios en el que nunca había creído que no fuera Diego. Y siguió llorando. Pero ahora no era un llanto de dolor, era un llanto más profundo y áspero, el de la pérdida.

Entre todo el sufrimiento que sentía intentó recobrar algo de aliento. Tenían que salir de allí o serían los siguientes.

—Ned —le susurraba Lis por si Satur estaba cerca—, despierta.

Pero no respondía, seguía sin moverse. Lis intentaba moverlo con el pie, pero aun así no reaccionaba.

—Lo siento —murmulló—, tenías razón, teníamos que haber esperado a Zabala.

Los chasquidos de huesos al quebrarse continuaban a su espalda, el sonido seco de la saliva y la carne triturada entre los dientes de los cerdos. «Que no sea Diego, por favor. Que no sea él», suplicó en secreto, dejándose llevar por una tenue esperanza.

—¡Parad! —les chilló a los cerdos—, dejadle en paz.

Y suplicó de nuevo. Uno de los cerdos se acercó a ella y empezó a olfatear sus manos, atadas a su espalda a la valla, y pudo sentir el vaho que exhalaba y la humedad de su nariz. Lis movía los dedos todo lo que podía para quitárselo de encima hasta que notó sus dientes clavarse en su mano izquierda. Ella chilló de dolor y en un acto reflejo le clavó las uñas en el hocico. El animal bufó y salió corriendo. Y sintió cómo su sangre brotaba de sus dedos.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando Satur apareció de nuevo por la puerta. Podía haber sido tanto un suspiro como una eternidad. Pero lo que sí tenía claro es que estaba diferente. Vestía un frac de

terciopelo azul oscuro sobre el peto vaquero. Se movía balanceando el garrote con una mano y en la otra llevaba una botella de ron. Estaba empapado. Encendió una lámpara de gas que había en uno de los bancos de madera, cogió una pequeña banqueta de tres patas y se sentó enfrente de Lis. Y le sonrió.

—¿Quién más sssabe que estáis aquí? —le preguntó a Lis.

Satur la miraba fijamente a los ojos, pero Lis no era capaz de mantenerle la mirada. Y este acarició el pie de la reportera con la parte más ancha del garrote.

—Nadie —respondió muerta de miedo—. No lo sabe nadie más. Déjanos en paz, hijo de puta.

—¿Cómo me habéisss descubierto?

Lis dudó y Satur dejó caer el garrote contra el maltrecho pie de Lis.

—Joder… Primero, el símbolo sobre las puertas…

—No es un simple sssímbolo, es un veve —la interrumpió Satur—, es la representación del loa de la muerte, el Barón Samedi —matizó, y apretó un poco más el pie de Lis.

Lis se retorció de dolor. No entendía qué significaban ninguna de aquellas palabras, no las había escuchado en su vida. Pero sí entendió el mensaje.

—El veve que pintaste sobre los marcos de las puertas —rectificó Lis— nos dio un indicio de que algo había en común…

—Entiendo.

—Tenías móvil para deshacerte de Vicente —continuó Lis—, te estafó. Y también para ir contra Abel, estabas enamorado de su mujer. Juraría que te vi esta misma mañana salir del hospital, antes de que Abel tuviera un repentino ataque. Que para tu información, está estable.

Lis atacó con rabia y levantó la mirada desafiante, tratando de buscar una reacción en Satur que no sucedió. Todo lo contrario, de pronto aquel animal era ahora un hombre diferente. De movimientos extraños. Calmado. Con los ojos vidriosos, blanquecinos, y unas bolitas de algodón dentro de la nariz.

—Y luego está el cuerpo calcinado de la chica —continuó la reportera

—, en una de las manos, bajo las uñas, tenía restos de barro y pelo de animal. El cuerpo del coche no es Nuria, ¿verdad? —Satur no contestó, se limitó a sonreír antes de llevarse a la boca la botella de ron—. ¿La tienes aquí? ¿La has raptado? Además, nos mentiste. Sí recordabas a la chica a la que agredió Fernando, era Nuria. Pero no la agredió él, fuiste tú.

—No la llames asssí.

—¿Qué?

—Llámala Eva, sí —respondió con firmeza Satur.

—¿Cómo?

—Veo que no entiendesss nada.

—Sorpréndeme entonces —le retó.

Sentado sobre el pequeño taburete, Satur se masajeaba la frente mojada con sus enormes dedos a la luz de la lámpara de gas. Apuró la botella antes de lanzarla contra la pared. Tras un momento de reflexión clavó sus ojos mortecinos en los de la reportera y comenzó su relato con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro. Deseoso de que Lis supiera de todo lo que era capaz, orgulloso de compartirlo al fin, expulsando con cada palabra de su historia el hedor de su virilidad. Le contó cómo su padre le abandonó, cómo conoció a la poderosa mambo, su paso de houngan a bokor, cómo fue capaz de doblegar la carne y el alma a su voluntad, cómo convirtió a Emilio, a Vicente, a Lorena, y a Nuria…

La voz de Satur fue mudando, cada vez mas siniestra y oscura.

—Eva está en una de las habitaciones del sótano, debía ser cauteloso. Al menos un tiempo, hasta que todo el revuelo por el accidente de coche se calmase para después… llevármela lejos de aquí. Supongo que ahora las cosas han cambiado, debo actuar rápido. Tú vendrás con nosotros. Y como sabes, no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

Lis lo miraba con el odio más profundo que jamás había sentido por nadie, desde lo más profundo de su ser, a través de sus ojos empapados en lágrimas.

—Conozco esa mirada, ¡ni se te ocurra juzgarme! —Pero ella le siguió retando con gesto furioso—. ¡Que no me juzgues!

—Magia, dices, los drogaste… Das asco… Pobre gente —suspiró Lis.

—Pobre gente, no escuchas; Emilio era un hombre que maltrataba a su padre y cometía actos impuros solo por placer, Lorena vendía su cuerpo y su alma por drogas y dinero, Vicente era un estafador. Y Abel era un arrogante, alguien que se creía mejor que los demás por el simple hecho de tener una buena vida, sí. Eran carroña, y yo los juzgué.

—Ahora eres tú el que no entiende nada, no tienes ni idea de todo lo que Abel ha tenido que luchar… e incluso renunciar.

—Él tenía lo que yo más quería y se burlaba de mí por ello. Le di lo que se merecía.

—Eres un miserable.

—Tú eres también muy engreída, sí. Daré a los cerdos el cuerpo de tu amigo —dijo apoyando el garrote sobre la cabeza de Ned—, y como te dije, tú vendrás con nosotros. Te haré mía cada noche…

—Eres despreciable.

—Por cierto, ¿sabes qué han cenado mis cerdos esta noche? Los restos de tu amigo. El repartidor, sí. Una pena, lo vuestro… está… muerto.

Y una sonora carcajada brotó desde lo más profundo de su ser mientras sacaba unos guantes de látex de uno de los bolsillos del frac.

64

ZABALA

Sábado. 21:39. Sempiterno

Después de varias llamadas que Lis no contestó, su móvil dio apagado. «¿Qué tipo de broma es esta?», pensó Zabala. Dudas, preguntas sin respuesta, «¿qué cojones estará haciendo?». No sabía con certeza cómo actuar, pero desde luego, algo tenía que hacer. Su turno terminaba a las once, y dado que tenía pinta de que no iba a quedar con Lis, qué mejor que pasarse para imponer su ley. Por si acaso.

—Tengo que salir un momento —le dijo a su compañero.

—¿Te acompaño? —le contestó.

—No. No creo que tarde.

Seguía lloviendo con fuerza mientras Zabala conducía el coche patrulla por la M-607 en dirección al camino de la dehesa. Estaba rabioso, se sentía incomodo con la situación. Primero Diego y ahora Lis, dándole lecciones de cómo hacer su trabajo. «¿Por qué no se meten en sus putos asuntos?».

Después de tomar la salida, varios metros más adelante, vio un coche aparcado entre unos matorrales. Zabala dejó el suyo aparcado detrás y salió bajo la lluvia para inspeccionar el vehículo, estaba vacío y tenía el paragolpes ligeramente descolgado. Volvió sobre sus pasos y pidió por radio la identificación de la matrícula. A los pocos minutos tuvo respuesta: era un coche alquilado por el Diario 33 Digital. «La madre que…». Zabala siguió a pie las huellas impresas en el barro que salían desde el coche de Lis hasta la granja. «¿Qué estás haciendo, Lis?, joder». Había luz en la casa, pero no vio a nadie en su interior a través de las ventanas. La verja estaba abierta, chirriando al son del viento. Algo no iba bien, pensó, y puso su mano sobre la pistola. Empujó la puerta de entrada y esta cedió, también estaba abierta.

—¿Hola? —dijo Zabala, pero no hubo respuesta.

Al cerrar la puerta se dio cuenta de que había una mancha en la pared, a su izquierda. De color ocre. Parecía fruto de un impacto. Zabala la tocó, estaba húmeda. Alguien había intentado limpiarla sin demasiado esmero.

—Joder…, ¿hay alguien? —gritó mientras desenfundaba el arma.

Echó un vistazo al salón y a la cocina, no había nadie. Cruzó el vestíbulo hasta llegar a la segunda puerta que daba a un estrecho pasillo. Se asomó apuntando con su arma y encendió la luz. Revisó el resto de habitaciones y el baño, nada. Regresó al salón y entró de nuevo en la cocina. Había una puerta cerrada, más pequeña que las demás. Pensó que era una alacena, pero al abrirla descubrió unas escaleras que descendían hacia la oscuridad. La luz que bajaba desde la cocina era lo único que arrojaba algo de claridad entre las sombras del sótano.

—¿Hola? Soy policía, voy armado —avisó Zabala.

Nadie respondió. La escalera de madera crujía bajo sus pies a cada paso que daba. La atmósfera era densa, olía a humedad y ceniza. Y a ser humano. Según descendía iba comprobando cada rincón con la mirada. Al menos hasta donde era capaz de intuir. Lo primero que llamó su atención fueron las múltiples pintadas que llenaban los muros y el suelo, y no pudo evitar recordar a Diego al verlas. La pared frente a la escalera tenía un pequeño fuego ya extinto en el centro y una puerta a la derecha. Había un pilar en el centro, varios cirios desgatados formando una cruz a sus pies y un par de sillas. Cuando pisó el suelo del sótano se giró hacía la pared contraria. Vio la mesa de trabajo entre otras dos puertas. Tragó saliva al ver la cantidad de escapularios, rosarios, plumas y cachivaches extraños, entre centenares de velas desgastadas, sobre las estanterías.

—¿Qué lugar es este? —susurró.

El olor era más denso cada segundo que pasaba, una mezcla de hedores que no eran fáciles de describir.

—¿Hola? —dijo de nuevo mientras se deslizaba con la espalda pegada a la pared de enfrente a la escalera.

Cuando llegó a la primera puerta la abrió de golpe y entró. Primero lo hizo la pistola, después él. La habitación estaba directamente escarbada en la tierra. No tenía ventanas ni tipo alguno de ventilación.

La roca de la pared exudaba agua y miedo, y su hedor penetraba en sus pulmones. Solo había una cama y algo sobre ella completamente tapado por una sábana. La luz que bajaba por la escalera desde la cocina apenas daba para intuir los matices.

—¡Joder! —soltó Zabala cuando retiró la sábana.

Una mujer yacía amarrada a la cama de pies y manos, pero tampoco hizo gesto alguno al ser descubierta. Ni si quiera parpadeó. Tenía una expresión de horror cincelada en el rostro y la mirada fija en el techo. Totalmente ajena a la realidad. A pesar de su siniestra apariencia, el policía reconocía aquellas facciones. Zabala encendió su linterna reglamentaria.

—¿Nuria? —preguntó, pero no hubo respuesta alguna.

Un ruido alertó a Zabala. Provenía del otro lado del sótano, pasos que se arrastraban por el suelo. El policía se asomó apuntado con su arma. Una de las dos puertas de la pared contraria estaba ahora abierta. Recortado entre las sombras un hombre se acercaba con pasos cortos y torpes.

—¿Quién cojones eres? —gritó—. Date la vuelta y levanta las manos, que pueda verlas.

El hombre no obedeció y siguió arrastrando los pies en su dirección. Sus facciones se iban aclarando según avanzaba hacia la luz de la linterna del policía. El pelo lacio, ojeras prominentes, la mandíbula desencajada. Una ropa sucia cubría un cuerpo de extremada delgadez. «¿Qué cojones pasa aquí?», pensó Zabala.

—¡Que te des la vuelta! —le gritó. Pero el hombre seguía arrastrando los pies hacia él—. ¡Alto! —le ordenó. Pero no se detuvo—. ¡Para, joder, para!

Cada paso que daba era un poco más rápido que el anterior. A pesar de estar entrenado para ello, en ese preciso momento, se sintió como un novato y el corazón le latía a seis mil revoluciones. El hombre dio otro paso más rápido y Zabala le disparó en una pierna. Para asombro del policía, aquel hombre no se detuvo. Después de desplomarse contra el suelo, comenzó a reptar hacia él dejando un reguero de sangre a su paso.

—Para, por favor —le pidió.

Zabala no daba crédito a lo que veían sus ojos, el hombre ni había

chillado al recibir el disparo, y seguía arrastrándose por el suelo hacia él como un depredador. El policía jadeaba apoyando su espalda contra la pared, exhausto, sin comprender lo que estaba viviendo. Zabala suspiró y apuntó de nuevo con su arma al hombre, esta vez a la cabeza, y entonces una sombra se abalanzó sobre él. Salió de la única puerta que quedaba cerrada, pero estaba tan desconcertado que no la vio venir. Era otro hombre, algo más corpulento, pero también desnutrido. Le agarró el brazo izquierdo y le clavó los dientes en el antebrazo con una fuerza inusitada, desgarrándole la carne. Zabala chilló y en un acto reflejo le dio con la culata del arma en la cabeza, pero el segundo hombre no se inmutó. A Zabala le ardía la piel, que se estiraba y desgarraba entre los dientes de aquel ser que no parecía humano. Le dio una segunda vez, más fuerte, y los dos cayeron al suelo. Zabala se revolvió y le disparó en la cabeza esparciendo sus vísceras por la pared. El policía miró su brazo, sangraba. Le había arrancado un pedazo de carne. Pero la adrenalina mitigaba el dolor. Tampoco había tiempo para pensar, el primer hombre seguía avanzando por el suelo hacia él. Zabala se incorporó y se apartó sin despegar la espalda de la pared, no quería matar a nadie más. Y entonces lo vio, al principio de la escalera, mirándolo. Con su cuerpo de gigante embutido dentro de un frac de terciopelo azul oscuro. Y su mirada mortecina.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó a Zabala.

Satur bajó las escaleras de dos en dos, armado con el garrote, dispuesto a todo. El tipo del suelo seguía arrastrándose hacia Zabala que, con el brazo chorreando sangre, trataba de alejarse con la espalda apoyada en la pared para tener un mayor ángulo de visión. El policía tragó saliva y respiró hondo, el tiempo se detuvo en ese suspiro, apuntó y disparó dos veces contra el pecho de Satur, lo que le hizo parar en seco. Se quedó inmóvil, mirándole a los ojos, recortado por las sombras y la tenue luz que caía por la escalera y los cirios. La sangre resbalaba por su peto vaquero y el frac de terciopelo azul. Satur gritó con dificultad y levantó el garrote de nuevo, amenazador, pero Zabala le tenía en el punto de mira. El tercer impacto en el pecho le hizo caer de rodillas contra el suelo. Pero no dejó de mirarle. Inmóvil, con el pecho abierto, la boca chorreando sangre, y seguía mirándole. Zabala dio una patada al garrote y agarró al hombre que seguía arrastrándose por el suelo de la ropa. Lo llevó como pudo hasta una de las habitaciones y cerró la puerta, rompiendo el pomo después. Cuando se giró, Satur no estaba. El reguero de sangre que había dejado se perdía en la oscuridad de la habitación donde había encontrado a Nuria. Zabala estaba blanco de la sangre que había perdido. El sudor empapaba su frente y su ropa. Le temblaba la mano.

Avanzó despacio hasta asomarse por el hueco de la puerta sin dejar de apuntar con su arma. Satur estaba tirado a los pies de la cama.

Zabala se sentó en el suelo exhausto, malherido. Sacó su móvil y llamó a la comisaría.

65

LIS

LA CASA DE LOS HORRORES

Mueren dos hombres por disparos de la Policía tras atacar al agente que registraba su domicilio en Sempiterno

Por: Lis Vázquez

Sempiterno. MADRID

El primero de ellos, un hombre de 52 años, ha muerto en la noche de ayer sábado abatido por los disparos de un policía que acudió a su domicilio, a las afueras del término municipal de Sempiterno, en el camino de la dehesa, para investigar los posibles indicios que apuntaban que el fallecido pudiera estar implicado en el accidente de tráfico acaecido dos días antes, en la misma localidad, y que costó la vida a una mujer, hallada dentro del vehículo siniestrado totalmente calcinada que sigue sin ser identificada.

Tras el registro de la propiedad, el fallecido, además, ocultaba en el sótano de su casa a tres personas, dos de ellas todavía sin identificar. Uno de ellos también abatido durante el tiroteo. La tercera era N. M., quien fue dada por muerta en un accidente mortal en la M-607 el viernes junto a su marido A. J., quien se recupera favorablemente en el Hospital La Paz.

N. M. fue encontrada viva y con claros signos de deshidratación y desorientada en el sótano del fallecido, atada y amordazada a una cama. Las primeras investigaciones apuntan a que el fallecido drogaba y manipulaba a sus víctimas para manejar su voluntad a su antojo.

Además, en el domicilio del fallecido se hallaron los restos…

Lis tuvo que parar, no podía seguir escribiendo. Tenía los ojos vidriosos y la boca seca. Cogió la botella de agua que tenía a los pies de la cama y bebió. Inspiró con fuerza, pero el pequeño ático abuhardillado todavía olía a sopa en descomposición, se olvidó sobre la mesa el envase de plástico de fideos con pollo antes de irse y tuvo que recogerlo nada más llegar. Y el aire saturado que se colaba por la ventana de su habitación tampoco le daba el oxígeno que ella necesitaba. Era primera hora de la mañana y el bullicio de Madrid ya turbaba lo más profundo de su ser que, en ese instante, añoró como nunca la tranquilidad, los aromas y la brisa de la casa de sus padres en Sempiterno.

Tenía aquella imagen grabada, no podía quitársela de la cabeza. La foto de Ned con los restos de Diego esparcidos en el medio del establo como si no fueran más que paja, barro o excrementos, sirviendo de alimento para los cerdos. Entre los desechos estaba su cartera, roída. Y se encontró su coche, a medio desmantelar, en uno de los rincones de la finca. La reportera no pudo contener las lágrimas mientras revivía en su cabeza una vez más aquel momento. Se vio a sí misma de nuevo sentada en el barro al lado de Ned, todavía inconsciente, en aquel establo, cuando Zabala apareció por la puerta. Tras él llegaron las luces azules y amarillas, los sonidos de las sirenas de los coches de Policía y las ambulancias, y el alivio que todo aquello significa. Recordó a Ned postrado en la cama del hospital, todavía inconsciente. Y el abrazo de Adolfo cuando fue a buscarla. Llevaba un cárdigan de color granate, el de los domingos. Y cómo le dijo que todo había terminado. Algunas contusiones y un corazón roto en mil pedazos eran algunas de las consecuencias que había dejado en ella toda aquella historia. «Al final, Zabala nos escuchó, pero tarde», reflexionó Lis. «Todos actuamos tarde y casi dejamos que ese pobre diablo se saliera con la suya. Y ahora Diego no está, y nunca volverá a estar», concluyó.

Desde que Adolfo la dejó en la puerta de su casa de madrugada, incapaz de dormir, Lis no había hecho más que pensar y recapacitar sobre todo lo que había sucedido. Intentaba centrarse en la historia y el reportaje para intentar así evitar pensar en lo que le había pasado a Diego. Había estado investigando sobre todo lo que Satur le había contado y encontró explicación a muchas de las circunstancias especiales de aquella historia. El símbolo en tiza sobre ambas puertas, efectivamente, era un veve, como le dijo Satur. La cruz con cuatro cruces más pequeñas en cada uno de los huecos que dejaba la primera

cruz correspondía al veve de Barón Samedi, el loa de la muerte, a quien a menudo se le describía portando un sombrero de copa, traje de chaqueta negro o azul, con las cuencas de los ojos vacías y tapones de algodón en los orificios de la nariz, con la cara pintada de blanco como una calavera. El Barón Samedi esperaba en los cruces de caminos, donde las almas de los muertos pasan en su camino a Guinee. El veve dibujado en tiza sobre las puertas de Vicente y Abel era el símbolo religioso del loa y actuaba a modo de faro para que tuviera representación sobre los rituales que seguramente Satur hizo dentro de ambas casas.

En la religión vudú, a la que pertenecían todas las confesiones y referencias que Satur le dijo a Lis, la reportera encontró el por qué al más inquietante de todos los descubrimientos. A través del rito vudú de la zombificación, Satur fue capaz de doblegar todas aquellas almas y encerrarlas en su sótano sin ningún tipo de cadena o atadura física. Ana, la médico, les dijo que se habían encontrado trazas de tetrodotoxina en la sangre de Abel. Ese era el primer paso para hacer de un hombre libre un esclavo. Dicha sustancia inducía a un estado de muerte aparente manteniendo intacta su consciencia. Después, la segunda droga, el estramonio. Suministrada en dosis altas, pero no letales, cada veinticuatro horas, Satur conseguía mantener a sus esclavos durante el resto de sus vidas.

Y entonces recordó de nuevo a Diego y la última escena de su película. Rebobinó y lo visualizó desde el primer paseo de la mano hasta el último beso que le dio. El último de verdad. Bajo la lluvia enfrente de La Manduca. Y lo saboreó de nuevo. Se quedó pensando largo rato en él, en todo lo que les pasó. Y se sintió contrariada. Con Diego tenía el amor que nunca encontró en otro lugar, pero no el plan, cómo le decía su padre. Por el contrario sus padres le dieron el plan, pero no le demostraron el suficiente amor que sentían por ella. El periódico era aquel plan, el legado que su padre le había dejado, y sabía del trabajo que le había costado. Quizás era el momento de perdonarles y hacerse cargo de ese legado. Y de perdonarse a sí misma. Recostada sobre su cama entendió que no todo es blanco o negro, que en la mayoría de los casos todo deambula entre la infinidad de matices que los grises otorgan a la existencia del ser humano.

A la mañana siguiente, Lis pidió un taxi para ir a la redacción. Era lunes por la mañana y Madrid vibraba en su cabeza. Sabía por medio de Adolfo que el reportaje había sido un rotundo éxito. Y ella tenía preparado más material para ir subiendo cada día durante al menos una semana más para saciar las ansias del ávido lector interesado por todo aquel macabro suceso; «El carcelero de Sempiterno», «La casa de

los olvidados» o «Vudú en Madrid» eran algunos de los títulos que ya tenía preparados. Tenía material incluso para poder lanzarse a escribir por fin su propia novela. Y por fin, además, se veía de verdad haciéndolo.

Lis entró en la oficina antes de las nueve de la mañana. Todo el mundo se levantó y se puso en pie al verla aparecer por la puerta. Lis caminó apoyada en una muleta para no cargar todo el peso sobre el pie todavía dolorido y avanzó hacia Adolfo. Todos la empezaron a aplaudir. Lis no pudo contener la emoción y se le escapó una pequeña lágrima.

Adolfo, vestido con su cárdigan azul eléctrico de los lunes, se acercó a ella radiante de emoción. Su tesoro, su mayor enigma, al que por fin empezaba a descifrar. A pesar de lo que había padecido, la veía más centrada, más fuerte. Con ganas de afrontar la vida.

—Enhorabuena de nuevo, Lis, récord de visitas. —Lis no pudo articular palabra. No sabía qué decir—. No tenías que haber venido, te lo dije —le sonrió Adolfo.

—Ya, lo sé —suspiró Lis—, pero prefería venir. —A Lis, por primera vez en años, le pesaba la soledad.

—¿Cómo te sientes?

—Más viva que nunca —sonrió—. A veces estamos más muertos que vivos, y como los primeros, no lo sabemos.

José María apareció por la espalda de Adolfo y le tendió la mano.

—Gran trabajo, Lis. —La reportera le correspondió y asintió con la cabeza—. Bueno, chicos —dijo José María inmediatamente después de saludar a Lis—, la fiesta ha terminado. A trabajar. Adolfo, quiero revisar la comparecencia de Jhosep Hughes sobre el cambio climático.

—Voy —le contestó y se giró hacia Lis—. ¿Te ha dicho que «gran trabajo»? —sonrió Adolfo a Lis entre susurros.

—Ambos sabemos que le salía espuma por la boca cuando lo dijo —contestó Lis.

Lis miró a Amanda y le sonrió con vergüenza pensando en todo lo que había hecho. Tenía muchas cosas que cambiar, y esa era una de ellas.

—Hoy comemos juntas —le dijo al fin, y Amanda asintió.

Lis se sentó en su sitio y movió las cosas de un lado a otro mientras pensaba en todo lo que había vivido y cómo sentía que todo aquello había influido en ella. Echaba de menos a Ned y quería hablar con él, pero sabía que seguía en la UCI. Después de trabajar, iría a verlo. Ahora era su amigo, su primer amigo en la madurez. Del cajón sacó una libreta, en la primera página había una lista, la «Lista de paradojas de Lis», y tachó la primera: «Soy todo lo contrario a lo que quería ser de mayor». Y acto seguido cogió el teléfono, salió de la oficina. No sin antes hacerse una foto con Begoña, la aspirante a influencer. Lis era sensación y podrían ser unos likes de más. Y una vez en la calle, respiró hondo, descolgó y llamó a su madre.

66

ABEL

Certeza.

Después de varios días en el hospital, Nuria y yo recibimos el alta. Nos explicaron que habíamos sido drogados con diferentes sustancias que nos hicieron perder el control sobre nuestro cuerpo primero, y sobre nuestra consciencia después. Quitando las quemaduras, magulladuras, moretones y lesiones menores, nada grave en el resto de nuestros cuerpos. Nuestra cabeza es otra cosa. Nos sentimos desorientados, y diferentes. Estrés postraumático, nos dicen. Los recuerdos de lo sucedido, la presión a la que fuimos sometidos, la pérdida de nuestro primer hijo…

Es martes. Nada más entrar en casa, no puedo evitar recodarme tirado en el suelo, sin moverme. Mirando la pared. Ahora no quiero mirarla, pero mis ojos lo hacen. Me cuesta aceptarlo, pero siento extraño este lugar que durante tantos años ha sido nuestro hogar. Y me atormenta. A ella también, lo noto. No comemos, no bebemos, no hablamos, directamente nos metemos en la cama pensando que con la llegada de un nuevo día todos nuestros males se desvanezcan.

Me despierto, son las seis de la mañana. Estoy muerto de sueño. No he podido dormir en toda la noche, ella tampoco. Nos estuvimos mirando de reojo el uno al otro, dando vueltas en la cama, sin decirnos nada. Nos veíamos recortados entre las sombras, dejamos la luz del pasillo encendida.

Me levanto y voy a la panadería a por los cruasanes que tanto le gustan a Nuria. Hago café y se lo llevo a la cama con una sonrisa. Nunca me ha costado tanto en mi vida regalar una sonrisa a alguien que quiero como la que le estoy ofreciendo a mi mujer esta mañana. Y nos abrazamos.

—Tenemos que ser fuertes —le digo. Ella asiente.

Esta noche tampoco he dormido. No sé cuántos días han pasado desde que salimos del hospital. Creo que tres. O quizás cuatro. Cada vez que cierro los ojos me veo en mitad de la noche rodeado de cientos de sombras acechándome. Recuerdo estar en esa situación, amarrado a la silla, suplicando a Dios, cuando nunca he creído en Él. Es curioso cómo nos aferramos a lo que sea, con tal de insuflarnos ánimo. Ella tampoco duerme, está a mi lado, mirándome. Callada. Mis heridas físicas cicatrizan correctamente. No como las otras, las heridas en mi interior, las del corazón. Las de mi mente. Sigo culpándome por no haber podido hacer más por ayudarles, por salvarlos. A Nuria, y a Jaime. Por permitir que mi mujer viera cómo se llevaban a nuestro hijo sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Por permitir que se la llevaran a ella. Pero Nuria no me culpa, o al menos eso me dice. Yo la creo, quiero creerla. Necesito creerla.

Me cruzo con Sophie, la vecina de enfrente. Nos invita a tomar café por la tarde, no era la primera vez, cada cierto tiempo lo hacía. Es una mujer encantadora. Acepté por los dos.

Mientras nos preparamos, miro a mi mujer. La veo preciosa, y se lo digo. Me sonríe ligeramente por primera desde que esta pesadilla empezó.

Nos sentamos en el sofá de escay de color rojo oscuro del salón. Siempre que lo hago me siento observado. Desnudo ante los ojos de las estampas de vírgenes y santos y de las decenas de retratos de todas esas personas que no conozco colgados por todos lados. Su gata, Erzulie, olisquea mis zapatos. Sophie nos mira con cara triste. Sentida. Sentada en su enorme butacón de orejones. Ha hecho unas pastas caseras de jengibre, esas que tanto nos gustan, receta de sus antepasados. Le pasó la receta a Nuria hará un par de años, pero mi mujer nunca fue buena repostera.

—¿Cómo estáis, hijos?

—Bien, al menos eso intentamos —le contesto.

Nuria está a mi lado, al principio no quiso venir, pero la convencí. La siento abstraída, distante. No habla. Noto que le está costando aparentar algo de normalidad.

Entonces Sophie empieza a contarnos la historia de su familia. Cómo sus antepasados, colonos franceses, emigraron de Haití allá por el 1800 d. C. tras las revueltas de los esclavos. Se fugaron en un buque mercante con cuatro maletas hasta el puerto de Cádiz antes de ser

ejecutados. Su bisabuelo, después de que terminara la revolución y alentado por su madre, la tatarabuela de Sophie y primera de su estirpe, hizo varios viajes a Haití a lo largo de su vida. Ella quería tener consigo un secreto que dejó en la isla y debía compartir con su descendencia.

Una generación después, se mudaron a la capital en busca de nuevas oportunidades. Dadas sus condiciones para los negocios, sus abuelos pronto prosperaron. Hasta la Guerra Civil. Perseguidos por los republicanos huyeron de Madrid, y compraron la granja que hay en el camino de la dehesa.

—No sabía que su familia era la propietaria de esa granja —le digo.

—No creo que mucha gente lo sepa —contesta y continua—. Ese secreto que trajo mi bisabuelo, es nuestro credo. Los diarios, códices, recetarios, ungüentos y polvos que mi tatarabuela fue recopilando durante su estancia en Haití, base de nuestra tradición, y que pasaron de generación en generación. Yo soy la quinta de mi estirpe, una estirpe de sacerdotes vudús. —El corazón se me para de golpe. Había tenido varias conversaciones con Lis Vázquez, la reportera que destapó el caso, y en ellas me había hablado de dicha religión y de cómo estaba relacionada con el miserable de Satur. Pienso en salir corriendo, pero algo me dice que debo seguir escuchando—. Quinta y última, ya que no pude tener descendencia. Pero nosotros hemos usado siempre la magia para el bien, para sanar y ahuyentar los malos espíritus que nos rodean. Cuando me hice mayor la granja era mucho trabajo para mí, me compré este piso y la granja se la arrendé a una familia. Cuando el marido los abandonó y la mujer enfermó, fue cuando conocí a Satur, un niño tímido y de un buen corazón, aunque maltratado por la vida. —No soy capaz de articular palabra. Miro a Nuria de reojo, pero está como yo, incrédula.

»Entiendo cómo os debéis de sentir, pero dejadme contaros toda la historia, por favor. Sé que es difícil, pero dejadme hacerlo. Os lo debo. —Asentimos, Nuria me coge la mano—. Cuando la madre de Satur falleció yo lo tomé como a un hijo. Le traspasé mis conocimientos de buena fe. Le ayudaba a tener algo con lo que ocuparse y sentirse útil. Asistía en el centro de día a los mayores y me ayudaba a preparar brebajes y ungüentos para aplacar dolores o penas. Y entonces algo cambió. Empezó a emplear la magia para juzgar a las personas y de houngan se transformó en bokor, a usar la magia negra. Emilio, Lorena, Vicente... Y vosotros. Te odiaba, Abel. Envidiaba tu vida. Juro que hice todo lo posible por detenerlo. Por ayudaros. Pero también era como mi hijo, tenéis que entenderme. —No sé cómo reaccionar,

¿cómo reaccionas ante algo así?—. Solo espero que intentéis comprenderlo.

Sophie llora. Las lágrimas le ruedan por sus mejillas arrugadas hasta caerle en la ropa de colores. No puedo hablar, Nuria tampoco, solo aprieta mi mano con fuerza.

—Me gustaría enseñaros algo. Acompañadme, por favor.

Nos miramos. Dudamos. No sabemos qué hacer.

—Por favor —insiste.

Se levanta. Volvemos a dudar, pero al final nos levantamos. Erzulie nos sigue con la mirada sentada sobre sus patas traseras, estirada como una esfinge. Casi desafiante. Seguimos en la distancia a Sophie por el pasillo que da a las habitaciones, cogidos de la mano, aferrados a lo único que nos parece real, nosotros. La anciana abre la última puerta y nos pide que pasemos. Se aparta y nos deja entrar. Sobre la cama hay unas almohadas formando una especie de cuadrado más pequeño que el colchón, nos acercamos cautos, precavidos. Miro antes de entrar cada rincón de la habitación, pero está vacía, no hay nadie. Nos acercamos a la cama, el cuerpo de un niño, de un recién nacido, asoma entre de las almohadas. Es un niño precioso. Sonrosado. De mofletes redondos y cara angelical. Está tranquilo. Me giro hacia Sophie. Angustiado.

—Es Jaime —dice—. No espero que podáis perdonarme, pero de verdad que hice todo lo que pude por ayudaros. Siento todo lo que os ha pasado a pesar de que yo también he perdido con todo lo sucedido.

Rompo a llorar. Lloro y miro a mi mujer. También está llorando. Y la beso. Y ella me besa. Nuria tampoco puede contener la emoción, y me sonríe. Nos acercamos despacio al niño. Lleva un chupete azul a juego con los patucos. Tranquilo y sereno, ajeno a todo.

A mi cabeza regresan de golpe todos los momentos horribles. Mi cuerpo tirado en el suelo, sin poder parpadear, los ruidos, los golpes, la agonía, las pesadillas, el accidente, el fuego… En un suspiro recuerdo cada momento sufrido hasta ahora. Y revivo todo bruscamente. Intento regresar al mundo real y miro a mi hijo. No puedo apartar la mirada de él, no parpadeo. Pero el recuerdo de mi cuerpo tirado sobre el suelo de la entrada de nuestra casa, mirando la pared y sin poder parpadear durante días sigue presente. Tan presente que se me antoja real. Y me siento retenido hasta el infinito delante de la pared, dentro de una pesadilla. Lucho por salir de ella. Y me

concentro en mi hijo otra vez, tan tranquilo, tan sereno, inmóvil, mirando el techo. No parpadeo, solo le miro. Un momento. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Entonces me doy cuenta de todo y tomo conciencia de lo que pasa. Me sumerjo de nuevo en la más letal de las oscuridades mientras no dejo de mirar a mi hijo. No parpadeo, no puedo parpadear. Tengo la mirada fija en él. Está quieto, no se mueve, inerte. No me mira. Mira al techo. No parpadea.

AGRADECIMIENTOS

Esta es sin duda la parte más importante de la novela, dado que sin las personas que aquí se reflejan todo esto no hubiera sido posible.

Primero quiero dar las gracias a Irene, mi pareja, mi compañera, mi mejor amiga. Por darme ese empujón que todos necesitamos alguna vez en la vida para lanzarnos a cumplir nuestros sueños.

A Cris y Sergio, mis más fervorosos lectores —a la fuerza—, que siempre reciben con una sonrisa todo lo que les paso y en sus comentarios hallo siempre la luz.

A la editorial Distrito 93, y a Borja en especial, por confiar en mí y publicar este amasijo de palabras.

A María Asunción y Jorge G., por dar a mis letras el trasfondo científico que necesitaban desde el punto de vista de la medicina forense. A José Pablo, por compartir conmigo los entresijos del mundo periodístico. A Ana, mi médico particular, que me asesoró y explicó, entre otras cosas, a meter «más chicha». A David V., que evolucionó mi novela con sus consejos. A Sara C. por las lecciones aprendidas sobre el funcionamiento de los colegios públicos de Madrid.

A todos los que no están cerca, pero siguen presentes. A mis abuelos, Balbina y Miguel.

Y a ti, por llegar hasta aquí.